

1911 MEXICALI Y LA REVOLUCIÓN FLORESMAGONISTA EN LA PRENSA DEL OTRO LADO

Gabriel Trujillo Muñoz

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM

IMPERIAL VALLEY PRESS

OLDEST PAPER IN IMPERIAL COUNTY—LARGEST CIRCULATION

VOL. XI.

EL CENTRO, CALIFORNIA, SATURDAY, APRIL 15, 1911.

NO. 2.

SEVENTY MEN WHIP FIVE HUNDRED

STANLEY WILLIAMS KILLED, BUT HIS BAND HOLDS GROUND
IN ALL-DAY BATTLE WITH FEDERALS

American Insurrectos Lose But Three or Four Men and Put
a Score or More Mexican Soldiers Out of the Fight.
Audacity of the Attack Amazes Military Men and
Buffaloes the Diaz Forces at Mexicali

plotted and the column of dirt thrown in the air showed the location to be too far west to indicate damage to structures that would affect the water supply on the American side. There were no fragments of men or horses and the artillery shell theory was exploded along with the piece of gas pipe.

An attack upon the right bank of the desert force was made in the afternoon by 125 Federals, who came in from a position close to the boundary about five or six miles west of Calexico and three or four miles north of the Little ranch. The Federals appeared to be getting supplies over from the American side at that point, and the detachment was there to protect the crossing. News of the attack upon the main body by Williams was brought to this detachment by one of the Mexican officials from Calexico, and the troops moved quickly to the south. Upon their arrival at the bar-

OCKERSON HAS HOPES OF CLOSING BREAK

Part of Rock Dam Is Washed
Out—But Trestle is Safe

One-fourth of River Discharge Turned
Into Old Channel, and If Flood Holds
Off Two Weeks More, Work May Be
Completed.

On April 2, Col. Ockerson had reported the wrecked trestle across the Albeja break and resumed the dumping of rock, and he wrote to The Press that he expected to break ramp in a few days, indicating that the prospects

The secretary of the committee says:

"We have reached the point in our campaign for an irrigation district, we can say without reserve that the water-users are overwhelmingly in favor of the movement. As a result of the excellent work done by the press, and by various speakers, especially Mr. Robinson and Judge Bennett, the people have had a fair and honest presentation of the question.

"The long period of discussion has given ample time for a full investigation of the various objections urged against the plan. By far the greater portion of the property-owners do not believe in the validity of the objections as set forth by the opponents of the district. We now have sufficient signatures to give assurance that the petition can be presented to the Board of Supervisors at an early date."

In order to give every land-owner

CARNIVAL SOCIETY AT COUNTY SEAT

Valley People Come to El
Centro's Spring Festival

Midway Shows, Exhibits and Amusements
Make Miniature Coney Island
in the Desert. All to Culminate To-
night in Crowning of the Queen.

El Centro's first Spring Carnival and Street Fair is now going at its zenith. The event will close tonight with the Carnival of Conflict and crowning of the Carnival Queen. For five days El Centro has been acting as host for the people of Im-



GOBIERNO DE
MÉXICO

Ricardo
2022 Flores
Año de Magón

PRECURSOR DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

1911
MEXICALI
Y LA **REVOLUCIÓN**
FLORESMAGONISTA
EN LA **PRENSA**
DEL **OTRO LADO**

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

1911
MEXICALI
Y LA REVOLUCIÓN
FLORESMAGONISTA
EN LA PRENSA
DEL OTRO LADO

Gabriel Trujillo Muñoz

MÉXICO 2022

Portada: *Imperial Valley Press*, Volumen 11, Número 2,
15 de abril de 1911. Tomado de <<https://cdnc.ucr.edu/>>

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2022.

D. R. © Gabriel Trujillo Muñoz

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

INEHRM: 978-607-549-311-4

HECHO EN MÉXICO

*Si se puede señalar una fecha de iniciación a la
revolución liberal, esa fecha fue la caída de Mexicali.*

LOWELL L. BLAISDELL, *La revolución del desierto*, 1958

*Con guerra en un lado y el Departamento de Guerra en el otro,
vaya que el Valle Imperial es un sitio interesante ahora mismo.*

Calexico Daily Chronicle, 1 DE MARZO DE 1911

Índice

| | |
|--|-----|
| Frontera, prensa y revolución floresmagonista..... | 9 |
| Noviembre 1910 – febrero 1911: desafíos y sorpresas..... | 25 |
| Marzo 1911 – abril 1911: rumores y amenazas | 143 |
| Mayo 1911 – julio 1911: triunfos y derrotas..... | 283 |
| Julio 1911 – diciembre 1911: reclamos y venganzas..... | 347 |
| <i>Regeneración</i> : la otra prensa del otro lado | 385 |
| Bibliografía básica..... | 407 |



Frontera, prensa y revolución floresmagonista*



* Para la realización de este libro, el autor agradece la ayuda prestada por el doctor José Salvador Ruiz, la editora Lourdes Martínez y la doctora Edna Aidé Grijalva Larrañaga.

LA GEOGRAFÍA IMPORTA

Durante buena parte del siglo XIX, la región norte de la península de Baja California estuvo inmersa en el abandono. La situación se agravó más cuando esta zona se volvió frontera con los Estados Unidos a partir de 1848. Entre 1870 y principios del siglo siguiente, con la fundación de poblados más o menos estables, que incluían pueblos mineros como El Álamo, puertos como Ensenada y poblaciones fronterizas como Tecate, Tijuana, Los Algodones y Mexicali, la situación fue cambiando, y más cuando se arrendaron las tierras a diversas compañías extranjeras para su explotación comercial.

Algunos de los proyectos más importantes que se realizaron en la primera década del siglo XX fueron la domesticación de las aguas del río Colorado y la construcción de un ferrocarril que recorría el valle de Mexicali y salía rumbo a California, ambos proyectos diseñados por compañías estadounidenses para crear una zona de cultivo que abarcara los valles gemelos de Imperial, en los Estados Unidos, y de Mexicali, en México; tanto esfuerzo impulsó la creación, en 1902, de dos poblados que se construyeron a ambos lados de la línea fronteriza: Calexico en California y Mexicali en Baja California.

Desde su nacimiento, planificado por ingenieros americanos, este par de poblaciones vieron su destino inextricablemente unido. Al principio, en su primera década de exis-

tencia, Calexico fue el poblado que creció en construcción de edificios: aduana, escuela, salón de eventos, templos, hotel, comercios, almacenes, etcétera; Mexicali era más un campamento provisional con algunas enramadas y algunas casas de adobe. Todo lo que se necesitaba para la vida diaria, los primeros mexicalenses lo conseguían al otro lado, incluso los ciudadanos más prominentes vivían en Calexico y sólo de día trabajaban del lado mexicano. Pero a partir de 1910, al abrirse las tierras del lado mexicano a la agricultura, especialmente al cultivo del algodón, Mexicali también se puso en movimiento.

Por su parte, los habitantes de Calexico veían a Mexicali como un pueblo pintoresco, pero los predicadores y damas pías también lo catalogaban como un lugar de perdición por sus cantinas y por sus diversiones legales e ilegales que, desde el puritanismo anglosajón, eran vicios deleznable, ya fueran las corridas de toros, las peleas de gallos, los festejos con disparos de armas de fuego, no se diga las bebidas embriagantes, los fumaderos de opio o la presencia de prostitutas que ofrecían compañía a los ingenieros y trabajadores del Valle Imperial. Como el traspatio de Calexico, Mexicali funcionaba como una válvula de escape de las presiones sociales de sus vecinos del norte y, como el lugar de paso que era, servía como un sitio carente de las restricciones impuestas por una sociedad rural que quería gente trabajadora, pero no quería lidiar con los conflictos existenciales de una comunidad de frontera.

UNA FRONTERA, DOS PERIÓDICOS

Los dos periódicos que darían testimonio de la evolución y el crecimiento de esta zona del mundo fueron el *Imperial Press*, fundado el 20 de abril de 1901 como un semanario sabatino publicado desde San Diego, California. Debido a que Impe-

rial formaba parte del condado de San Diego, el *Imperial Press* tuvo muchos cambios de nombre: primero pasó a llamarse *Imperial Press and Farmer* en noviembre de 1901, cuando ya contaba con un nuevo director y editor, Edgar F. Howe. Para marzo de 1906, el semanario se había trasladado a El Centro y para 1907 el título del semanario se acortó a *Imperial Valley Press*; para el 30 de septiembre de 1911 este periódico se empezó a publicar como diario. Hasta el día de hoy sigue publicándose. El segundo periódico en salir a la luz pública fue el *Calexico Chronicle*, fundado el 12 de agosto de 1904. En abril de 1907 el editor era Otis B. Tout, quien dirigió el *Chronicle* hasta 1912, cuando Bert Perrin lo compró. Lo importante es que, en febrero de 1910, el *Calexico Chronicle* se volvió diario y por lo tanto cambió su nombre a *Calexico Daily Chronicle*. El *Chronicle* fue un diario, en comparación con el *Imperial Valley Press*, que se ostentaba como un semanario, lo que le daba una ventaja competitiva a la hora de capturar las noticias o difundir acontecimientos que aún estaban en marcha. Otra característica del *Chronicle* fueron sus constantes cambios, teniendo entre 1904 y 1922 a los siguientes editores: Charles Adner, John Baker, Otis B. Tout y Bert Perrin. En todo caso, este diario logró sobrevivir hasta 1998, pero en años recientes ha vuelto como semanario de circulación gratuita.

Junto a estos testigos periodísticos cercanos a la línea internacional hay que mencionar que otras publicaciones, especialmente del área de Los Ángeles (*Los Angeles Times*) y de San Diego (*San Diego Union*), se dieron a la tarea de hacer eco de las noticias que les llegaban desde el área de Mexicali, casi siempre con artículos que acentuaban las visiones negativas acerca de esta población y del carácter de sus habitantes. En general, a la prensa estadounidense sólo le interesaba lo que ocurría en el valle de Mexicali si estas informaciones consistían en nota roja: accidentes, desastres, tragedias, crímenes. Cualquier drama que mantuviera la atención de sus lectores



y les ofreciera una imagen del sur de la frontera a la medida de sus más enconados prejuicios, mostrándola como un lugar inseguro, peligroso, violento, era bienvenido y se reproducía extensamente. Y como Mexicali, hasta 1917, careció de periódicos en español que difundieran otros aspectos más benévolos y positivos de su vida comunitaria, no hubo contrapesos al establecimiento de la leyenda negra fronteriza proporcionada por la prensa del Valle Imperial.

MEXICALI EN LA MIRA PERIODÍSTICA

El *Imperial Valley Press* y el *Calexico Chronicle* eran publicaciones de los blancos anglosajones, protestantes, puritanos y llenos de prejuicios a todo lo que no fuera el sagrado sacramento del trabajo, el poder del mérito propio y la legítima defensa del enriquecimiento empresarial. Cuando trataban asuntos allende la frontera, veían a Mexicali con una mezcla de atracción, escándalo y sorpresa. La propia gente del Valle Imperial, como Margaret Romer, en su pionera historia de Calexico, lo deja muy bien asentado hacia 1922, era “una masa de gente fuerte y homogénea... de carácter robusto, autosuficiente y agresivo”. Como se ve, en la visión de Margaret Romer los habitantes del Valle Imperial sólo son gente como ella: blanca, cristiana, que se creían los verdaderos dueños de la región. No se menciona nunca a los chinos, ni a los afroamericanos, ni a los mexicanos, los verdaderos trabajadores que tuvieron que soportar a “gente de carácter robusto, autosuficiente y agresivo” como sus jefes y capataces. Pero desde la óptica anglosajona, estos trabajadores de sus tierras, tiendas y granjas no son importantes, no cuentan en la historia del progreso de su comunidad.

Aquí llegamos al meollo del asunto: Calexico es una ciudad seca, es decir, en ella se ha prohibido desde 1908 el alcohol, su venta, su bebida, en una cruzada puritana que acabará

por expandirse a toda la Unión Americana en 1919. El consumo de bebidas embriagantes es visto como una debilidad, como un pecado imperdonable, como una fisura del carácter, pero sobre todo como un factor incapacitante que se reflejaba en la baja productividad de trabajadores y empleados. Y aunque prohíben tales vicios de su lado fronterizo, éstos se muestran en plena vía pública en la población vecina de Mexicali. Desde una perspectiva puritana, a este poblado lo ven como una afrenta moral, como una tentación demoniaca. Se escandalizan por los actos que ven en el valle vecino y peor se indignan cuando se percatan que la mayoría de los consumidores de tales vicios son ciudadanos estadounidenses que han caído en las garras del demonio del alcohol, el opio o el sexo fuera del matrimonio. El mal está al sur de la frontera y es necesario darlo a conocer, ponerlo en boca de todas las personas decentes, señalarlo cuantas veces sea necesario. Esta actitud reporteril puede ser percibida, desde su pulla irónica, en el artículo del *Imperial Valley Press* del 12 de noviembre de 1910, titulado “Lo pintoresco de Mexicali”, donde el editor se inconformaba con semejante calificativo:

En el anuncio de una reciente excursión al Valle Imperial, se decía a los turistas que verían “la pintoresca y antigua ciudad mexicana de Mexicali”, como si una visita a ese pedazo de tierra extranjera fuera una experiencia rara y encantadora. Depende del significado que uno le dé al término “pintoresco”. Si una hilera de chozas de madera, dedicadas casi exclusivamente a usos de taberna, son evidencias de lo pintoresco, entonces Mexicali es “pintoresco” como para dejar noqueados a todos. Puede ser pintoresco vender licores elaborados con alcohol de madera, y así acabar con la población nativa de forma más o menos agradable. Hay un fabricante de ginebra en Mexicali tan pintoresco, que hace que le envíen alcohol de ma-



dera por media docena de barriles, y de esos barriles sale una pintoresca variedad de whiskies, ginebras, tequilas y mezcales. La mayor parte de los pintorescos habitantes de Mexicali son jugadores de pacotilla, tiburones embaucadores, ladrones, buscadores de tesoros y renegados americanos, mezclados con un selecto grupo de agotadas integrantes de la profesión más antigua del mundo. Lo único mexicano de Mexicali son los pocos funcionarios y algunos toreros de tercera categoría. El pueblo es un sórdido, vulgar y podrido tugurio fronterizo americano botado en suelo mexicano, y es tan “pintoresco” como una pelea gratis en una pensión de marineros.

Pero incluso con esta visión de sus vecinos al sur de la frontera, los estadounidenses reconocían que ambos valles se necesitaban mutuamente y por más que algunos estadounidenses se escandalizaran por la oferta de diversiones y placeres, otros tantos veían a Mexicali como una ruta de escape de sus vidas aburridas, conservadoras y delimitadas por las convenciones sociales. Mexicali era, para estos aventureros y sibaritas, un sueño de libertad, un territorio libre de mojigaterías y reglamentos puritanos. De ahí que buena parte de las notas informativas sobre Mexicali, publicadas tanto por el *Imperial Valley Press* como por el *Calexico Daily Chronicle* (convertido en diario en 1910) no sean sobre los logros de sus habitantes, sino sobre sus escaramuzas, robos en despoblado, asesinatos y delirios. Y si escarbamos un poco podemos advertir que Mexicali era un refugio para la gente de color, para los indios, para los descartados, para los que no cabían en los rígidos lineamientos de la ley y el orden tal y como lo establecía una sociedad que sólo quería trabajadores dedicados, clientes perpetuos, hombres y mujeres temerosos de Dios bajo la sombra de la bandera de las barras y las estrellas.

DE LA REVOLUCIÓN FLORESMAGONISTA DE 1911

De todos los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1901 y 1914 en esta región fronteriza, hay que señalar tres de ellos como los más trascendentes en la historia de esta zona del mundo: el primero es la propia empresa de levantar poblados en ambos valles, a partir de 1901, por las necesidades de transformar el desierto en un valle agrícola de nivel internacional, que se haría famoso por el cultivo algodonero durante la primera mitad del siglo XX. Los otros dos acontecimientos tuvieron su origen del lado mexicano: las inundaciones catastróficas de 1905 a 1907, que destruyeron casi toda la ciudad de Mexicali y pusieron en peligro a ambos valles; y la Revolución Mexicana, en su carácter anarcosindicalista, propiciada por el Partido Liberal Mexicano (PLM) de los hermanos Flores Magón desde Los Ángeles, California, cuyo ejército rebelde logró tomar, entre enero y junio de 1911, los poblados de Mexicali, Tecate, Los Algodones y Tijuana, haciendo que los habitantes de Calexico y los periodistas locales fueran testigos de primera fila de batallas campales y provocando que se llenaran de artículos de opinión y de crónicas bélicas los periódicos fronterizos del otro lado. Pero hay que agregar que la revolución floresmagonista, desde el punto de las empresas periodísticas californianas, fue para ellas una oportunidad para hacerse de un lugar en los medios de todo el mundo con sus crónicas y reportajes de primera mano.

Pero primero hay que dar un contexto pertinente a este notable acontecimiento: las ideas revolucionarias llegan a Baja California, paradójicamente, del norte estadounidense y no del sur mexicano. Y tales ideas no llegan con retraso a Baja California, pues en la cercana ciudad de Los Ángeles, California, está un centro revolucionario de primer orden: la sede, en el exilio, del Partido Liberal Mexicano, que dirigen los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, un partido



anarcosindicalista que pretende no una revolución reformista a la Francisco Madero, sino una revolución verdaderamente radical, socialista; que derroque al dictador Porfirio Díaz, sí, pero que también cambie la estructura total del gobierno. Para llevarla a cabo y viendo la competencia que implica la revolución maderista, a fines de 1910 y principios de 1911 deciden lanzarse a la conquista de México y, por su cercanía con Los Ángeles, uno de los sitios elegidos para tal levantamiento es el Distrito Norte de la Baja California, específicamente el poblado de Mexicali, ya que esta región está aislada del resto del país y las pocas tropas presentes no son una barrera para que cientos de voluntarios anarcosindicalistas lo capturen con facilidad. Y es que Baja California es un territorio ganado por los inversionistas extranjeros, donde los mexicanos son una minoría —y una sin poderes reales— que debe conformarse con los trabajos más raquíuticos y las tierras más miserables. No se olvide aquí que la revolución magonista inicia el 29 de enero de 1911 con la toma de Mexicali por un grupo de “ciudadanos del mundo”, como ellos mismos se autoproclaman, a las órdenes de José María Leyva y Simón Berthold. En cierta forma, la toma de Mexicali es un aviso de que la revolución en México no es una sola, que los magonistas compiten por extender la revuelta social más allá del movimiento maderista, que todavía no logra tomar Ciudad Juárez.

El coronel Celso Vega, jefe político y militar del Distrito Norte de la Baja California, sale de Ensenada al mando de las fuerzas porfiristas, y el 15 de febrero de 1911 intenta recuperar el poblado de Mexicali. Las tropas de la dictadura son derrotadas estrepitosamente y el propio coronel Vega es herido de gravedad, dejando la iniciativa militar en manos de los anarcosindicalistas. Este combate es llamado *la primera batalla de Mexicali*. Pronto llegan más voluntarios a Mexicali, tanto mexicanos miembros del Partido Liberal Mexicano como indios cucapás y kumiais que buscan liberarse de los

latifundistas mexicanos y extranjeros que les han quitado sus mejores tierras. A ellos se añade un buen contingente de *wobblies*, es decir, sindicalistas estadounidenses. Entre ellos llegan Stanley Williams, Jack Mosby y Caryl Pryce, que establecen una división de extranjeros que van a luchar para liberar a México de una dictadura atroz. Junto a ellos están periodistas que apoyan la causa, como los célebres John Kenneth Turner y Jack London.

Mientras el coronel Celso Vega regresa herido y derrotado a Ensenada, donde se fortifica dejando desprotegido el resto del Distrito Norte, el cual pronto se vuelve una tierra de nadie, los revolucionarios magonistas toman Los Algodones y descubren que su principal enemigo no son los soldados federales, sino las empresas extranjeras que exigen vuelva el orden y la tranquilidad al Distrito Norte de la Baja California. Harrison Gray Otis y Harry Chandler, empresarios dueños de las tierras del valle de Mexicali, logran que se envíen tropas federales no para combatir a los magonistas sino para cuidar sus propiedades: el famoso C.-M. Ranch. Así, el 8o. Batallón desembarca en Ensenada, la entonces capital del Distrito Norte, y marcha a Mexicali para resguardar los intereses de las compañías extranjeras. El coronel Miguel Mayol intenta provocar a los revolucionarios y el 8 de abril se entabla una nueva batalla en el valle de Mexicali, que dura varias horas y deja numerosos muertos de ambos bandos, entre ellos a Stanley Williams. El coronel Mayol desiste de seguir hacia Mexicali y se dedica a resguardar las obras de irrigación del valle de Mexicali.

Esto lleva a que los revolucionarios tomen la iniciativa y se lancen a conquistar sin éxito Tecate, y acaben por extender sus dominios a pueblos mineros como El Álamo, y puertos como San Quintín, lo que ocasionó la intervención de tropas extranjeras británicas para proteger sus intereses y compatriotas. Para entonces, al ver la pasividad del coronel



Celso Vega, muchos comerciantes y empleados del gobierno prefieren ponerse a salvo en Estados Unidos, especialmente en el puerto de San Diego, California, donde los representantes consulares de la dictadura porfirista confabulan para enfrentar a los revolucionarios. Dos son los planes puestos en marcha por el personal consular porfirista: una campaña de prensa que hace ver a los revolucionarios como filibusteros a las órdenes del gobierno estadounidense (lo que nunca fueron) y azuzar el sentimiento patriótico de los mexicanos en California para ponerlos a pelear contra los floresmagonistas, lo que ocurriría en la batalla de Tijuana, el 22 de junio de 1911.

Pero en Mexicali y sus alrededores, desde fines de abril y hasta mediados de junio, la situación parece de engañosa tranquilidad: las tropas federales de Mayol se pasean por el valle de Mexicali sin enfrentar a los revolucionarios floresmagonistas y finalmente regresan por donde habían venido, dejándolos en paz. Los rebeldes aprovechan este respiro para hacer incursiones en los ranchos y latifundios de los estadounidenses, lo que provoca protestas al otro lado y que *Los Angeles Times*, a las órdenes del general Harrison Gray Otis, los tache de bandidos harapientos. En este ambiente de confrontaciones, la prensa estadounidense se indigna ante la violación de la propiedad privada de sus ricos compatriotas y exige a su gobierno la intervención militar y, peor aún, la incorporación de la parte mexicana del delta del río Colorado a la Unión Americana. Luego, con el triunfo del maderismo y la salida al exilio del dictador Porfirio Díaz, todo esto lleva a un aislamiento del movimiento floresmagonista en el Distrito Norte de la Baja California, que no tiene intenciones de deponer las armas, ya que considera a los maderistas como simples traidores a la revolución del pueblo mexicano, ya que han pactado un cambio de presidente, pero no del sistema porfirista en sus abusos, corrupciones y políticas públicas en contra del bien común.

La solución ante el empecinamiento de los floresmagonistas es mandar, vía los Estados Unidos, a contingentes del ejército federal para ocupar las poblaciones de la frontera, pero antes de que estas tropas se aparezcan, los representantes del maderismo (casi todos viejos miembros del Partido Liberal Mexicano) logran que en Mexicali el ejército revolucionario se disuelva y lo mismo están consiguiendo en Tijuana cuando, contraviniendo las órdenes del gobierno de transición del presidente De la Barra, las tropas del coronel Celso Vega y sus voluntarios paramilitares atacan esta población fronteriza y la toman a sangre y fuego. De junio de 1911 en adelante, la represión contra todo lo que sea revolucionario —y especialmente de ideología anarcosindicalista— es bienvenida por los inversionistas extranjeros, buena parte de la prensa fronteriza y los militares que gobiernan la entidad. En estos años de la segunda década del siglo XX, se persigue con saña a los trabajadores, campesinos e indios nativos que habían participado en la revolución y de ese modo, la tortura, la ley fuga y el linchamiento son métodos que proliferan para el control de la sociedad. El Distrito Norte de la Baja California se vuelve una fortaleza porfiriana que sobrevivió, gracias al gobierno del coronel Esteban Cantú, hasta 1920; así, las empresas y latifundios extranjeros siguieron dominando los destinos de esta parte del país por varias décadas. La revolución floresmagonista de 1911 es tildada, vía la repetición de semejante mentira, como una invasión filibustera y asunto arreglado. Los héroes de la historia oficial son los porfiristas defensores de la integridad nacional y los villanos son los revolucionarios que invadieron una región donde sólo había trabajo y prosperidad. Los historiadores y cronistas locales, con notables excepciones, continúan hasta nuestros días difundiendo tal engaño.

La revolución anarcosindicalista, por lo mismo, debemos considerarla una campaña militar en que participan



voluntarios internacionalistas de todas partes del mundo, pero en especial trabajadores socialistas estadounidenses que ven con buenos ojos luchar al lado de los mexicanos para liberarlos de la opresión porfirista. La confusión se acentúa entonces entre los bajacalifornianos al contemplar la llegada de estas fuerzas revolucionarias compuestas con una mezcla de mexicanos y extranjeros, que son compañeros de armas en solidaridad obrera y que luchan y mueren en Baja California por un ideal utópico de una sociedad donde haya justicia para todos, tierra y libertad. Pero si la observamos de cerca, advertimos que fue un movimiento donde participan un gran número de mexicanos y mexicoamericanos hartos de ser los marginados de su propio país, de no tener voz en las decisiones que les incumben, y de ver las mejores tierras de su nación fuera de su alcance. La importancia de esta revolución queda oculta tras el velo de la narrativa porfirista local, que sólo piensa en cuidar sus intereses económicos y proteger las inversiones extranjeras a como dé lugar, donde los intereses de las mayorías no cuentan a la hora de repararse el botín.

El movimiento floresmagonista termina desbandado en Mexicali, pero sigue siendo una corriente de pensamiento y acción que no muere del todo en la zona desértica, fronteriza, de la Baja California. De 1911 a 1914, Baja California es un polvorín, pues numerosos grupos revolucionarios (floresmagonistas y constitucionalistas) tratan de tomar el Distrito Norte sin conseguirlo, por lo que queda en manos del coronel Esteban Cantú, un oficial marcado por su fidelidad al ideario porfirista-huertista, donde el poder se ejerce sin remilgos y la represión es el arma política de preferencia. Su régimen hace todo lo posible por enterrar el pasado revolucionario de centenares de luchadores bajacalifornianos, desde los líderes políticos hasta los indios cucapá. Un pasado que todavía falta por descifrar y que, desde la cobertura de

la prensa del Valle Imperial, nos ofrece un acercamiento inédito a este suceso que, a lo largo de 1911, cimbra las estructuras sociales, políticas y económicas del Distrito Norte de la Baja California y que, al triunfo del movimiento maderista, es dejado de lado, es olvidado como parte esencial de la Revolución Mexicana. Ahora es tiempo de rescatarlo desde una perspectiva inédita: la de los periódicos que, desde el otro lado de la línea internacional, son testigos cercanos de este sismo social, de esta sacudida que tuvieron el privilegio de presenciar.

No hay duda de que la historia oficial sólo ha visto al Partido Liberal Mexicano como precursor de la revolución en nuestro país y no como agente activo durante los años cruciales de 1910-1911. Pero su participación en el movimiento revolucionario, no sólo en Baja California, sino en todo México, fue esencial para desestabilizar a la dictadura porfirista y repercutió hasta Washington y la ciudad de México. Sin embargo, donde realmente se vivió y se sintió fue en la propia franja fronteriza entre California y Baja California, donde la revolución del Partido Liberal Mexicano dejó una huella profunda, una herida que aún sigue abierta hasta nuestros días. Lo que este libro relata es cómo fue vista esta revolución por la prensa del Valle Imperial, por el *Calexico Daily Chronicle* y el *Imperial Valley Press*, utilizando el microcosmos de los valles de Imperial y Mexicali —aunque también se mencionan hechos armados ocurridos en el resto de la entidad—, en el contexto del año de 1911. Es una aproximación periodística, cronológica, que ofrece una historia de esta revolución desde una óptica estadounidense, pero escrita desde el mismo lugar de los hechos, con la perspectiva que dan la vecindad y el conocimiento de la vida de frontera. Relato de dos pueblos en vilo como un mismo campo de batalla, donde la prensa fue trinchera de combate, donde el papel y la tinta fueron armas letales. Guerra de palabras donde la



revolución floresmagonista debió luchar en dos frentes: el de la opinión pública mexicana y ante los lectores del otro lado, tan asombrados por el vendaval revolucionario, tan puntillosos en proteger sus inversiones en Baja California.



Noviembre 1910 - febrero 1911:
desafíos y sorpresas



Para Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, la revolución que pusieron en pie, a finales de 1910 y desde su centro de operaciones en la ciudad californiana de Los Ángeles, fue un llamado general a llevar la revolución a todo lo largo y ancho de México. Como se sabe, esta guerra para derrocar al dictador perpetuo no era, para los seguidores anarcosindicalistas de Ricardo Flores Magón, su primera experiencia de combate contra las tropas federales del régimen del general Porfirio Díaz. Gracias a sus anteriores experiencias de revuelta, habían aprendido de sus errores y estaban dispuestos a intentarlo de nuevo. Los levantamientos se dieron en diferentes puntos del país, pero donde mayor impacto tuvieron fue en Chihuahua, bajo el mando de Práxedes Guerrero. Pero este líder liberal murió en un enfrentamiento con los federales el 30 de diciembre de 1910. Sin embargo, ya para entonces la junta organizadora del PLM había puesto sus ojos en otra zona del país para hacer la revolución: el Distrito Norte de la Baja California, un territorio fronterizo con los Estados Unidos y lo suficientemente cercano para recibir órdenes de la junta y transmitir los pormenores de una campaña militar de viva voz y en poco tiempo.

Otras ventajas de hacer la revolución en esta región también estaban a la vista: era una entidad con escasos habitantes y poco protegida por el ejército de la dictadura, que se concentraba en el puerto de Ensenada, ubicado a mucha distancia de la frontera. Y si se llegaban a controlar los pueblos fronterizos como Mexicali, Tecate, Los Algodones y Tijuana,

éstos podrían servir como una plataforma para llevar la revolución floresmagonista al interior del país. Otro factor a su favor era que, en el Distrito Norte, el PLM contaba con simpatizantes dispuestos a tomar las armas: obreros, peones, rancheros e indios nativos. Gente que padecía la dictadura y estaba harta de la corrupción prevaleciente, de los privilegios descarados que disfrutaban funcionarios públicos, militares y empresarios extranjeros. Y es que gracias a las leyes del Porfiriato la península entera había sido cedida a los intereses de compañías estadounidenses de terrenos y de minas. Ricardo Flores Magón quería golpear donde más le doliera al régimen de Díaz y ese lugar era donde los inversionistas vieran dislocadas sus operaciones mercantiles, donde resintieran la pérdida de sus fáciles ganancias.

Para entender la revolución floresmagonista que incendió la frontera entre California y Baja California y específicamente los valles de Mexicali e Imperial con la consiguiente cobertura mediática, hay que recordar que este movimiento armado eligió a Baja California como su campo de batalla, como su primer territorio a liberar de la dictadura porfirista, por su cercanía con el núcleo revolucionario anarcosindicalista en el exilio, pero también porque en el valle de Mexicali actuaban los intereses financieros ligados a los dueños de *Los Angeles Times*, el diario que era, en aquellos tiempos, un enemigo declarado de todo lo revolucionario, de las uniones obreras y del anarquismo. Esto es importante precisarlo a la hora de entender la respuesta periodística que esta revolución recibió tanto del *Calexico Daily Chronicle* como del *Imperial Valley Press*, que no siempre comulgaban con las posiciones tan conservadoras y antirrevolucionarias de *Los Angeles Times*. Estos dos periódicos rurales, en sus artículos dedicados a los hechos de los que fueron testigos y a veces protagonistas de enero de 1911 en adelante, nos permitirán tener una visión de este movimiento armado desde la perspectiva

estadunidense en términos locales, de vecindad, de vida cotidiana, de periodistas en el lugar mismo de los hechos.

Empecemos por cuestionar la narrativa histórica sobre la Revolución Mexicana, la que asegura que ésta dio comienzo el 20 de noviembre de 1910 con el asalto en Puebla, por parte de las fuerzas federales, a la casa de Aquiles Serdán, un maderista que se aprestaba a tomar las armas, con lo que se dice que este enfrentamiento armado fue la primera escaramuza de la revolución en nuestro país. Pero para los periódicos californianos fronterizos, las noticias sobre México en la primera década del siglo XX se concentraban en informar sobre la situación criminal del valle de Mexicali, donde, según sus reportajes, abundaban las peleas a cuchillo, los robos en plena calle, el contrabando de chinos y las conductas escandalosas debidas a la embriaguez reinante del lado mexicano. Sólo se ha localizado un antecedente revolucionario, que fue dado a conocer por el *San Diego Union* el 7 de julio de 1908, donde se informaba de “Un estado de terror” en Mexicali:

Aunque un ataque de ladrones mexicanos, supuestamente miembros del partido revolucionario, a la oficina de correos de Mexicali, un típico pueblo fronterizo mexicano, justo al otro lado de la línea internacional de Calexico, ha sido rechazado gracias a la valiente resistencia ofrecida al grupo atacante por el jefe de correos, José Galaviz, los residentes del pueblo se encuentran en un estado de grave alarma, temiendo que se produzca otro ataque más general a la ciudad. Se cree que los revolucionarios están planeando capturar el correo y la aduana de Mexicali... Al mismo tiempo, circulares inflamatorias, que respiran sedición y desafío al régimen de Díaz, han sido puestas en manos de los cholos tanto en Calexico como en Mexicali, y han sido colocadas en paredes blancas y otros lugares conspicuos en esta última ciudad. Las circulares



expresan el odio hacia el gobierno mexicano y están llenas de sentimiento revolucionario. Como ejemplo de lo amargo que es el sentimiento en Mexicali entre los simpatizantes de los revolucionarios. Se informa que el miércoles un grupo de cinco mexicanos se presentó en la oficina de correos y pidió tarjetas postales con el retrato del Presidente. Después de recibirlas, los mexicanos se negaron a pagarlas y en su lugar escupieron sobre la imagen del presidente, luego rompieron las tarjetas en pedazos, arrojando los pedazos a la cara del administrador de correos, con una maldición para él y para el gobernante de México.

Lo interesante aquí es descubrir que ya desde 1908 había simpatizantes de la revolución en Mexicali y que éstos eran capaces de efectuar actos de agitación propagandística —todo un performance—, incluso frente a las propias autoridades del poblado. Por su parte, el *Callexico Chronicle*, el 9 de julio de 1908 y con el alarmista título de “Autoridades temen un estallido”, hacía saber que “oficiales mexicanos piensan que los revolucionarios están por tomar el poblado”. Y aseguraba que:

Hay una atmósfera extenuante, de puntillas, de alerta, que se cuela por las tiendas de bebidas y las oficinas al otro lado de la línea. Se han contratado policías adicionales, se practica un estricto patrullaje de la línea de la horda, y los visitantes que van de noche a Mexicali son detenidos por mexicanos gordos con grandes armas y registrados. La causa de toda esta agitación es el hecho de que los oficiales mexicanos han recibido aviso de que los revolucionarios se dirigen a Mexicali, vía Callexico, para robar la oficina de correos y la aduana, matar a todos los funcionarios del gobierno que puedan y alejarse de nuevo a los Estados Unidos, regodeándose en su victoria sobre

el presidente Díaz. El robo de la oficina postal la semana pasada estimula esta creencia. El encargado del correo descubrió a un ladrón tratando de abrir la caja fuerte y le disparó, pero no le dio, logrando el ladrón escapar. El cónsul Cuesta ha recibido serias amenazas por estar informando a su gobierno de las condiciones locales. Los oficiales mexicanos se muestran muy reticentes en compartir información al respecto. Han cerrado todos los antros a partir de las 10 de la noche y patrullan las calles con gran vigilancia. Se ha reportado que una compañía de 200 soldados vendrá desde Ensenada a apoyarlos.

Pero en 1908 la revolución no hizo acto de presencia en la frontera. Para los últimos meses de 1910 y las primeras semanas de enero de 1911, los periódicos del lado estadounidense no dieron noticias sobre la presencia de revolucionarios en Mexicali. Se hablaba de juegos deportivos, de reuniones sociales, de presentaciones de películas y de contrabando de chinos. Lo acontecido a Aquiles Serdán o los levantamientos armados contra la tiranía del general Porfirio Díaz, que empezaban a surgir en todo el país, todavía no llamaban la atención de la prensa del Valle Imperial. Y no era necesariamente su culpa, pues buena parte de las notas sobre alzamientos armados en México eran censuradas por la dictadura porfirista y todavía no lograban ser captadas por la prensa extranjera. O si llegaban, los periódicos preferían apostar por don Porfirio como el presidente sabio, caballeroso, amigo de los Estados Unidos, como era el caso de *Los Angeles Times*, donde sus dueños, el general Harrison Gray Otis y Harry Chandler sólo tenían palabras halagüeñas para el gobierno mexicano y para su presidente, pues el propio general Gray Otis, como representante del presidente William Taft, había visitado el país en el marco de las conmemoraciones del centenario de la Independencia de México, en 1910.



Pero eso iba a cambiar intempestivamente, cuando el *Imperial Valley Press* del 26 de noviembre de 1910, advertía a los cazadores interesados en pasar al lado mexicano que sería bueno que tomaran sus precauciones, pues la frontera estaba en alerta y México en tumulto:

Los viajes para cazar codorniz y pato, proyectados para realizarse al sur de Calexico, podrían posponerse por unos días. Según el *San Diego Union*, el gobierno mexicano ha ordenado a los funcionarios de aduanas e inmigración a lo largo de la línea que impidan el paso de municiones y armas de fuego de cualquier tipo a territorio mexicano. Órdenes similares han sido recibidas por los rurales mexicanos estacionados a lo largo de la frontera. La información ha llegado a San Diego en el sentido de que un gran número de rifles, revólveres y municiones ya han sido llevados secretamente a través de Tijuana hacia el interior, y se dice que el gobernador de la Baja California ha sido informado de esta actividad. Se dice que la expresión de malestar contra los estadounidenses, que se manifiesta en el interior de México, se ha extendido a Tijuana.

Como se ve, la idea de que habría alguna clase de revuelta significaba, para el *Imperial Valley Press*, que este movimiento armado se ensañaría contra los estadounidenses igual que contra las autoridades mexicanas. Por otra parte, a finales de 1910 lo que más interesaba a la prensa local eran los trabajos de contención que el ingeniero Ockerson llevaba a cabo en las márgenes del río Colorado, las carreras de caballos en la tercera feria del condado de Imperial y la llegada de un *show* de acrobacias aéreas. Pero la situación de México poco a poco empezaba a filtrarse en los periódicos del otro lado. Así, el *Imperial Valley Press* del 31 de diciembre de 1910, en

su artículo “La vida militar en Ensenada”, hacía eco de lo informado por el *San Diego Union*:

La guerra, o el rumor de la guerra, ha estropeado la vida fácil del ejército en el cuartel de Ensenada. Anteriormente, los oficiales vivían en sus casas y sólo se presentaban en el cuartel para realizar tareas ocasionales. Pero desde el estallido de la guerra en México, los oficiales tienen que permanecer en el cuartel todo el tiempo, entrenando a sus 300 soldados hasta la más alta eficiencia. Los informes de Ensenada dicen que las manifestaciones militares poco tienen que ver con las formas pacíficas de los ciudadanos de ese puerto.

Por su parte, el *Calexico Daily Chronicle* del 3 de diciembre de 1910 daba a conocer los pormenores del nuevo mandato presidencial del general Porfirio Díaz. El artículo decía que el presidente Díaz reiteraba su amistad con los Estados Unidos y consideraba a México en una situación estable:

El presidente Porfirio Díaz ha tomado posesión por octava vez como jefe del ejecutivo mexicano. A través de la Prensa Asociada dirigió el siguiente mensaje a todas las naciones: “Me es muy grato decir que mi corazón está lleno de fe en el progreso de un pueblo que, como el mexicano, ha sabido conquistar, por su propio esfuerzo, un lugar entre los amantes del trabajo, después de haber demostrado su valor en la guerra en defensa patriótica de la patria. Me alegro también hoy más que nunca de poder declarar que México pertenece definitivamente al grupo de naciones de estabilidad asegurada, porque contra la firme garantía de paz que poseemos no puede prevalecer ahora, ni nunca, ninguna influencia que tienda a su disolución. En cuanto a las relaciones entre México y los Estados Unidos



y otras naciones amigas, nunca han sido más cordiales, como se indicó de manera contundente durante la celebración del centenario de la independencia de México”.

Aquí hay que señalar que los periódicos locales recurrían a los reportes noticiosos de la Prensa Asociada, ese conglomerado periodístico afín a los intereses estadounidenses en nuestro país. Así, en muchas noticias que se publicaban en los Estados Unidos, se indicaba que los movimientos de rebeldía eran exagerados y que el gobierno porfirista controlaba México y era optimista sobre la resolución de estas dificultades, que pronto acabarían decantándose a su favor. Pero algo ya se iba respirando en la franja fronteriza, donde los revolucionarios floresmagonistas iban creando una red de simpatizantes que les ayudarían a meter armas y personas al sur de la frontera. En un artículo del 14 de diciembre de 1910, el *Calexico Daily Chronicle* mencionaba, con franca alarma, que empezaba a verse un número cada vez mayor de hombres que eran indeseables a ojos de los residentes de la región. El texto se publicó como “Manténgalos alejados” y en él se afirmaba que:

La aplicación de la ley debe estar en manos vigorosas y los oficiales sólidamente respaldados en sus acciones por los ciudadanos del Valle Imperial. Esto es evidente por la coincidencia de numerosas violaciones del código criminal en los últimos días. Todos los años, en esta época, se produce un brote periódico de delincuencia, que se debe invariablemente a las operaciones de los vagabundos y criminales que abandonan los rigores de los inviernos del este por el clima más suave de la vertiente del Pacífico, y que encuentran en nuestro valle un refugio para pasar unos días de descanso. Estos personajes se dejan caer en las ciudades del valle, viven de los convenien-

tes gallineros o de la caridad de las puertas traseras durante unos días hasta que se consigue la información necesaria; y luego cometen alguna depredación y a menudo escapan, aunque la actividad de los oficiales hace que muchos caigan con las manos en la masa. La forma más fácil de combatir este mal es prevenirlo, manteniéndolos fuera. Hace sólo unos días, hombres robustos y sin medios visibles de subsistencia fueron “sacados” de la ciudad. Al mismo tiempo había una necesidad imperiosa de hombres en los campos. Los hombres que son capaces de trabajar y no quieren trabajar deben seguir adelante. El Valle Imperial es un lugar demasiado caro para los zánganos: busquen otros campos. Son los viciosos perniciosos los que se quedan aquí y se niegan a trabajar, y ellos pueden ser fácilmente distinguidos. Ninguna medida será demasiado severa para tratar con tales delincuentes. Este condado está demasiado cerca de la línea mexicana para inclinarse por la indulgencia en la aplicación de la ley y una mano severa con los delincuentes conduce a un sano respeto por la justicia.

En cierta medida, algunos de esos “vagabundos” se incorporarían, apenas un mes más tarde, a la revolución anarcosindicalista del Partido Liberal Mexicano, pero varios de esos “zánganos” no eran tales, sino revolucionarios que se pasaban merodeando la frontera para ir descubriendo los puntos débiles de las fuerzas porfiristas, los lugares de acceso a Mexicali menos vigilados. Y no sólo ellos pasaban a nuestro país. Las caravanas turísticas, que visitaban los valles de Mexicali e Imperial, continuaban como si nada estuviera pasando al sur de la frontera. Y la principal preocupación de las autoridades judiciales del Valle Imperial era el contrabando de chinos, que llegaban por Ensenada y de ahí cruzaban a pie hasta Mexicali antes de internarse a los Estados Unidos. Sin embargo, para la prensa californiana, el desarrollo de esta



región se veía con un futuro prometedor para ambos lados de la línea internacional. Pero a mediados de enero de 1911 las cosas empezaron a cambiar. En un artículo del *Calexico Daily Chronicle* del 24 de enero de ese año, titulado “Mucha excitación en Mexicali”, se notificaba un ambiente de incertidumbre en la frontera, como en 1908:

La noticia de que un número de insurgentes mexicanos armados llegó a Mexicali la pasada noche ha provocado una gran excitación en toda la línea. Muchos de los lugares de negocios fueron cerrados temprano allí, y las indicaciones son que a todos se les ordenará cerrar al anochecer de hoy. Este es el primer reporte de la aparición de revolucionarios en las cercanías, y aunque no hubo informes de violencia, ha causado mucha inquietud a los oficiales y ciudadanos de Mexicali, y ya se están tomando todas las precauciones necesarias para evitar que se produzca algo grave. Se dice que los líderes, varios de los cuales han sido identificados como revolucionarios del interior, han sido capturados por los oficiales mexicanos y están en la cárcel, mientras que la colonia local de simpatizantes está siendo vigilada por una fuerza extra de la policía. El dinero y los documentos del gobierno de las diferentes estaciones de allá, fueron transferidos a este lado la noche pasada, y muchos particulares está llegando hoy a Calexico. No se prevé ningún problema serio en esta parte del país, pero los oficiales tienen las cosas planeadas de tal forma allí que sería fácilmente sofocado si lo hicieran. Al cierre de esta edición se informó que, según la autoridad del subprefecto, no hay nada que hacer con respecto a los asegurados, pero la gente de la ciudad, así como el Gobierno, están trayendo sus objetos de valor a este lado para su custodia.

Los siguientes días, sin embargo, fueron de calma. El problema que más preocupaba a la prensa del Valle Imperial eran los derechos de irrigación y las obras de reparación de los canales que se estaban llevando a cabo en el valle de Mexicali para que las tierras de cultivo y sus propiedades no se inundaran. Los temores de los mexicanos del otro lado parecían un acto de histeria colectiva antes que una respuesta a un desafío razonable. Pero pronto tal percepción iba a cambiar. La tranquilidad fronteriza estaba a punto de estallarles en la cara. Como el *Calexico Daily Chronicle*, bajo la dirección de Otis B. Tout, era una publicación diaria, fue el primero en dar la noticia del suceso más importante de 1911 en aquella parte de la frontera: la revolución había llegado a Mexicali y todos, estadounidenses y mexicanos, tendrían que lidiar, les gustara o no, con sus desajustes y consecuencias. En la madrugada del 29 de enero de 1911, bajo el mando del jefe José María Leyva, un sinaloense que había participado en la huelga de Cananea, y del comandante Simón Berthold Chacón, un sonoreense que residía en Los Ángeles, la pequeña tropa de 19 revolucionarios floresmagonistas entraron al pueblo de Mexicali y lo tomaron. A las 3 de la tarde de ese mismo día, el *Chronicle* sacó una extra con el encabezado de “Mexicali tomado”, donde se contaba lo que estaba sucediendo a unos cuantos metros de distancia, en México:

Una banda de cien revolucionarios armados apareció repentinamente al amanecer en Mexicali esta mañana e inmediatamente procedió a tomar posesión del pueblo. Aparecieron en la casa del gobernador Terrazas, subprefecto de este distrito, y lo pusieron en arresto. Luego se dirigieron con mayor fuerza a la aduana y exigieron la entrega de los funcionarios del gobierno. Estos se negaron, pero cuando rompieron una ventana y sacaron al jefe del cuerpo de aduanas, éste entregó su Win-



chester y se rindió. Todos los funcionarios federales fueron puestos bajo guardia mientras el grupo principal procedía. Los revolucionarios fueron entonces a la cárcel y exigieron las llaves del carcelero. Este las rechazó y fue asesinado con una bala de Springfield que le atravesó la cabeza. Este fue el único asesinato en el curso de la ocupación pacífica de la ciudad. Entonces se rompió la cerradura de la puerta y los presos de la cárcel fueron liberados, incluidos dos revolucionarios que habían sido arrestados días antes. Estos se unieron a las fuerzas de los insurrectos con gritos de “Viva México”. Los rebeldes visitaron las principales tiendas y se informó a los propietarios que no se permitiría ningún saqueo y que mientras se cumplieran sus demandas no habría disturbios ni asesinatos. B. Barreiro, propietario de la tienda más grande de Mexicali, trató de resistirse y fue arrestado. Se dice que les pagó 570 dólares por su libertad. Ahora está a salvo en este lado de la línea.

El propio Otis B. Tout cruzó la línea fronteriza y logró entrevistar a los revolucionarios sin que nadie se lo impidiera. También se logró tomar fotografías del grupo de rebeldes. Le fueron presentados los principales líderes del movimiento: Los comandantes Simón Berthold y José María Leyva. Las declaraciones del primero fueron ampliamente difundidas en toda la prensa estadounidense de costa a costa:

“Este es un movimiento general que se está produciendo hoy en todo México. Nosotros formamos parte del Partido Liberal Mexicano, que es lo mismo que el partido socialista en los Estados Unidos. Pretendemos que México se libere de la tiranía de Díaz y de todos los actuales funcionarios intolerables. Queremos que México sea una tierra para los pobres que hasta ahora han sido tratados como ganado. Estamos operando sin

disturbios, derramamiento de sangre o libertinaje. He ordenado el cierre de todos los salones y no permitiremos ningún maltrato a las mujeres o a los niños y los ciudadanos americanos serán tratados con respeto. Tenemos doscientos hombres armados en los alrededores y estamos preparados para luchar hasta el final para mantener el terreno que hemos ganado. El movimiento es el resultado del encarcelamiento y la persecución de los revolucionarios arrestados en Los Ángeles no hace mucho tiempo. Los planes son para el derrocamiento del gobierno y poner al pueblo llano en pie de igualdad con las clases superiores". J. M. Leyva declaró que las armas fueron adquiridas en una venta del ejército en su mayoría y que las tropas han estado acampadas en el campo durante los últimos tres días a la espera de que hoy se tome la ciudad. Dijo que el plan era dejar el pueblo en posesión pacífica de los revolucionarios y que el cuerpo principal se dirigiera a Ensenada con toda la prontitud posible.

El reportero-editor del *Calexico Daily Chronicle* fue testigo de que los insurgentes colocaron una pila de rifles en la calle principal y que se hizo una invitación a todos los ciudadanos de Mexicali para que se unieran a la causa revolucionaria y si prestaban juramento a la misma podían tomar un rifle del montón. Según Otis, "unos pocos lo hicieron, entre ellos cuatro muchachos estadounidenses que llevaban el botón de los Trabajadores Industriales del Mundo bajo la pequeña cinta roja prendida en sus mangas, la única decoración del uniforme utilizada". Además, el botín de los revolucionarios consistía en lo que descubrieron al saquear las oficinas del correo y de la aduana. Pero la situación de incertidumbre se incrementaba:



Muchas familias se han trasladado hoy a este lado, sin dejarse disuadir por los revolucionarios. Los conductores han estado ocupados con una carga tras otra de mujeres y niños que llevaban con ellos los efectos domésticos que podían manejar. Corren rumores de que las tropas del gobierno están ahora en camino a Mexicali y llegarán aquí esta noche. Se dice que una compañía de leales se está reuniendo en Algodones, cerca de Yuma, y que tratarán de retomar la ciudad inmediatamente. Los funcionarios mexicanos opinan que los revolucionarios no aseguraron más que unos 2.000 dólares y que éste es su único propósito: obtener el dinero que puedan y luego salir antes de que lleguen las tropas del gobierno. Las tropas más cercanas están en Ensenada. El fiscal Swing y el sheriff Meadows del condado de Imperial, al enterarse de los problemas y desear prevenir cualquier problema del lado americano, tomaron el asunto en sus manos al mediodía, jurando a cincuenta diputados y colocando una guardia en la línea fronteriza con instrucciones de no permitir que nadie salga de los Estados Unidos. Se espera que cientos de atrevidos jinetes lleguen a Calexico desde todas las partes del condado esta tarde y si se empieza a beber, alguien podría recibir un disparo y entonces nada podría retener a la multitud. Es esta situación la que los oficiales están preparándose para prevenir. Se han comprado rifles en todos los pueblos del valle, presumiblemente para que los leales al gobierno resistan a los revolucionarios. Estas armas tendrán que ser introducidas de contrabando en México y eludir a los guardias del sheriff.

Al día siguiente, el 30 de enero, el *Chronicle* expandía su información sobre la revolución floresmagonista, una revolución que estaba ocurriendo casi a las puertas de sus oficinas. Había un ambiente de excitación como nunca se había visto. Ni los espectáculos de la feria del condado de Imperial

provocaban que la mayor parte de los habitantes de la región dejaran sus ocupaciones habituales y se dirigieran a la frontera para ver el espectáculo de los rebeldes mexicanos en vivo y en directo. En su artículo titulado “Los revolucionarios acampan en el lecho del río al sur de la ciudad”, se ofrecían nuevos datos al respecto: que los oficiales mexicanos, los funcionarios de la dictadura porfirista ubicados en Mexicali, se mantenían del lado estadounidense, esperando regresar cuando la ocasión fuera propicia para ellos; que los 200 revolucionarios que los insurgentes decían contar en realidad no pasaban de 60 con 20 caballos en su poder; que la situación seguía tensa y nadie sabía lo que se estaba fraguando. La nota afirmaba que los representantes de la ley del lado americano habían estado alertas para que no hubiera mayores enfrentamientos armados entre los rebeldes y los funcionarios que querían retomar, con las armas en la mano, el pueblo de Mexicali:

Cuando cayó la oscuridad y los revolucionarios de Mexicali se mantuvieron en sus puestos llegó el momento propicio para que los refugiados armados seguramente intentarían retomar la ciudad y, si era posible, capturar a los liberales forajidos. El sheriff Meadows, el alguacil Crane, los chicos de la aduana y los cincuenta ayudantes del sheriff permanecieron de guardia toda la noche. No se sabe cuántos problemas se evitaron gracias a esta banda de estadounidenses de aspecto resuelto que patrullaban la línea y mantenían la calma. Dos o tres que desobedecieron las normas establecidas fueron arrestados. Se dice que uno de los revolucionarios está en los trabajos de este lado. Su identidad no se conoce. Esta mañana, al amanecer, la ciudad estaba completamente desierta y se pudo ver a algunos de los insurrectos dirigirse hacia los ranchos de Lee Little y Sinclair, y a otros ir hacia la compuerta Sharp. Se dice que



dieron vueltas por la zona y se reunieron cerca del Hume, al sur de Packard, donde descansaron por un tiempo. Los revolucionarios, que capturaron al gobernador Terrazas a primera hora de la mañana del domingo, lo tuvieron prisionero todo el día. Exigieron 500 dólares de oro por su liberación y mandaron decir a sus amigos que lo fusilarían si no les daban el dinero. A las 5 de la tarde se habían reunido 300 dólares. Se llevaron a cabo negociaciones y el gobernador dio su palabra solemne de que, si era liberado, se encargaría de conseguir el dinero. Entonces Rodolfo Gallegos se hizo famoso al ofrecer quedarse en lugar del gobernador como garante de su honor. Terrazas fue entonces liberado y cruzó la línea, recibiendo los vítores de todo lo que se había reunido en la aduana americana para ver los acontecimientos. El dinero del rescate se consiguió en breve y Gallego también fue liberado.

El gran problema de los revolucionarios era que si los porfiristas los atacaban desde el norte, ellos iban a tener que disparar hacia el territorio de los Estados Unidos y eso, seguramente, provocaría un incidente internacional que podría llevar a la intervención de los Estados Unidos en México, lo que sería catastrófico para el movimiento revolucionario que representaban. El comandante Berthold decidió actuar antes de que los acontecimientos se le fueran de las manos. Por eso envió un mensaje al sheriff Meadows:

Este mensaje fue llevado por uno de los revolucionarios en la punta de su bayoneta, entregado a través de la línea fronteriza internacional a un ayudante del sheriff. El sheriff Meadows, con sus ayudantes, unos cincuenta, incluido el alguacil Frank Crane, y con la ayuda de los funcionarios de aduanas locales, consideraron que podían controlar la situación a este lado de la línea sin tropas estatales, aunque el gobernador Johnson

estaba informado de la situación. Los revolucionarios no mostraron ninguna disposición para acosar a los americanos, robar en las tiendas y salones o hacerse odiosos.

Los informes de hombres armados que se reunían con el propósito de recapturar la ciudad eran abundantes anoche. Un disparo al atardecer causó temor por un momento, pero sólo fue un arma de señal. Los funcionarios de aduanas están en un dilema. Tres quintas partes de la población de Mexicali se trasladaron a este lado de la línea. Bajo la ley, cada uno debía reportarse con el oficial de inmigración de los Estados Unidos, asegurar un certificado del médico del gobierno y ser admitido. Pero el rebaño de mexicanos, negros, mujeres, hombres y niños, era demasiado grande para la fuerza local y todo lo que pudieron hacer fue ordenar a cada familia que se reportara a la aduana.

Lo que ya era un hecho insoslayable era que la revolución floresmagonista había liberado a Mexicali del yugo de la dictadura. El poblado fronterizo ahora era un territorio libre de la tiranía y eso iba a provocar amplias reacciones en ambos lados de la frontera. Su sorpresiva aparición convirtió al ejército revolucionario en un problema para todos: políticos, empresarios y militares por igual. Y eso era exactamente lo que pretendían Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano. Pero los que aceptaron la presencia de un grupo armado a unos metros de sus casas como maná caído del cielo fueron los periodistas locales. El *Calxico Daily Chronicle* mantuvo su cobertura del movimiento revolucionario con gran asiduidad. Para el primero de febrero anunciaban que los revolucionarios se habían marchado de Mexicali y se habían instalado 20 millas al sur, en el rancho de Lee Little. Pero los oficiales porfiristas no se atrevieron a retomar Mexicali, que se mantenía “absolutamente desierto. Ni los perros



callejeros lo visitan". El cónsul mexicano en Calxico, Enrique de la Sierra, fue el único que se aventuró por Mexicali, pero regresó pronto al lado estadounidense. Al día siguiente se descubrió que aún había rebeldes en el pueblo mientras que una treintena de soldados americanos habían llegado a la frontera para mantener control de las idas y venidas de los mexicanos de ambos bandos. En su edición del 2 de febrero, en un texto titulado "Se comenta el buen comportamiento de los revolucionarios", Otis ofrecía su primer editorial relacionado con su visión de la insurrección floresmagonista para los lectores estadounidenses de su periódico, donde mostraba sus simpatías con la causa revolucionaria:

A pesar de todas las denuncias de los insurrectos que se apoderaron de Mexicali, hay que reconocerles que han hecho su trabajo de manera profesional y con evidencia de su intención de respetar los derechos de todas las personas. Y a pesar de la tendencia a considerar el levantamiento de los mexicanos como una broma, es un asunto de seria preocupación para el bienestar de esa nación. No cabe duda de que el gobierno de México es uno de los más despóticos del mundo. Que el despotismo es necesario en el gobierno de un pueblo que es analfabeto, es la defensa que se hace. Si ese despotismo se utilizara para conducir al pueblo hacia la educación sería justificación suficiente, pero en el afán de construir el bienestar material de la república, el gobierno de Díaz no ha hecho nada por el pueblo. Los derechos del pueblo no tienen reconocimiento en los hechos, aunque sí en la constitución.

Esta revolución se ha iniciado no para derrocar a Díaz, sino para obligar a que se reconozcan los derechos del pueblo comprometidos por la constitución. Como tal, es una demanda tan santa como lo fue la de los colonos americanos de Inglaterra. En este país, la prensa que habla a favor del capital y

en contra de la valentía, sostendrá a Díaz y a su política, pero la simpatía del gran cuerpo de ciudadanos americanos debe ir hacia los revolucionarios. La afirmación de que los insurrectos son anarquistas no se ve confirmada por su conducta. El procedimiento revolucionario consiste en confiscar el dinero público, pero estos hombres no han molestado a ningún individuo pacífico ni a su propiedad y declaran abiertamente que no lo harán. Sólo la ignorancia de su trabajo o una disposición a atender al déspota en contra del pueblo puede explicar la alusión de ciertos periódicos en este país.

Pero detrás de esas simpatías públicas y de su ignorancia sobre los principios anarcosindicalistas del movimiento floresmagonista, Otis mantenía su firme creencia en que su deber periodístico era defender los intereses de los agricultores, comerciantes y granjeros del Valle Imperial sobre todas las cosas. Para el editor del *Calxico Daily Chronicle*, su trabajo era aumentar la prosperidad de los ciudadanos del sur de California y los mexicanos, déspotas o revolucionarios, sólo eran instrumentos de trabajo u obstáculos a vencer:

Aunque el levantamiento en Mexicali huele a ópera bufa, al hombre pensante le viene a la mente lo que puede suceder cuando el brazo fuerte del presidente Díaz ceda las riendas del gobierno en México. Aquí se encuentra el punto débil del sistema de canales del Valle Imperial: el camino de ida y vuelta a través de México para el canal principal. Si los revolucionarios quisieran hacer travesuras, unos cuantos cartuchos de dinamita en la cabecera de la compuerta Sharp podrían causar serios problemas. Por esta y otras razones similares, no hay que perder tiempo en instar a las autoridades de los Estados Unidos a la necesidad inmediata de un tratado con México, que garantice la autonomía de un derecho de paso del



canal. Este puede ser patrullado en caso de disturbios. Es más que probable que tales disturbios lleguen cuando su puesto sea tomado por otro que no sea el hombre de hierro que ahora lleva el timón de la República del Sur. Estar prevenidos es estar prevenidos. A través de un distrito de riego organizado, es posible presentar el asunto en los canales apropiados para asegurar el derecho del tratado.

Para Otis, el tiempo de la acción había llegado. Y el de los negocios también. En ese mismo número del 2 de febrero, se anunciaba con bombo y platillos las “Populares tarjetas postales”, que

mostraban escenas de la revolución y que hoy ya están a la venta. Son fotografías reales que muestran al ejército de insurgentes con el gobernador Terrazas bajo arresto; los líderes del movimiento posando especialmente para nuestro diario y la garita bajo las armas insurgentes. Sólo se pueden tener unas pocas de estas tarjetas y no durarán mucho al ritmo que se han ido hoy. Llama por teléfono para hacer tu pedido y que te guarden algunas.

El día 3 de febrero, el *Chronicle* informaba que el contrabando de armas y el tránsito de revolucionarios hacia Mexicali se iba incrementando:

Doce mulas cargadas con rifles Springfield llegaron ayer al campamento de los insurgentes que se ha restablecido cerca del rancho Little en el canal principal del oeste de México. Esta gran provisión de armas debe haber sido enviada a través de los Estados Unidos. El sheriff Mobley Meadows y su hermano, “Arizona Charley”, fueron a ver lo que podían

ver ayer por la tarde en el campamento de los insurgentes y consiguieron acceder y hablar con los hombres, unos catorce en este campamento. Descubrieron que acababa de llegar un gran suministro de rifles, unos 400, ya que las mulas aún estaban calientes por el viaje. La ruta tomada es simplemente una conjetura. Es posible que las armas hayan llegado por etapas a través de las montañas al oeste de Brawley, bordeando las colinas del desierto al oeste del monte Signal (el cerro del Centinela, como se conoce en México). Para confirmar esta teoría, varios mexicanos abordaron el tren ayer en Brawley y se bajaron en El Centro. Mientras que en el depósito de El Centro uno de ellos fue particularmente notado por el grupo del sheriff. Cuando el grupo llegó al campamento, uno de los primeros hombres que vieron fue este mismo mexicano y sólo él sabe cómo llegó antes que los oficiales. Pudo haber dejado el cargamento de fusiles en las colinas al oeste de Brawley, abordar el tren en Brawley y bajarse en la sede del condado para no llamar la atención. Es evidente que los insurgentes están recibiendo reclutas todos los días de Los Ángeles y de todo el sur de California. Que Mexicali se ha convertido en la cabeza de todo el movimiento en la Baja California es evidente por la llegada de reclutas y el envío de armas a este lugar en tales cantidades.

Otra cuestión que hacía notar el *Chronicle* era que los revolucionarios que habían salido de Mexicali probablemente se dirigían rumbo a Tecate y Tijuana, pueblos igualmente fronterizos, donde se enfrentarían con las tropas del gobierno, con los rurales y otros ciudadanos armados, fieles al régimen porfirista, que ya los estaban esperando en aquellas poblaciones para impedirles que las tomaran. Por otra parte, se daba a conocer que el gobernador y jefe militar del Distrito Norte de la Baja California, el coronel Celso Vega, había sa-



lido de Ensenada, la capital del Distrito, con 60 soldados y que se pensaba iba rumbo a Mexicali para enfrentarse con los rebeldes y expulsarlos de Mexicali.

Recuérdese aquí que las comunicaciones al otro lado eran mucho más expeditas que del lado mexicano, ya que se contaba no sólo con el telégrafo sino con líneas telefónicas que mandaban información sobre cualquier movimiento sospechoso a las autoridades del condado de Imperial y, por lo mismo, a los periodistas locales. De ahí que ese 3 de febrero, el *Chronicle* no únicamente informara sobre los revolucionarios floresmagonistas: también daba cuenta de la batalla que los revolucionarios maderistas llevaban a cabo en Ciudad Juárez, el pueblo fronterizo del estado de Chihuahua. Según este diario, en su artículo “Una gran batalla en El Paso”, los enfrentamientos entre maderistas y el ejército federal daban cuenta de entre 400 y 500 muertos. Además, se indicaba que el cónsul americano en Ciudad Juárez había pedido a los ciudadanos de su país que salieran de la ciudad antes de que fuera demasiado tarde. La noticia de que Ciudad Juárez iba a caer implicaba que no iban a llegar tropas federales desde Chihuahua y que el ejército federal del Distrito Norte de la Baja California sólo contaría con unos centenares de soldados, la mayoría de leva y mal entrenados, para el combate que se avecinaba en Mexicali.

El día 4 de febrero, el *Chronicle* informaba que se estaba viviendo un periodo de tensa espera a lo largo de la frontera: “Mexicali sigue sin vigilancia. Es inseguro para los visitantes estar allí después del anochecer porque hay varios personajes siniestros listos para aprovechar la ausencia de oficiales de la ley y cometer cualquier tipo de crimen para obtener ganancias”. Los rumores crecían con cada hora que pasaba: que los federales se acercaban ya al valle de Mexicali, que a los revolucionarios se les había visto en las cercanías de Tijuana, que las depredaciones de los malvivientes

era cosa diaria. La revolución sólo había traído incertidumbre a los pobladores fronterizos y cada quien inventaba lo que deseaba ver. Otis, al final de su artículo titulado “Todo mundo está esperando” aceptaba que él, como periodista, hacía lo mismo que el resto de los residentes del Valle Imperial: acercarse a la línea y esperar, en multitud, que algo sucediera. Lo que sea. Cualquiera cosa. Pero ya.

Como el *Imperial Valley Press* era un semanario que salía los sábados, sólo hasta el sábado 4 de febrero de 1911 estuvo en capacidad de dar su versión de los hechos, muy atrás de la cobertura periodística realizada por el *Calexico Daily Chronicle*. El editor del *Imperial Valley Press*, Allen Kelly, contaba con más páginas para ofrecer el acontecimiento del año con el título de “Cómo Mexicali fue capturado”, donde repetía lo que ya sabían los lectores gracias a Otis y su diario rival: que el pueblo había sido sorprendido por los revolucionarios, que murió el celador de la cárcel, pero que no hubo más violencia en la toma de Mexicali, que con dinero en efectivo los funcionarios públicos fueron liberados y que soldados estadounidenses habían sido enviados a custodiar la frontera. La nota, socarronamente, precisaba que gracias a la revolución, Mexicali había vivido su primer domingo de ley seca, ya que cerrados todos los negocios no hubo consumo de bebidas etílicas:

Mexicali, la ciudad fronteriza mexicana adyacente a Calexico, estuvo en posesión indiscutible de los “insurgentes”, o revolucionarios, desde la madrugada del domingo pasado hasta poco antes del amanecer del lunes, y durante varios días después los funcionarios del gobierno mexicano, que habían sido corridos por la pequeña banda de insurrectos, permanecieron discretamente en el lado americano y dejaron que la ciudad se manejara sola. El único hombre que se resistió a los invasores



fue el carcelero, que no sabía qué clase de muchedumbre era la que exigía las llaves del calabozo, y fue asesinado a tiros por los excitados miembros de la banda.

La toma de la ciudad se efectuó por sorpresa en la madrugada. Alrededor de una veintena de hombres armados se deslizaron desde el lado americano y se apoderaron de la aduana y de otras oficinas gubernamentales, y cuando los habitantes despertaron, Mexicali estaba completamente en manos de los revolucionarios. Los invasores capturaron al subprefecto Terrazas, al recaudador Muñoz y a algunos funcionarios menores y persiguieron a uno o dos rurales a través del Río Nuevo, pero no lograron capturar al Juez del Tribunal de Primera Instancia, a quien querían particularmente, porque tiene el buen juicio de dormir bajo la bandera americana en este lado de la línea. Todos los prisioneros de la cárcel fueron liberados, y la mayoría de ellos se unieron rápidamente a la banda.

Los insurgentes tenían cincuenta o más rifles de repuesto, y los apilaron en la calle e invitaron a todos los que simpatizaban con su causa a tomar las armas y unirse a ellos. El proceso de alistamiento bajo la bandera de “México Libre” era muy sencillo. Consistía en ayudarse a sí mismo con un rifle y ponerse en la fila para ser fotografiado por los hombres del periódico del lugar. Ser fotografiado y entrevistado fue la principal ocupación de los patriotas durante el día. Salvo el asesinato del pobre carcelero, nada violento ocurrió durante la ocupación de la ciudad. Eso no es del todo correcto; un funcionario gordo, que huía con una caja llena de sellos fiscales, se esforzó que se dislocó el hombro, y fue necesaria una hora de duro trabajo por parte de un médico del lado americano para fijar su hombro y convencerle de que no estaba lleno de balas insurgentes.

El *Imperial Valley Press* vio a los revolucionarios como aficionados en plan de insurgentes. El que los rebeldes se dejaran fotografiar cometiendo sus actos contra la ley y el orden, reforzaba tal prejuicio. Kelly sabía que cuando el ejército federal llegara para acabar con esa partida de revolucionarios entusiastas, muchos de ellos acabarían en el potro de tortura o ante el pelotón de fusilamientos. Pero su descripción de los comandantes del ejército revolucionario es más respetuosa:

Los líderes de los insurgentes eran J. M. Leyva y Simón Berthold. Leyva, que se autodenominaba General en Jefe de las Tropas Insurgentes, es un mexicano alto, grave y de aspecto capaz. Se dice que fue gerente de una mina en la Baja California para una compañía estadounidense y que tenía experiencia militar. Llevaba un buen Winchester y firmaba sus órdenes con una pluma de oro. Berthold se declaraba ciudadano americano y socialista. Otros miembros activos de la banda eran socialistas y presuntos hombres del I.W.W., que han estado presentes en las salas de billar de Holtville durante el último año o más. La expedición parece haber sido planeada en un campamento cerca de Holtville, que había sido vigilado por oficiales del condado durante algún tiempo. El primer movimiento del General Leyva después de tomar posesión de la ciudad fue cerrar todos los salones y notificar a los habitantes que ninguno de ellos sería molestado y que podrían seguir con sus negocios como de costumbre. Como el principal negocio de Mexicali se realiza en salones de juegos, no hubo mucho que hacer. Los jugadores cruzaron la línea con sus "rollos", y el hombre de las máquinas tragamonedas limpió sus "separadores" y empacó sacos de monedas de cinco centavos para pasarlos por la frontera, y ningún insurrecto levantó un dedo para detenerlos. El barrio rojo entró en pánico y arrojó a sus habitantes a suelo americano. Si la ciudad iba a ser entre-



gada a la soldadesca para el pillaje y la rapiña, los saqueadores y los tahúres residentes, celosos de su botín y de su virtud, decidieron no correr ningún riesgo. Y así Mexicali, durante veinte horas bajo la “revolución”, fue ordenado, seco y decente por primera vez en su historia.

El *Imperial Valley Chronicle* fue crítico de los insurgentes como de los funcionarios porfiristas, pero también tuvo palabras de desdeñosa superioridad cuando se refirió a la actitud de su colega del *Calxico Daily Chronicle*, que actuó como si estuviera en un espectáculo formidable. Kelly desnudó la sorpresa casi infantil con que los ciudadanos estadounidenses respondieron a los acontecimientos revolucionarios tan cerca de sus vidas cotidianas:

Por supuesto que hubo emoción a lo largo de la línea, pero la mayor parte fue en el lado americano. No ha sido posible muchas veces estar en una frontera internacional y ver las ruedas de una revolución girar en un país extranjero, y nadie en Calxico perdió la oportunidad única. Desde todas las partes del Valle Imperial los ciudadanos acudieron al lugar, esperando ver algo más interesante que una corrida de toros, y durante todo el día las multitudes se extendieron a lo largo de la zanja fronteriza viendo cómo una guardia de patriotas desconcertados ponía fuera de juego al gobierno de Díaz, e inventando y difundiendo extraños rumores. No podían pasar la zanja, porque los oficiales de aduanas e inmigración de los Estados Unidos y el sheriff del condado de Imperial bloquearon la frontera para prevenir la violación de las leyes de neutralidad y evitar el conflicto a lo largo de la línea. Los fugitivos del lado mexicano eran admitidos libremente si no llevaban armas, pero no se les permitía regresar. Los insurgentes no parecían preocuparse por quiénes iban y venían, aunque co-

locaron centinelas a lo largo de la línea y ocuparon la caseta de vigilancia en el cruce. A los oficiales de la compañía del canal y a los hombres del periódico se les permitió cruzar la línea, y Leyva dio pases por escrito a los empleados de la compañía del canal, explicando sin embargo que no eran necesarios los pases, ya que él y sus hombres no interferirían con los americanos de ninguna manera. A la gente del ferrocarril se le dijo que los insurgentes no molestarían su propiedad ni interferirían con los trenes, a menos que se intentara traer tropas mexicanas en tren, en cuyo caso, los puentes serían volados. Un amable insurgente estaba de centinela en la caseta de vigilancia, y saludaba a los estadounidenses que pasaban y sonreía amistosamente. Un periodista con una cámara se ofreció a hacerle una foto, y el insurrecto miró con pesar su propio traje raído y manchado de barro y dijo que no le gustaba que le hicieran fotos con esa ropa. Pero, con una sonrisa tímida, adoptó una pose y se sometió a la operación con resignación. Lamentó no tener un buen uniforme para la ocasión. La multitud en la zanja se había dado cuenta de que se había exigido un enorme rescate a Terrazas y Muñoz, y que iban a ser fusilados a las 5 de la tarde si no se pagaba el dinero, y la perspectiva de ver a dos funcionarios mexicanos colocados contra la carbonera del ferrocarril y llenos de plomo mantuvo a los espectadores de la insurgencia pacientemente en sus lugares por horas.

Desde el espíritu de los residentes de Valle Imperial, la revolución floresmagonista era una diversión mejor que las carreras de caballos, las acrobacias aéreas, las películas mudas, los sermones de sus pastores o las ferias del condado. Aquí podían ver a hombres temerarios, a un pueblo puesto patas arriba. Su curiosidad era insaciable. Todo su puritanismo se liberaba con aquel jolgorio rebelde que destruía las



convenciones reinantes y los ponía como público ansioso de contemplar un espectáculo único en su género, del que querían saberlo todo y parecían nunca saciarse:

Durante toda la noche del domingo la frontera estuvo estrictamente vigilada por los oficiales americanos, y varios hombres, que fueron sorprendidos cruzando a escondidas la línea, fueron arrestados y encerrados. Se hizo un esfuerzo para organizar un ataque nocturno contra los insurgentes por parte de los leales mexicanos, y el conocimiento del plan mantuvo a los oficiales americanos en alerta. Si se iniciaba una disputa, se propuso que se limitara a territorio mexicano y que ningún combatiente volviera a cruzar la línea con armas. Hasta cerca de la medianoche, los leales —es decir: los funcionarios desalojados— estaban llenos de ardor marcial y de planes para derrotar a los insurgentes y recuperar el dinero del rescate, y se acordó que el ataque se hiciera al romper el día. En la aduana americana, los hombres armados esperaban pacientemente el amanecer y la guerra, y los guardias patrullaban la línea vigilantemente, pero el ardor de los vengadores se desvaneció durante la noche, y a la hora fijada para la reunión secreta del grupo de asalto, sólo media docena de voluntarios americanos, listos para cualquier cosa que prometiera aventura y lucha libre, se presentaron en el lugar señalado, y entonces no había insurgentes en México. Alrededor de las 3 de la mañana, los insurrectos se desvanecieron silenciosamente en el desierto y en la oscuridad, y al amanecer Mexicali estaba tan desprovisto de vida visible como un cementerio rural en la oscuridad de la noche. No se consideró apropiado que los oficiales fueran a explorar un país extranjero, pero los civiles, que habían compartido su vigilancia, se adelantaron y recorrieron las calles vacías de Mexicali. Una tropa de perros, evidentemente solitarios y contentos de ver a alguien, salieron alegremente al

encuentro de los exploradores moviendo sus colas, y los exploradores supieron que sus amigos, los residentes, debían llevar varias horas fuera. Los exploradores se dirigieron a la orilla del desfiladero y recorrieron el horizonte, pero no había insurgentes a la vista. Recorrieron las calles traseras, y desde un edificio con un cristal roto en la puerta oyeron extraños ruidos. Era la aduana. El recaudador Muñoz seguía desaparecido y se había informado de que iba a ser fusilado. Se habían efectuado algunos disparos durante la noche. Los síntomas indicaban una investigación. Una mirada a través del cristal roto resolvió el problema de la suerte del recaudador Muñoz. Estaba tumbado en la cama, roncando con fuerza, pero también durmiendo plácidamente.

En ese mismo número del 4 de febrero, Allen Kelly también llevó a cabo un ejercicio de reflexión sobre lo que él consideraba era el movimiento armado que estaba ocurriendo en Mexicali y sus alrededores. Su editorial, titulado “La revuelta mexicana” era un acercamiento mesurado a lo que yacía debajo del espectáculo revolucionario y de los prejuicios con los que se veía tal rebelión en plena frontera con su país:

La protesta de una parte del pueblo de México contra la práctica abrogación de sus derechos constitucionales por parte de la oligarquía que lo gobierna no ha alcanzado la dignidad de una revolución; es todavía sólo una débil revuelta en los estados fronterizos. Pero es una revuelta significativa, y algún día puede alcanzar las proporciones de una revolución. Los colonos americanos no aseguraron su independencia hasta algunos años después de que empezaron a disparar a los hombres del Rey. El pueblo llano de México tiene tan buenas razones como las que tenían los colonos americanos para estar descontentos con sus gobernantes, tal vez mejores razones, y es vergonzoso



que los americanos los vilipendien y los llamen “harapientos”, “la chusma”, “anarquistas”, “bandidos” y “malditos rebeldes”. Los hombres que se plantaron en Lexington Green y dispararon contra los soldados de su Rey eran la misma clase de harapientos y malditos rebeldes, y no se comportaron con más dignidad ni consideración hacia sus vecinos que los pobres diablos que ocuparon Mexicali el domingo pasado. No hace muchos años, este país se puso histérico de simpatía por un lote peor de “bandidos” y mestizos de Cuba. México es un vecino cercano, y los estadounidenses no pueden entrometerse en sus asuntos como lo hicieron con los de España, pero pueden mantener las manos fuera y las lenguas tontas en la boca cerrada, si tienen alguna capacidad de reconocer las aspiraciones a la libertad que les quedan en sus almas ensombrecidas por los negocios. El *Los Angeles Times* está echando espuma por la boca sobre la insurrección mexicana, y tiene en el campo a un intrépido mentiroso, un tal John Meteer, que escribe sobre la banda de Leyva como “anarquistas de I.W.W.”, “ladrones de gallinas”, “vagabundos”, “criminales”, “mestizos”, etc. O este tipo se gana el dinero sucio adulando y escribiendo mentiras, o sus reportes son editados por un vicioso idiota en su oficina de la redacción.

Hagamos un alto aquí y exploremos las implicaciones del editorial del *Imperial Valley Press*. Lo que Kelly hacía hincapié era que, al llamar a los revolucionarios una banda de bandidos harapientos, era olvidar que igual o peor fueron llamados los americanos que se rebelaron contra el ejército británico y pidieron la independencia del rey en 1776. La causa era la misma: romper la opresión que los subyugaba, el despotismo que padecían. Les recordaba a sus lectores que apenas 13 años antes, en 1898, el pueblo estadounidense estuvo a favor de bandidos revolucionarios, como lo eran

los independentistas cubanos que luchaban contra las tropas del Imperio español, y que en ese entonces su país estuvo a favor de los revolucionarios del Caribe. Pero la parte fundamental del editorial es aquella en que se hace una crítica frontal al periódico que, con más inquina, describía a los revolucionarios floresmagonistas como criminales, mestizos y ladrones de gallinas. Su crítica a *Los Angeles Times*, cuyos propietarios eran los dueños del rancho más grande del valle de Mexicali y los enemigos jurados de todo lo que oliera a revolución, sindicalismo y derechos laborales, indicaba que su corresponsal en la frontera, John Meteer, era un mentiroso o que el propio periódico carecía de ética periodística a la hora de cubrir los sucesos revolucionarios en Baja California. El que un periódico rural como el *Imperial* criticara a un diario como *Los Angeles Times* indicaba que el primero era una publicación que se presentaba como progresista frente a una empresa periodística que sólo defendía sus intereses privados, los negocios de sus propietarios en Baja California.

El 6 de febrero, el *Calexico Daily Chronicle* informaba que las tropas revolucionarias se habían movido hacia las montañas y que en ellas había habido enfrentamientos con el ejército federal, pero de estos enfrentamientos no se tenían informes fidedignos. Lo cierto era que la curiosidad pública aumentaba en el Valle Imperial, donde desde

las cimas de los edificios, los tanques de agua, los vagones y todos los puntos de vista altos fueron cubiertos por la gente que querían ver la llegada de las tropas mexicanas, que se informó venían desde Ensenada a Mexicali a través de Tecate y bajo el mando del Gobernador Vega. Pero los observadores estaban condenados a la decepción, ya que ni un solo soldado llegó a la vista desde las montañas.



La otra noticia importante para los lugareños fue la llegada de tropas de caballería del ejército estadounidense a Mexicali y bajo el mando del capitán C. S. Babcock. Su objetivo era cuidar la integridad del territorio estadounidense y reforzar las leyes de neutralidad del país vecino a lo largo de la frontera mexicana.

Para el 7 de febrero de 1911, el *Chronicle* dio a conocer otra noticia que impactaría en gran medida en la percepción que se tendría, de ahí en adelante, de la revolución floresmagonista en Baja California. Con el título de “Los americanos se unen a los insurgentes”, se informaba que:

Hay treinta americanos en el campamento de los revolucionarios mexicanos que portan armas, de acuerdo con las buenas autoridades. Estos han estado llegando desde el exterior en su mayoría, junto con un gran número de mexicanos que también se unen a sus filas diariamente. El domingo pasado por la noche, treinta y siete reclutas cruzaron la línea y se unieron a los revolucionarios en su marcha hacia Tecate. Contando con estas constantes adiciones, el pequeño grupo de unos treinta que estaban en Mexicali el famoso día 29 de enero, ha aumentado a unos 250 hombres armados. Carros de provisiones están llegando a los insurgentes diariamente y el sistema parece estar bastante bien mantenido.

Esta noticia haría ver a los revolucionarios como un conjunto variopinto de mexicanos y estadounidenses, sin que se notara que muchos de estos nuevos voluntarios eran miembros de la unión Industrial Workers of the World, la famosa IWW, cuyas ideas de revolución total no concebían barreras nacionales para llevar el cambio por todo el mundo. Al igual que hoy lo hacen grupos como Greenpeace o Amnistía Internacional, los miembros de la IWW abrían sus brazos a los

trabajadores de toda nación, clase o raza, sin hacer distinciones, en una época en que la discriminación contra afroamericanos, chinos y mexicanos estaba en auge. El Partido Liberal Mexicano había pedido, a través de su periódico *Regeneración*, publicado en Los Ángeles, que todos los hombres y mujeres de corazón revolucionario se unieran al ejército floresmagonista en Mexicali, para apoyar no sólo el cambio de régimen en el país, sino el cambio radical de las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales del mismo, y así dar paso a una sociedad utópica, anarquista, donde no hubiera ni verdugos ni víctimas, ni amos ni esclavos.

Bajo esa premisa, la llegada de voluntarios estadounidenses, lo mismo anglosajones que afroamericanos y mexicanoamericanos, se veía como la conformación de un ejército internacionalista, cuyo antecedente más conocido fue el de los republicanos de Garibay en la Italia del siglo XIX y cuyos descendientes más famosos fueron las Brigadas Internacionales, que pelearon junto al ejército republicano contra los fascistas en la Guerra Civil Española, en la cuarta década del siglo XX. Pero esta información serviría para la guerra sucia que ya entonces se llevaba a cabo, en California y Baja California por igual, para manchar el movimiento revolucionario tildándolo de simple filibusterismo, de ser una partida de extranjeros cuyo único propósito era tomar el Distrito Norte y entregarlo a los Estados Unidos, cuando era algo bien sabido que los anarcosindicalistas eran enemigos declarados del capital extranjero y de las intromisiones del imperio estadounidense en todo el mundo.

Tal verdad no detuvo la campaña de noticias falsas que lanzaron tanto la dictadura porfirista desde la ciudad de México como los cónsules que residían al sur de California, manipulando de esta manera los temores de los bajacalifornianos de ser invadidos por los americanos y aprovechando este miedo natural para reclutar sus pro-



pios voluntarios para luchar contra los revolucionarios. Y a toda esa confusión mediática se sumó un personaje que el *Chronicle* calificó, en esa misma edición del 8 de febrero, como “el idiota de Ferris”, un promotor de espectáculos que se autoproclamaría presidente de una fantástica república de Baja California, cuyos dichos y hechos en los meses siguientes servirían para hacer más verosímil la estratagema de nombrar filibusteros a los revolucionarios:

Dick Ferris, ayer desde San Francisco, envió un telegrama al presidente Díaz diciendo que tenía un sindicato que le compraría toda la Baja California. “Se podrían levantar fácilmente filibusteros para bajar y tomar el país”, dijo Ferris. Sus insensatas palabras no fueron tomadas en serio por nadie.

Pero eso no era verdad: las autoridades militares y los bajacalifornianos cuyos intereses estaban al servicio de la dictadura porfirista, las usaron para anunciar que, como lo decía Ferris, la revolución floresmagonista era sólo un movimiento filibustero, secesionista a la texana, que pretendía apoderarse de la península y dársela a los Estados Unidos. Por otra parte, hay que reconocer que muchos estadounidenses, especialmente vecinos del otro lado y jóvenes con espíritu aventurero, cruzaron la frontera con el deseo de vivir el acontecimiento de su vida y poder contarlo después a sus amigos y parientes. En el mismo número del 8 de febrero, el *Chronicle* daba cuenta de uno de estos jóvenes y de su aventura mexicana con el título de “Una temporada de venganza”, donde se relataba que:

Durante la ausencia de la autoridad policial en Mexicali, la semana pasada, cierto joven vio la oportunidad de saldar al-

gunas cuentas pendientes con los habitantes de los salones del otro lado de la línea. En consecuencia, se acercó y en dos días tuvo buenas peleas, limpiando su nombre cada vez que pudo y sin temor a ser arrojado a la cárcel mexicana. Dejando a todos sus antiguos enemigos con los ojos morados y los sentimientos lacerados, el joven regresó a este lado satisfecho con su revolución de dos días y se puso a trabajar de nuevo.

En ese mismo ejemplar del *Chronicle*, ya se iba precisando que las tropas del gobierno porfirista estaban todavía en Tecate:

El lic. Miguel Lira y Lira envió la semana pasada un mensajero a toda prisa a las montañas para encontrarse y entregar un mensaje al general Vega, que está al frente de las tropas mexicanas que marchan desde Ensenada camino de Mexicali. El mensajero se llama Zenaido Llanos, muy conocido en Calexico y Mexicali. Se acaba de recibir la noticia de que el mensajero llegó bien, entregó su mensaje y se unió a las tropas federales en Tecate. Este mensaje explica la no llegada de las tropas mexicanas a Mexicali, ya que evidentemente aconsejaba al gobernador Vega que se preparara para enfrentarse a los revolucionarios que entonces se dirigían hacia el oeste. En cualquier caso, las tropas del gobierno han acampado en Tecate, han levantado obras de defensa y han estado esperando el ataque de los insurgentes desde entonces. El paradero de los revolucionarios es absolutamente desconocido en este momento.

“Desconocido” era, en esos días, la palabra clave. Nadie sabía a ciencia cierta dónde estaban los revolucionarios, menos se conocía cuándo y dónde ocurrirían los siguientes enfrentamientos. El 9 de febrero, el *Chronicle* informaba de una batalla, ocurrida esa misma semana en las montañas de la



sierra de Juárez, entre las tropas del comandante Leyva y el ejército federal a las órdenes de Celso Vega, dejando 15 muertos y muchos heridos. La noticia les había llegado por teléfono. El 10 de febrero se ofrecían datos más precisos: que el combate se llevó a cabo entre 75 soldados del gobierno y 60 revolucionarios, y se reproducía un artículo del *San Diego Union* escrito por John Haley, donde se hablaba de la batalla de Picachos:

Yo estaba en el campamento de Vega cuando me llegó la noticia del enfrentamiento entre las fuerzas rebeldes y las regulares. El general Vega no admitió que ninguno de sus hombres hubiera muerto, pero por la información recibida de otras fuentes parece seguro que dos de sus hombres encontraron la muerte. Cuando intenté salir hacia la frontera para enviar noticias de la batalla a la Unión, mi caballo fue secuestrado. Otro corresponsal que estaba en el campamento en ese momento, al enterarse de mi situación, espoléó su caballo y salió al galope del campamento. Yo monté un mustang que estaba en el campamento y también me dirigí a la línea americana. Oí dos disparos, pero no sé si me dispararon a mí. La batalla en el cañón del Picacho tuvo lugar alrededor de las 2 de la tarde de ayer. Vega había enviado una tropa de 75 hombres al frente para reconocer. Se encontraron con una fuerza de 60 hombres en el paso.

Además de matar a quince hombres, los regulares capturaron 2.500 cartuchos de munición y varios caballos que habían sido tomados en el momento de la incursión en Mexicali. Que los soldados regulares no tendrán piedad con los rebeldes queda demostrado por un incidente ocurrido hoy en Tres Fosas, un lugar de abastecimiento. Cuatro soldados regulares sorprendieron a dos rebeldes en los manantiales y se produjo una batalla. Uno de los rebeldes murió instantáneamente al pri-

mer disparo. El segundo fue gravemente herido. Uno de los soldados regulares también fue herido. El rebelde herido se dirigió a las colinas, pero más tarde fue atrapado por la banda federal. Pidió un trago de agua, a lo que uno de los federales le contestó: “Aquí tienes tu trago de agua” y, apretando su carabina contra la cabeza del rebelde, le atravesó el cerebro con una bala.

Se sabe que Vega había dividido su ejército, más pequeño en número que las fuerzas insurrectas, en tres partes. Una parte está estacionada en la guarnición del valle de Los Juntas, la otra es la fuerza que fue rechazada por los rebeldes en Picacho, y la otra está siendo dirigida por Vega para ir en apoyo de la fuerza de Picacho. A última hora de esta noche se supo que Vega había enviado un mensaje a Tijuana para pedir refuerzos. Se cree aquí esta noche que los rebeldes tienen atrapadas a todas las fuerzas de Vega y que el ejército regular será aniquilado.

Dos elementos esenciales deben aquí destacarse: la idea de que las fuerzas federales no eran suficientemente fuertes para vencer a los rebeldes y el destino que les esperaba a los revolucionarios que fueran hechos prisioneros por el ejército porfirista. Los floresmagonistas que leyeron el *Chronicle* en Mexicali entendieron el mensaje: había que pelear hasta la muerte porque el enemigo no tendría piedad con ellos. Para el día 11 de febrero, el diario de Calexico avisaba que los revolucionarios habían regresado a Mexicali y ocupaban el pueblo:

Llegaron, unos cincuenta y cinco de ellos, a las afueras de la ciudad anoche antes de que oscureciera. Un destacamento de hombres montados entró en Mexicali a la luz del día, colocó patrullas en los límites del pueblo y en las calles, y se dedicó a



conseguir el desayuno tan despreocupadamente como los escolares en vacaciones. El segundo jefe, Simón Berthold, está al mando directo de las tropas de ocupación. El General Leyva está con el grupo y se le vio por la tarde.

Berthold era el revolucionario a destacar en la prensa del otro lado y Otis, el editor del diario de Calexico, no lo perdió de vista:

Alguien le dijo al Líder Berthold a primera hora de la mañana que el Capitán Babcock, al mando de la caballería de los EE.UU estacionada aquí, quería verlo. Al Capitán Babcock también se le dijo que el jefe Berthold quería verlo. En cualquier caso, los dos se reunieron y estuvieron en conferencia por un corto tiempo.

Según el *Chronicle*, Berthold exigió que los revolucionarios tuvieran derecho de pasar al otro lado a comprar provisiones, incluyendo armas y municiones, pero Babcock sólo aceptó que podían pasar y comprar provisiones. Por su parte, el juez Miguel Lira y Lira, funcionario porfirista, afirmó que Berthold quería la rendición de los oficiales mexicanos de este lado de la línea y que el capitán Babcock se lo negó. Pero la noticia principal fue el cierre de las cantinas en Mexicali, lo que sorprendió a todos:

El líder Berthold, con una escolta, se dispuso a cerrar los salones a las 8 en punto. “Le daremos a Mexicali lo que ustedes llaman un día seco”, dijo con una sonrisa. Una multitud de curiosos seguía al destacamento mientras iba de una taberna a otra. Una veintena de maestros de escuela de todo el valle siguieron a Berthold. Una atrevida señorita acorraló al valiente

líder cuando salía de un local y, con una sonrisa, le pidió que saliera al sol para poder hacerle una foto. “Vaya, vaya” —dijo Berthold—, “mira qué bigotes. Déjeme tener tiempo para afeitarme”. Pero la bella visitante temía perder su oportunidad, así que le agarró de la manga de su abrigo y le sacó suavemente al sol, asegurándole que estaba haciéndole un gran favor. Y también se aseguró su foto instantánea. Se preguntó a cada uno de los taberneros si se sentía inclinado a contribuir a la causa de la revolución. Todos parecían estar dispuestos a hacer algo. Un local dio 20 dólares, otro ocho, otro dos y así sucesivamente, según su capacidad. No fueron coaccionados y si no deseaban dar, no había problema con los insurgentes.

El *Chronicle* consiguió una entrevista exclusiva con el comandante Simón Berthold, ya que éste reconoció al periodista de cuando tomaron Mexicali a fines de enero y, por eso, aceptó hablar para este diario y exponer su punto de vista sobre la situación del ejército revolucionario en sus primeras dos semanas de acción:

“El informe de que tuvimos un enfrentamiento y que perdimos quince hombres es absolutamente falso”, dijo el Sr. Berthold. “Los únicos hombres que hemos perdido fueron dos exploradores, que fueron en busca de provisiones. No volvieron a aparecer y probablemente fueron capturados y fusilados. Nuestra fuerza no pudo hacer que los federales atacaran y nos cansamos de esperar, así que volvimos a bajar al valle. Hace un frío espantoso en la cima de las montañas. Nuestros hombres sufrieron un poco, pero en ningún momento estuvieron insatisfechos. Teníamos mucha carne, pero las raciones de otros alimentos eran escasas durante una parte del tiempo. Un gran número de hombres se han unido a nosotros desde que estuvimos aquí el 29 de enero. Varios más se han unido



a nosotros hoy. No puedo decir cuántos hombres tenemos en esta vecindad ahora mismo, pero somos mucho más fuertes que antes. No me pregunten por nuestros planes, sería una tontería decirles lo que pretendemos hacer exactamente. Podemos estar aquí un día, dos días o una semana. Estamos preparados para marchar, para acampar, para quedarnos o para irnos”, comentó mientras detenía a un chino que pasaba por allí y lo registraba rápidamente en busca de armas. “Algunos de esos chinos están armados y no queremos correr ningún riesgo con ellos”, explicó.

Mientras daba la entrevista, se intentó derribar la verja que atravesaba la vía del tren en plena línea fronteriza, pero como una parte se ubicaba en territorio estadounidense se prefirió dejarla como estaba. Al final, Berthold trataba de calmar a los posibles lectores locales: “Diga usted al público que hemos cumplido nuestra palabra de no dañar a las personas ni a los bienes y que tenemos la intención de cumplirla”, reanudó el líder con seriedad y luego siguió visitando lugares de negocios, pidiendo contribuciones y entrevistando a los propietarios con cuidado. Pero como en toda revolución, la tranquilidad no duraba mucho tiempo. El *Chronicle* informaba que:

Anoche un rural mexicano, de nombre Sepúlveda, fue descubierto por los insurgentes mientras espiaba su campamento al oeste de la ciudad. Salió al galope, pero lo persiguieron y le dispararon. Pasó por un rancho y los insurgentes, creyendo que estaba escondido en el lugar, se detuvieron a registrarlo mientras el rural se daba a la fuga.

La información más importante sobre el estado de ánimo de la población mexicana en Mexicali, con respecto a sus

simpatías o antipatías con la causa revolucionaria, la ofrece el *Chronicle* al notar que cuando hubo el rumor de que los floresmagonistas regresaban a Mexicali en la noche del 10 al 11 de febrero de 1911,

los pocos funcionarios de aduanas que han estado cobrando derechos en la garita, abandonaron sus puestos y se acercaron al lado americano. El sargento Contreras, uno de los funcionarios, trató de suscitar cierto entusiasmo recorriendo a caballo las principales calles de Mexicali y gritando que todos le ayudaran a defender la ciudad, que salieran a unirse a su estandarte. Estaba solo en su ambición y tuvo que conformarse con aceptar la protección de los Estados Unidos mientras los enemigos de su gobierno se apoderaban tranquilamente de todo el pueblo.

Esto da a entender que los pocos mexicalenses que aún residían en el poblado y no habían huido a los Estados Unidos no pensaban arriesgar sus vidas por defender al gobierno. No hubo entusiasmo a favor de la tiranía porque, como gente práctica sin más ideología que sobrevivir en lo inhóspito, los mexicalenses preferían primero ver quién era el ganador y sólo entonces tomar las medidas adecuadas. Por mientras, los revolucionarios, según el *Chronicle*, habían hecho acto de presencia de nueva cuenta:

Cincuenta y cuatro hombres estaban en el grupo insurgente que bajó ayer de las montañas. Fueron seguidos por otro destacamento de veintiséis que han dado lugar al rumor de que los rebeldes venían, seguidos por los regulares. Esto hace un total de unos 80 hombres en el grupo. Probablemente veinte más fueron añadidos a las listas hoy. Dejaron un destacamento de cien hombres para vigilar el avance de las tropas



federales desde las montañas. Berthold negó tener prisionero al coronel Vega en las montañas. Esperamos tenerlo, añadió ingenuamente.

El reportero-editor del *Chronicle*, reconociendo que con la ausencia de los revolucionarios de Mexicali el pueblo se había convertido en un lugar sin ley, les preguntó a los líderes revolucionarios si ahora sí tenían planes para vigilar la población, a lo que éstos le respondieron, muy en consonancia con su ideología anarquista, que “lo mejor sería que los ciudadanos de allí convocaran una reunión masiva y eligieran un gobernador temporal, nombraran una lista de policías y mantuvieran el orden. Declaran que quieren que se haga justicia a todos”. Ante esta novedosa forma de fomentar la justicia popular, el diario declaraba que “se podría intentar un gobierno provisional en este sentido para asegurar la protección mientras los insurrectos están ausentes de Mexicali”. Junto a esto, el diario de Calexico aumentaba las expectativas de sus lectores de que, probablemente muy pronto, serían espectadores de un combate en regla, ya que con el título de “¡Federales!”, avisaba de última hora que: “A las 4 p.m. se pudo ver una nube de polvo en el oeste y los insurgentes temen la llegada de tropas federales. Vega y sus hombres pueden haber eludido a los guardias de la montaña y pueden venir a dar batalla. Se ordenó limpiar Mexicali de todos los no combatientes de inmediato”.

Ese mismo sábado 11 de febrero, el *Imperial Valley Press* dedicaba su primera página a glosar el enfrentamiento que había ocurrido en la sierra de Juárez esa semana. Siguiendo los reportes de la Prensa Asociada, informaba que el martes 7 de febrero fue la fecha del combate y que los federales sólo perdieron dos soldados en una batalla que apenas duró tres cuartos de hora:

El botín de la victoria fueron seis caballos y varios miles de cartuchos capturados a los rebeldes. La munición era toda de fabricación americana. Ignacio Castillo, un viejo prospector y agricultor que vive en el Cañón Joopa, vio el fragor del combate y en general confirma la versión anterior de los federales. Sin embargo, no puede decir cuántos murieron, pero vio a varios caer durante los disparos. Después del combate, Castillo fue arrestado como simpatizante de los rebeldes, pero se le permitió escapar a Campo. Dice que fue tratado bárbaramente.

El *Imperial Valley Press* reconocía que, en los primeros informes,

se proclamó que el combate era un golpe aplastante para los insurgentes. Pero el corresponsal del *San Diego Union* telefonó desde Campo que los destacamentos federales cayeron contra un pequeño grupo de los rebeldes y que el cuerpo principal de la fuerza insurgente no fue comprometido. El gobierno pidió refuerzos a Tijuana, con la intención de avanzar contra el campamento insurgente en Picacho. El corresponsal añade que es probable que el gobernador Vega se enfrente a grandes dificultades en Picacho. Los rebeldes están fuertemente atrincherados allí y será muy difícil desalojarlos. El país es áspero y salvaje y los asaltantes de la fortaleza de Picacho estarán bajo el fuego mucho antes de que puedan golpear efectivamente a los rebeldes en las alturas.

Pero para el 11 de febrero, con la partida armada de los rebeldes de vuelta en Mexicali, era obvio que la batalla principal no se daría en las alturas rocosas de la sierra, sino en el propio valle de Mexicali. Había un dato nuevo que no se había mencionado hasta entonces: el problema de la desertión en las filas del ejército federal que se acercaba a Mexicali:



El corresponsal del *San Diego Union* describe un grupo de catorce desertores de las fuerzas del Gobernador Vega que encontró cerca de Campo. Estaban descalzos, con la ropa hecha jirones, y pedían comida. Cuando se les dijo que el reportero no llevaba provisiones, se metieron las mantas bajo el brazo y declararon su intención de ir a pie hasta San Diego. Dijeron que sólo eran una parte de las fuerzas del gobernador que habían desertado de su comandante. El pequeño grupo estaba en una situación lamentable. Campo está lleno de refugiados de México, pequeños agricultores y sus familias, que temen tanto a los insurgentes como a las tropas del gobierno y han huido de sus casas. Las condiciones son lamentables, pero sólo son el resultado de una situación para la que los residentes no estaban preparados. La simpatía está con los refugiados y se tomarán medidas para atenderlos a todos.

Lo que da a conocer el *Imperial Valley Press* es importante tomarlo en consideración: muchos habitantes del Distrito Norte de la Baja California no huían al país vecino sólo por temor a los revolucionarios, también lo hacían pensando lo peor de los soldados federales. Unos y otros eran problemas que no querían sufrir en carne propia y por eso cruzaban la frontera y se instalaban, como refugiados de guerra, en el país vecino.

Por su parte, el editor del *Imperial* reflexionaba sobre el manejo periodístico de la revolución en México y señalaba, críticamente, las falsedades inherentes a difundir las noticias sobre la misma en un texto titulado “¿No es feroz?”:

Algunos de los periódicos de Los Ángeles están dando un espacio desmesurado a la insurrección mexicana y han declarado que no es más que una farsa perpetrada por corresponsales sensacionalistas, por barones Münchhausen de la frontera. En

un sentido militar, la insurrección es un pequeño asunto y hay una buena parte del elemento de ópera cómica en las actuaciones de algunos de los beligerantes, pero la mayor parte del absurdo está en el manejo de las noticias por parte de los corresponsales y editores de los periódicos estadounidenses. El otro día hubo un pequeño e inútil tiroteo de largo alcance cerca de Juárez, y el asunto fue descrito por los excitados reporteros como un terrible combate. Los editores, esforzándose por lograr un efecto sensacionalista, lo presentaron bajo titulares chillones como una batalla feroz. Un reportero de El Centro puso en evidencia todo el asunto y a los editores falsos cuando gritó: ¡Todo sobre la feroz batalla en Juárez! Nadie herido, poniendo todo el énfasis y toda la potencia de sus pulmones en las dos últimas palabras.

El *Chronicle* del 13 de febrero mostraba a las claras cómo actuaban los residentes de Valle Imperial ante una revolución que se desarrollaba a unos metros de donde vivían. El equipo de beisbol de Calexico invitó al equipo de Holtville a contemplar la revolución, pero como no hubo movimientos de ninguna especie, los dos equipos acabaron jugando su deporte favorito. Por otro lado, el flujo de turistas de batallas no dejaba de aumentar. Como lo atestiguaba el periódico:

J. M. Keith, alguacil de la ciudad de Imperial, visitó Calexico por primera vez en muchos meses esta mañana. Sólo las ocasiones de gran excitación hacen que el mariscal Keith deje sus deberes en casa y cuando vino y encontró que las ametralladoras no estaban perforando todos los edificios de Mexicali y Calexico regresó a casa disgustado en el siguiente tren.

Los turistas bélicos querían ver sangre, cadáveres, edificios incendiados, disparos a mansalva, jinetes en tropel. En vez



de ello se topaban con dos pueblos rurales, en íntima vecindad a ambos lados de la línea, que aguardaban a que los federales se presentaran a una cita que parecían no tener prisa en realizar. La situación fronteriza, sin embargo, se hacía más conflictiva mientras los días pasaban. Del lado estadounidense, el gobierno de aquel país giró órdenes de capturar a cualquier revolucionario que pisara suelo americano “para que sean retenidos hasta nuevas instrucciones” y prohibió a los comerciantes del Valle Imperial venderles provisiones a los rebeldes. El diario de Calexico las llamó “tácticas peculiares del gobierno americano” en su número del 13 de febrero:

Las órdenes enviadas desde San Francisco a las tropas locales ciertamente confirman la acusación de John Kenneth Turner de que los Estados Unidos se desviven por apoyar a los agentes del gobierno mexicano. El general de brigada Tasker H. Bliss, de San Francisco, envió ayer órdenes telegráficas al capitán Babcock, al mando de las tropas locales, para que permitiera a los inmigrantes entrar en los Estados Unidos sin armas y luego acorralarlos y retenerlos en espera de instrucciones. No se puede entregar ningún suministro de alimentos a nadie que se sepa que es un insurgente y se ha ordenado la devolución de varios lotes de suministros comprados en Calexico a los almacenes desde los que se enviaron. Si esto no es tomar partido en una disputa extranjera, al *Chronicle* le gustaría saber qué es. La idea de que el gran gobierno americano, cuyo fundamento mismo se basa en el principio de un derecho a apostar por la libertad política, diga a sus soldados que acorralen y retengan a todos los insurgentes cuando vengan a este lado es repugnante y sólo tiende a hacer más fuerte la simpatía por los insurrectos. En todos los casos, es bueno recordar que las tropas aquí se limitan a cumplir las órdenes de sus superiores

y no son responsables de las órdenes dadas. El Gral. Leyva declara para el *Chronicle* que estas órdenes son consideradas como muy injustas por sus hombres, pero que realmente no hay diferencia, ya que tienen cuatro meses de suministro de alimentos por delante y muchos más que se pueden obtener en México.

En el mismo ejemplar del 13 de febrero se daba a conocer la noticia de que el propio dictador, el general Porfirio Díaz, pedía una conferencia para discutir las demandas de los revolucionarios de todos los bandos, incluyendo maderistas, orozquistas y floresmagonistas, en la ciudad de México. Junto a este gesto político, se agregaba que se estaba “organizando una suspensión de las hostilidades para todos los combatientes hasta que se anuncie el resultado de la conferencia”, que el tirano estaba “dispuesto a conceder al pueblo la elección de Gobernadores, Jefes Políticos, Prefectos y Comandantes por elección popular, en lugar de los actuales nombramientos oficiales. Se dice que no se puede tomar ninguna medida final hasta que Madero anuncie su punto de vista sobre la situación”. Esta última frase cayó mal a los revolucionarios del Partido Liberal Mexicano porque colocaban a Francisco I. Madero como el representante mayor de todos los bandos revolucionarios. Así, para el

Gral. J. M. Leyva, que hoy está a cargo de Mexicali, cuando se le mostró el despacho, declaró que no había llegado ninguna notificación oficial para que se declarara una tregua. Además, dijo que Díaz había sido hasta ahora muy traicionero en sus propuestas de paz y que los rebeldes serían muy cuidadosos al tratar con él.



Pero la guerra, ya para entonces, iba tomando forma. El domingo 12 de febrero, al fin los curiosos del otro lado de la línea pudieron ser testigos de algo emocionante: la llegada de las fuerzas de avanzada del ejército federal al valle de Mexicali. No hubo enfrentamientos, pero la tensión crecía:

A primera hora de la mañana los insurgentes quemaron la garita de la línea divisoria para remover la poca protección que la casa ofrecía a los oficiales asediados cuando se ausentaban del pueblo. Por la mañana se anunció el avance de los federales y los soldados que estaban atendiendo la iglesia fueron convocados doblemente. Los vigías de las torres informaron de varios movimientos, pero ninguno de ellos parecía ser un avance sobre Mexicali. Los insurgentes se atrincheraron a lo largo de las orillas del río Nuevo y esperaron el desarrollo de los acontecimientos. Los visitantes fueron primero retenidos en las calles y finalmente los soldados estadounidenses prohibieron que nadie cruzara la línea. El día siguió su curso y llegó la oscuridad. La noche pasó y la luz del día no reveló nada más. Los federales están muy cerca de la ciudad y nadie conoce sus planes.

Lo único que se sabía era que Berthold se había ausentado de Mexicali y los rumores lo ubicaban en el rancho de Little, al sur de la población, preparándose para batir al enemigo.

El *Chronicle* del 14 de febrero respondía a varios de los temas a debate del día anterior. Así, por ejemplo, lo de las órdenes de no venderle nada a los rebeldes del lado americano, provocó que los comerciantes estadounidenses enviaran una carta de protesta, oponiéndose a las reglas sobre la exportación de alimentos y mercancías, que eran un negocio clave para ellos:

Las restricciones impuestas a la entrada de provisiones o mercancías de cualquier tipo a través de la línea de México han alertado a los hombres de negocios estadounidenses de esa problemática ciudad. De hecho, nueve décimas partes de los negocios en Mexicali son dirigidos por estadounidenses. Prácticamente estos han sido cortados de su fuente de suministro de alimentos por las órdenes de las tropas del gobierno. Los insurrectos tienen su propio suministro de alimentos y no corren peligro de sufrir durante cuatro meses, según el general Leyva, pero este suministro no les sirve a los estadounidenses de allí. Incluso tienen problemas para ir y volver de sus lugares de trabajo a causa de las regulaciones establecidas por los oficiales de los Estados Unidos.

Otro tema a debate era la propuesta hecha por el general Porfirio Díaz para realizar una conferencia con los revolucionarios en la ciudad de México y establecer, por mientras, una tregua en la guerra. En un artículo del 14 de febrero, el diario fronterizo describía al dictador como un hombre sabio:

Si los informes son verdaderos, el mundo debe llamar al Presidente Díaz, de México, un gobernante sabio y un gran hombre. Ayer se recibió la noticia de que Díaz quiere reunirse con los ciudadanos insatisfechos de su nación y conferenciar con ellos en cuanto a sus deseos, sus demandas y agravios. En el comentario de hace unos días, el *Chronicle* decía que si Díaz hiciera esto mismo y lo llevara a cabo hasta el final, dando realmente al pueblo de México una forma representativa de gobierno y sus derechos como están ahora delineados en la constitución de la república, podría coronar su carrera con gloria y contemplar el mayor éxito de cualquier gobernante en los últimos cuarenta años. Sin embargo, significará el reti-



ro absoluto de Díaz, ya que el pueblo no estará satisfecho con su régimen por más tiempo.

Pero el periódico no estaba tan seguro de las verdaderas intenciones del dictador y por eso terminaba señalando que si el presidente ponía a todos los líderes revolucionarios en un solo lugar y “los fusila en vez de conferenciar con ellos, las hostilidades cesarán y el progreso de México seguirá adelante sin ser molestado”. Es decir, que sería muy ingenuo de parte de los revolucionarios aceptar meterse a la guarida del lobo en la ciudad de México y lo mejor sería tomar la invitación del gobierno como lo había hecho el comandante Leyva: con desconfianza absoluta. Mientras tanto la situación local se deterioraba en medio de rumores de todo tipo. Había los que aseguraban haber visto a los federales haciendo maniobras en el valle de Mexicali. Otros decían que se había confundido a los exploradores insurgentes con los federales. Todo era un espejismo típico del desierto, afirmaba el *Chronicle* del 14 de febrero, cuyo titular era que los federales no estaban a la vista:

No hay absolutamente ninguna evidencia de que las tropas regulares hayan llegado a través de las montañas de Cucapá, el paso de Picacho o cualquier otro camino desde el oeste, el norte, el este o el sur. Por otro lado, los despachos hablan de la actividad del gobernador Vega a 30 millas al sur de Campo, bajo la lluvia, el fango y el lodo. Sigue buscando a los insurrectos en las colinas mientras la mayoría de los insurrectos están disfrutando de las comodidades de la vida en Mexicali. Se dice que Vega tiene 100 hombres a los que paga en dinero mexicano, 3 dólares a cada uno todos los mediodías. El gobierno de los Estados Unidos les ha permitido comprar todas las provisiones que querían en este lado de la línea, mientras que a los

insurgentes no se les permite comprar una barra de pan. En una entrevista con el General Leyva esta mañana no supimos nada nuevo. Simplemente declaró que no creía que las fuerzas gubernamentales atacaran Mexicali porque tenían miedo de una pelea. Cree que seguirán tonteando en las montañas en lugar de venir a Mexicali a combatir. Los reclutas siguen uniéndose a los revolucionarios. El suministro de rifles se ha agotado y el líder Berthold está perplejo sobre dónde conseguir más armas.

Las que aún mantenían la esperanza de ver una batalla en forma eran las multitudes de turistas que se agolpaban a lo largo de la línea internacional. Mientras, el comandante Leyva avisaba que sus tropas, formadas según él por unos 500 revolucionarios, iban a salir rumbo a Ensenada sin demora. Pero eso no disuadió a los espectadores del otro lado, como lo relata el *Chronicle* del 14 de febrero:

Una estimación conservadora sitúa el número de visitantes en la ciudad el domingo en 500. Vinieron en vagones, carros, automóviles, en tren y a pie, para ver la gran batalla de Mexicali que estaba programada con toda la panoplia de la guerra, ametralladoras y salidas rápidas para ayer por la tarde. Pero lo único que vieron fue una nube de polvo que nadie podía decir que era causada por un rebaño de ovejas o por los federales mexicanos. No hubo ataque y la multitud se sintió decepcionada.

El tono burlón era sólo un disfraz, pues el diario de Calexico también estaba en el negocio de vender la revolución y vivir a expensas de los turistas. En su anuncio publicitario, enmascarado de artículo noticioso y titulado “Nuevas tarjetas postales”, se afirmaba que:



Una serie de seis imágenes diferentes, tomadas en Mexicali el sábado por la mañana, incluyendo un retrato de cuerpo entero del Segundo Líder Simón Berthold, los escolares viendo al otro lado, soldados rebeldes y americanos vigilando la línea (la misma foto que estaba en el *Los Angeles Examiner* de ayer), escena de la calle en Mexicali, la garita justo antes de ser quemada y un detalle de los insurgentes enviados a destruir la puerta de la aduana fronteriza. Estas son fotografías reales y se venderán a dos por 25 centavos. Un juego completo por 75 centavos, con explicaciones impresas en cada tarjeta. Sólo tenemos 50 juegos de todo el lote. El primero en llegar será el primero en ser atendido.

El 15 de febrero de 1911, finalmente, se dio la batalla de Mexicali. En su portada de ese mismo día, el *Chronicle* declaraba que “La batalla comienza en Mexicali” y relataba, en una mezcla de información de primera mano y especulaciones, que: “A las dos y media de esta tarde treinta regulares mexicanos, montados, aparecieron en la orilla sur del Río Nuevo y de inmediato dispararon sobre Mexicali. No fueron respondidos por los insurgentes atrincherados, que adivinaron que su propósito era atraer su fuego para conocer su posición”. Poco después, los federales volvieron a intentar avanzar a lo largo de las orillas del río Nuevo:

Un insurgente herido fue llevado bajo bandera blanca a la aduana de Calexico. Los federales tienen el río entre ellos y la ciudad y tendrán una tarea difícil de cruzar ya que el agua es alta y los insurgentes están al acecho en la orilla norte para este mismo propósito. Los disparos en ambos casos fueron calientes y rápidos. Más tarde, uno de los insurgentes que no pudo ser contenido, abrió fuego sobre los federales. El escupitajo de fuego y el humo de su arma delataron su posición a

cientos de personas que observaban desde los tejados de Callexico y que vitorearon y aplaudieron de alegría. Los disparos se mantienen al cierre de esta edición, a las 4:13 p.m. Los federales se están retirando a sus campamentos provisionales, a dos millas al sur de Mexicali, en la línea de árboles de la orilla del río. El camino del río ha sido dinamitado. Se rumorea que Bill Taylor, el barbero, está malherido.

En otra nota adjunta a la misma edición del 15 de febrero, el *Chronicle* avisaba que los estadounidenses son los testigos principales del primer combate entre los revolucionarios y los federales cerca del rancho de Little, de acuerdo con lo que le contaron a Otis B. Tout los que presenciaron la primera parte de la batalla:

Según Orval Small, un testigo ocular del comienzo del tiroteo, dice que estaba en el rancho y escuchó el tiroteo y él, con otros en el rancho, se subió a un lugar alto y observó la lucha. Los revolucionarios involucrados eran el grupo de exploradores enviados esta mañana para investigar a los diez hombres montados vistos en el oeste. No eran más de una docena. Los federales eran unos veinticinco, todos montados. “Observé a los dos bandos en batalla durante unos quince minutos”, dijo Small, “y empecé a pensar que sería mejor volver a cruzar la línea lo más pronto posible. Tomé mi caballo y galopé hacia el norte. Los insurgentes evidentemente me tomaron por un federal en fuga porque me dispararon tres veces, una de las balas impactó en el banco a un metro y medio delante de mi caballo. Me abrí paso sin problemas. ¿Pelear? Ya lo creo. Setenta disparos a 200 yardas, claro que es una pelea. No vimos caer a nadie”. El inspector de aduanas en Packard vio a las tropas federales desde el tanque de agua y confirmó el número. Vio a veinticinco hombres montados y con uniformes



oscuros. A las 2 de la tarde se desató una tormenta y ya no se pudo ver nada.

El *Chronicle* de ese 15 de febrero ofrece otras noticias alrededor de la batalla: el avistamiento de 10 hombres en la zona del borde de las montañas al oeste, que se creía eran exploradores federales o desertores, y el aviso de la llegada del general Bliss a la frontera. El titular del diario era: "Las tropas americanas pueden cruzar la línea divisoria". Se podría pensar que el diario fronterizo estaría feliz con esa noticia, pero Otis era un periodista que entendía los tejemanejes de la política internacional y los intereses de su país en relación a México. Su crítica no se guardaba nada sobre el intervencionismo descarado de los Estados Unidos y su apoyo a la dictadura del gobierno porfirista:

En opinión del Departamento de Estado, según los despachos de Washington de ayer, el movimiento revolucionario en México ha degenerado en una mera guerra de guerrillas. El Departamento está preocupado por la posibilidad de que algunos de estos "elementos irresponsables" caigan en formas de maldad y sean llevados a infringir los derechos de los ciudadanos americanos. La parte significativa del despacho referido dice lo siguiente: "Las tropas americanas pueden ser enviadas a través de la línea fronteriza para vigilar la propiedad. ESTO SE HARÍA SÓLO CON EL CONSENTIMIENTO DEL GOBIERNO MEXICANO". ¡Qué rápido daría Díaz su consentimiento para que los Estados Unidos enviaran tropas al otro lado de la línea para asustar a la banda de hombres hambrientos y escasamente vestidos que tienen la audacia de protestar contra su tiránico gobernante por la forma en que los trata! ¡Qué encantado estaría! Las conclusiones del *Chronicle* se basan únicamente en las condiciones locales. Sin

embargo, creemos que estas condiciones son las mismas en todo México. SABEMOS que la llamada “creencia” del Departamento de Estado carece total y absolutamente de un ápice de fundamento. Los derechos de los ciudadanos estadounidenses han sido respetados en todos los casos en que los insurgentes han tenido algo que ver. No sólo eso, sino que los insurgentes no han saqueado a sus propios compatriotas: no han robado una res para comer; no han asaltado una tienda en Mexicali; se han comportado con gran respeto a los derechos de todos e incluso las mujeres no han tenido miedo de quedarse en Mexicali mientras estaba ocupado por los insurgentes. Hemos conocido a los líderes de esta pequeña revuelta y nos vemos obligados a decir que son cualquier cosa menos asesinos; todas sus expresiones son de patriotismo hacia su país como debería ser bajo la constitución que Díaz ha abrogado. Ayer un hombre puso una bandera americana en su tienda. Los líderes revolucionarios le mandaron a decir que pusiera la bandera mexicana por encima de la americana, explicando que no estaban luchando contra la bandera sino contra un gobierno que no tiene uso para la bandera. Repasamos estos hechos esta noche porque el General Bliss, comandante del Departamento del Pacífico, estará aquí en el tren de la tarde para examinar los asuntos como realmente son. El Departamento de Guerra desea proteger ampliamente esta frontera y eso está bien. Pero permitir que el ejército americano se convierta en un peón de Díaz y ordenarle que cruce la frontera sería simplemente acobardar a la pequeña banda de inofensivos patriotas que son parte de un gran ejército que sólo pide sus derechos. Parece que el Departamento de Guerra y el Departamento de Estado están ansiosos por apoyar a los agentes de Díaz y acosar a los insurgentes. Como periódico que desea el juego limpio y la neutralidad absoluta por parte de los Estados Unidos en este asunto, el *Chronicle* solicita muy respetuosamente al General Bliss que



informe de las cosas como SON y no según la imaginación de personas prejuiciadas o con juicios sesgados.

Pocas veces se ha escrito con tanta objetividad sobre la revolución floresmagonista y por ello este artículo a la vez informativo y de opinión no ha sido tomado en cuenta para discernir sobre lo que implicó este movimiento libertario para México como para los Estados Unidos, donde los gobiernos de ambos países se confabulaban para mantener el *statu quo* prevaeciente a expensas de las libertades básicas del pueblo mexicano. Y, a la vez, podemos aquilatar cómo un simple periodista de un diario pueblerino, de una publicación provinciana, podía ver las jugadas del poder y denunciarlas sin morderse la lengua. En ese sentido, Otis B. Tout, el editor del *Chronicle*, fue un hombre que supo poner la verdad sobre los tejemanejes del poder, sin que dejara de ser un hombre de negocios estadounidense, uno que protegía los intereses locales afines a su periódico.

La batalla de Mexicali no terminó al cerrar la edición del *Chronicle* poco después de las 4 de la tarde del día 15 de febrero. La edición del día siguiente era la que iba a ahondar en el combate vivido con todos sus detalles. En la portada del diario del 16 de febrero se proclamaba: “Insurgentes obtienen la victoria” y se decía que las bajas del lado revolucionario eran de 5 muertos y 3 heridos, mientras que del lado de las fuerzas federales era de 3 muertos y 17 heridos. Debido a la gravedad de los acontecimientos, Calexico estaba bajo la ley marcial. El reportaje del diario de Calexico consistía en breves estampas que no siempre están relacionadas. Pareciera que como iban llegando las noticias o los informantes, así se iban editando y eso hizo que el artículo principal tuviera el sabor de lo inmediato, de la cercanía experimentada, pero también que careciera de una visión de conjunto

que hiciera comprensibles los hechos militares atestiguados por la gente al otro lado de la línea o en el mismo campo de batalla, como el propio Otis lo pudo comprobar:

Fue una verdadera pelea la de ayer al otro lado de la línea fronteriza. Los insurgentes cuentan con cinco hombres muertos, aparte de un chino no combatiente en el rancho de Lee Little. Hay tres hombres heridos en el hospital improvisado en el ayuntamiento de Calexico, que están siendo tratados por los cirujanos del ejército de las tropas americanas. Estos tres son insurgentes. Los espantosos restos de tres soldados federales yacen sin enterrar en los barrancos de lodo al otro lado de la línea, escenario de la lucha entre los insurgentes y los regulares mexicanos ayer por la tarde. Los regulares que huyeron se llevaron con ellos a sus heridos, que son dieciséis hombres, y dejaron a uno por muerto en el campo de batalla. Este fue enviado al hospital esta mañana por los exploradores insurgentes.

Un grupo de cinco hombres, formado por el sheriff Moble Meadows, H. N. Dyke, el reverendo J. N. Gortner, A. S. Carr y O. B. Tout, bajo una bandera de la Cruz Roja, salió de Calexico a las 9:30 de esta mañana y recorrió el campo de batalla en busca de regulares heridos que pudieran ser asistidos. Pero los federales se llevaron a sus heridos excepto a uno. Nos encontramos con media docena de exploradores insurgentes que habían patrullado el campo de batalla y habían colocado banderas donde yacían los muertos sin enterrar. Señalaron a los muertos. Un hombre y su caballo fueron evidentemente abatidos en el mismo instante. La víctima estaba vestida con ropa de pana y evidentemente era un hombre de categoría. Una gran bala le había alcanzado en la parte posterior de la cabeza y los sesos le rezumaban por la boca, mientras que el caballo muerto aún yacía sobre su pierna. El sheriff Meadows



quitó la silla de montar y cubrió la cara del hombre con una manta y seguimos adelante. Al volver más tarde, la silla de montar ya no estaba; evidentemente, los exploradores insurgentes no habían pasado por alto ninguna prenda.

La siguiente víctima fue un soldado regular, vestido con un traje lamentablemente escaso y sandalias, su gorra de algodón barato estaba empapada de sangre. Yacía exactamente donde había caído con un disparo en la cabeza por una bala cubierta de cobre desde las trincheras insurgentes. Al pasar por los escabrosos desfiladeros, otro soldado yacía de cara al sol, con un disparo en el cuerpo, evidentemente arrastrándose hasta su refugio y muriendo después. Sobre él había unos cuantos panfletos en español y un horario de barco de Ensenada. Su nombre fue asegurado y entregado al Cónsul Sierra.

También se encontraron tres caballos muertos. El terreno es un lugar ideal para una batalla, las orillas del río formaban defensas naturales cada pocas yardas. Es una maravilla que no todos los federales hayan muerto. Se tomaron fotos de los hombres muertos donde yacían. Al regresar al automóvil, que había quedado atrás a causa del fuerte oleaje, descubrimos que le habían quitado la manivela, el gato y la pistola de seis tiros del sheriff. También había sido arrastrado doscientas yardas por un camino accidentado tratando de dirigirlo hacia Mexicali. Después de hacerlo retroceder hasta la colina y arrancar el motor mientras bajaba, el grupo pudo llegar a casa. Al llegar, una visita al campamento de los insurgentes puso de manifiesto el hecho de que un automóvil “federal” había sido raptado y desvalijado. Los artículos que faltaban fueron devueltos.

La primera impresión que exponía el *Chronicle* del 16 de febrero era que, después de la batalla, los federales habían retrocedido por donde habían venido. Según un informe

que Otis B. Tout describía como fiable, los federales estaban ya cerca de las montañas al amanecer y se mostraban “casi todos agotados”. Uno de los soldados federales, viendo al ejército derrotado, decidió quedarse atrás y, cuando vio su oportunidad, cruzó la línea internacional:

Tiró su arma y sus cartuchos y se escapó esta mañana. Declaró a los rancheros del distrito número 6 que ya había tenido bastante y que se retiraba; que Vega les había dicho a todos que sólo 60 hombres ocupaban Mexicali y que huirían al primer disparo; que todos tendrían mucha comida y podrían dormir a sus anchas si luchaban bien. Pero los líderes no sabían lo del río y no les quedó ningún entusiasmo cuando sus compañeros cayeron de sus caballos heridos o muertos. Habían vadeado hasta las axilas por los canales y tenían frío; no habían comido nada durante dos días y estaban desesperados. Siguió hacia Brawley después de alimentarse y calentarse. El general Vega, según este desertor, fue herido en el cuello pero no lo mataron. Fue cuando fue herido que comenzó la retirada.

Para el *Chronicle*, “el resultado del combate es una victoria insurgente. Están jubilosos en sus filas al otro lado de la línea, pero siguen vigilantes y cuidadosos en todo momento”, especialmente ahora que se corría el rumor de que el gobierno estadounidense daría permiso para que 2000 tropas de Ciudad Juárez pasaran hasta Yuma y de allí se internaran en la Baja California para derrotar a los revolucionarios floresmagonistas de Mexicali. Mientras tanto, Otis hacía cuenta de los *souvenirs* que su grupo recogió del lado mexicano: “Los anteojos de campaña, que se cree pertenecieron al Gobernador Vega, fueron recogidos en el campo de batalla esta mañana. Se recogieron como recuerdos cantimploras, cartuchos y balas de fusil Mauser, utensilios de cocina, etc.”.



Pero había sorpresas por todas partes. Según el diario de Calexico:

El miércoles por la tarde, a las 5, un destacamento de caballería estadounidense llegó a la ciudad escoltando a cinco soldados regulares mexicanos capturados cerca del rancho Gant en suelo americano. Hicieron una declaración a través del Cónsul Sierra de que no conocían la línea y no tenían intención de desertar. Otros dicen que se alegraron de ser capturados para volver a disfrutar de una buena comida.

Se les mantuvo como prisioneros, pero se les concedió libertad de movimiento bajo vigilancia.

La tranquilidad, sin embargo, no volvió, pues toda la noche del día 15 de febrero se escucharon explosiones de cartuchos de dinamita, como preparativos que los rebeldes realizaban “para defenderse del esperado avance de los federales hoy”. Bajo esta información, la contradicción era visible: o los federales retrocedían, con el gobernador Celso Vega herido del cuello, rumbo a Ensenada sin querer volver a pisar el valle de Mexicali, o los federales iban a volver a intentar tomar el pueblo. La única noticia buena, desde el punto de vista de los residentes del Valle Imperial, era que

Bill Taylor, el barbero, que se unió a los insurgentes y del que se dijo anoche que estaba gravemente herido, llamó al *Chronicle* por teléfono anoche negando el rumor. Están llegando preguntas de todo el valle sobre el resultado de la batalla, y se espera una gran multitud hoy, además de los que ya están aquí. El *Chronicle* proporcionará las noticias, como siempre, directamente del campo de batalla.

Para la edición del 17 de febrero de 1911, el diario de Callexico se mostraba orgulloso de su reportaje exclusivo “Una visita al campamento insurgente”, donde el editor del diario encontraría a los revolucionarios totalmente diferentes a como otros diarios los describían habitualmente: “Los revolucionarios bien alimentados, bien vestidos y bien armados siguen tomando medidas de precaución contra posibles sorpresas”. Esta vez Otis B. Tout iba acompañado de una estrella del periodismo estadounidense y un experto en la vida mexicana bajo la tiranía porfirista: John Kenneth Turner, autor del libro *México bárbaro* (1911). Según el *Chronicle*, ambos visitaron el campamento rebelde y las fortificaciones defensivas en Mexicali:

En compañía de John Kenneth Turner, el famoso autor, un representante del *Chronicle* visitó esta mañana el campamento y las fortificaciones de los revolucionarios en Mexicali. Fuimos cordialmente recibidos por el General Leyva y su personal en la plaza de toros, donde se encuentra el cuartel general del campamento. Una docena de exploradores a caballo acababan de salir al otro lado del río para vigilar el oeste. Otra veintena de hombres a caballo acababan de partir hacia las trincheras. La mitad de ellos eran americanos, todos con buen aspecto, con abundante munición y bien abrigados. Veinte caballos mordisqueaban alegremente su heno, mientras que un caballo muerto en la batalla del martes, yacía a poca distancia. El Sr. Turner ya conocía al Gral. Leyva y fue recibido con el sombrero levantado y un cordial apretón de manos. Acababa de llegar de Los Ángeles y traía buenas noticias para la banda insurgente. Nos invitó a bajar a la orilla del río y a echar un vistazo a los pozos de fusilería desde los que lucharon los hombres. El general Leyva nos acompañó amablemente y al llegar nos interpeló un hombre de gran voz que vestía un abrigo



azul del ejército regular mexicano. Era el capitán Morán, que demostró ser un personaje y un genio militar. Se alegró de conocernos, como dijo, y nos llevó a ver todos los fosos de fusilería del campamento. Todos ellos están dispuestos a lo largo de la orilla del río y son agujeros excavados en el suelo lo suficientemente grandes como para que un hombre se ponga de rodillas y no exhiba nada más que su cabeza. Y también hay unos doscientos de estos agujeros. La mitad de ellos estaban ocupados esta mañana y los hombres estaban ocupados en una cosa y en otra, algunos cosiendo cinturones de cartuchos, otros arreglando su ropa y otros sin hacer nada más que contemplar el río. El Gral. Leyva habló con los hombres en inglés o en español, pero no hubo saludos. Tenemos la idea de que estos insurgentes no se andan con muchas ceremonias ni con asuntos de alta costura.

El recorrido por las fortificaciones no había terminado y el capitán Morán acompañó al par de periodistas una milla río arriba. Al acabar la sección de fortificaciones, avanzaron con cautela y Morán les pidió que se quedaran atrás mientras él miraba por encima del borde para estar seguro de que no había federales a la vista queriéndolos “venadear”. Al parecer, el capitán era un bromista, ya que hizo la payasada de tirar su pistola y hacer como que caía muerto, lo que provocó un susto enorme a los periodistas:

El general Leyva se limitó a sonreír. Luego fuimos a ver el puente de la vía férrea. Sólo dos hilos de acero de rieles se extienden de orilla a orilla. El trabajo de la madera sigue ardiendo y no queda nada más que unos cuantos maderos grandes. El puente tenía una longitud de 160 pies y el abismo que cruza tiene unos 70 pies de profundidad. Se necesitaría una semana para reconstruir la estructura, como mínimo. “No

queríamos hacerlo, pero tuvimos que hacerlo”, dijo el general Leyva, “porque los hombres de Díaz estaban tratando de flanquearnos por el este y entrar contra nosotros por ese camino”. Una revelación asombrosa fue hecha por los hombres que declararon que cuando uno de ellos fue herido y la ayuda fue enviada bajo la bandera de la Cruz Roja, los regulares se dedicaron a dispararle al grupo de la Cruz Roja una y otra vez. Al preguntarle sobre las provisiones, el general Leyva dijo que aún no veía por qué no se le podían vender provisiones a él en los ranchos de abajo. Sin embargo, no está preocupado, ya que señaló una docena de terneros gordos, un rebaño de vacas lecheras, pollos, mulas, etc., suficiente para mantener a su grupo durante meses. El Sr. Turner estaba muy interesado en ese aspecto. Tampoco podía ver qué ley podía dar a un comerciante americano el derecho de vender a un hombre y de prohibirle vender a otro. Está investigando el asunto y tal vez pueda informar de algunos avances en este sentido. El hombre de la bomba de la fábrica de agua de Mexicali no se presentó esta mañana y toda la ciudad se quedó sin agua. Las tarjetas postales están a punto de desaparecer.

El cuerpo del texto es, mayoritariamente, una crónica que se lee como una excursión a un sitio de peligro, pero termina, muy al estilo del *Chronicle*, con un anuncio de venta de sus famosas tarjetas postales, fotografías de los insurgentes y de Mexicali que se habían difundido profusamente por la prensa estadounidense. El otro artículo que ese 17 de febrero se ofrecía era uno titulado “Los federales pueden estar regresando”, donde se agrandaban los rumores de que las fuerzas del gobierno se habían, supuestamente, visto a 10 millas de Mexicali esa misma mañana:



Este informe está de alguna manera corroborado por las acciones de los insurgentes al enviar una banda de cincuenta exploradores a las 9 en punto para averiguar la verdad. Todo el mundo ha creído que, si los hombres de Vega deseaban atacar Mexicali de nuevo, rodearían el lado este de la ciudad y entrarían por esa dirección. Este podría ser su plan. En tal caso, la batalla tendrá lugar a media milla al este de Mexicali, en una franja de tierra que hace eje con el puente quemado, llega casi hasta la línea fronteriza y ofrece tanta protección a los insurgentes como el río en el sur. Con el rumor no confirmado de la llegada de tropas desde Juárez y el regreso de los federales desde la sierra, pronto se puede esperar algo más en la línea de batalla. Un informe no confirmado dice que un explorador federal fue asesinado en el fondo del río esta mañana. Hasta la mañana no había llegado ninguna noticia de este suceso al campamento insurgente. Un explorador hizo tres disparos al amanecer contra un tocón que parecía un hombre. Los tres heridos insurgentes y los dos federales que se encuentran en el hospital improvisado están evolucionando muy bien bajo el cuidado de los cirujanos del ejército y las enfermeras voluntarias. Un grupo de americanos cruzó la línea de nuevo esta mañana y enterró a los tres federales mexicanos muertos donde cayeron. Hay un informe de que se han encontrado otros tres y, si este informe es verosímil, los estadounidenses irán a enterrarlos también.

Como se ve, todo el artículo anterior está hecho de informes no confirmados, pero eso no importaba mientras la circulación del periódico aumentaba hasta una tirada de 1500 ejemplares. En otras notas sin título, publicadas en el mismo número del *Chronicle* del 17 de febrero, se agregaba más información sobre la excursión realizada por Otis B. Tout y John Kenneth Turner a Mexicali y por la presencia del gene-

ral Gray Otis, dueño de *Los Angeles Times*, en el lado americano de la frontera:

Los ojos de John Kenneth Turner brillaban esta mañana cuando miraba las magníficas trincheras y trabajos de protección en Mexicali. “Un cuerpo de 500 hombres no podría tomar esta ciudad”, fue su veredicto. Y el Capitán Moran, por supuesto, estuvo de acuerdo. El general Otis, del *Times*, vio ayer el campo de batalla pero no tuvo ninguna inclinación a cruzar la línea. Sin embargo, habría estado perfectamente seguro. Se ha planteado la cuestión de quién se queda con los prisioneros heridos cuando son dados de alta del hospital. ¿Por qué no dar a los insurgentes sus hombres y a los federales los suyos? ¿No es eso justo? Una tirada de 1,500 ejemplares no está mal para un periódico pequeño y viejo como el *Calexico Daily Chronicle*. No, no es su tiraje regular, sino durante la “guerra”. Pero también nos complace notar que la lista regular, pagada por adelantado, ha crecido cerca del 50%. El *Free Lance* felicita al *Chronicle* por informar sobre la insurrección, lo que reconocemos con la mejor reverencia. Hay que felicitar a las damas que se ofrecieron como voluntarias para ayudar a los heridos que están siendo atendidos en Calexico. Estas damas son Shreve, Packard, Childers, Hoffman, Glasby, Weed y Buley. Agradecemos a los muchos amigos que nos han escrito elogiando nuestra actitud sobre la neutralidad de las tropas estadounidenses. Tenemos fe en que el Tío Sam hará lo correcto en esta guerra.

La última noticia del ejemplar del *Chronicle* del 17 de febrero era un episodio que pintaba de cuerpo entero el periodismo de este diario: un trabajo que llevara solaz y entretenimiento a sus lectores. Así, bajo el título de “Un muchacho asustado renuncia”, Otis contaba que:



Un muchacho norteamericano de dieciocho años se acercó tembloroso al general Leyva esta mañana y le dijo que no se había dado cuenta de lo que hacía cuando se alistó en el ejército y que deseaba ser libre. “Claro”, dijo el general, “no queremos a nadie más que a los que saben lo que hacen”. Y le dio la mano al chico y le dijo que se fuera a casa y se portara bien.

Como relato humanista, para provocar simpatía por el joven que quiso jugar a ser revolucionario y por el comandante que comprendió su dilema y lo dejó marcharse sin ningún reproche, funcionaba perfectamente para el público americano. Al día siguiente, el diario de Calexico del 18 de febrero informaba que el comandante Berthold, que había estado en la toma de Mexicali del 29 de enero, pero que llevaba una semana ausente del pueblo, había regresado a Mexicali y mostraba su sentido del humor a quien lo había entrevistado:

Dice ingenuamente que vino en avión, ya que aparentemente era la única forma en que podía venir. Como una encantadora coincidencia, un grupo de hombres nuevos, con nuevas monturas y municiones, aparecieron también en el campamento anoche. Lo único que lamenta Berthold es haber estado ausente cuando había algo que hacer. Ha estado en Los Ángeles. Esto se comprobará, si alguien lee *Los Angeles Record*, que anoche o esta noche publicó una larga entrevista con Berthold y utilizó su fotografía, etc. Un curioso cargamento de caballos enviado desde Los Ángeles ha sido recibido por el rancho C.-M. Veinticinco ejemplares han llegado y es realmente extraño que un rancho que se dedica a la cría de caballos requiera más. El Gral. Leyva teme que estos caballos sean recibidos y utilizados para la llegada de las tropas mexicanas que vendrían desde Ciudad Juárez. “Si los Estados Unidos hacen las cosas de esa manera no pueden esperar que continúe nuestra sin-

cera cooperación en el cumplimiento de las leyes de neutralidad”, comentó el general. Esta tarde ha llegado un despacho de la Prensa Asociada, en el que se dice que el Gobernador Vega, que fue herido en el cuello el martes, se encuentra fatalmente enfermo en Las Juntas y que su ejército fue disuelto allí esta mañana. Por otro lado, otro mensaje dice que la herida fue enteramente fingida como una artimaña con el fin de volver y conseguir dos ametralladoras dejadas en las colinas. El informe de Lee Little, de que Vega estaba en mal estado y no podía montar a caballo, parece ser el que dice la verdad sobre el asunto.

El *Chronicle* incluyó diversos artículos sobre la revolución floresmagonista en sus cuatro páginas. En el ejemplar del sábado 18 de febrero, varias noticias presentaban un caleidoscopio de hechos de interés sobre el movimiento armado y las repercusiones que provocaba a nivel local. Así, se hacía referencia a que

el Capitán Babcock ha escrito una carta al Gral. Leyva preguntando si podría ser posible para él salir de Mexicali y realizar sus combates a dos millas de la línea fronteriza internacional, a fin de garantizar la seguridad de la gente de Calexico ante el temor a las balas perdidas. Leyva contestó que tal petición debía hacerse sólo a la parte atacante; que ellos no iniciaron ninguna batalla el otro día y no pudieron evitar que otros llegaran desde el sur y les dispararan a ellos.

Por otra parte, el cerco a los revolucionarios floresmagonistas se iba acentuando:



La compañía Holton Power cortó anoche la electricidad para Mexicali y la ciudad está a oscuras salvo por las lámparas de aceite. También quitó la energía para la bomba de agua y no hay agua en las tuberías. La empresa afirma que recibió órdenes de A. J. Flores, quien tiene la concesión del gobernador Vega, para suspender el servicio.

De esta forma, Mexicali se había quedado sin luz ni agua, pero seguía siendo un territorio libre de la tiranía porfirista. Otra nota de importancia, también publicada el 18 de febrero, era un informe de Lee Little sobre el estado de ánimo de las tropas federales después de su derrota en la batalla de Mexicali. En un texto titulado “Las tropas estaban muy asustadas”, se decía que:

Leroy Little, quien es dueño de uno de los más grandes y mejores ranchos al otro lado de la línea, cuenta cómo actuaron los regulares mexicanos cuando en su retirada, la noche del miércoles, se detuvieron en su lugar. Dice que nunca vio a un grupo de hombres más asustado en su vida. Estaban casi muertos por la fatiga y el hambre, pero no estaban dispuestos a detenerse más tiempo del absolutamente necesario para que el gobernador Vega, que estaba herido en el cuello y en el brazo, se curara para poder viajar con ellos. Estaba oscuro cuando llegaron al rancho y no pudo contar con precisión a los heridos. Los soldados se llevaron la carreta de Little y un par de buenas mulas para la comodidad del gobernador Vega. También se llevaron casi todos sus utensilios de cocina y provisiones. “Vuelvan cuando quieran”, les dijo Lee. “A esos tipos no se les puede hacer volver ni con una máquina de tracción”.

A la vez, el enigma del estado de salud del gobernador Celso Vega seguía sin aclararse del todo. Lee Little, que lo había

visto retirándose herido del valle de Mexicali, era la más segura fuente de información. En un texto titulado “Diferentes estilos”, Otis B. Tout hacía una comparación pertinente entre su visita como gobernador un tiempo atrás, cuando era el centro del boato porfirista, y su desastroso paseo de guerra en 1911:

Si bien no queremos ser culpables de comparaciones odiosas, no olvidemos las dos formas diferentes en que el gobernador Vega visitó Mexicali durante los últimos dos años. Hace unos meses vino en el coche particular de alguien, era un alto invitado de honor y mantuvo su orgullosa cabeza en alto para que nadie pudiera mirarle sin pensar en arrodillarse como un esclavo ante su amo. El martes fue y vino. Tuvo que robar una carreta y un par de mulas a Lee Little para viajar. Iba herido en el cuello y en el brazo. Así es la suerte de la guerra y el resultado de apoyar la esclavitud del pueblo llano de México.

La figura del gobernador Celso Vega iba perdiendo prestigio a ojos de todos los que habían visto su actuación en el campo de batalla: como parte del régimen dictatorial de Porfirio Díaz, el militar que regía el Distrito Norte nunca pensó que unos centenares de revolucionarios le darían una lección que nunca olvidaría y que su anhelo de recapturar Mexicali sólo iba a traerle el estigma de una derrota que sería difundida por la prensa de los Estados Unidos como una vergonzosa debacle. Junto con el aviso de que el gobernador de Arizona le había dado instrucciones al mayor Ewing, del fuerte de Yuma, para que estuviera preparado para aprovisionar, con armas y municiones, a 200 soldados mexicanos al mando de Vega, provocando que el mayor Ewing se quedara esperando a esas tropas que nunca llegaron, el *Chronicle* del 18 de



febrero incluía un artículo de opinión titulado “La gloria de la guerra”, donde se decía:

La gloria de la guerra se ha cantado en tono marcial durante miles de años, pero hay poca alegría o gloria en los corazones de los pobres soldados heridos en Mexicali, en los hogares de los muertos insurgentes y en los de los regulares mexicanos cuyos cuerpos yacen sin enterrar en la orilla arenosa del río Nuevo, por muy humildes que sean esos hogares. Bajo el entusiasmo de la ópera cómica de la insurrección corre una corriente de tragedia.

Pero los muertos eran mexicanos en ambos bandos: unos, los federales, cumpliendo órdenes sin chistar, mientras los otros, los revolucionarios, trataban de cambiar el mundo, de hacerlo más habitable.

Ese mismo 18 de febrero, el *Imperial Valley Chronicle* salió publicado. Era sábado y su cobertura de la batalla de Mexicali, en las márgenes del río Nuevo, llegaba con tres días de retraso, pero incluía datos distintos sobre el enfrentamiento. En su portada, dos temas trascendentales para los habitantes del Valle Imperial aparecían como de igual importancia: el de la izquierda afirmaba que “Se combatía contra el rebelde Colorado”, como si el propio río fuera una fuerza revolucionaria que luchaba contra las obras ingenieriles que querían someterlo. Del lado derecho de la portada, se anunciaba que “Vega es derrotado en Mexicali”, agregando que “Los federales mexicanos atacan a los insurgentes y son rechazados al desierto después de una intensa batalla”. El combate había sido visto por centenares de estadounidenses que se habían apostado en la frontera y que, al fin, habían tenido el espectáculo que esperaban. Otra noticia importan-

te era que el puente ferroviario había sido destruido por los insurrectos. El reportaje era amplio y aseguraba que:

La verdadera guerra se desató en Mexicali el miércoles por la tarde, cuando las tropas federales mexicanas atacaron la posición de los insurgentes en la ciudad y fueron repelidas después de un combate que duró unas dos horas. Toda la población de Calexico y cientos de personas de otros pueblos del valle vieron la batalla desde el lado americano, pero como espectáculo popular la batalla de Mexicali fue muy inferior a un espectáculo de cine. Las multitudes permanecieron en los tejados durante toda la tarde, temblando en el frío viento y tratando de imaginar que estaban viendo la pompa y las circunstancias de la guerra. Vieron a unos pocos hombres, moviéndose en las orillas del desfiladero de río Nuevo, como a media milla de distancia, una bocanada de humo de vez en cuando, un caballo sin jinete que se alejaba, hombres que llevaban cosas indisimulables en camillas. Oyeron el crujido de los Mausers y el ladrido de los Springfields, y creyeron oír cañones y se estremecieron cuando las cargas de dinamita estallaron para destruir un sendero por la orilla del desfiladero. No era mucho que ver, pero era un infierno para algunos de los hombres en las orillas del río. Una docena de insurgentes fueron asesinados, y según su recuento, casi una veintena de federales fueron derribados. Había unos ochenta insurgentes en Mexicali. Habían regresado el sábado pasado por la mañana de las montañas y habían tomado posesión pacífica de la ciudad. Negaron haber estado en una pelea con Vega cerca de Campo, pero informaron que dos de sus exploradores habían desaparecido y presumieron que el asesinato de los dos hombres era la única base para la jactancia de Vega de que había derrotado a los insurgentes y matado a dieciséis de ellos. Apparentemente no tenían idea de que Vega los seguiría a través de



las montañas y atacaría el pueblo desde el oeste, pero el miércoles por la mañana se enteraron de que se había dado permiso a las tropas mexicanas para atravesar el territorio americano desde el este y salieron a volar un puente del ferrocarril Inter-California a una milla al sureste del pueblo. Más tarde, sus exploradores a caballo llegaron desde el oeste e informaron de que habían encontrado y tenido una escaramuza con las tropas cerca del rancho Little, a dos o tres millas al oeste de Mexicali, y los insurgentes se prepararon para defender la ciudad en ese lugar.

No tuvieron que esperar mucho. Los primeros en aparecer en la distancia fueron elementos de caballería del ejército federal, a los que siguió la infantería. Eran las 2:30 de la tarde del 15 de febrero y al oeste del desfiladero de Mexicali los disparos comenzaron a oírse. El *Imperial Valley Press* hace el recuento de la batalla en un texto menos fragmentario que el del *Chronicle*:

Los disparos parecían tener el propósito de atraer el fuego insurgente para descubrir su posición, pero estos sólo devolvieron unos pocos disparos desde la ciudad. Los insurgentes estaban apostados en arroyadas y en agujeros de tiro a lo largo del borde este del desfiladero, y entre ambas fuerzas estaba el profundo barranco de río Nuevo, con orillas verticales de cincuenta pies de altura. La posición era fácil de defender, y era manifiestamente imposible para la pequeña fuerza de federales cruzar el río bajo fuego. Después de gastar unos cientos de municiones, los federales se desplazaron hacia el sur a lo largo de la orilla hasta un lugar estrecho en el desfiladero, donde un sendero subía por la orilla este hasta un punto de encuentro, y allí se enfrentaron a corta distancia con los insurgentes atrincherados en el punto. Los insurgentes destru-

yeron el sendero con dinamita, y sus fusileros respondieron al fuego de las tropas que se acercaron por la otra orilla a unos trescientos metros. La mayor parte de las bajas se produjeron en este punto, y después de una hora de agudos combates, los insurgentes enviaron una bandera de la Cruz Roja al punto y trajeron a sus heridos, que fueron llevados a la línea fronteriza para ser entregados a los soldados americanos. Los heridos fueron llevados a la aduana y fueron atendidos por cirujanos y asistentes del hospital. La batalla se desplazó hacia el sur, a lo largo del río Nuevo, y los disparos se volvieron desordenados y antes de que oscureciera cesaron. Los federales habían sido derrotados y expulsados del campo, dejando a sus muertos y heridos al cuidado de los insurrectos victoriosos. El jueves por la mañana, el remanente de la banda de gobernador Vega estaba a kilómetros de distancia, y desde la torre de agua con lentes de campo no se veía nada vivo en la meseta. Vega fue herido ligeramente en el cuello.

Lo interesante del registro periodístico del *Imperial* es que daba cuenta de la conformación de la tropa que comandaba Celso Vega y esto muestra sorprendentes hallazgos, como que uno de los soldados heridos del bando federal era “Frank Gilbert, de 18 años, un muchacho americano de San Gabriel, que se unió a las fuerzas de Vega en Tijuana”; o el que los cuatro soldados federales que lo transportaron al lado americano “entregaron sus armas a las tropas americanas y fueron llevados al campamento de Calexico. Dijeron que estaban hartos de luchar. La pérdida total de los insurgentes fue de cuatro muertos y once heridos. Sólo se encontraron tres federales muertos y tres heridos, pero es probable que hubiera más heridos que pudieron huir”. Lo que los testigos vieron en el transcurso de la batalla fue una defensa rigurosa de Mexicali desde sus puntos fuertes:



Desde la cima de la torre de agua de la compañía C. D. en la línea fronteriza, la batalla fue observada por el Capitán Babcock, el oficial de caballería al mando en Calexico, los oficiales de aduana e inmigración americanos, el alcalde Rockwood, los periodistas y otros. A pocos metros al sur de la torre había un pozo de fusilería ocupado por cuatro insurgentes, que intercambiaron algunos disparos con los federales y disparaban cada vez que veían a alguien al otro lado del río. Como la línea de fuego de los federales estaba directamente al este, ninguna bala se dirigió hacia la torre, pero el peculiar crujido de las balas Mauser que pasaban se oía muy claramente, produciendo el efecto de rifles descargados muy cerca. Pero pocos incidentes de la lucha pudieron ser vistos incluso desde la torre. Los hombres de la fosa dispararon a un explorador federal en la maleza, y cuando las balas levantaron polvo frente a él, se escabulló como un coyote asustado. Se vieron jinetes cabalgando a través de la meseta hacia el norte, y cuando cruzaron el canal que marca la frontera, el capitán Babcock envió tropas para interceptarlos. Los jinetes eran desertores de las fuerzas de Vega. Un francotirador insurgente en la cima del corral disparó tres veces a las tropas americanas en la línea a través del río, confundién-dolas con soldados mexicanos, pero el alcance era de mil yardas y sólo los persuadió a moverse alrededor de un montículo fuera de su vista. La verdadera lucha estaba tan lejos que sólo era audible y no visible. El general Bliss, al mando del departamento del Pacífico, llegó a Calexico el jueves por la mañana en un tren especial para examinar la situación, pero llegó demasiado tarde para ver la batalla. Fue acompañado por el vicepresidente E. E. Calvin, el superintendente Piatt y otros oficiales del ferrocarril South Pacific, el Gral. H. G. Otis, el Gral. M. H. Sherman y otras distinguidas personas. El Gral. Bliss consultó con el Capitán Babcock pero no asumió el mando directo de las tropas en la frontera. Transmitió instrucciones de Washington de que ninguna tropa debía

cruzar la línea para ningún propósito sin órdenes específicas de Washington. Las tropas están vigilando la frontera para hacer cumplir la ley de neutralidad y actuando bajo la autoridad de los funcionarios de la ciudad de Calexico para mantener a los ciudadanos fuera de un posible peligro. Calexico ha estado bajo protección militar, no bajo la “ley marcial”.

Esta última frase es una precisión hecha contra el *Chronicle*, que había hablado de ley marcial en sus editoriales. Muchos de estos militares y ejecutivos de empresas americanas eran, obviamente, simpatizantes si no es que amigos del general Porfirio Díaz y apostaban por su régimen. Esperaban que el ejército federal fuera capaz de poner orden en la frontera y que sus oficiales hicieran el trabajo de reprimir a los revolucionarios de una forma expedita y eficiente. Por eso mismo se llevaron una sorpresa cuando los floresmagonistas fueron un hueso duro de roer y éstos acabaron venciendo en el campo de batalla a las tropas supuestamente profesionales bajo el mando del gobernador Celso Vega. Al ver el desarrollo de los combates, descubrieron muy a su pesar que el espíritu de lucha estaba ausente entre los federales. El *Imperial Valley Press* se hacía eco de semejantes descubrimientos:

Algunos de los visitantes se sorprendieron y se decepcionaron al saber que Vega, con sus 110 hombres, había marchado contra Mexicali desde el oeste a través de territorio mexicano y que se había quedado sin fuerzas en lugar de aprovechar el permiso para pasar a través de territorio americano, que se obtuvo con el propósito expreso de permitirle realizar un ataque efectivo contra la expuesta ciudad. Sus declaraciones han confirmado la idea general de que la supuesta necesidad de proteger la obra del río Colorado era un pretexto. Antes de iniciar la expedición, el gobernador Vega emitió una declaración



importante: “Al pueblo de los Estados Unidos: Nos sentimos agradecidos a nuestros amigos norteamericanos en los Estados Unidos por su simpatía en el momento de nuestro pequeño problema. Esto no es una revolución. El problema está causado por hombres irresponsables, ciudadanos de ningún país y amigos de nadie. Culpo de este descontento, si es que lo hay, a los americanos y sus periódicos socialistas. Preservaremos la paz de Baja California. Ahora mismo salgo en búsqueda de los hombres que violan la ley, no para sofocar una supuesta rebelión, pues no hay tal. Firmado por Celso Vega, gobernador de Baja California”. Las últimas noticias son que el gobernador Vega fue herido en el brazo. En el rancho de Little se apoderó de un transporte y ahora se dirige al oeste para recibir atención médica.

El *Imperial Valley Press* de ese 18 de febrero de 1911 también contaba con un igualmente extenso editorial, dedicado exclusivamente a dos cosas: a comprender el carácter de una revolución como la que estaban presenciando en el país vecino y la forma tan infame en que *Los Angeles Times* cubría el movimiento revolucionario, con una serie de informaciones falsas que cualquier periodista local podía refutar con la mano en la cintura. Allen Kelly, su editor, no era un hombre de prensa que se dejara asustar por el prestigio de un diario tan poderoso como el que comandaba el general Harrison Gray Otis y su yerno Harry Chandler. Lo mismo que Otis B. Tout, pensaba que ser periodistas de provincia, voceros de una comunidad rural, no significaba ser menos que los chicos de la prensa de las grandes ciudades. Al contrario, al conocer mejor el terreno que pisaban y la comunidad que los albergaba, los periodistas del Valle Imperial podían entender a profundidad los acontecimientos de los que eran testigos cercanos y a veces incluso protagonistas. El editorial se

titulaba “La insurrección mexicana” y ponía las cartas sobre la mesa tanto frente a la actitud del gobierno estadounidense como de la prensa afín al régimen del general Porfirio Díaz:

El propósito de los insurgentes en México es obligar al gobierno a respetar la constitución y permitir al pueblo ejercer los derechos que la ley del país supuestamente les garantiza. No pretenden la destrucción del gobierno. Enarbolan la bandera mexicana y son leales a su país. Sus quejas son reales, y los agravios de los que se quejan son más graves para el ciudadano individual que los agravios que incitaron a los colonos americanos a la rebelión contra Inglaterra. Los estadounidenses de la frontera, que conocen a los insurgentes y sus propósitos y no están prejuiciados por los grupos con intereses estrechamente aliados con el gobierno de Díaz, están en plena simpatía con ellos y su causa. Incluso los funcionarios mexicanos de la mejor clase, cuando hablan en privado con los estadounidenses, declaran su creencia en la justicia de la causa insurgente y su confianza en el éxito final de la revuelta contra el mal gobierno y el ejército organizado. No sabemos si esto se aplica a la frontera de Texas, pero podemos hablar con certeza de la situación en el Valle Imperial, la Baja California y Arizona. Todavía no hemos encontrado a un americano en esta región que no simpatice y respete a los insurgentes y condene indignadamente la actitud del gobierno en Washington, como lo indica su falsa caracterización de los insurgentes como “meras guerrillas” y su concesión de permiso para mover las tropas mexicanas a través del territorio americano.

Allen Kelly estaba escandalizado, como editor del *Imperial Valley Press*, por la campaña de mentiras y falsedades que buena parte de la prensa de su país, pero especialmente de los principales diarios de California, realizaban sin vergüen-



za alguna. Como ciudadano estadounidense comprometido con la libertad de expresión, sentía que era su deber dar una respuesta a un periodismo que inventaba o exageraba las actividades de los revolucionarios floresmagonistas en Baja California, que los pintaba como terroristas ávidos de sangre y destrucción. Como vecino de Mexicali, Kelly podía ver la realidad fronteriza y las motivaciones del pueblo mexicano para emanciparse de un tirano como el general Díaz. Además, aunque no siempre estuviera de acuerdo con la forma de proceder del *Calexico Daily Chronicle*, también acabó defendiéndolo de los ataques de *Los Angeles Times*. Lo que le parecía fuera de lugar, a este editor estadounidense, era el ejercicio del periodismo como una campaña de desprestigio contra los revolucionarios basada en mentiras y prejuicios evidentes:

Todos los hombres de la frontera, todos los estadounidenses decentes del Valle Imperial, todos los mexicanos honestos e inteligentes—incluso los altos funcionarios que no se dedican a saquear al gobierno y al pueblo con ambas manos— condenan la viciosa mendacidad de esos periódicos estadounidenses que llaman a los Insurgentes “criminales”, “ladrones”, “vagabundos” y “pilluelos” y los acusan de toda clase de villanías. El peor infractor de la verdad y la decencia es *Los Angeles Times*, cuyo primer “corresponsal especial” en Mexicali era un holgazán borracho y de mala reputación, un tipo que pasaba su tiempo en los viles antros que los insurgentes cerraban mientras estaban en la ciudad, y enviaba el tipo de mentiras que suponía serían aceptables para el periódico. Tomando sus “hechos” de este miserable, el *Times* dice editorialmente:

El socialismo y el desprecio de los derechos de propiedad son peldaños hacia la anarquía, hacia la dinamitación, el incendio y el asesinato. Un editor de una de las ciudades fron-

terizas americanas se refiere a los bandidos y saqueadores dirigidos por los “rojos” infractores de la ley en México, como “patriotas” del mismo mérito que George Washington y sus compañeros. Esto es casi un sacrilegio. ¿Qué han hecho estos “patriotas”? Han robado caballos, han destruido un edificio público, han robado y saqueado, ahora amenazan con quemar o volar la propiedad de los estadounidenses y asesinar a sus responsables. Los “derechos” que persiguen son el derecho a tomar lo que no les pertenece y a vivir sin trabajar. Y los que les dicen “¡está bien!” son tan malos como ellos.

Todo eso es pura falsedad. Los insurgentes de Mexicali no han robado ni saqueado y no han amenazado ni la propiedad ni la vida de los estadounidenses. Lo que sí han hecho es destruir un edificio público, la caseta de vigilancia de la aduana mexicana en la frontera, para evitar que los funcionarios mexicanos cobren los derechos en sus propios bolsillos y así saquear tanto a la pobre gente de Mexicali como al gobierno. Es el testimonio invariable de los residentes de Mexicali y los rancheros del lado mexicano que los insurgentes han respetado su propiedad, han pagado por todo lo que han tomado y han tratado a los americanos y a todos los no combatientes con escrupulosa consideración. Cuando los insurrectos han cometido pequeñas depredaciones, los líderes se han disculpado e indemnizado a las víctimas. Han cerrado salones y lugares de juego en la ciudad y han vigilado la propiedad, y los líderes incluso han obligado a restituir el dinero tomado de las máquinas tragamonedas por algunos de los hombres en un momento en que los oficiales estaban en el frente y no se podía mantener la disciplina en la ciudad.

El testimonio del *Imperial Valley Press* es invaluable porque sitúa el sentir de la comunidad fronteriza estadounidense, de los residentes del Valle Imperial, en su real percepción de la



revolución floresmagonista que se estaba dando al sur de su frontera, en Mexicali. Allen Klein no había hecho lo que a su colega, Otis B. Tout, le encantaba hacer: andar de camarada de los insurgentes, participar en los hechos de la rebelión como si fuera un espectáculo. Su proceder fue más distante, pero igualmente sincero en tratar de entender el movimiento armado que tenía lugar tan cerca de su lugar de vida y de trabajo. Por eso su pieza editorial era tan poderosa en sus argumentos y razones de peso para calibrar a la revolución anarcosindicalista del Partido Liberal Mexicano en su dimensión política, social y, sobre todo, humana. Pero su principal mérito era que vislumbraba la respuesta del gobierno de su país como un tomar bando por la tiranía y contra el pueblo de México:

Muchos estadounidenses están con los insurgentes. Algunos de ellos simpatizan seriamente con la causa; otros son jóvenes aventureros en busca de emociones; algunos son vagabundos y abandonados, sin duda, y muchos son socialistas, que naturalmente se ponen del lado de cualquiera que se oponga al orden establecido de las cosas. Y es que el orden establecido en México es bastante malo para la gente pobre y muy satisfactorio para los explotadores de privilegios especiales. Pero uno no es necesariamente un incendiario o un asesino, aunque el *Times* piense que lo es y agrupe a todos los críticos del sistema social con los sinvergüenzas que volaron su edificio y con los holgazanes que dan mal nombre a los sindicatos. Cuando se menciona el socialismo y el sindicalismo, el *Times* se pone rojo y se vuelve loco, y sería una tontería considerarlo moral o mentalmente responsable de sus desvaríos sobre los insurgentes mexicanos. Sin embargo, sus declaraciones son falsas y sus conclusiones son absurdas.

El gobierno ha sido engañado por los intereses norteamericanos que han recibido favores de Díaz y se preocupan por mantener el sistema con el que se benefician. Su explicación del permiso para que las tropas mexicanas pasaran por territorio americano, de que eran necesarias para proteger las obras del dique en el Colorado, era un mero pretexto, un subterfugio para permitir a Vega atacar Mexicali desde el este. Los insurgentes no se han acercado a menos de cien millas de la obra y no tienen intención de molestarla. Han dejado claro con palabras y acciones que no quieren perjudicar ningún interés americano. Volaron un puente del ferrocarril para evitar el movimiento de las tropas mexicanas contra ellos, pero avisaron con franqueza que lo harían si tal movimiento amenazaba, y estaban justificados. La destrucción de la propiedad del ferrocarril fue causada por la acción del gobierno americano, y si se produce algún daño más a la propiedad americana o a las personas en California, será debido a la ayuda dada a las fuerzas del gobierno mexicano por el gobierno americano. Si Washington mantiene sus manos fuera y observa las leyes de neutralidad por sí mismo, así como obliga a los estadounidenses en la frontera a obedecerlas, no habrá ninguna molestia de ninguna propiedad estadounidense por parte de los insurgentes mexicanos.

El editorial de Allen Kelly establecía la pugna de puntos de vista sobre la legitimidad o no del movimiento revolucionario floresmagonista en el Distrito Norte de la Baja California. Los periodistas de *Los Angeles Times* la veían como una calamidad que debía ser suprimida lo más pronto posible, como un grito de horror ante una “chusma” que le quitaba el poder a los científicos y militares al mando del país vecino y se lo daba al pueblo llano. En cambio, los periodistas del Valle Imperial la veían como una consecuencia de décadas de



despotismo y crueldad que habían llevado a muchos mexicanos a tomar las armas para liberarse de un régimen tiránico. No es que justificaran la violencia revolucionaria, pero entendían sus motivos y sus métodos de lucha. Aquí hay que señalar que los acontecimientos principales, la toma de Mexicali, la escaramuza en Picachos y la batalla de Mexicali, no habían provocado pérdidas humanas ni materiales de consideración. En contraste con la revolución maderista en la frontera de Texas y Chihuahua, donde los enfrentamientos entre revolucionarios y federales habían dejado centenares de muertos y heridos, en Baja California los muertos y heridos se contaban apenas por unas cuantas decenas.

Esto se debía, en parte, a la poca población que tenía el Distrito Norte, pero también a que un número considerable de bajacalifornianos había huido al otro lado, mientras que las fuerzas revolucionarias, compuestas por nativos y extranjeros, habían tenido una conducta prudente y a la hora del combate eran poco propensas a destruir la propiedad ajena. Entendían que gran parte de los ranchos (como el famoso de Lee Little), de las compañías de terrenos (como la Colorado River Land Company) y de las vías férreas (como el ferrocarril Inter-California, que entraba a México por el poblado de Los Algodones y que salía por Mexicali), sus propietarios eran estadounidenses y si se les dañaba o destruía inmediatamente habría una respuesta militar del gobierno del país vecino. Y por supuesto, los revolucionarios no querían que el ejército estadounidense interviniera en su revolución apoyando al capital extranjero, menos que invadiera Baja California porque ellos no tenían la potencia de fuego para detenerlo. Y eso lo comprendían muy bien periodistas como Otis B. Tout y Allen Kelly, que veían en los revolucionarios gente decidida a cambiar el rumbo de México sacándolo del rígido sistema dictatorial en que se encontraba inmerso. Para este par de periodistas, el que el

presidente Porfirio Díaz se mantuviera tantos años en el poder era consecuencia del apoyo de Washington a su régimen y, por eso mismo, como ciudadanos americanos, se sentían responsables de algún modo en los acontecimientos que reportaban desde la frontera.

Como el *Calexico Daily Chronicle* no se publicaba los domingos, sólo hasta el 20 de febrero apareció su siguiente número, que era repartido casa por casa o vendido por los voceadores en los diferentes poblados del Valle Imperial. Las notas periodísticas de este número estaban dedicadas a las actividades de los revolucionarios y a aclarar algunos cabos sueltos sobre las informaciones anteriores, como el estado de salud del gobernador Celso Vega y los planes a futuro de los floresmagonistas. Su titular de portada mostraba la siguiente movida de los insurrectos: “Hacia Ensenada, dicen los revolucionarios. Provisiones, armas, reclutas y determinación suficientes para ganar la capital del territorio. Empieza el viaje en fecha próxima”. Mucha de la información recabada al respecto tenía como fuente al comandante Simón Berthold, para quien la derrota del ejército de Vega en Mexicali dejaba el camino abierto hasta el puerto de Ensenada, pero también el artículo, en el estilo del *Chronicle* de juntar varias noticias en un solo texto, daba cuenta de los tejemanejes periodísticos por hacer la crónica de la propia revolución en marcha:

Ahora los revolucionarios están preparados y más decididos que nunca a seguir hasta Ensenada y poseer la capital del territorio. No se sabe el momento en que avanzarán, pero será en un futuro cercano. John Kenneth Turner ha obtenido el raro permiso de los jefes de los revolucionarios para marchar de Mexicali a Ensenada y sin duda los acompañará durante todo el viaje. De esta manera se hará un registro de



tallado de los logros de la banda. Turner tiene permiso para llevar una cámara también. Debería ser capaz de dar buena cuenta de él mismo. El *Sunday Herald* tenía una columna de tonterías sobre que Berthold había sido capturado con Jack London y que estaban siendo retenidos por el capitán Babcock. Ni Berthold ni London están aquí bajo arresto. London ni siquiera está aquí ahora mismo. El rumor probablemente comenzó porque el Capitán Babcock envió un telegrama al mariscal Youngworth para saber la disposición de los prisioneros heridos allí. El Marshal Youngworth y el Fiscal del Distrito McCormick han bajado hoy para tomar una decisión sobre lo que se hará con los prisioneros. Los heridos federales han sido puestos en libertad condicional y se les ha concedido la libertad. El joven Palomares, insurgente herido, fue enviado a El Centro para ser retenido como prisionero de guerra en la cárcel del condado. Algunas personas se preguntan cómo los Estados Unidos pueden mantener prisioneros de guerra para cualquiera de los dos bandos. John Kenneth Turner quiso interrogar al Sr. Youngworth sobre varios asuntos de derecho y fue a su vez interrogado en cuanto a su interés. Quedó la impresión de que se le amenazó con el arresto a menos que su interés por el bienestar de los insurgentes se hiciera menos patente. El interés de Turner no tiene muchas posibilidades de reducirse, pues cuanto más vive, más se interesa por su causa. Desde hace tres años trabaja en favor de los pobres de México. Otra historia que hay que precisar es esa de que el escorbuto se ha desatado en el campamento rebelde. No se ha informado de ningún caso. Los hombres tienen abundante comida fresca y no corren peligro de escorbuto. Los hombres del Gral. Vega, al ser regulares, se les permitió comprar todas las provisiones que quisieran en suelo americano en Campo. Vega está un poco mejor y se va a casa a Ensenada tan pronto como pueda. Su expedición es un fracaso. Su próximo trabajo será defender la capital.

Otro artículo del *Chronicle* del 20 de febrero atendía un asunto que había ocasionado fricciones entre los integrantes de la Cruz Roja del Valle Imperial y los rebeldes. Si en la batalla de Mexicali del 15 de febrero los federales no habían respetado la bandera de la Cruz Roja, cuando sus miembros recogían heridos para llevarlos al otro lado, ahora las quejas iban por parte de los revolucionarios, pues los comandantes Berthold y Leyva sospechaban que, encubiertos por una partida que ingresó a territorio mexicano bajo la bandera de la Cruz Roja, el sheriff Meadows había hecho de las suyas. Berthold, quien no había estado presente en la batalla porque había ido a Los Ángeles a dar cuenta de las actividades revolucionarias a la junta del Partido Liberal Mexicano, así como para recibir nuevas instrucciones, ahora veía con suspicacia cualquier grupo de estadounidenses que pasara al lado mexicano disfrazado de socorristas de la Cruz Roja, pues:

Temía que esta visita del grupo explicara la peculiar ausencia de una docena de rifles que se suponía que los federales habían dejado caer en su huida del campo de batalla. Pero el sheriff Meadows y el grupo no tenían culpa alguna y el Sr. Berthold se convenció pronto. El grupo recogió proyectiles, cantimploras y algunos artículos menores, siendo lo único valioso el par de lentes de campo que se encontraron en el camino alto donde los vehículos que pasaban los habrían recogido en otra hora y que no fue visitado por los exploradores insurgentes. De hecho, cuando los exploradores insurgentes visitaron el campo a primera hora de la mañana siguiente, descubrieron que alguien había estado allí antes y que sólo se encontraba un Mauser. Se dice que un grupo de americanos visitó el campo a medianoche y enterró una docena de rifles. El rumor no puede ser verificado, pero los piquetes mantuvieron una vigilancia y cuando



una luz de bolsillo se mostró en el campo después de oscurecer, se hicieron varios disparos en esa dirección. Esto explica la agotadora noche del sábado. Al general Leyva y al líder Berthold les gustaría toparse con cualquier sujeto que esté desenterrando armas por allí. Ya lo creo.

La Cruz Roja, en el hospital de Calexico, había ayudado a la curación y los cuidados de los heridos de ambos bandos, sin ningún distingo. Su trabajo ejemplar había hecho que muchos ciudadanos le dieran su apoyo en forma monetaria. Por otra parte, el *Chronicle* informaba que las sospechas del comandante Leyva sobre la llegada de 100 caballos al rancho C.-M. eran infundadas. Walter K. Bowker, representante del rancho, respondía que efectivamente había llegado un centenar de caballos, pero que éstos eran broncos: “y me encantaría ver a cualquier soldado federal o insurgente intentar cabalgarlos”. La idea de Leyva de que estas cabalgaduras iban a ser usadas por el ejército de la dictadura, hizo que el periódico terminara su nota diciendo que: “no hay bases para los temores del señor Leyva, ya que los caballos broncos recibidos matarían más rápido a los jinetes federales que las balas de los rebeldes”.

En otra nota sin título, se decía que el general Celso Vega le echaba la culpa a la prensa estadounidense por el problema de la revolución floresmagonista, a lo que el *Chronicle* respondía: “Vega puede culpar a nuestros periódicos de mostrar las condiciones del siglo 18 en México y de advertir las condiciones en que viven los mexicanos”. Y como una respuesta al editorial del *Imperial Valley Press*, el escrito por Allen Kelly, Otis B. Tout le agradecía en forma sesgada su apoyo frente a *Los Angeles Times*: “El tío Sam ha descubierto que tiene las manos ocupadas en luchar contra el rebelde río Colorado, por lo que menos tiene tiempo para meterse

con la revolución en la que los mexicanos están enzarzados. Esta es la sonrisa militar del capitán Kelly y es muy buena”.

Un día después, el 21 de febrero, el *Chronicle* seguía manteniendo su rosario de notas sobre lo que sucedía al sur de la frontera y a lo largo de sus páginas mostraba que la revolución anarcosindicalista ya repercutía en todo el Distrito Norte de la Baja California, pues en la capital, en el puerto de Ensenada, estaban cerrando los negocios y sus habitantes, especialmente los que contaban con recursos, se estaban marchando, por tierra o por mar, hacia el puerto de San Diego para alejarse del ejército revolucionario que, desde Mexicali, iba hacia ellos. Pero no todas eran malas noticias para los federales, ya que un pequeño destacamento de 25 hombres había logrado entrar en Tecate. Por otro lado, el estado de salud del gobernador Celso Vega al fin se aclaraba en una nota titulada “Vega tuvo tres heridas”:

En lugar de una, como se reportó primero, o dos, que se reportaron después, se dice ahora que el Gobernador Vega recibió tres heridas en el enfrentamiento del pasado miércoles en Mexicali. Llegó a Ensenada el domingo por la mañana en la carreta que se llevó del rancho Little. Sus heridas habían sido toscamente vendadas y su condición se reporta como grave. Una bala le dio en la boca, otra en el cuello y otra le hizo una gran herida en el costado. Habría sido capturado si cinco hombres fieles no hubieran estado a su lado. Los soldados de Vega dicen que Vega no hizo ningún intento de salvarse del fuego rebelde. Instó a los hombres a reunirse y seguirle en una carga a través del río. Ellos se negaron y es bueno que lo hicieran porque ningún hombre podría haber cruzado el lecho del río. Los hombres informan que todos los demás oficiales actuaron con gran cobardía escondiéndose en los agujeros del suelo todo el tiempo y huyendo a la primera oportunidad.



El cuerpo principal de soldados federales está marchando lentamente de vuelta a Ensenada donde se prepararán para defender la ciudad de un ataque insurgente.

En una nota más sobre la situación del campo de batalla en el valle de Mexicali se notificaba que se habían encontrado dos cadáveres más de soldados federales. El macabro hallazgo aparecía también en la página principal. En la información se declaraba que:

Dos soldados federales muertos más fueron descubiertos esta mañana a una milla y media de Mexicali en el camino usado por los federales la noche del miércoles en la retirada. El descubrimiento fue hecho por un mexicano que pasaba por allí. Los hombres estaban evidentemente gravemente heridos en la batalla y se pusieron demasiado enfermos para ser una carga para las tropas en fuga y fueron abandonados. Uno de los hombres tenía la cabeza clavada en el barro como si la hubieran forzado. Se cree que se podrían encontrar otros en el mismo aprieto si se siguiera mucho el rastro de los federales. Esto hace un total de cinco federales muertos encontrados. Dos heridos están ahora en el hospital. La Cruz Roja local ha mandado hombres a enterrar al muerto recién descubierto tan pronto les fue reportado.

Mientras tanto, el ejército revolucionario estaba preparándose para dejar atrás su triunfo en el valle de Mexicali y se alistaba para recorrer la agreste y difícil ruta hacia el puerto de Ensenada para obtener su dominio total sobre el Distrito Norte de la Baja California. Según el *Chronicle* del 21 de febrero, esta vez los rebeldes no iban a dejar desprotegido el pueblo de Mexicali, como había ocurrido unas semanas antes. También ellos iban aprendiendo el arte de la guerra:

Los preparativos para salir de Mexicali continúan entre los insurgentes del otro lado de la línea. Ayer, 26 de ellos fueron designados para permanecer en Mexicali para realizar tareas policiales mientras el cuerpo principal marcha a Ensenada. No se ha fijado la hora de salida. Puede ser en un día y puede ser en una semana cuando comience. Los periódicos de San Diego dicen que los revolucionarios están ahora a medio camino de Ensenada y el resultado ha sido un éxodo temprano de la capital territorial, la gente se lleva sus objetos de valor. Aquí está tranquilo a lo largo de la frontera. Los pozos de fusil siguen cuidadosamente ocupados y los exploradores están dispersos por millas en todas direcciones, arriesgándose a ser sorprendidos. Los hombres se lamentan de no haber seguido a Vega y a sus hombres el miércoles por la noche y de no haber asegurado los cien rifles Mauser que los federales poseían. Si no hubieran esperado un ataque a la mañana siguiente, seguramente habrían seguido a las fuerzas federales. Las normas de este lado de la línea se han relajado un poco, permitiéndose el paso a cualquier hombre que declare tener negocios al otro lado de la frontera. Los insurgentes esperan que los comerciantes regresen y abran sus locales tan pronto como desaparezca la hueste principal, de modo que se puedan reanudar las condiciones normales de comercio lo antes posible.

Y al parecer los revolucionarios iban aprendiendo aprisa: esta vez dejaban una tropa reducida, pero con funciones de guardianes del orden público, para que mantuviera la paz y tranquilizara a los vecinos del otro lado, mucho de los cuales eran los propietarios o los empleados de los casinos, burdeles y cantinas de Mexicali. En una serie de notas sin título, el *Chronicle* del 21 de febrero exponía muchos de los variados intereses que habían surgido por la cobertura de la revolución entre los periódicos estadounidenses:



John Kenneth Turner va a ir de excursión a Ensenada con los revolucionarios. Será una experiencia que valdrá la pena para el hombre del periódico. Nos mantenemos ocupados diciendo la verdad sobre la revolución, sin urdir un montón de “estupideces” sólo por la emoción. Pero parece que tendremos que dedicar una porción regular de espacio a corregir las estafas impresas por otros. No pretendíamos llamar la atención sobre el *Standard* cuando citamos media docena de “errores” cometidos por los periódicos al informar de la revolución, pero ese periódico confesó anoche. Según todas las apariencias, el editor se limitó a preguntar: “Ahora bien, si yo fuera un insurgente, ¿qué haría?”. Eso le dio la pista y el *Standard* tiene ahora una historia sobre la revolución que está tan lejos de los hechos como una pelea de gatos de la paz de un cementerio. No pretendemos saberlo todo, pero sí sabemos que tenemos teléfono, que a veces hay que salir y hacer otras cosas para conseguir las noticias y para que estas sean correctas.

Es interesante que el *Chronicle* reportara también los combates en otra frontera, y que avisara de batallas al sur de Ciudad Juárez entre los insurgentes a las órdenes de Enrique Flores Magón y los federales al mando del general Navarro, siendo derrotados estos últimos. La diferencia, según el diario de Calexico, es que allá, en Chihuahua, “a los periodistas no se les ha permitido salir de Juárez, por lo que no hay detalles” sobre la marcha de la revolución por aquellos rumbos, mientras que en la frontera de California y Baja California el problema primordial de los periodistas era el propio ejército americano y los agentes de la ley, que veían a los representantes de la prensa con extrema desconfianza y a quienes mantenían estrechamente vigilados. Para el 23 de febrero, el diario de Calexico daba cuenta de una nueva escaramuza entre federales y revolucionarios en el valle de Mexicali,

pero esta vez no había sucedido al sur del valle sino al noroeste, en Los Algodones, un poblado cercano a la ciudad de Yuma, en Arizona. Bajo el título de “Algodones capturado. Un muerto. Un herido”, se ofrecía una somera crónica del suceso armado:

El martes por la tarde, a las 4:15, un destacamento de cuarenta insurgentes se apoderó de la locomotora y de un vagón vacío, enviado a Packard por suministros para los trabajadores que están reforzando el dique del río Colorado, obligando a la tripulación a llevar el tren de vuelta a Tecolote, donde estaban estacionados los vagones de pasajeros, y allí formaron un cómodo tren para llevarlos a Los Algodones y atacar la aduana. Todos sus esfuerzos tuvieron éxito. Al llegar a Los Algodones todos menos dos personas habían empatado, Tomás Beléndez, recaudador de la Aduana y C. Garza. Capitán de Rurales. Se les pidió que se rindieran, pero mostraron resistencia. El capitán Garza tenía un rifle Winchester y trató de accionarlo, pero se le atascó un proyectil. Le dispararon primero en la muñeca y aún así trató de accionar la palanca. Le falló y uno de los insurgentes apuntó y le disparó en el estómago. Mientras tanto, el recaudador Beléndez recibió un disparo en la pierna derecha por debajo de la rodilla y fue desarmado. Las pocas armas que había fueron capturadas y la aduana incendiada. Se quemó hasta los cimientos en pocos minutos y los hombres subieron a su tren, ordenando a la tripulación que los hiciera retroceder hasta el puente quemado, lo que se hizo. La compañía de ferrocarriles Inter-California se dedica a transportar suministros de heno, patatas, etc., desde Packard, a siete millas de Mexicali, a los trabajadores del dique que trabajan para el coronel Ockerson. La vía está intacta desde el puente quemado hasta el otro extremo de la línea. Las patatas y otros suministros recibidos del rancho de C.-M. en Baja y mane-



gados abiertamente en Packard nunca han sido tocados por los insurgentes, aunque se sabe que a veces están escasos de verduras frescas.

Muchas de las noticias de la revolución floresmagonista en Mexicali parecen sacadas de una novela del viejo oeste. Más que cargas de caballerías y asaltos de infantería, como los ocurridos el 15 de febrero, la batalla de Los Algodones sugiere más la toma de un tren, un tiroteo al estilo del siglo XIX, un duelo a muerte entre los revolucionarios y un funcionario del gobierno porfirista que tuvo el empecinamiento de no rendirse a tiempo, como le había sucedido al guardián de la cárcel de Mexicali el 29 de enero. En ambos casos, la muerte los sorprendió mientras cumplían con su deber hacia la dictadura imperante. Pero esa no era la única información valiosa publicada el 23 de febrero por el *Chronicle*. Había dos noticias que se complementaban: una era la llegada de numerosos voluntarios desde Los Ángeles para unirse a los revolucionarios en Mexicali. La otra era que las autoridades estadounidenses ya estaban reprimiendo a los insurgentes y tomándolos prisioneros en cuanto pisaban territorio americano. En un texto titulado “Muchos reclutados de Los Ángeles”, el *Chronicle* copia un artículo publicado por *Los Angeles Times* con cierta ironía, sabiendo de dónde procede la información y la postura antagónica en contra de la revolución que el periódico del general Gray Otis promueve en su cobertura de la misma:

El *Times* de Los Ángeles es la autoridad para la historia de que decenas de insurgentes están dejando esa ciudad para unirse a las filas de los revolucionarios, desde la visita de Berthold a la ciudad la semana pasada. El *Times* adivina el rumbo que toman los insurgentes cuando vienen a unirse a la causa. Se

supone que se bajan del tren a ocho o diez millas al norte de Calexico “en un depósito de agua y luego van al este por dieciocho millas, al sur diez millas y luego a Mexicali. El Centro debe resentir esta referencia a ser un pueblo de tanque de agua, ya que esa es la estación a diez millas al norte de Calexico”. Esta ruta significaría una caminata de unas treinta millas para llegar a Mexicali. No creemos que caminen tanto. El hecho de que los hombres que llegan son, en su mayoría, los que ponen su propio dinero, muestra que son serios. Un hombre llegó sin un arma pero tenía 14 dólares. “Traté de comprar un rifle, pero querían 16 dólares y yo sólo tenía 14”, dijo el hombre. El general Leyva le dijo que podía unirse a ellos si pagaba los cuatro dólares de un rifle. Esto lo hizo con gusto y ha estado con ellos desde entonces. Últimamente ha llegado un gran número de reclutas de Los Ángeles. El ejército tendrá un tamaño bastante respetable cuando parta hacia Ensenada. Los pasos de montaña están siendo explorados todos los días para ver si hay alguna emboscada preparada contra los insurgentes. Cuando los exploradores informen al campamento, probablemente se iniciará la marcha. Hoy no ha ocurrido nada de especial interés. Los hombres están recibiendo munición todos los días y añadiendo un gran suministro de provisiones en el corral de los toros.

Esas eran, desde el punto de vista de los revolucionarios floresmagonistas, las noticias buenas, pero también estaban las noticias adversas, como la que llevaba un título larguísimo: “El joven Palomares fue trasladado esta mañana a Los Ángeles, donde será juzgado por el cargo de violación a las leyes de neutralidad”, donde se decía que se iniciaba una persecución judicial contra los rebeldes por parte de las autoridades de los Estados Unidos, como una manera de ame-



drentar a los jóvenes que se estaban uniendo al movimiento armado en Mexicali:

El joven Palomares, que vino a este lado para recibir atención médica y que fue arrestado como insurgente, fue llevado esta mañana a Los Ángeles, donde será juzgado por un cargo de violación de las leyes de neutralidad al organizar una expedición armada en suelo estadounidense para actuar contra México. Un detective de Los Ángeles arribó y se llevó a Palomares. El joven, evidentemente, no tuvo nada que ver con la organización de la banda, ya que el líder Berthold reclama como suya tal responsabilidad. La persecución de estos insurgentes está en consonancia con muchos procesos que los Estados Unidos han llevado a cabo a instancias de los agentes de Díaz y se está formando un registro que algún día avergonzará a este país cuando contemple su pasado. Los insurgentes han contratado a abogados que están estudiando cuidadosamente la ley de neutralidad. Informan que, de hecho, no es un delito que un hombre armado, si es ciudadano estadounidense, cruce la línea fronteriza con el propósito de alistarse en la revolución. Es un crimen para él alistarse en suelo americano, pero no es un crimen para un mexicano alistarse en suelo americano. Es posible que en un futuro próximo se discutan nuevas ideas al respecto.

Los enfrentamientos armados eran la noticia buscada en esos días, pero había otra clase de enfrentamientos: los de aquellos que argumentaban a favor o en contra de la revolución floresmagonista en suelo mexicano. El *Chronicle* difundía el interés periodístico suscitado por el movimiento rebelde, sin dejar de señalar cómo había sido cubierto por la prensa de su país. En unas notas sueltas sin título, el 23 de febrero, este diario fronterizo exponía que ahora se le consi-

deraba el periódico experto en los sucesos revolucionarios: “Un corresponsal nos escribe para preguntarnos si creemos que México está listo para la revolución. Le contestamos: si en los Estados Unidos se dieran las mismas condiciones que existen en México, habría habido una revolución en menos de una semana después de que estas condiciones fueran impuestas al pueblo. Nunca es demasiado pronto para buscar la libertad política y personal”. Y en una nota denominada “Opinión correcta” se añadía:

El *Imperial Valley Press* tiene un editorial de dos columnas sobre la revolución mexicana que da en el clavo. Nos gustaría tener espacio para reproducir el editorial en su totalidad. El editor Kelly expone claramente los fundamentos sobre los que luchan estos insurgentes y muestra con un argumento concluyente que tienen derecho a luchar por lo que su gobierno les niega de hecho y les da sólo en teoría. La esclavitud, el peonaje, los puestos de gobierno sólo por compadrazgo, la falta de voz en las urnas, la falta de libertad de expresión y de prensa, los asesinatos, la rapiña, las violaciones y la violencia —innumerables en todos los casos—, ¿no son suficientes para hacer que el pueblo luche? Y sin embargo, hay quienes, como el diario *Los Angeles Times*, no ven absolutamente nada más que la perturbación temporal de los negocios y el consiguiente tumulto. Preferirían que el pueblo fuera asesinado por millares antes que ver perturbados los negocios sagrados. Adoran el santuario del dólar y tienen el corazón endurecido ante los sufrimientos de las masas populares.

Aquí, en la mención del editorial del *Imperial Valley Press* del 20 de febrero, podemos ver que tanto este semanario como el *Calexico Daily Chronicle* no estaban ciegos ante la situación imperante en México. No eran, claro, estadounidenses con co-



razón socialista, sino empresarios libres que querían tener de vecino a un país democrático, al estilo americano, para hacer negocios y obtener ganancias. Pero no podían, incluso como periodistas veteranos, tener el corazón endurecido a la hora de enfrentar la miseria masiva, la represión habitual, la corrupción pública de que hacía gala la dictadura porfirista. Por eso no admitían las mentiras propaladas por otros diarios californianos, por más prestigiosos que fueran, ya que habían sido testigos presenciales, desde muchos años atrás, de la clase de tiranía que aquejaba a los habitantes al sur de la frontera. Pero la revolución en Baja California no era, para estos representantes de la prensa, sólo una oportunidad para ubicarse en el centro mismo de los acontecimientos: también era un suceso ventajoso para los intereses de los granjeros, agricultores y comerciantes del Valle Imperial. En una nota titulada “Un buen programa”, Otis B. Tout sugería lo que muchos estadounidenses fronterizos pensaban desde sus sueños imperialistas:

Cuando, hace unos años el Tío Sam quería una franja de tierra para el canal de Panamá alentó a los revolucionarios y ganaron. El Tío Sam pagó una buena suma al nuevo gobierno por la franja de tierra. Si los revolucionarios consiguen tomar Ensenada y logran establecer un gobierno provisional, no tenemos duda de que se podría encontrar suficiente dinero americano para comprar esa porción de tierra en el valle Imperial hasta el sur de las montañas Cucapá para añadirla a los Estados Unidos. Esto daría a los insurgentes algunos de los recursos de guerra que tanto necesitan y al mismo tiempo resolvería los problemas de agua para el valle Imperial para siempre. Hay pocas dudas de que la Baja California caerá en manos de los revolucionarios. ¿Le parece bien este programa a la gente del Valle Imperial? Creemos que sí.

Lo que Otis B. Tout señalaba con franqueza codiciosa es una cuestión a tomarse en cuenta: a los agricultores y granjeros del Valle Imperial no les gustaba el tener que depender de una estructura hidráulica ubicada en México. En muchas ocasiones pidieron que el gobierno de su país interviniera y comprara el territorio norte de la Baja California a nuestro país para tener el control absoluto del vital líquido. Cuando en 1911 se dio la revolución floresmagonista, tanto el *Imperial Valley Press* como el *Calexico Daily Chronicle* abogaron por esa propuesta de compra. Cuando se convencieron que eso no iba a suceder, terminaron pidiendo la construcción de un canal que pasara directamente al Valle Imperial sin atravesar el valle de Mexicali. El Congreso de los Estados Unidos aprobó el proyecto en 1928, pero no fue sino hasta 1942 que se terminó de construir el canal All American, cuyo nombre expresaba el deseo comunitario de no depender de México para mantener su productividad agrícola. Sin embargo, tampoco hay que pensar que tales cuestiones definían el comportamiento vecinal de las poblaciones de ambos lados de la frontera, ya que tanto mexicalenses como californianos entendían bien que su prosperidad era parte de un mutuo acuerdo de convivencia, negocios y comercio, donde lo mexicano tenía un peso social considerable, pues un 40 por ciento de la población del Valle Imperial de las primeras décadas del siglo XX era de origen mexicano y a partir de 1910, Mexicali comenzó a crecer más que Calexico, convirtiéndose así en un centro de trabajo y diversión al que los residentes del otro lado acudían en tropel, y terminó siendo *de facto*, de 1915 en adelante, la ciudad capital no sólo del Distrito Norte de la Baja California, sino que fue la urbe principal de toda esta región fronteriza. Pero no confundamos los intereses afines a la política de los agricultores del Valle Imperial, que los periodistas locales tenían en 1911, con la propia revolución floresmagonista que peleaba por sus



ideales de igualdad, fraternidad y anarquía, que luchaba contra la doctrina Monroe y el imperialismo estadounidense desde su sindicalismo feroz, desde su internacionalismo socialista, desde su anhelo de tierra y libertad. En otra nota del mismo 23 de febrero, titulada “Hacer un gobierno ideal”, se decía que “la Baja California será tierra para los hombres que trabajen” y se citaba:

a los generales Berthold y Leyva diciendo que su intento de controlar la Baja California está separado y aparte de los otros movimientos revolucionarios en México y que es su intención hacer de este país un gobierno separado en el que los hombres de trabajo, los miembros de la I.W.W. y los socialistas no satisfechos con las condiciones de otros lugares puedan venir y ayudarles a hacer un gobierno ideal. En todas las entrevistas se ha utilizado la palabra “Utopía”, que significa una tierra ideal, con leyes ideales y una clase ideal de ciudadanía. El Gral. Berthold vuelve a ausentarse del campamento, pero no estará tanto tiempo como antes. En apoyo de la idea, el Capitán Babcock dice que ha recibido avisos que le dicen que Madero, líder de los insurgentes del interior, está en camino a Mexicali y dirigirá la formación del nuevo gobierno.

Esta información mezcla ya el choque ideológico que estaba ocurriendo entre el movimiento revolucionario del Partido Liberal Mexicano, cuyos grupos armados luchaban no sólo en la Baja California sino en muchos estados del país, y el movimiento maderista, que estaba tomando impulso desde Chihuahua y se extendía a buena parte del territorio nacional. Pronto, los rebeldes de la frontera, especialmente sus líderes, tendrían que tomar bando en esta confrontación entre dos tendencias opuestas de la revolución en México. Pero tales disyuntivas estaban aún lejanas. Así, el que ya se men-

cionara a Madero como alguien que podía venir a Mexicali y apoderarse del movimiento revolucionario, tal y como lo estaba haciendo en Chihuahua, donde la revolución la habían empezado los floresmagonistas pero la acabaron liderando los maderistas, debió molestar y mucho a los miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano, por más que fuera una noticia falsa. También la nota demostraba la enorme distancia que había entre los sueños imperialistas de los periodistas locales y los sueños utópicos de los revolucionarios anarcosindicalistas. Los primeros veían en los insurrectos una oportunidad de apoderarse de una parte de México, mientras que los segundos veían a la Baja California como la tierra prometida donde sembrarían las semillas de un porvenir más justo para todos. Pero mientras no llegara el día de las definiciones, ambos grupos convivían amigablemente entre Mexicali y Calexico. Una última noticia, igualmente publicada el 23 de febrero, auguraba los días por venir. Más allá de la salida de los revolucionarios hacia Ensenada, otra información ponía en duda la suerte de los rebeldes; era una información proporcionada por fuentes porfiristas para meter la incertidumbre entre los insurrectos de Mexicali. Titulada “Dos fuerzas de tropas federales”, decía:

La siguiente declaración fue dada a la Prensa Asociada por el juez Lira y Lira el martes: Miguel Lira y Lira, juez de primera instancia de Baja California, que se dirigió a Mexicali al acercarse los insurgentes, dijo esta noche que había recibido el aviso oficial de que el gobernador Vega no fue herido en la batalla del miércoles pasado. También recibió el aviso oficial de que el gobierno mexicano había ordenado que las tropas vinieran a aniquilar al ejército rebelde en Mexicali. “Vega no fue herido, ni fue derrotado”, dijo el juez Lira. “Se limitó a venir a Mexicali para procurar información sobre la posición de los



forajidos en ese lugar y a retirarse a petición mía, que se hizo a instancias de las autoridades norteamericanas que temían el daño de las balas voladoras. Estoy oficialmente informado de que los llamados rebeldes serán atrapados entre dos fuegos, uno de un cuerpo de tropas que vendrá desde Yuma y el otro, de una segunda fuerza ahora en camino desde Santa Isabel, al sur de Ensenada. El movimiento ya ha comenzado, ambos cuerpos de tropas están en movimiento. Cuando lleguen no se les dará cuartel a estos bandoleros. Serán tratados como forajidos”.

El juez Miguel Lira y Lira y el cónsul Enrique de la Sierra, ambos desde Calexico, eran los voceros oficiales del gobierno porfirista, los representantes de todos los esfuerzos, por la parte mexicana, para derrotar a los revolucionarios floresmagonistas y recuperar Mexicali. Pero los periodistas del Valle Imperial no se daban abasto. Las falsas noticias no sólo llegaban de los diarios californianos, sino que también abundaban en la prensa mexicana. En un texto titulado “Noticias oficiales”, publicado por el *Chronicle* el 24 de febrero, se mostraba el manejo periodístico de uno de los principales diarios afines a la dictadura:

Un ejemplar del diario *Imparcial* de la Ciudad de México, con el informe del combate en Mexicali, cuenta el gran éxito de las tropas federales, la muerte de 14 insurgentes y la derrota que sufrieron al ser atacados por las fuerzas federales, etc. La noticia fue proporcionada desde este extremo por no se sabe quién y no nos importa, solo que cada supuesto hecho era una falsedad. Las noticias oficiales llegan así al pueblo de México y eso es todo lo que reciben de la verdad.

Por otro lado, en un breve texto sin título se informaba que:

el Gobernador Vega escribió una nota a ciertos oficiales mexicanos que se quedaron a salvo en el lado americano de la línea mientras el ejército a su mando se enfrentaba a los rebeldes hace una semana, diciendo que si alguna vez los atrapaba en México dispararía a todo el grupo por haberle asegurado que sólo había dos docenas de vagabundos borrachos en el campamento insurgente y que estos huirían al primer disparo. No culpamos al gobernador Vega por ser estar tan resentido.

Pero la nota principal en cuanto a la revolución se titulaba “Insurgentes en camino a Ensenada” y contaba un duelo bajo el sol:

Saliendo de Mexicali esta mañana temprano el cuerpo principal de las tropas insurgentes salió para la campaña que debe terminar con el ataque a Ensenada. Una división había salido un día antes y antes de eso pequeñas partidas han estado explorando los puertos de montaña. Veintiséis hombres se han quedado para hacer labores de policía en Mexicali. Uno de los miembros mexicanos de la banda se tomó la molestia de que no se le negara su bebida. Las órdenes han sido extremadamente estrictas en cuanto a vender o dar de beber a cualquiera de los insurgentes. Este compañero persistió en violar las órdenes y se emborrachó ayer. Anoche, temprano, William Hatfield, un estadounidense que estaba de servicio como patrullero de la calle, encontró al mexicano de nuevo violando las órdenes, esta vez tratando de entrar en una taberna cerrada. Cuando se le desafió, el tipo levantó su arma, pero Hatfield fue demasiado rápido para él y le disparó cinco veces, cada una de ellas con un efecto terrible. Sin embargo, no murió al instante, sino que fue trasladado a este lado de la línea donde un médico americano tuvo la amabilidad de salir de la cama y hacer lo que pudo por él. Murió en pocas horas. Su cuerpo fue colo-



cado en uno de los vagones del ejército esta mañana y, con un conductor civil, fue llevado de vuelta a través de la línea. El general Leyva envió un escuadrón de hombres para cavar la tumba. Una escolta de diez hombres se formó en silencio mientras el carro del ejército venía con el insurgente muerto. El general Leyva parecía deprimido por el suceso, pero se mantuvo en posición militar mientras el capitán Stanley formaba la escolta. Entonces los soldados giraron y dirigieron el camino hacia el pequeño cementerio donde el desafortunado revolucionario fue enterrado. Se disparó una salva sobre la tumba y el general Leyva aprovechó la ocasión para recordar a los hombres los males de la bebida, diciendo que nunca se lograba nada bueno bebiendo.

El *Calexico Daily Chronicle* daba cuenta de la enorme distancia que había entre la realidad que vivían los revolucionarios en la frontera y lo que los medios de su país difundían como imagen negativa de los insurrectos. En ese mismo número, el diario de Calexico les recordaba a sus lectores:

Obsérvese esta profecía: el *Times* sacará un relato terrible de la matanza del insurgente borracho: el tiroteo se deberá a que las tabernas estaban todas abiertas y reinaba un salvaje desenfreno sin ley; pero, querido lector, recuerda los hechos: Al insurgente le dispararon porque estaba desobedeciendo las órdenes del general Leyva de NO beber. Mexicali nunca ha sido tan decente en su historia como durante la ocupación de las fuerzas insurgentes.

Para el 25 de febrero, el *Chronicle* se sumaba a la divulgación de noticias falsas al publicar que el general Celso Vega había sido despedido como gobernador:

El gobernador Celso Vega ha perdido su puesto como gobernador de Baja California a causa de su derrota en Mexicali, que no fue una hazaña según algunas autoridades. Ha sido destituido por un superior ingrato en la persona de Díaz, que pensó que el gobernador mostró una pobre capacidad al no poder dominar a ciento cincuenta hombres medio hambrientos y descalzos, y terminó derrotado por doscientos insurgentes bien armados que estaban ubicados en pozos de rifle setenta pies por encima de los regulares. Todo el mundo está de acuerdo en que el Gobernador Vega luchó valientemente, que es un hombre valiente, y que hizo bien en llevar su fuerza a través de las montañas en las condiciones en la que estaban. La destitución del gobernador Vega es una muestra de la injusticia que se practica con todos los subordinados del gobierno. Es una víctima del despotismo del que ha formado parte durante mucho tiempo. Fue leal al déspota, hizo lo que pudo y fracasó. El sucesor de Vega aún no ha sido anunciado. Su remoción probablemente significará una sacudida entre los funcionarios de Mexicali, si el gobierno alguna vez recupera el control allí y restablece el robo aduanero que durante tanto tiempo ha quitado su dinero a los residentes del otro lado de la línea.

El diario de Calexico estaba lleno de información sobre la disputa por los derechos de irrigación en el Valle Imperial, pero no dejaba de informar sobre el movimiento revolucionario. Y no sólo se fijaba en lo que estaba sucediendo en el valle de Mexicali, pues las noticias de otras partes del Distrito Norte llamaban su atención. Así, en una cadena de notas sin título se avisaba que, en

otra muestra de la actuación de los funcionarios del gobierno mexicano: Harry Dell, norteamericano, fue arrestado suma-



riamente en Tijuana, metido en la cárcel sin haber sido acusado; sin manta, ni catre, ni nada, con el suelo desnudo para dormir; con un plato de frijoles al día para comer; sacado a medianoche, montado en un caballo y llevado a Ensenada (tal vez) o asesinado en el camino por sus guardias que dirán que trató de escapar. Ese es el tipo de país que quiere que lo dejen solo en su iniquidad. Grande es México bajo Díaz.

Pero el plato principal, en términos noticiosos, era una nota titulada “Los rebeldes se fortalecen en gran medida”, donde se reproducían informes provenientes desde San Diego:

Los revolucionarios están recibiendo reclutas en tal cantidad en Baja California que el ejército de Mexicali apenas será necesario para tomar la capital, Ensenada. Dicen que un número suficiente de insurgentes está ahora acampado en la vecindad de Ensenada para tomar la ciudad sin ningún problema. El *Examiner* publica una noticia en la que se dice que 800 tropas han sido enviadas en barco desde la costa sur de Baja California y que debían desembarcar en Ensenada ayer. Se cuestiona la veracidad de este informe, ya que los federales envían cualquier tipo de informe para despistar a los insurgentes. Todo está tranquilo al otro lado de la línea en Mexicali. La nueva fuerza policial está trabajando eficazmente y los negocios han vuelto a abrirse como en los viejos tiempos. Tan pronto como se tome Ensenada, el gobierno provisional instalará un sistema de licencias comerciales y derechos de aduana y los negocios se llevarán a cabo de la manera habitual. Los derechos de aduana serán mucho más ligeros que los que impone el gobierno de Díaz. Los insurgentes están llevando su viaje a la costa por etapas fáciles, siendo uno de los campamentos centrales el de Laguna Salada, donde acamparon antes. Se dice que los reportes de intranquilidad no tienen fundamento ya

que cada hombre entendió los requisitos de los líderes cuando se unió a sus fuerzas. Tijuana está medio protegida, pero se espera que caiga en cinco minutos después de que se inicie el ataque. El gran número de combatientes americanos en las filas de los insurgentes los hace mucho más efectivos que los regulares o los rurales.

Ese mismo 25 de febrero, el *Imperial Valley Press* sacó su edición semanal. En ella, las noticias sobre el movimiento insurgente también abundaban. Al igual que el *Chronicle*, el *Imperial* daba coba a las notas falsas que aparecían a ambos lados de la línea internacional. En su artículo titulado “Héroes de Mexicali. Vega y Lira ejercen su heredado talento para la hipérbole”, aseguraba que:

Todo el elemento de la ópera bufa en este embrollo mexicano lo aportan los funcionarios civiles y militares de la Baja California. El gobernador y general Vega se adelantó dos días a su ejército derrotado en Ensenada y se jactó como un segundo Cabeza de Vaca de su expedición a Mexicali. Según su relato, él y sus hombres mostraron “el valor más indomable” y se retiraron sólo por el número abrumador del enemigo. Dice que contaba con 110 hombres. Los insurgentes tenían sesenta hombres bien armados. Vega dice que perdió cuatro muertos y cuatro desertores, y que todos los demás pasaron lista. Muchos de ellos están pasando lista en el corral de Mexicali, y sólo el cielo sabe lo que pasó con el resto. El amigo íntimo de Vega, Morales, informa que fue alcanzado por tres balas en Calexico. El juez Lira, en Calexico, dio una aparente declaración veraz a *Los Angeles Times*: “Vega no fue herido, ni fue derrotado. Simplemente vino a México para obtener información sobre la posición de los forajidos allí y se retiró a petición mía, que se hizo a instancias de las auto-



ridades americanas que temían los daños causados por las balas voladoras”. Estos oficiales mexicanos son dignos sucesores de aquellos aventureros españoles que descubrieron las Siete Ciudades de Cíbola, derrotaron a miles de indios sin ayuda, saltaron ilesos desde el acantilado de setecientos pies de altura de la Mesa Encantada y encontraron en Arizona tribus de gigantes que llevaban sus cabezas bajo el brazo izquierdo. Son los más valientes guerreros que jamás pasaron por la pica, déjenme decirlo.

Las versiones heroicas de la actuación del gobernador Vega en la batalla de Mexicali, las mentiras evidentes, no dejaban lugar a las dudas: para el gobierno porfirista la batalla de Mexicali, la del 15 de febrero de 1911, era un triunfo rotundo sobre los revolucionarios floresmagonistas. La propaganda oficial se disponía a transformar una flagrante derrota en una victoria de las fuerzas federales. Pero los periodistas ya tomaban estos informes con humor negro. En el caso del *Imperial Valley Press*, hay otras noticias, igualmente inverosímiles, que les interesaba dar a conocer, como la titulada “La ruta de los rojos reclutados”, donde se hablaba del camino seguido por los voluntarios anarcosindicalistas para llegar a Mexicali y unirse a la revolución, según un reportaje del ya famoso *Times* de Los Ángeles:

La ruta por la que los “rojos” llegan a Mexicali desde Los Ángeles ha sido revelada al *Times*. Es muy ingeniosa y tiene el mérito de ser tan misteriosa que ninguna persona en su sano juicio intentaría seguirla si no fuera una grulla. Este es el esquema: Los “rojos” suben a un tren para Calexico y lo dejan en “una parada de depósito de agua a ocho o diez millas de este lado de la línea”. La parada del tanque de agua debe ser El Centro, a nueve millas al norte de Calexico. El hecho de que

no haya un depósito de agua en El Centro es un mero detalle. Desde El Centro, los reclutas caminan a través del campo hasta Tumco. Tumco es el antiguo campamento minero de Hedges, a unas sesenta millas al noreste, a través de las colinas de arena y directamente lejos de Mexicali. Las ventajas para los “rojos” de llegar a menos de diez millas de su destino y luego alejarse sesenta millas de él son tan obvias que no necesitan ser explicadas. Desde Tumco, guías familiarizados con los pasos llevan a los hombres sobre la línea, “esquivando a las tropas, que están todas en el lado oeste de Calexico”. Se requiere mucha habilidad para esquivar a las tropas apostadas a unas cincuenta millas frente a la línea de marcha. Esto lleva a los reclutas a Pilot Knob, y un “desvío” los lleva a Mexicali. El “desvío” es de unas cincuenta millas. Las armas y los suministros, dice el *Times*, se llevan a México por esta ruta. Una marcha de 120 millas a través del desierto para ganar diez millas de distancia directa es una hazaña de estrategia militar que provoca una asombrosa admiración. La ruta fue descubierta para el *Times* por “un minero”, que la trazó gracias a las botellas de whisky esparcidas por los caminos. El *Times* dice que las botellas estaban vacías, pero eso no parece razonable. Es decir, las botellas no estaban vacías hasta que pasó el minero. Se debieron consumir muchas botellas en el trazado de la ruta.

El *Imperial Valley Press* del 25 de febrero, después de recorrer el mapa de las falsas noticias, se dedicó a hacer periodismo y como el acontecimiento más importante de la semana había sido la toma efímera del poblado fronterizo de Los Algodones, en la punta noreste del Distrito Norte, publicó bajo el titular de “Los Algodones asaltado por los insurrectos”, que:

Cuarenta insurgentes tomaron prestado un tren del ferrocarril Inter-California en Packard, el pasado martes por la tarde, lo



dirigieron a Algodones, la estación mexicana en la línea cerca de la dirección de Hanlon, y atacaron a la guardia de la aduana. El recaudador Tomás Beléndez y el capitán Garza de los Rurales se resistieron en lugar de rendirse, y les dispararon. Garza recibió los impactos de bala en el cuerpo y la muñeca derecha y Beléndez en la pierna. Los insurgentes quemaron entonces la aduana y regresaron con el tren hasta el final de la vía cerca de Mexicali. Terminaron su trabajo de reforma de la tarifa en Algodones en cincuenta y cinco minutos, y tuvieron mucho cuidado de no dañar la propiedad del ferrocarril ni interferir de ninguna manera con el trabajo del dique. Cuando terminaron de usar el tren, lo entregaron a la tripulación, que se dedicó a transportar los suministros desde Packard hasta los trabajos del dique. Antes de salir de Packard, los insurgentes cortaron la línea telefónica de la C. D. Co, pero a su regreso notificaron a los oficiales de la compañía que podían enviar hombres para repararla y restaurar la comunicación. Muchos reclutas se han unido a las fuerzas de Leyva recientemente, y se presume que los insurgentes se están preparando para avanzar hacia el oeste contra Tijuana y Ensenada. El líder ha sido citado negando la conexión con los revolucionarios en otras partes de México y afirmando su intención de establecer un gobierno separado en la Baja California, pero no han hecho ninguna declaración de independencia y ondean la bandera de México, incluso insistiendo en que la bandera mexicana se muestre por encima de la bandera estadounidense colocada en las estructuras de la compañía del canal. Se informa que Madero está en camino a la Baja California para dirigir la organización de un nuevo gobierno, pero hay más informes de cosas que no son verdad que hechos volando en la frontera. Palomares, el joven insurgente que cruzó la línea para recibir tratamiento médico y que fue arrestado y encarcelado en El Centro, ha sido enviado a Los Ángeles bajo el cargo de violar las leyes de neutralidad.

Mucha de la información del *Imperial Valley Press* era una síntesis de lo ya publicado en el *Calexico Daily Chronicle*. Pero donde se mostraba más audaz era en sus artículos de opinión. En la edición del sábado 25 de febrero había varios de ellos, cada uno tocando asuntos de importancia para la convivencia de ambos países, ciertamente desde una perspectiva por demás fronteriza. El primero de ellos, proveniente desde El Paso, Texas, se titulaba “La miseria de México”, donde se afirmaba que “la revolución es una trágica lucha bajo la sombra oscura de la miseria sin esperanza”, y relataba que el ejército federal era una tragedia andante:

Los intereses especiales bajo la protección del gobierno han chupado la sustancia y dejado la cáscara. No hay corazón ni alma en el ejército federal de México. El patriotismo, su alto propósito, no enciende a los soldados mexicanos. Son reclutados en gran parte del elemento criminal, con la opción de elegir entre la prisión o el ejército, un modo permanente de cumplir su sentencia en los tribunales mexicanos, por eso no son materiales para mantener una gran causa o para ganar victorias militares.

En otro texto, titulado “Aliados americanos de Díaz”, se hacía referencia a la ayuda que quiso prestar el gobierno estadounidense para conseguir que el gobernador Celso Vega ganara la batalla de Mexicali:

El propósito de la concesión del permiso para que las tropas mexicanas pasaran a través del territorio americano para vigilar la obra del dique en el Bajo Colorado era permitir a Vega atacar Mexicali por el único lado expuesto, ha quedado claro por varios incidentes. Está probado por las comunicaciones



oficiales entre los oficiales de Arizona y por los telegramas de Washington. El día de la batalla de Mexicali, el alcalde de Yuma recibió un telegrama del gobernador de Arizona ordenándole que permitiera al gobernador Vega comprar armas, municiones y suministros para 200 soldados mexicanos en Yuma. Se esperaba que Vega llegara a Yuma por ferrocarril desde San Diego, y que luego se trasladara a México para custodiar a los empleados y el material en el Colorado. Un despacho de Washington, en el que se anunciaba la concesión del permiso para el paso de las tropas, decía que se había prometido que las tropas no debían ser utilizadas ofensivamente, pero también decía que serían enviadas a través de la línea en Mexicali. La obra del dique está cerca de Yuma, y Mexicali está sesenta millas más al oeste. Ir al dique desde Yuma pasando por Mexicali es como ir de Kansas City a San Luis pasando por Nueva York. Las tropas no podían entrar en la Baja California a través de Mexicali sin actuar a la ofensiva. Todo era un plan para dar a Vega la ayuda de los Estados Unidos para atacar a los insurgentes, y el subterfugio fracasó porque Vega había comenzado su viaje a través de las montañas y no fue informado de los arreglos hechos para su beneficio. Si lo hubiera sabido, podría haber cruzado el puente americano en Calexico, siempre que el capitán de caballería americano hubiera recibido instrucciones de dejarle pasar. El único resultado de esta actuación poco sincera de las autoridades de Washington ha sido la promoción de la insurgencia política en el lado americano de la frontera. Probablemente el Presidente fue embaucado por los aliados americanos de Díaz, pero se le culpa igual que si supiera lo que estaba haciendo.

Otro texto, titulado “Evaluando a los insurgentes” era una pieza periodística de primera magnitud, tomada del periódico *Riverside Press*, donde se decía que: “En el condado de

Imperial están teniendo la oportunidad de estudiar la revolución mexicana de cerca; y nos ha interesado observar los comentarios de los periódicos publicados en el valle sobre el carácter de los hombres que están activos en este movimiento contra la administración de Díaz". El redactor del artículo se muestra abierto a la perspectiva lograda por los periodistas fronterizos sobre lo que impulsa a los rebeldes para llevar a cabo su revolución:

Creemos que estos editores del *Imperial* son todos hombres francos y no conocemos ninguna razón por la que deban ser perjudicados en el asunto de una u otra manera. Por lo tanto, se puede atribuir a los "rebeldes" el mérito de haberse ganado el respeto de estos periodistas estadounidenses en un grado sorprendente. El capitán Allen Kelly, del *Imperial Valley Press*, en el último número de su periódico, hace una crítica de la situación tal como él la ve: Ciertamente estaríamos dispuestos a aceptar su estimación del carácter y los objetivos de los revolucionarios más que la que se expone en las fulminaciones del *Times*. No podemos alejarnos de la idea de que las condiciones están equivocadas en México, y que, aunque el actual levantamiento fracase, vendrá otra revolución en un futuro cercano que hará de ese país una república en la que se protejan los derechos del común de la gente en lugar de una oligarquía en la que se dé prioridad a sus propios intereses.

En la lectura de estos comentarios queda la sensación de que, con cada día que pasaba, los periodistas estadounidenses entendían mejor los motivos de la revolución en el país vecino. Lo que no sucedía en la prensa bajo el servicio de la dictadura en México, ocurría en la prensa californiana que carecía de prejuicios sobre los hombres que se levantaban en armas para obtener la libertad que deseaban y para conse-



guir la justicia que anhelaban. Para el lunes 27 de febrero, el *Calexico Daily Chronicle* volvía a distribuirse por todo el Valle Imperial. En un texto titulado “Varios informes” comentaba que:

una banda de cuarenta insurrectos apareció ayer en Cucapá, a dieciséis millas de Mexicali, según se informa. Se dice que una banda está acampada en Laguna Salada y otra más está cerca de Mexicali en el canal principal del lado oeste. Una autoridad da el número de hombres que todavía están en Mexicali a 160, mientras que los líderes dicen que se llevaron a todos menos a veintiséis hombres en su marcha hacia el oeste. Es muy evidente que Berthold y Leyva están trabajando en alguna estrategia para tentar a las fuerzas del gobierno para que traten de tomar Mexicali con los pozos de fusil llenos de hombres con el fin de trabajar una severa derrota a los federales. Los informes de San Diego que hablan de una columna de hombres que salen de Ensenada para marchar a Mexicali son enviados por el gobierno mexicano y por lo tanto no se puede confiar en ellos.

Otra nota se refería aún a la batalla del 15 de febrero, donde se anunciaba “Otro federal muerto”, pues “El soldado federal que recibió un disparo en la cabeza y que ha estado en el hospital de Calexico desde el combate de Mexicali, murió ayer por la tarde en agonía. Se avisó al cónsul Sierra y se hicieron las gestiones para que el cuerpo fuera enterrado en Mexicali, lo que se hizo esta tarde”. Esto expone un hecho muy humano: los revolucionarios tenían el control de Mexicali, pero permitían que un soldado enemigo fuera enterrado en suelo mexicano para que no tuviera que serlo en suelo extranjero. Un día más tarde, el 28 de febrero, el *Chronicle* ya empezaba a calibrar que la columna de soldados federales

provenientes de Ensenada podría no ser un informe falso. En una nota titulada “Los insurgentes esperan el avance federal” se comentaba que:

Los revolucionarios están jugando un juego seguro y sabio, también. Se enteraron de que los federales habían desembarcado un nuevo grupo de soldados en Ensenada y habían iniciado un fuerte destacamento sobre las montañas para encontrarse con los insurgentes que salieron la semana pasada en camino a Tijuana y Ensenada. Esta información les hizo cambiar sus planes. Lo que quieren es un combate con los regulares, pero si los regulares están dispuestos a llevar el enfrentamiento a su propio terreno, mucho mejor. Por lo tanto, el cuerpo principal ha retrocedido a Mexicali y está enviando fuertes partidas de exploración todos los días y noches para vigilar el supuesto avance de las tropas federales. El General Berthold estuvo en Mexicali ayer, pero salió con un grupo de nuevo hoy. El General Leyva está en Mexicali manteniendo una fuerte guardia y una cuidadosa vigilancia. En lugar de que Ensenada sea el escenario de la próxima batalla, Mexicali parece destinado a llevar los honores de nuevo. Los rumores han localizado a la avanzadilla de los regulares en Laguna Salada esta mañana. Esto es veinte millas al suroeste de Mexicali. Teniendo en cuenta la experiencia de la anterior escaramuza, es poco probable que una fuerza de menos de trescientos hombres ataque Mexicali. No avanzarán directamente hacia el río, sino que pueden bordear el lago al sur de Cucapá y avanzar desde el este. Se dice que los regulares tienen dos cañones retenidos con ellos, pero no hay nada más que rumores para dar base a las noticias. Los vigías han vuelto a ocupar sus puestos en los tanques altos y esperan ver a los regulares en formación de avance mañana por la tarde. Los asuntos en



Mexicali están tranquilos. Los guardias de la línea se han retirado y el paso está abierto en ambos sentidos, noche y día.

Mientras los revolucionarios se iban preparando para el siguiente combate de nuevo en el valle de Mexicali, el *Chronicle* advertía de un suceso que había quedado en duda durante la batalla anterior, la del 15 de febrero, y que podría tener repercusiones en el enfrentamiento que se avecinaba. Bajo el escueto título de “Es cierto”, se retomaba lo dicho por el *Imperial Valley Press*:

Es verdad. Los observadores en la torre de agua vieron el polvo levantado por las balas golpeando cerca de la bandera. Pero no es difícil creer que la mayoría de los pobres e ignorantes peones que constituyen la fuerza del ejército regular mexicano nunca oyeron hablar de la Cruz Roja y no tenían idea del significado de la bandera. Además, Vega no reconocía a los insurgentes como beligerantes y probablemente no les concedería ningún derecho. Si hubiera tenido éxito, no habría tomado ningún prisionero de guerra. Negó que fueran siquiera rebeldes y dio a entender claramente que los trataría como bandoleros proscritos. No habría sido extraño que, aunque ondearan la bandera de tregua, les hubiera disparado.

Pero hay algo más trascendente en ese número del *Chronicle* del 28 de febrero: la noticia de que “Los revolucionarios se pelean”. Aquí podemos comprobar que Otis B. Tout es lector de *Regeneración*, el periódico del Partido Liberal Mexicano, que se publicaba en Los Ángeles. No era necesario saber leer español, ya que *Regeneración* mantenía una sección de noticias en inglés, bajo el cuidado editorial de Ethel Duffy Turner, la compañera de John Kenneth Turner, para sus lectores estadounidenses:

Se publica en *Regeneración*, el órgano de la junta revolucionaria de Los Ángeles denuncia a Madero como un villano traidor, y proclama la independencia de la Baja California de la causa de Madero. Lleva un encabezado de siete columnas: “Francisco I. Madero es un traidor para la causa de la libertad”. El anuncio marca una seria división en las filas de la junta local, y el derrocamiento de Antonio Villarreal, antiguo jefe de la organización, quien fue expulsado, y Ricardo Flores Magón lo substituyó. Se cree que los radicales de la junta consideraron a los maderistas demasiado conservadores y esto está causando la división.

En el mismo número del 28 de febrero del diario de Calexico, Otis B. Tout hacía un señalamiento preciso sobre las consecuencias de este pleito entre los dos movimientos revolucionarios, entre los dos líderes mexicanos: “Cuando los revolucionarios comienzan a discutir entre ellos, se pierde mucha simpatía por su causa en los Estados Unidos. Aunque siempre hay un sentimiento radical y otro conservador en todos los hombres de este tipo, sería mejor dejarlo todo antes que pelearse”. Lamentablemente, la ruptura entre floresmagonistas y maderistas llevaría a que los voluntarios, ya fuera mexicanos o extranjeros, se les exigiera tomar partido y muchos de ellos, en las semanas y meses por venir, dejarían las filas de los liberales y se pasarían a la revolución más poderosa: la maderista, lo que sería una sangría de hombres y mujeres que minaría los esfuerzos de la revolución del Partido Liberal Mexicano en el Distrito Norte de la Baja California. Una última nota parecería no estar relacionada con la revolución en Mexicali, ya que trataba de un asunto de Calexico. Titulada “Otra gran escapatoria de la cárcel”, contaba que:



La cárcel de la ciudad ha sido de nuevo forzada. El sábado por la noche se rompió la cerradura, probablemente con un lápiz de plomo o alguna otra arma igualmente ofensiva, y todo el grupo de siete presos se escapó. Esta es la cuarta o quinta vez que se libera a los presos de este modo. La cárcel tiene una excusa muy pobre para este hecho. El sistema de cierre debe ser fácil. La ubicación de la cárcel es una tentación constante para los amigos que viven en México para romper la cerradura y liberar a sus amigos, cuando todo lo que tienen que hacer es trotar unos veinticinco pies y saludar a los oficiales si son atrapados en el intento, ¿Por qué no conseguir una cárcel que aguante bajo un ataque vigoroso de una horquilla por lo menos?

Lo que quedaba en duda era si la escapatoria de la cárcel de Calexico era una forma revolucionaria de liberación, si algunos de los prisioneros eran insurgentes y sus camaradas habían cruzado la frontera para rescatarlos. La revolución podía tener sueños utópicos, pero también contaba con hábiles abridores de cerraduras.



Marzo de 1911 – abril de 1911:
rumores y amenazas



La revolución floresmagonista había llegado a Baja California, se había apoderado de Mexicali y estaba demostrando, a propios y extraños, que era una fuerza a tomarse en cuenta en el movimiento que sacudía a todo México para derrocar a la dictadura porfirista. Y lo mejor era que, en comparación con otras entidades del país, aquí, en el Distrito Norte, no competía con otros grupos revolucionarios. Además, Mexicali era un sitio estratégico para planear sus siguientes movimientos, una base de operaciones en pleno desierto, nadie podía acercarse al poblado sin ser detectado y era un espacio abierto por el que se podía avanzar si se tomaba la ofensiva o por el que se podía retroceder en caso de apuro. Y su ubicación fronteriza permitía mantener el contacto permanente con el otro lado tanto para el contrabando de hombres, armas y municiones como para el envío de noticias y peticiones a la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano, en Los Ángeles.

Para marzo de 1911, muchos esperaban ver aparecer a Ricardo Flores Magón en Mexicali para brindar palabras de aliento a sus seguidores. Pero esto nunca ocurrió. En buena medida, don Ricardo no pretendía ser el comandante en jefe de la revolución, sino su guía ideológico, su promotor incansable. Como buen anarquista, dejó en manos de los jefes de los distintos cuerpos de revolucionarios las acciones a tomar, las estrategias a seguir. Cada grupo debía tomar las decisiones que juzgara pertinentes en su respectivo teatro de operaciones para obtener la victoria. No se trataba

de esperar órdenes desde Los Ángeles, sino de adaptarse al terreno y sobrevivir. El ejército floresmagonista podía estar compuesto de centenares de hombres, pero sus tácticas eran de guerrilla en territorio enemigo. Algunos revolucionarios aprovecharon esa libertad de acción para hacer incursiones temerarias, mientras que otros prefirieron la cautela. En cualquier caso, desde el punto de vista periodístico los acontecimientos importantes no provenían tanto de los editoriales que difundía *Regeneración*, el vocero oficial del Partido Liberal Mexicano, sino de las declaraciones de los revolucionarios que, desde Mexicali o cualquier otro rincón de la Baja California, tenían a bien difundir entre los representantes de la prensa. Y sobre todo, les interesaban las acciones que los rebeldes llevaban a cabo con las armas en la mano, en el fragor de las escaramuzas y los enfrentamientos.

El primero de marzo de 1911, el *Chronicle* daba a entender que la frontera Mexicali-Calexico estaba, de nuevo, en un tiempo de espera. En uno de sus titulares se decía que “La gran batalla no se ha producido. Los insurgentes advierten a los civiles que se coloquen en lugares seguros, pero no hay indicios de avance de los regulares hasta ahora”. Parecía que, para los espectadores californianos, incluyendo los periodistas, los combates del 15 de febrero sólo les habían abierto el apetito por un enfrentamiento mayor. Pero la situación en el valle de Mexicali mantenía su estado de calma y ninguna nueva batalla se reportaba. Peor aún: el ejército federal, con su nueva columna de centenares de soldados, no daba signos de su presencia. Pero los rumores acerca de la misma se acrecentaban en vez de disminuir:

Ayer los insurgentes advirtieron a los rancheros americanos para que se fueran a lugares más seguros, especialmente a las mujeres residentes. Esperaban un enfrentamiento con los

regulares mexicanos casi a cualquier hora y estaban preocupados por el bienestar de los no combatientes. El segundo destacamento de hombres ha estado atrincherado a lo largo del canal de Encina en una posición excelente durante cuatro días. Están tan escondidos que no se puede discernir su posición cuando se cabalga a menos de seis metros de sus trincheras. Tienen la esperanza de que los regulares caigan en esta trampa mortal y les den la oportunidad de derrotarlos en pocos minutos. No habría oportunidad de usar ametralladoras en esta posición. Los funcionarios mexicanos de este lado de la línea han recibido más informes “oficiales” en Calexico. Hoy se dio la noticia de que la fuerza de avance de los federales contaba con 100 soldados de caballería montados y 300 regulares de las tropas experimentadas del sur. Los cañones de campo, las ametralladoras, las baterías de montaña, etc., se cuentan en el equipo. Los hombres vienen a través del paso de Picacho bajo días que han sido extremadamente fríos, lluviosos y desagradables y que, sin duda, han retrasado el cuerpo principal de los federales en su avance. El Gral. Vega ha sido reemplazado en el campo de batalla, aunque todavía conserva su cargo de gobernador civil del Distrito Norte de Baja California. Un conflicto parece inevitable en un futuro próximo, pero no se puede determinar dónde tendrá lugar. Los disparos deben realizarse necesariamente de este a oeste o viceversa, debido al peligro que supone disparar hacia Calexico. Esta regla está en vigor en Douglas, donde los rebeldes capturaron la ciudad al otro lado de la línea el domingo.

En ese mismo número del primero de marzo de 1911, el diario de Calexico daba una información que se acercaba un poco más a la verdad. Con el título de “No hay confirmación”, se decía que:



No se ha confirmado el informe de que las tropas hayan desembarcado en Ensenada. El transporte que se supone que tiene 500 hombres y baterías, etc., nunca se reportó a este puerto. Se espera su llegada desde hace una semana. La noticia, sin embargo, podría ser retenida por los funcionarios federales.

Y de Tijuana se informaba que, ante la posible presencia de revolucionarios, esta población fronteriza había sido reforzada con 9 hombres armados y que se esperaban entre 75 y 80 hombres más que vendrían desde Ensenada. En la guerra de la propaganda, el *Calexico Daily Chronicle* tenía razón: las noticias podían exagerarse o minimizarse para descontrolar al enemigo y ambos bandos las usaban a su conveniencia. Pero las lecciones de la batalla de Mexicali del 15 de febrero, donde no había habido tregua de parte de los federales con respecto a la suerte de los heridos, había hecho que del lado del gobierno porfirista la severidad de las sanciones se incrementara. Así, el 2 de marzo, este diario fronterizo daba aviso de que “Los federales dispararán contra la Cruz Roja” y que “nadie debe aventurarse a ayudar a los combatientes heridos”, pues:

En el día de ayer, el juez Miguel Lira y Lira pidió al reverendo J. Narver Gortner que le tomara una declaración para publicarla en el *Chronicle*. Como resultado de la entrevista damos publicidad a lo siguiente, tal como lo ha proporcionado el reverendo Gortner, que actúa como parte totalmente desinteresada en el asunto. LA DECLARACIÓN. “Por algunas declaraciones que se han publicado recientemente se ha extendido la impresión de que la bandera de la Cruz Roja, en manos de miembros de la Asociación de la Cruz Roja, le dispararon los federales en el reciente enfrentamiento con los ocupantes de Mexicali. Tal no es el caso, y en interés de la verdad y el jue-

go limpio, debería ser negado, si a los miembros de la Cruz Roja les dispararon, como se ha afirmado que fue cuando era llevada por los insurgentes". Me dicen tanto el gobernador Terrazas como el juez Lira, que no reconocieron ni reconocerán a la Cruz Roja cuando la llevaban los rebeldes, ya que de otro modo podrían utilizarla para protegerse deteniendo los disparos de los federales cuando el fuego estuviera más nutrido. El juez Lira dice que en manos de los representantes de la Asociación de la Cruz Roja, la bandera será siempre reconocida por las tropas federales. Se me pide que diga, en nombre del juez Lira y del gobernador Terrazas, "que la verdadera batalla está por venir, ya que la anterior ha sido simplemente una escaramuza. Cuando los federales lleguen atacarán a los ocupantes de Mexicali desde el este o el oeste. A los ciudadanos de Calexico se les asegura que el ataque no se hará desde el sur y que se tendrá mucho cuidado para no poner en peligro la vida de ninguna persona mientras permanezca en este lado de la línea. El juez Lira dice que ningún ciudadano americano tiene que tener ninguna inquietud en cuanto a su seguridad personal o la de cualquiera de los miembros de su familia mientras permanezca en suelo de los Estados Unidos. Afirma, además, que las autoridades federales tomarán todas las precauciones posibles para proteger en cualquier campo de batalla o en cualquier otro lugar a cualquier miembro debidamente cualificado de la Asociación de la Cruz Roja, que pueda estar buscando o cuidando a hombres heridos o realizando cualquier trabajo dentro de la esfera de la organización que representan".

Otis B. Tout no quedó nada satisfecho con las declaraciones del juez Lira, el representante de la dictadura porfirista en su exilio en Calexico. Por eso, al final de la declaración exponía sus legítimas dudas:



El juez Lira no explica cómo, en el último enfrentamiento, los federales sabían que la bandera de la Cruz Roja estaba siendo utilizada por los insurgentes y también cómo van a saber en el próximo combate QUIÉN está trabajando bajo esa bandera. Dice explícitamente que a la bandera se le disparará de nuevo, por lo que no será saludable para la rama de la Cruz Roja de Calexico tratar de ayudar a los insurgentes heridos en la próxima batalla, ya que los regulares supondrán que la bandera está siendo llevada por los insurgentes y por lo tanto les dispararán sin demora. Estamos ciertamente agradecidos de que las balas que atacan Mexicali hayan sido instruidas para no hacer ningún daño a Calexico. Fue un mero accidente que el fuego de los federales no matara a alguno la última vez, ya que silbaron por cientos sobre la ciudad. Esperamos con interés la confirmación del informe de que las tropas mexicanas van a venir por el camino de Yuma. También que 500 hombres vienen de Ensenada. Los despachos dicen que unos 100 hombres, menos que la fuerza anterior, han salido de Ensenada hacia Mexicali.

Junto a esta inquietante declaración del juez Lira, que dejaba más dudas que certezas, el *Chronicle* se ufanaba de su aumento de circulación que había traído su cobertura de la Revolución Mexicana en el valle de Mexicali y daba a conocer que se construía “Cerca de alambre para los federales. Una fuerte barricada levantada para detener el avance de los federales desde el este de Mexicali”. Tal vez la columna armada del gobierno aún no hiciera acto de presencia por aquellos rumbos, pero los rebeldes no se habían dormido en sus laureles. Ese mismo 2 de marzo el diario de Calexico mostraba los movimientos de los revolucionarios tanto en el valle como más allá, en el vecino territorio de Sonora:

Una cerca de alambre de púas de siete hilos ha sido construida al este de Mexicali por los insurgentes como un obstáculo para las tropas federales cuando marchen sobre Mexicali recorriendo esa dirección. La valla se extiende desde la línea fronteriza hacia el sur hasta el puente ferroviario destruido, la única vía de aproximación que podría ser utilizada por los federales con alguna esperanza de éxito en su ataque a Mexicali. Mientras los regulares estén escalando esta valla, los francotiradores rebeldes los alcanzarán desde sus fosos de fusilería. No hay cambios en la situación a través de la línea hoy. No hay nuevos informes sobre el paradero de los federales. Los exploradores siguen en el campo vigilando y la guarnición en Mexicali se dedica diariamente a fortalecer la posición y la defensa. Los periódicos de San Diego afirman que sólo unos pocos soldados llegaron a Ensenada en el transporte federal y que sólo 100 hombres han salido de Ensenada marchando hacia Mexicali. Se informa que el gobernador Vega está enfermo en la cama con sus heridas y la humillación de haber sido depuesto como jefe militar. En Tijuana, los rurales siguen reforzando su posición esperando que los insurgentes los ataquen. Un destacamento de insurgentes se dirigió al lugar de las obras del dique y buscó a los soldados federales mexicanos que pensaban que estaban escondidos allí. El destacamento se adentró en Sonora a través del río y esperaba encontrar un montón de armas y municiones que habían sido contrabandeadas para ellos. El éxito de esta operación no ha sido reportado.

Finalmente, en ese mismo número del 2 de marzo, el *Chronicle*, en un artículo sin título, sintetizaba los diferentes informes de ese día y ponía cara a las mentiras de la maquinaria propagandística de la dictadura porfirista:



El juez Lira y Lira considera que los artículos publicados no le hacen justicia. Cuando podamos obtener hechos reales para publicar del juez Lira, los publicaremos con gusto. Su declaración de que la bandera de la Cruz Roja será disparada en el próximo enfrentamiento, la aceptamos como la verdad y apostamos una moneda de bronce a que los miembros de la Cruz Roja de Calexico no arriesgarán sus vidas en el campo insurgente tratando de ayudar a los heridos mientras los federales están disparando a la ciudad. Su declaración de que las tropas vienen por Yuma; lo que le dijo a Vega en su retirada el día 15; que Vega no fue herido y varias otras informaciones dadas como hechos, preferimos esperar a ver si pueden ser probadas. Si el juez Lira tiene alguna información real que dar al pueblo, la publicaremos con mucho gusto.

Pero no sólo del bando de la tiranía amenazaba a quien fuera testigo del siguiente combate en el valle de Mexicali o quisiera intervenir salvando vidas, pues en una nota sin título, publicada ya el 3 de marzo, el diario de Calexico apuntaba que:

McDonald hace la declaración de que si el editor del *Chronicle* sale bajo una bandera de la Cruz Roja que a él (el editor) los insurgentes le dispararán. El *Chronicle* ha sido muy amigable con la causa insurgente y exige al Gral. Leyva o al Líder Berthold los motivos para que uno de sus hombres haga tal declaración.

Ese mismo 3 de marzo, el diario de Calexico daba a conocer una nota titulada “Bell se une a los insurgentes”, donde se decía que:

El operador Bell, que ha tenido a su cargo el depósito de Mexicali para la línea ferroviaria Inter-California, envió ayer un aviso al gerente Andrade de que había renunciado a su empleo y se había unido a las filas de los insurgentes. El Sr. Burdick fue y verificó el reporte y cerró el depósito, ya que en la condición actual no hay negocio para la compañía. El Sr. Bell ha tenido una fuerte simpatía por los revolucionarios desde el primer estallido y, estando entre ellos todo el tiempo, se enteró de sus ambiciones y al final decidió tomar las armas junto a ellos. En este lado de la línea se ha expresado una gran sorpresa por su acción.

La sorpresa surgía de que a los revolucionarios se les veía como gente aventurera, vagabundos sin lazos sociales, mientras que Bell era un empleado de confianza, un ciudadano ejemplar, que no concordaba con la imagen que el público tenía de los rebeldes. Tal era lo obtuso de sus juicios de valor.

Pero la noticia que a todos los periódicos les interesaba divulgar era qué tropas llegaban a Ensenada y cuáles eran sus planes con respecto a los revolucionarios atrincherados en Mexicali. En una nota del mismo 3 de marzo y titulada "Veinticinco hombres en armas", el *Chronicle* destacaba que:

El barco cañonero que se esperaba en Ensenada no ha llegado allí. La fuerza federal en la capital de Baja California no es más que un poco más grande de lo que ha sido durante meses. Esto es lo último que se sabe de Ensenada y es confiable, ya que la información fue enviada a San Diego el miércoles de esta semana por William Chadney, residente de Calexico, quien visitó Ensenada e incluso conversó con Harry Dell, el estadounidense preso allí. Los Federales están enviando de vuelta a veinticinco hombres para proteger el paso de Pícacho y estos veinticinco son el tamaño de su ejército de 500



hombres que supuestamente estaría avanzando sobre Mexicali. Así que Calexico no va a ser testigo de una batalla muy pronto.

Según el diario fronterizo, los federales planeaban el “rescate” de Mexicali con una expedición armada con mayor número de soldados y mejor equipada,

que saldrá de Ensenada en fecha próxima para Mexicali. Esta expedición estará equipada con una caravana de carretas y los soldados contarán con ropa adecuada y comida para hacer de esta expedición un éxito. No se sabe si el señor Vega acompañará a este grupo de soldados o no. Cuando el ejército mexicano, con el Gral. Vega, regresó de la derrota en Mexicali el mes pasado, los ciudadanos de Ensenada recaudaron 1,500 dólares por suscripción popular para repartirlos entre los hombres que sufrieron las penurias del viaje. Cada soldado recibió unos 20 dólares.

Lo que el *Chronicle* ponía sobre la mesa de la opinión pública es que, si en Mexicali muchos se habían unido a las filas revolucionarias, en Ensenada, la capital de Baja California, aún había apoyo, al menos de la clase pudiente y con recursos en dólares, para el ejército federal y, por ende, para apuntalar a la dictadura del general Porfirio Díaz.

Para el 4 de marzo, los mensajes contradictorios que salían de los revolucionarios apostados en Mexicali se fueron aclarando en un artículo titulado “Disensión en las filas”, donde se informaba que

había surgido una disputa entre los líderes de los insurgentes en Mexicali y que el Capitán Stanley había llamado a todos

los que deseaban ir bajo su bandera a seguirlo. Una gran parte de la fuerza insurrecta fue con él y una parte se quedó con el Gral. Leyva. La Crónica no da fe de la veracidad de esto, pero el descontento ha sido evidente desde hace algún tiempo porque las tropas quieren más actividad de la que han tenido en los últimos días y tal acción, de ser cierta, no sería sorprendente. No hay nada nuevo desde el camino de Ensenada. Ningún cuerpo grande de tropas ha salido de allí hacia Mexicali todavía, simplemente se ha enviado una pequeña guardia para vigilar el paso de Picacho.

Lo que daba a entender este diario es que la espera comenzaba a poner nerviosos a los revolucionarios. El capitán Stanley era una figura que ganaba adeptos cada día que pasaba. Menos rígido y puritano que el comandante Leyva, Stanley se había hecho famoso con el ataque sorpresa que llevó a cabo contra la aduana de Los Algodones en febrero. Impetuoso, de armas tomar, Stanley Williams, de origen canadiense y miembro de la Industrial Workers of the World, era un luchador estadounidense que se había convertido en líder de la facción revolucionaria que no quería esperar a que vinieran los federales y prefería salir a buscarlos, entablar combate donde quiera que hubiera fuerzas de la tiranía. En ese contexto se puede explicar que las amenazas contra Otis B. Tout fueran parte de las disputas que había al interior del movimiento rebelde en Mexicali, donde Leyva buscaba no violentar a los estadounidenses mientras que otros pretendían la gloria revolucionaria a como diera lugar, amenazando incluso a aquellos que ellos creían eran un obstáculo en su camino.

El 4 de marzo, sábado, como siempre, el *Imperial Valley Press* apareció. En su artículo de portada también se hablaba de la calma chicha que se experimentaba en esa zona de la



frontera. Titulado “Federales fantasmas perseguidos entre los matorrales”, donde éstos resultaron ser fugitivos del ejército de Leyva. Además, se informaba que los “Insurgentes hacen su casa en el campamento al sur de Las Abejas”, en el valle de Mexicali:

El pasado lunes por la tarde, cuarenta insurrectos mexicanos hicieron que se detuviera un tren de trabajo y en él marcharon del sitio donde se trabaja el dique, quince millas por debajo de Andrade, y bajaron hasta el final de la vía. El contratista Marable estaba en el tren y el líder del grupo le dijo que se había informado que los federales mexicanos estaban en su campamento al sur de las Abejas. Marable dijo que era un informe falso, ya que no había visto ni oído hablar de ninguna tropa cerca de la obra, pero el capitán decidió bajar y comprobarlo por sí mismo. Los insurrectos atravesaron el río las Abejas en el tren y luego se dirigieron al campamento de Marable y Mulligan. Al día siguiente se informó por teléfono a Yuma que habían tomado prestados un vagón y una yunta de mulas y tres caballos de silla, cargaron el vagón con provisiones y marcharon hacia el sur. Buscaban a las tropas mexicanas. Evidentemente, lo peor que podría hacerse sería enviar soldados mexicanos a esa región “para proteger la obra del gobierno”. Eso precipitaría la guerra a lo largo del dique, y probablemente la mayoría de los trabajadores abandonarían la obra y se unirían a los insurgentes. Es de suponer que los insurgentes habían oído que las tropas mexicanas venían o podrían venir por el golfo y por el río Colorado en barco para avanzar sobre Mexicali desde el sur y el este. Esa es una ruta factible desde Guaymas. Los barcos podrían llevar a las tropas hasta el río Hardy o incluso hasta la Sierra Mayor, y desde ese punto una marcha de cincuenta millas por un buen camino de carretas los llevaría a una distancia de ataque de Mexicali.

Un dato a considerar: para los periodistas locales, los capataces y dueños de ranchos se oponían a la revolución, pero sus trabajadores, si ésta llegaba hasta ellos, se le unirían. Todo el resto del *Imperial Valley Press* de ese 4 de marzo se dedicó a ver el problema del agua en el Valle Imperial. Su competidor, el *Calexico Daily Chronicle* del 6 de marzo, volvía al tema revolucionario con un artículo titulado “Tres ejércitos en el campo”, donde se daba cuenta de una comedia de enredos y de una confrontación política que había empezado la semana anterior, cuando el comandante Leyva detuvo a Stanley y luego lo expulsó del ejército revolucionario estacionado en Mexicali:

El Capitán Stanley, uno de los líderes en las filas de los revolucionarios que ocupan Mexicali, yace encadenado en el cuartel bajo una guardia que actúa bajo las órdenes del General J. M. Leyva. La suerte de la guerra ha bajado la estrella del valeroso capitán y se ha producido así: Ha habido un considerable descontento entre los insurgentes americanos con la política de Leyva de esperar a los federales. No hubo suficiente acción en el campamento, ni se planificaron suficientes expediciones ni se organizaron partidas de exploración. El capitán Stanley también alega algunas irregularidades en el manejo de provisiones y fondos por parte de Leyva. Dice que Leyva no les daba café, azúcar o leche durante varios días. Cuando una parte considerable de la banda de la I.W.W. se enlistó sin otro propósito que el de obtener comida gratis por un tiempo y esta comida no se mantuvo hasta el día, era de esperarse que hubiera aún más insatisfacción en las filas. Por lo tanto, el capitán Stanley planeó un pequeño golpe de estado (¿es eso lo que hizo Napoleón?) y el viernes pasado convocó a todos los que quisieran derrocar a Leyva para que se unieran a su bandera. El movimiento tomó a Leyva un poco por sorpresa. Berthold se



había ido. Leyva fue capturado por el capitán triunfante y se le dio la alternativa de abandonar México o decorar en carmesí el lado soleado de un muro de adobe. Stanley encontró que la mayoría de sus hombres eran americanos y que eran superados con creces por los verdaderos patriotas alistados. Los amigos de Leyva se pusieron a trabajar por la noche. El sábado por la mañana se supo que el capitán Stanley estaba encadenado y que Leyva estaba de nuevo al mando en su vieja y serena manera, acompañado en todas las ocasiones de su fiel Winchester. La línea fronteriza también les pareció bien a varios de los socialistas blancos y se pasaron en este lado a pesar del arresto de varios de ellos por parte de los soldados estadounidenses. El arresto en los Estados Unidos les parecía mejor que una fila roja de rifles apuntándoles en México. Entonces los insurgentes restantes se sintieron triunfantes y el general Leyva, en la bondad de su corazón, relajó las reglas sobre “beber un poco”. No pasó mucho tiempo hasta que Mexicali se convirtió en una ciudad de borrachos. Los salones cerraron y los estadounidenses no entraron. Los insurgentes lo celebraron y el domingo amaneció con Leyva aún al mando. Berthold y sus exploradores regresaron y ayudaron al general a reducir a los hombres a la sobriedad de nuevo. El resultado neto fue una limpieza del elemento vagabundo que, de todos modos, nunca hizo ningún bien a la causa insurgente. Hay unas cuantas armas listas para algunos reclutas reales ahora. La suerte del Capitán Stanley no ha sido decidida. Es probable que se celebre un consejo de guerra y que sea expulsado de las filas. El operador Bell, que se unió a los insurgentes la semana pasada y recibió una comisión de capitán, evidentemente ha decidido que su movimiento no fue acertado. Se bajó del tren el domingo por la mañana en Heber y se fue al norte. Sin embargo, puede estar en una misión para los insurgentes. El informe ahora es que el capitán Stanley fue llevado anoche a la línea por los insurrectos y expulsado con la orden de no

volver a aparecer. Se cree que escapó hacia el norte durante la pasada noche.

Para el 7 de marzo, el *Calexico Daily Chronicle* informaba en una nota titulada “Los exploradores asustan a sus propios soldados”, que algunos insurgentes que habían regresado a Mexicali provocaron el pánico cuando dieron el aviso que 800 federales se acercaban al poblado:

“Dame un trago, rápido. Acabo de llegar de Mexicali. Han ordenado que todos salgan de la ciudad, los federales están afuera. Han disparado dos veces sobre Mexicali antes de que yo saliera. Hay cientos de federales. Los vi con mis propios ojos. Dame un trago”. Así hablaba un hombre excitado ayer por la tarde sobre las 3:30. Para respaldar el relato, el general Leyva dijo a los vagabundos de la ciudad que la batalla era inminente y que podían irse o quedarse. Por supuesto que se fueron. La noticia se extendió rápidamente. El Sr. Burdick subió a su coche con sus gafas; Jim Hoffman escaló el tejado del hotel como si sólo pesara 225 libras y no 300; la torre C. D. pronto se cubrió de mirones; las mujeres corrían por las calles lamentando los horrores de la guerra; las noticias subieron por el valle y las preguntas llegaron a la oficina del *Chronicle* por teléfono desde todos los pueblos del valle; la Prensa Asociada nos telegrafió para que estuviéramos en el trabajo; el sindicato de Doc Richter le preguntó si quería media página o una página: el entusiasmo era grande. En Mexicali, los rebeldes subieron a los pozos de los rifles, apuntando sus malvadas Springfields hacia el oeste; el sombrero de un insurgente voló hacia el lecho del río, pero no se dignó a bailar, sino que se dirigió a la guerra; el sol golpeó su noble frente, pero no hizo más que arrugar su curtida nariz. Oh, era horrible ese suspenso. ¿La causa de todo ello? Ocho exploradores que regresaban de



un viaje y se dirigían a su propio campo. Agitaron sus sombreros cuando estuvieron a su alcance y las armas cayeron de los hombros; los tejados quedaron desiertos y una extra de nuestro diario fue cortada de raíz. No hay informes verídicos sobre la ubicación exacta de los regulares mexicanos, que se supone que están entre aquí y la ciudad de México.

Al día siguiente, el miércoles 8 de marzo, el diario fronterizo se elogiaba a sí mismo en un texto titulado “Algo inusual”, donde hacía notar que:

El *Calexico Daily Chronicle*, un diario publicado en una ciudad de sólo 1.800 habitantes, publicó recientemente un extra de domingo por la tarde dando toda la información relativa a la toma de Mexicali, una ciudad al otro lado de la frontera, por los revolucionarios mexicanos. Esta es una empresa periodística genuina, ya que es raro que se publique un diario en una ciudad tan pequeña, por no hablar de un extra dominical con todas las características de un periódico metropolitano.

Pero ese día no hubo notas sobre la Revolución Mexicana. El 9 de marzo, los temas periodísticos sobre el ejercicio del periodismo continuaban. En uno titulado “A Turner se le dijo que no cruzara”, se daba cuenta de lo sucedido al famoso escritor:

Siguiendo órdenes evidentes de sus oficiales superiores, el Capitán Babcock negó ayer a John Kenneth Turner el privilegio de cruzar la línea hacia México pacíficamente o de cualquier otra manera. No se citó ninguna ley para respaldar la orden. Turner sería simplemente rechazado en el cruce por la fuerza física. No se le arrestaría, sino que simplemente se

le impediría pasar. Sin embargo, el Sr. Turner quería cruzar y conociendo el camino que iba por detrás de los edificios de la compañía C. D., se dirigió hacia allí y escaló la valla de diez pies como un gato, haciendo su camino hacia el cuartel general del general Leyva y entregando algunos mensajes importantes de la junta de Los Ángeles al comandante. El Sr. Turner no se quedó mucho tiempo e hizo su camino de regreso a los Estados Unidos. Salió de Calexico inmediatamente, no deseando en este momento sufrir la posible pérdida de tiempo bajo arresto por violar la orden del capitán Babcock. Todo este tipo de obstáculos es alimento para Turner, que lo convierte en material de lectura para las revistas. Su artículo sobre la "Revolución Mexicana" aparecerá en la revista *Coming Nation*, que estará a la venta en la oficina de correos el próximo lunes. Turner probablemente utilizará la inusual e ilegal orden del capitán Babcock para explotarla en futuros artículos.

Ese mismo día 9 de marzo, otra noticia se daba a conocer bajo el título de "Mexicali podría estar rodeado", donde el *Chronicle* aceptaba que los informes que la constituían no pasaban de ser vagos e imprecisos, pero eso no le impedía dar la voz de alarma:

Si echamos todos los rumores que han llegado hoy en una canasta, mezclando el lote y sacando los resultados, podríamos adivinar que Mexicali podría estar ahora mismo rodeado por soldados federales, que han formado un enorme medio círculo que se extiende desde la sierra de San Jacinto en el oeste hasta la compuerta Sharp en el este. Si esto es indefinido tendrán que disculparnos, pues sólo se obtienen noticias indefinidas a pesar de los informes de varios representantes especiales que tienen varios tipos de "información positiva." Esta tarde se ha comunicado por teléfono desde la compuerta



que un vigilante ha contado veinticinco hombres escurriéndose entre la maleza a una milla de los pozos de fusilería más lejanos de los insurgentes, que estarían al este de Packard, a unas ocho millas de Mexicali. Otros informes vagos dicen que se han hecho descubrimientos similares en otros puntos del semicírculo. Dichos informes indicarían que los federales se han estado deslizado hacia el valle, viajando sólo de noche y permaneciendo ocultos durante el día, avanzando gradualmente hasta llegar a una posición que les permitiría abrir fuego sobre los insurgentes en Mexicali tanto desde el este como desde el oeste.

Lo único cierto es que los periódicos locales tenían poca información fidedigna para ofrecer a sus lectores. Sus verdades eran de Perogrullo: el conflicto revolucionario tarde o temprano tendría que decidirse en el campo de batalla y ese enfrentamiento iba a ser en Mexicali, en una fecha próxima que nadie sabía pero que todos buscaban adivinar, como si los periodistas fueran oráculos de la guerra. Por mientras, ante la falta de noticias, los comentarios llenaban las páginas, como el que decía: “A John Kenneth Turner se le negó el privilegio de salir de los Estados Unidos ayer por los soldados. Ahora, ¿qué basamento legal tiene esa ordenanza? ¿O qué derecho terrenal tienen los soldados para prohibir a un hombre el ir pacíficamente y desarmado a través de la frontera?”.

Y en otro texto igualmente sin título, se mostraba el ánimo práctico de Otis B. Tout, que correspondía, de seguro, al de muchos de sus lectores estadounidenses: “Con veintiuno de los treinta estados de México en estado de rebelión contra Díaz sólo puede haber un final. Cuanto más rápido llegue, mejor para Díaz, para el pueblo y para los negocios”. He ahí las limitaciones del credo democrático de la prensa ameri-

cana: lo que era bueno para los negocios era bueno para los Estados Unidos en general y para los habitantes del Valle Imperial en particular. Y en ese sentido, la noticia de que el gobierno de su país anunciara el envío de 22 000 soldados a la frontera mexicana cada vez se volvía un deseo comunitario de que fuera el ejército estadounidense el que pusiera fin a la situación mexicana. Para algunos significaba apoyar al régimen de Díaz. Para otros, el entrar a México para sacarlo del poder e instalar un gobierno democrático, pero principalmente afín a sus intereses comerciales. El pretexto, claro, era proteger las propiedades y las inversiones de los americanos en el país vecino. Y hacerlo antes que los insurgentes las dañaran con sus enfrentamientos armados.

El *Chronicle* del 10 de marzo volvía a contar con noticias frescas sobre la situación turbulenta del Distrito Norte de la Baja California, ya que había llegado un telegrama a sus oficinas donde se avisaba que habían desembarcado 700 soldados en el puerto de Ensenada y que, de ellos, 640 ya marchaban hacia Mexicali. En otra nota breve, el diario fronterizo se hacía eco del rumor de que el presidente Porfirio Díaz murió unos días antes, pero que esa información el gobierno la censuró para no causar alarma entre la población que apoyaba aún al viejo general. El 11 de marzo, otro rumor que había corrido los días anteriores, de que el ejército revolucionario floresmagonista estaba por desbandarse, resultó falso y así lo consignaba el periódico:

Un representante del *Chronicle* visitó Mexicali esta mañana y obtuvo un poco de verdad sobre los diversos informes que han sido publicados por varias agencias y periódicos. Dos hombres llegaron ayer al campamento insurgente, caminando desde Ensenada para unirse a sus fuerzas y luchar. Ellos informaron que en lugar de los 700 hombres que desembar-



caron en barco en Ensenada el martes, sólo se recibieron 200 uniformados. Estos doscientos hombres fueron inmediatamente estacionados alrededor de la capital y se envió la noticia de que 40 habían partido hacia Mexicali para mantener acosados a los insurgentes en Mexicali y prevenir un ataque a Ensenada. Los hombres dicen que no encontraron tropas entre Mexicali y Ensenada, pero que a menudo se toparon con los exploradores insurgentes dispersos por el país.

El general Leyva sigue al mando a pesar de los esfuerzos por desalojarlo. Berthold estaba fuera en una expedición de exploración. Leyva se mostró taciturno y no quiso hablar. Dijo, sin embargo, que los informes de que los insurgentes habían decidido disolver el ejército de Mexicali eran falsos; que había suficientes hombres leales para seguir defendiendo las trincheras y que nunca se disolverían hasta que las otras fuerzas revolucionarias depusieran las armas o fueran derrotadas. Dijo que trabajaba en simpatía con Madero y que a la junta de Los Ángeles le disgustaba Madero, de ahí las órdenes que habían llegado para que él dejara el mando. Él opta por desatender estas órdenes.

Los exploradores insurgentes siguen recorriendo el valle todos los días y siguen informando que no hay evidencia alguna de tropas federales. “Sabemos absolutamente que no hay federales marchando en el camino de Ensenada”, dice Leyva. E insinuó que tenían miedo de acercarse por temor a que los soldados federales desertaran y se unieran a los insurgentes. Esto debería hacer descansar las aprensiones de la gente a causa de otra batalla muy pronto.

De nuevo la sombra del maderismo cubría las filas floresmagonistas. Leyva había declarado públicamente su simpatía por Madero y eso lo convertía en un revolucionario marginado entre sus propias tropas. En otro orden de ideas,

el *Chronicle* de ese 10 de marzo anunciaba la inminente militarización de la frontera del lado americano y que

los soldados que están de servicio a lo largo de la línea y en Calexico tienen órdenes de disparar a cualquiera que lance un tiro a los Estados Unidos. Los Estados Unidos han notificado al gobierno mexicano esta orden para que no hagan disparos en caso de un ataque a Mexicali desde el sur. El ataque tendrá que hacerse desde el este y el oeste solamente para proteger a los ciudadanos de este lado de la línea. Pero no habrá ninguna batalla durante muchos días. Eso es lo que parece ahora. Otra cosa, no creas ningún despacho de noticias que tenga su fuente en Ensenada o con cualquier otro funcionario mexicano.

Lo que Otis B. Tout señalaba era que, como periodista, ya estaba harto del cúmulo de noticias falsas que difundían los cónsules de la dictadura del lado americano y los representantes militares y civiles desde la capital del Distrito Norte. Noticias que eran, simple y llanamente, propaganda oficial que no tenía nada que ver con los datos comprobados de la prensa profesional que él representaba. Pero el que Otis fuera un periodista veraz no le quitaba su posición ideológica como un estadounidense que velaba por los intereses de su comunidad y de su país. Simpatizaba con la causa revolucionaria, sí, pero sólo si ésta servía para obtener ganancias para sí, para sus compatriotas y para su nación. En un artículo titulado “La nación actúa a favor de México”, publicado el 10 de marzo, aseguraba que:

Ya no hay duda de que el gobierno de los Estados Unidos está actuando oficialmente para ayudar al presidente Díaz a perpetuar las viles condiciones de México. La Prensa Asociada



imprime la siguiente nota, obtenida directamente del presidente (William Howard Taft) a bordo de su tren privado rumbo a Atlanta: “Toda duda sobre el propósito del gobierno al enviar 20,000 tropas a la frontera mexicana ha sido finalmente barrida. Los Estados Unidos han decidido que la revolución en la república del sur debe terminar. Las tropas norteamericanas han sido enviadas para formar un sólido muro militar a lo largo del Río Grande para detener la marea revolucionaria, y para ver que no haya más contrabando de armas y hombres a través de la frontera internacional. Se cree que con esta fuente de suministros de contrabando cortada se cerrará rápidamente el movimiento insurreccional que ha perturbado las condiciones en general durante casi un año sin lograr nada parecido a la formación de un gobierno independiente responsable”.

Para el día siguiente, el sábado 11 de marzo, el diario de Calexico sólo tenía una nota sobre la revolución, que informaba de “Un personaje sospechoso”, de mediana edad, que había sido

detenido por un centinela en el fondo del río cerca de la ciudad. Este personaje tenía la apariencia de un anarquista y poseía un vestido peculiar, incluyendo una máquina eléctrica que fue tomada al principio por una máquina de dinamita infernal. Llevaba un par de gafas de campo, un revólver automático y un botiquín lleno de cosas diversas. Los soldados estadounidenses lo consideran un personaje sospechoso y el mariscal Crane dice que lo quiere ver en cuanto los soldados terminen con él.

Pero ese mismo día el *Imperial Valley Press* contaba una historia muy distinta de Jackson, el sospechoso individuo que, por lo dicho por el *Chronicle*, parecía un terrorista dinami-

tero. Lo que el *Imperial* del 11 de marzo tenía que aportar al asunto era que Jackson era un trabajador del rancho C.-M. Pero un detective privado lo confundió con un dinamitero de los que habían volado, el año anterior, el periódico *Los Angeles Times* y más cuando se dijo que convivía con los insurrectos y le gustaba platicar de socialismo. Pero eso no era todo lo que tenía que decir este semanario sabatino sobre la revolución en México. En su editorial “La revuelta mexicana, un sueño socialista”, repetía una información donde se mezclaban verdades y mentiras y que, como *Los protocolos de los sabios de Sión* o *El Mándrigo*, era un libelo, hecho seguramente por los agentes porfiristas en los Estados Unidos, para manchar a todo el movimiento revolucionario y confundir a los lectores estadounidenses y mexicanos que mostraban simpatías con la causa revolucionaria, ya fuera ésta la maderista o la floresmagonista:

La insurrección en la Baja California parece estar dirigida por una organización de socialistas estadounidenses y mexicanos, con sede en Los Ángeles, y no tiene más que una ligera conexión con el movimiento en Chihuahua y Sonora encabezado por Madero. El propósito declarado de la junta es formar una federación de los estados de Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Baja California, separarse de México, establecer un gobierno independiente y eventualmente ofrecer el territorio a los Estados Unidos para su anexión. El jefe de los Estados federados propuestos de Chihuahua, Sinaloa, Sonora y Baja California, se encuentra en Chicago, donde, al parecer, el movimiento es manejado por una compañía de hombres ricos, que tienen intereses actuales en los diversos estados mexicanos mencionados, o que esperan a través de la federación propuesta y su desarrollo subsiguiente, en caso de éxito, obtener importantes concesiones o propiedades inmobiliarias allí. Estos hombres



son patrocinadores financieros de la presente insurrección. Los oficiales de la sucursal de este movimiento se encuentran en El Paso, Tucson y Douglas. De Chicago viene el dinero para abastecer a los insurrectos, y de allí emana el plan general de campaña.

Agentes de la junta en Chicago han sido enviados a través de estos estados mexicanos y han sondeado a las diversas corporaciones americanas en lo que respecta a asegurar la ayuda financiera. El plan, siempre que se considere conveniente, ha sido divulgado y se afirma por hombres que han estado en el territorio de Chihuahua durante muchos meses y que ahora han regresado a los Estados Unidos, que varias corporaciones americanas ven con buenos ojos el cambio propuesto y que por lo menos una empresa ofreció donar 250,000 dólares al fondo de guerra. Los promotores de la propuesta de federación expusieron que los estados mexicanos de Chihuahua, Sinaloa, Sonora y Baja California incluyen, prácticamente, la mayor parte del desarrollo que se está llevando a cabo en México por parte de las corporaciones y el capital estadounidense. Ellos expusieron las oportunidades de un avance más rápido estaban en estos cuatro estados para los intereses estadounidenses.

Lo que se intentaba con este texto era mostrar que las fuerzas revolucionarias, que estaban triunfando en Chihuahua (Madero y su partido antirreeleccionista) y en Baja California (Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano), no tenían como propósito liberar a México de la dictadura sino adueñarse del norte del país y vendérselo a los Estados Unidos. Los porfiristas detrás de esta estratagema buscaban que el pueblo mexicano les diera la espalda a los revolucionarios y volviera al redil dictatorial del gobierno militar del general Porfirio Díaz. Manchando la causa revolucionaria,

al presentarla como si estuviera al servicio de los intereses anexionistas estadounidenses, se pretendía restarle simpatía y seguidores por igual en el norte de México, pero se ve que no conocían la situación fronteriza, donde el dinero en vigor era el dólar americano antes que las monedas mexicanas:

Los fondos para la financiación de la campaña insurrecta se envían desde Chicago a las diversas ramas de la junta, y desde allí se distribuyeron según sea necesario. Todas las facturas en el distrito de Chihuahua se pagan en billetes del Banco de Chihuahua. En casi todos los casos los insurrectos han pagado en efectivo por los suministros, pero cuando esto no se hizo, se pidió a los comerciantes que hicieran una valoración justa de los bienes tomados, se les dieron recibos, y más tarde recibieron billetes del Banco de Chihuahua. En el alzamiento de Mexicali, Leyva y Berthold han utilizado dinero americano en el pago de los bienes que han comprado. En ningún momento, desde que capturaron Mexicali, han tenido falta de fondos para pagar directamente por los bienes que deseaban. El dinero para la campaña de Baja California viene de Los Ángeles. Desde esa ciudad se han enviado a los insurrectos armas y municiones, y desde la junta Berthold recibe sus indicaciones en cuanto a los movimientos insurgentes.

El liderazgo en Los Ángeles lo representan Ricardo y Enrique Magón, De Lara, Rivera y John Kenneth Turner. Antonio Villareal se ha convertido en maderista y es repudiado por sus antiguos socios. Los socialistas dicen: "Si podemos trabajar en armonía con las otras secciones de esta revuelta contra las condiciones actuales de México está bien, y dejaríamos para el futuro los problemas que afectan a una unión de territorios bajo un solo gobierno". Los socialistas dicen: "Si bien simpatizamos con los otros movimientos contra el gobierno mexicano, es una simpatía que se extiende sólo, en



la medida en que logremos el derrocamiento de Díaz. Reconocemos que hay tres fuerzas separadas en el campo, todas trabajando, para este fin. Consideramos que las de Madero, en caso de éxito, establecerían simplemente otro régimen de capitalismo, posiblemente con algunos de los abusos actuales eliminados; Blanco y sus seguidores representan lo que podría llamarse las clases medias que, si tuvieran la oportunidad, evolucionarían hasta convertirse en el mismo tipo que las clases especialmente privilegiadas. El movimiento de la Baja California se conduce sobre los principios liberales similares al movimiento socialista de los Estados Unidos”.

Como todo texto conspiratorio, los revolucionarios, tanto los maderistas como los floresmagonistas, eran presentados como gente que obedecía órdenes de una entidad secreta, organizada en las sombras, desde Chicago. Así, la idea de que los revolucionarios no buscaban una liberación de México de la opresión que llevaba el país sufriendo por décadas, daba paso a una insurrección que, detrás de su máscara utópica, sólo buscaba la anexión del norte de México a la Unión Americana, olvidando tanto el patriotismo nacionalista de Francisco I. Madero como el odio acérrimo de Ricardo Flores Magón contra el capital estadounidense. A este libelo, el *Imperial Valley Press* contribuía con unir a la idea de que los revolucionarios del valle de Mexicali querían construir una utopía liberal en el Distrito Norte, pero que las disensiones que se iban haciendo públicas no lo permitirían:

Aparentemente el programa de los utopistas no es aprobado por los insurrectos nativos en Mexicali. El capitán Stanley y su facción intentaron deponer a Leyva hace unos días pero fracasaron, y Leyva corrió a Stanley y a la multitud de los trabajadores del I. W. W. del campamento. La dirección de un ejército

basado en principios democráticos es el nuevo esquema ensayado por los insurrectos en Mexicali. Leyva y Berthold han sido expulsados del mando por la mayoría desarmada, pero teniendo la minoría y los fusiles en su poder, los generales se niegan a reconocer la votación en los asuntos militares.

Al final, el semanario daba un vistazo al otro bando de la contienda: “No hay señales de una renovación de los esfuerzos del ejército federal para recapturar Mexicali. Al parecer lo más que pueden hacer es mantener el poder en Ensenada”.

Para el lunes 13 de marzo, el *Calexico Daily Chronicle* podía informar, en su artículo “Tres ejércitos en el campo”, que la disputa por el liderazgo revolucionario había cambiado de giro:

El Capitán William Stanley, que tuvo diferencias con general Leyva y que fue escoltado hasta la línea la semana pasada por una guardia insurgente, regresó de Los Ángeles ayer con el bigote afeitado y un par de gafas a modo de disfraz, caminó entre los soldados estadounidenses y cruzó de nuevo la frontera hacia México. Regresó, sin embargo, con una comisión de general en lugar de ser capitán. La junta de Los Ángeles tiene confianza en Stanley y arregló las diferencias entre él y Leyva. Stanley comandará a sus propios hombres, que son unos cuarenta y cinco; Leyva comandará las fuerzas que ocupan Mexicali, mientras que también se concedió una comisión de general a Cardoso, que tiene fama de ser un forajido que opera cerca del dique. Esta tarde se celebra una reunión en Mexicali y los hombres están tratando de elegir a uno de los tres como comandante en jefe.

Por otra parte, en ese mismo número del diario de Calexico se daba aviso que era un falso rumor que el tren Inter-Cali-



fornia había sido capturado en Packard por un destacamento de rebeldes. Sí, los revolucionarios habían llegado a la estación, pero no molestaron al tren. Un rumor más decía que soldados federales, disfrazados como obreros del ferrocarril, contrabandeaban armas entre Yuma y Los Algodones. El 14 de marzo, tan no hubo novedades, que el *Chronicle* nada publicó sobre la revolución. Pero el 15 de marzo, en una serie de notas, dijo que una parte del ejército rebelde partió rumbo a Ensenada por el camino a Tijuana y que:

Quince hombres están haciendo labores de policía bajo la dirección del McDonald y el indio López. La fuerza del general William Stanley está todavía en el campo cerca de Algodones y ayer les dispararon a seis aduaneros mexicanos que aparecieron en la línea fronteriza a las 2 de la tarde. Nadie resultó herido. El informe de los insurrectos es que los funcionarios mexicanos aparecieron en la línea divisoria y dispararon contra los rebeldes desde territorio estadounidense y que los insurrectos no dispararon, sino que se retiraron. Dos insurrectos se apoderaron de un tren de roca del gobierno ayer por la tarde, separaron la locomotora y obligaron a la tripulación a llevarlos a Packard, una distancia de alrededor de 30 millas, causando algunos inconvenientes en el dique. El General Stanley estaba muy enojado por esto, ya que no quiere interferir con el trabajo del gobierno en el dique de ninguna manera. Los salones de Mexicali tienen un impuesto de 15 dólares para el agua y los más pequeños pagan 12 dólares. Otros negocios son gravados en proporción y a menos que paguen se les cierra el agua.

Ese mismo 15 de marzo de 1911, el *Chronicle*, como si fuera el cuento de ahí viene el lobo, titulaba su columna como “Los

federales vienen de nuevo” y, con muchas dudas, reportaba, según noticias provenientes del puerto de San Diego, que:

pasajeros de Ensenada informaron esta tarde que 142 soldados federales, cargando con una ametralladora, salieron ayer de Ensenada para tomar Mexicali. La banda ha planeado pasar por Tijuana y Tecate y capturar este último lugar que una banda de rebeldes tiene ahora. Los federales pueden comenzar por acampar en las montañas una semana, un mes o un día; pueden dar un rodeo y volver a Ensenada: las noticias son tales como las que se han enviado desde Ensenada una docena de veces últimamente con el propósito de mantener en vilo a los insurrectos de Mexicali. No creemos que el gobierno piense que con 142 hombres puede tomar Mexicali. Ya deberían saber que es inútil.

Y para probar lo insensato de tales rumores, el diario fronterizo terminaba diciendo que habían recibido un despacho de la Prensa Asociada, donde el cónsul Enrique de la Sierra afirmaba que “había recibido un mensaje de que los federales, con fuerza considerable, ya estaban justo al sur del paso de Picachos y que un ataque en Mexicali se haría dentro de veinticuatro horas”. El lobo federal parecía ya no asustar a nadie.

Ese mismo 15 de marzo, en una nota titulada “La insurrección se está expandiendo”, confirmaban que las órdenes de guerra del general Porfirio Díaz demostraban la crueldad del régimen reinante:

La insurrección se está extendiendo rápidamente por todo México. Casi todas las noticias muestran que algunas nuevas bandas de insurrectos han tomado las armas. Toda la nación



se encuentra en estado de agitación y el gobierno de Díaz es totalmente incapaz de hacer frente a la situación. En estas circunstancias, no hay nada extraño en la orden de Díaz de suspender la garantía personal, lo que significa que un soldado que pase por allí puede pensar que usted es un simpatizante de los rebeldes. Todo lo que tiene que hacer es sacar su arma y dispararle sin juicio, sin tribunal, sin excusa. Un rencor personal puede ser todo lo que hay detrás del asesinato, pero eso es suficiente. Esta orden está exactamente en línea con las políticas pasadas del gobierno de Díaz y su crueldad se mostrará igual que la del general Wyler, el carnicero cubano, cuyas órdenes similares provocaron la guerra con España.

Pero había novedades que dar a conocer, aunque no se ubicaran en el valle de Mexicali. Así, se hablaba de que los rebeldes iban a atacar Tijuana o que

el gobierno de los EE.UU. esperaba la muerte de Díaz y la consecuente anarquía en México y estaba preparado para enviar tropas simplemente para proteger la propiedad americana y otras propiedades extranjeras. La salud de Díaz, sin embargo, se reporta buena y ahora el ejército tendrá que esperar. La frontera será patrullada todo el verano y el valle Imperial probablemente no será un lugar popular para los delincuentes.

Para el 16 de marzo, el *Chronicle* informaba en un artículo “No hay verdad en la matanza informada”, que

muchos pensaron que seguramente se nos había escapado una primicia cuando los periódicos de la noche pasada contenían un escabroso informe sobre el tiroteo del martes en Los Algodones, afirmando que los soldados estadounidenses

dispararon contra los insurgentes y mataron a tres hombres. Una primicia es cuando un periódico se adelanta a otro y obtiene la noticia primero. Hicimos una cuidadosa investigación hoy y nadie sabe de ninguna matanza en o cerca de Los Algodones. Los oficiales mexicanos que visitaron el lugar estaban desarmados y no cruzaron el puente. Los insurgentes esperaron a que cruzaran y se retiraron cuando vieron que esa no era su intención.

Un día después, el 17 de marzo, se hablaba de que “Los insurgentes cuentan con ametralladoras” y que éstas eran

de último diseño listas para la acción en Mexicali. Estos cañones han sido vistos, totalmente por accidente por supuesto, por quienes no están relacionados con los insurrectos. La intención era sorprender a los federales atacantes con el fuego de las ametralladoras y así causar consternación en sus filas. La presencia de los cañones indicaría que Leyva, Berthold y el cuerpo principal de los insurgentes no están lejos de Mexicali y que su viaje reportado a Ensenada no es más que una treta para desconcertar a los regulares en cuanto a su paradero. La creencia general es que están a poca distancia de Mexicali. Cuando los federales avancen, se retirarán a sus pozos de fusil en Mexicali y lucharán desde la mejor posición que tengan. En vista de la excelente posición serían tontos si salieran y dieran batalla en campo abierto a una fuerza dos veces mayor que la que ellos comandan.

Y por cartas privadas, el diario fronterizo exponía que

el octavo regimiento del ejército regular mexicano, que ha estado en servicio de guerrilla contra los indios yaquis durante



varios años, es el que se mueve en Mexicali. El regimiento está equipado con ametralladoras, dos cañones de campaña que disparan proyectiles reales, mulas de carga y toda la impedimenta de un ejército moderno. Su número se ha reportado entre 400 y 750 hombres. Cuando el general Lajol (en realidad lo comandaba el coronel Mayol) esté listo, dice que comenzará una campaña que exterminará a todos los insurgentes de la Baja California. Si gana, el poder y la crueldad de Díaz serán reinstaurados y el robo de gente pobre por medio de la aduana comenzará de nuevo.

El diario de Calexico también hacía eco de las quejas de E. T. Bowen, estadounidense residente en Batáquez, poblado del valle de Mexicali, quien estaba molesto “por los retrasos en conseguir comestibles en la línea. Al no haber servicio de tren desde Calexico, ha estado comprando provisiones en Yuma y enviándolas a Batáquez. Los oficiales americanos han retenido algunos suministros pensando que podrían estar destinados a los insurgentes”. Ese mismo 17 de marzo, este periódico notificaba de combates reportados por la zona de Tecate, donde había habido bajas de federales y rebeldes: “las cifras exactas no se conocen. Rodríguez y quin-ce insurrectos fueron derrotados en la lucha y huyeron”. Por último, había un editorial titulado “La intervención puede ser buena”, donde se planteaba la hipócrita idea de que la intervención del vecino del norte no sería una solución al problema de México, sino que lo agravaría, a menos que:

La gran cuestión que se plantea a las dos repúblicas, los Estados Unidos de América y México, es la INTERVENCIÓN, y lo que ésta puede significar. La paz es muy deseada. La paz no es el precio de la libertad. Si los Estados Unidos intervienen, restablecen el orden y devuelven el gobierno a las manos de

Díaz, para que continúen los horrores que ha perpetrado durante treinta años, el presidente de los Estados Unidos debe ser impugnado por el Congreso. Si los Estados Unidos intervinieran, restablecieran el orden y luego convocaran y llevaran a cabo una ELECCIÓN JUSTA y velaran por el cumplimiento implícito de los deseos de la mayoría, entonces la intervención sería excusable y la administración mostraría que lo que se quiere es JUSTICIA y no un ciego partidismo exhibido a favor de Díaz. La intervención, con ese resultado, sería buena y adecuada. ¿Será ese el resultado?

Lo que Otis B. Tout no comprendía —o aparentaba no comprender— era que el destino de México, su decisión de qué régimen quería para sí, no era asunto de nadie más que del pueblo mexicano. Y que cualquier intervención, por la causa que fuera, no sería buena ni adecuada. La visión de este periodista era la de la gran mayoría de los estadounidenses, para quienes los pueblos de la América Latina eran niños que había que enseñar a comportarse civilizadamente, o salvajes que se debía guiar por el camino de la democracia y el progreso capitalista. Pero la intervención era un deseo de los americanos —los conservadores para mantener la dictadura de don Porfirio y los progresistas para ofrecer una democracia a imagen de la suya— y no una opción de los mexicanos de todos los bandos, que peleaban por obtener los derechos de sufragio efectivo y de no reelección (en los maderistas) y de pan, tierra y libertad (en los floresmagonistas).

Para el 18 de marzo de 1911, el *Chronicle* tocaba otro tema que estaba haciendo ruido en la frontera en un texto titulado “No hay ley contra la venta a los rebeldes”, donde se afirmaba que



no puede encontrar ningún estatuto que justifique detener el envío de armas o provisiones a México desde los EE.UU. Los despachos de Washington en los periódicos de ayer afirman que los asesores judiciales del presidente no pueden encontrar ninguna ley que impida la venta y el envío de armas, municiones y provisiones de los Estados Unidos a México, ya sea que se envíen a los revolucionarios o a los federales.

A lo más se planteaba “que si un grupo de hombres planeaba en los Estados Unidos un ataque a México, serían culpables de una violación de las leyes de neutralidad”. Esta lectura de la ley tendría repercusiones importantes en los meses siguientes, cuando las autoridades judiciales del gobierno americano persiguieran a los integrantes de la junta del Partido Liberal Mexicano en Los Ángeles por ese mismo delito: la violación de las leyes de neutralidad. Pero estamos aún lejos de esos acontecimientos. Lo que informaba el *Chronicle* en cuanto a noticias locales era de nuevo el rumor de que en dos días llegarían los federales a Mexicali, ya que se las había visto en la población fronteriza de Tecate. Otro artículo estaba dedicado a que “Los refugiados son libres de cruzar la frontera” y que el general Bliss había instruido “al capitán Babcock sobre lo que debe hacer en caso de que los insurgentes busquen refugio en los Estados Unidos”, donde se aclaraba que:

El Capitán Babcock, al mando de las tropas de caballería en Calexico, ha estado un poco inseguro en cuanto a sus poderes y deberes bajo la ley de neutralidad y, deseando mantenerse dentro de su autoridad, ha solicitado órdenes explícitas del General Bliss, que está ahora en San Diego. Preguntó cuál sería su curso de acción en caso de una batalla entre insurrectos y federales y qué se debería hacer si cualquiera de los dos ban-

dos acudía a los Estados Unidos en busca de asilo. El General Bliss le instruyó para que simplemente desarmara a todos los refugiados, informara del asunto a las autoridades civiles y, si no se preocupaban de actuar, liberara a todas esas personas, ya fueran regulares mexicanos, insurgentes o simplemente bandidos del otro lado de la línea. Esto resuelve la cuestión del derecho de los insurrectos a cruzar la línea en cualquier momento que deseen, corriendo sólo el riesgo de ser arrestados por las autoridades civiles por cualquier crimen que hayan cometido en los Estados Unidos. El capitán Babcock preguntó cuál sería su proceder si sorprendía a una banda de hombres armados que se dirigían a México evidentemente para invadir ese país. Su poder sería el de detenerlos, desarmarlos e impedir que entraran a México. El Capitán Babcock también fue instruido para no tomar acción alguna contra los oficiales de aduana mexicanos que dispararon a los insurrectos desde el lado americano de la línea en Andrade. Bajo este fallo parecería que cualquier hombre que favoreciera a Díaz podría disparar desde Calexico o de cualquier otro punto de los Estados Unidos sin peligro de ser responsabilizado ante el gobierno americano.

Otro texto hacía referencia a la justicia revolucionaria en tiempos de alzamientos armados. Era, en todo caso, la prueba de que los floresmagonistas no iban a dar tregua a los espías que se infiltraban en su territorio, que también ellos sabían imponer la justicia revolucionaria. La nota se titulaba “Espías mexicanos son ejecutados” y era un recordatorio de que aquella lucha era de vida o muerte:

Ochenta de los insurgentes regresaron a Mexicali anoche después de cuatro días de exploración en las cercanías de la Laguna Salada. El primer acto oficial fue la ejecución de Felipe



Ríos, un hombre que había estado acompañando a la expedición y que, según los líderes, era un espía federal. Declaran que fue registrado y que se le encontraron papeles incriminatorios, pero que no eran necesarios para su condena, ya que se había delatado completamente antes. Alrededor de las 9:30 fue conducido fuera y se puso de pie contra la pared de adobe de la cárcel y un destacamento de insurgentes disparó una andanada. Antes de que se disparara el tiro, el prisionero rogó por su vida. No se le concedió ni siquiera un consejo de guerra. Su cuerpo fue rodado a un agujero en el suelo esta mañana y cubierto con tierra. A las 3:30 de la mañana el cómplice de Ríos fue sacado y fusilado de la misma manera. No se pudo saber su nombre, pero los insurgentes dicen que los dos trabajaban juntos y que no hay ninguna duda de que eran espías federales. Estas ejecuciones están en línea con la política que los revolucionarios han adoptado desde que Díaz anunció la suspensión de la garantía personal. Díaz autorizó a sus soldados a matar sin juicio a cualquiera que simpatice con los rebeldes y los rebeldes harán lo mismo. El resultado de la captura de los rebeldes por los federales que vienen en camino es terrible de pensar.

El comentario final definía que la revolución floresmagonista entraba en una etapa donde ninguno de los bandos iba a tener piedad del otro, que los participantes de la revolución tendrían que tomar decisiones duras y realizar actos terribles para defender lo que creían. Ese mismo 18 de marzo, el *Imperial Valley Press* daba su propia cobertura de los hechos más significativos de la revolución floresmagonista. Uno de ellos era sobre cómo “Vega salvó valiosas pertenencias” y expresaba que:

Después del rechazo de las tropas de Vega en Mexicali, cuatro soldados federales cruzaron la línea americana, arrojaron sus armas y fueron llevados al campamento de caballería por soldados americanos. Dijeron que eran desertores, y se les permitió seguir su camino. Sin embargo, no eran desertores y uno de ellos era el secretario de Vega.

El gobernador explicó el incidente a un abogado de apellido Parker en Ensenada:

Cuando atacó Mexicali, Vega creyó en el informe que le enviaron los oficiales mexicanos de Calexico de que la ciudad estaba ocupada por unos cuantos vagabundos borrachos, que saldrían corriendo al primer disparo. Eso explica la andanada disparada al aire por los federales y su esfuerzo aparentemente loco por cruzar el río Nuevo bajo el fuego. Cuando se retiró, Vega esperaba ser seguido y capturado. Llevaba una mochila con una considerable suma de dinero, su código cifrado y otros papeles valiosos. Entregó el maletín a su secretario, encargó a tres hombres de confianza que le acompañaran y les dijo a los cuatro que cruzaran la línea y se hicieran pasar por desertores. Los hombres obedecieron las órdenes y el secretario guardó el maletín. Los cuatro se reunieron con Vega en Ensenada, pasando por Los Ángeles y San Diego.

Otra nota del *Imperial Valley Press* también hacía referencia al ejército federal que comandara el gobernador Celso Vega el pasado mes de febrero. Se titulaba “Indios desertores de Vega” y en ella se decía que:

Una banda de cincuenta indios Abajeño Cucapá, que componían la columna vertebral del ejército del general Vega en la



batalla de Mexicali, desertaron de las fuerzas federales hace más de dos semanas, dice el *San Diego Union*, y después de viajar por las colinas durante la noche, lograron cruzar a territorio americano el sábado pasado, se pusieron bajo la protección de este gobierno y ahora están marchando a Imperial Valley para ir a trabajar para los agricultores americanos.

Era sintomático que mientras el gobernador pensaba en salvar sus valiosas posesiones, no se diera cuenta que eran los cucapá, con su conocimiento del desierto, la posesión más valiosa con que contaba su tropa en ese momento de desesperación y derrota:

“Los soldados mexicanos no estaban satisfechos con que lucháramos por ellos”, dijo el líder de la banda de indios, “pero cuando nos retiramos de Mexicali por los riscos nos obligaron a actuar como sus esclavos. Nos utilizaron como mulas de carga, así que una noche, mientras los mexicanos dormían, nos escapamos del campamento y nos abrimos paso por las colinas. Intentaron seguirnos, y durante dos semanas, en lugar de tener problemas, nos mantuvimos alejados de ellos, viajamos de noche y nos abrimos paso lentamente hasta la línea americana. Estamos cansados de México y ahora trataremos de tomar la forma de ser de los americanos”.

El artículo más extenso de esa edición del *Imperial*, la del 18 de marzo, se titulaba “La agitación mexicana” y era un ensayo sobre la situación en México con varios movimientos revolucionarios en marcha al mismo tiempo, pero no necesariamente con los mismos objetivos. Sí, en este texto se decía que:

La revolución en México y la insurrección en la Baja California parecen ser asuntos separados y distintos. En uno de ellos, el pueblo de muchos estados mexicanos está tratando de obligar al gobierno de la República a respetar la Constitución y a enmendar su camino de forma violenta, y está haciendo progresos bajo los líderes nativos. Los aventureros norteamericanos se han unido a las fuerzas de Madero en todas partes, pero en la Baja California se han hecho cargo del movimiento y han ignorado a los nativos, y su comportamiento probablemente sea una excusa suficiente para el envío de tropas norteamericanas a través de la línea para restaurar la paz.

El texto era un llamado a que el gobierno estadounidense interviniera en México. Y a veces se contradecía, pues lo mismo culpaba del tumulto al gobierno, porque era “evidente que las autoridades mexicanas son incapaces de manejar la situación”, a la vez que reconocía que

los insurgentes en Mexicali se cuidan de evitar daños innecesarios a la propiedad de los americanos, pero no han hecho ningún movimiento hacia el establecimiento de un gobierno provisional, capaz de mantener el orden, y bandas de merodeadores están apareciendo a lo largo de la frontera y cometiendo depredaciones que no tienen relación con las operaciones militares. Este estado de cosas no se puede tolerar por mucho tiempo.

De ahí el consabido pretexto para que, si “los insurgentes en México son incapaces o no están dispuestos a vigilar el país, y las fuerzas federales no hacen ningún esfuerzo efectivo para reanudar el control, las tropas americanas pueden ser llamadas para poner fin a los disturbios”. Incluso se mencionaba que aun si el general Díaz podía mantenerse en el



poder, siempre estaba la posibilidad de que fuera asesinado. Esta concepción catastrofista, que azuzaba el pánico en la opinión pública, era una fórmula muy utilizada por la prensa estadounidense para fomentar la intervención en los lugares donde querían hacer negocios a futuro so pretexto de restablecer el orden y la paz. Pero el artículo añadía otro miedo más a los ya existentes, el racial:

El temor a la presencia japonesa se ha mezclado con la situación mexicana, y los rumores vuelan más densos que los grillos en el Valle Imperial en agosto. Los buques de guerra japoneses desembarcaron 500 marines en la bahía de Magdalena la semana pasada, de acuerdo con los rumores, y los cruceros estadounidenses estaban en camino para correr a los pequeños hombres marrones fuera de la Baja California. Esta semana los editores de guerra hablaban de un reciente tratado entre Japón y el gobierno de Díaz, que concedía a los japoneses el privilegio de establecer una estación de carburación en las aguas recientemente cedidas por los Estados Unidos. Se decía que las cañoneras japonesas se dirigían hacia Magdalena y era probable que se produjera una carrera entre Japón y los Estados Unidos para determinar cuál alcanza el terreno codiciado primero.

Este rumor sin fundamento es un claro antecedente del famoso escándalo del telegrama Zimmermann, donde Alemania buscaba un tratado con México en contra de los Estados Unidos, lo que acabó siendo uno de los pretextos para que nuestro vecino del norte entrara a la Primera Guerra Mundial.

La agitación mexicana, leyendo este ensayo de opinión del *Imperial*, era la manera de ubicar a la Revolución Mexicana como parte del juego de poder, entre las potencias del orbe, en aquellos tiempos anteriores a la Primera Guerra

Mundial. Y como se ve, era un juego peligroso donde la verdad no tenía cabida y los revolucionarios floresmagonistas eran usados para agitar el capote rojo ante los ojos de los asustados ciudadanos estadounidenses. Sin embargo, también había cierta verdad en que los revolucionarios de la Baja California no daban señales de formar un gobierno que definiera, ante propios y extraños, las leyes en uso. Se olvidaba que la ideología anarquista estaba en contra del poder en todas sus formas y eso los hacía desconfiados de la autoridad, incluso de la autoridad revolucionaria. Los anarquistas se concebían como individuos libres que no querían ser esclavos de ningún gobierno, pero tampoco deseaban ser verdugos de los demás. En esa cuerda floja quedaba poca maniobra para definir un orden institucional a la manera tradicional y eso afectaba su imagen frente a los ciudadanos del otro lado, que exigían de los revolucionarios una posición clara sobre temas como impuestos, propiedad privada y elecciones.

Para el 20 de marzo, el *Calexico Daily Chronicle* continuaba mostrando los hechos del otro lado como una comedia y una tragedia. En el primer caso, su nota titulada “Burros causan casi una batalla”, se decía que:

Dos burros andaban sin rumbo por el lecho del río el sábado por la noche y, atrayendo la atención de los piquetes en las trincheras de la cabalgata, parecían soldados de caballería mexicanos cargando en la oscuridad de la noche. En consecuencia, se disparó una andanada tras otra a los burros y a varias otras sombras sospechosas hasta que salió la Luna y se vio que eran bestias pacíficas y no soldados federales. La última noticia que se tuvo de ellos, es que los burros todavía estaban ahí el sábado por la mañana.



También se informaba que, ante la amenaza de que el ejército federal volviera, las tropas rebeldes anunciaban que

sesenta reclutas armados se unieron a los revolucionarios en Mexicali anoche desde Los Ángeles y otros puntos. Los insurgentes están esforzándose al máximo para estar bien y listos para el ataque federal que puede llegar en cualquier momento. J. L. McDonald, jefe de la policía de Mexicali, dice que el sábado por la noche estaba en el lecho del río y vio a tres hombres a los que llamó para que se detuvieran, tanto en inglés como en español, y como huyeron entre los matorrales él les disparó. Ellos devolvieron el fuego, pero se escaparon. McDonald desea que el *Chronicle* diga que, si ciertos grupos de este lado intentan llevar a cabo su plan de cruzar y crear problemas, serán fusilados. Tiene un informe de que un oficial civil americano está tratando de organizar un grupo para ir y sacarlos de Mexicali. El Sr. McDonald desea que el *Chronicle* agradezca a la gente de Calexico por ser tan comprensiva con su causa y por los muchos favores que los insurgentes han disfrutado de su parte.

La portada del diario de Calexico, de ese 20 de marzo, exponía las dos caras del periodismo que realizaba ese diario fronterizo: del lado izquierdo aparecía la noticia de que los servicios religiosos se reanudaban en la iglesia metodista de Calexico, con fotos del evangelista Miller y su esposa que se mostraban muy benevolentes y espirituales, mientras que del lado derecho aparecía una foto de Simón Berthold, jefe revolucionario, con su capote militar mal puesto. La vida social de Calexico se contrastaba con la revolución armada al otro lado de la frontera. La elegancia contra el desparpajo eran claves visuales a la hora de hacer comparaciones entre los ciudadanos de uno y otro lado de la frontera. Pero de nuevo

lo importante estaba en los textos editoriales que, sin título, aparecían en distintas páginas del periódico:

Supongamos que durante la guerra civil, cuando un cuerpo de confederados fuera capturado, todos fueran alineados y fusilados; supongamos que los vencedores salieran al campo de batalla y asesinaran a todos los heridos: ¿se podría llamar a los Estados Unidos una nación civilizada? ¿Qué piensas de Díaz? Ha ordenado a sus soldados que hagan estas mismas cosas. Cuánto de esta horrible carnicería soportarán los Estados Unidos es una pregunta. El tío Sam es amigo del monstruo de la Ciudad de México que da tales órdenes y nos imaginamos que está un poco avergonzado de ello. Si lo está, debería estarlo.

Luego, como muchas de estas columnas, el editor pasaba a comentar otros temas, como que el diario estaba a favor de las damas sufragistas o de los antes mencionados burros: “Esperamos que los burros, de los que se dice que han provocado la pelea del sábado por la noche, estén a salvo masticando la hierba en el campo de batalla. Se merecen un destino mejor que ser confundidos con federales. Es un insulto para los burros”.

Para el 21 de marzo, el *Chronicle* titulaba una nota de portada como “Los rebeldes y los federales se disputan posiciones defensivas”, en donde se mencionaba que los federales intentaban que los insurgentes los atacaran en Tecate y que los rebeldes trataban de hacer lo mismo con los federales desde sus atrincheradas posiciones en Mexicali. La conclusión, pesimista desde el punto periodístico, era que no se veía combate inmediato a la vista. Como ya se sabía que la punta de lanza del ejército federal eran las tropas del Octavo batallón apostadas en Tecate, lo que indicaba que faltaba



buen tiempo para la marcha hacia el desierto y Mexicali. Según el diario californiano: era evidente que los federales

sienten un gran respeto por los hombres que se encuentran en los fosos de Mexicali. Y no hay ningún informe auténtico de que este destacamento lleve armas pesadas en su poder. Y los insurgentes quieren que los federales los ataquen en su fortaleza, Mexicali. Han estado recorriendo el país en el fondo del valle con la esperanza de que los federales los persigan. Como ratones juguetones, tientan a los regulares con su presencia, sabiendo que pueden retirarse en breve a Mexicali y manejar allí una fuerza tres veces superior a la suya. Ambos bandos tienen exploradores en el campo y cada uno de los líderes conoce los planes del otro. Cuando uno u otro bando se cansa de esperar un combate, habrá algo que hacer. A juzgar por las condiciones internas, es probable que los insurrectos sean los que mejor esperen y tengan la oportunidad de luchar desde sus trincheras en Mexicali.

Visto en perspectiva, la guerra de trincheras, que se popularizaría en la Primera Guerra Mundial, fue practicada por los revolucionarios floresmagonistas con bastante éxito años antes. Era una guerra donde los defensores aguantaban las cargas del adversario mientras lo reducían y lo inmovilizaban.

En el mismo número del 21 de marzo aparecían las declaraciones de Gustavo Madero, al que se le nombraba primo de Francisco Madero, cuando en realidad era su hermano y en donde denunciaba a los rebeldes anarcosindicalistas de Mexicali como “traidores, ladrones y todo lo que es malo. La junta de Los Ángeles, que está conduciendo la rebelión de la Baja California, está en desacuerdo con Madero”, lo cual según Gustavo era una postura que fracturaba al movimiento revolucionario de cara a las fuerzas de la dictadura. Al

mismo tiempo, en una nota titulada “Doce hombres hoy”, se decía que: “Hoy Mexicali está en manos de doce hombres, Stanley y un grupo de sesenta y ocho hombres salieron durante la noche y cuyo paradero no se ha podido conocer”, dejando sólo 12 revolucionarios para proteger el poblado. En estos días de marzo, Otis B. Tout comenzó a ilustrar su diario con fotos de la revolución como una forma de publicidad, ya que contaba con una docena de imágenes en venta. Algunas de las fotos eran de un federal muerto en el campo de batalla, junto a un saco de harina, unos cuantos guisantes secos, chile, un trozo de carne cruda y un equipo de cocina. Otras fotografías que saldrían por esas fechas mostraban a revolucionarios y soldados americanos en plena línea divisoria, sobresaliendo el capitán Stanley sentado y con un rifle entre sus manos, así como a la aduana de Mexicali antes de ser quemada por los insurrectos. Otis B. Tout veía el trabajo periodístico con humor y aceptaba las bromas que sus colegas le hacían. Así, señalaba que “en la portada del *Examiner* apareció una caricatura con un burro y al lado un corresponsal de guerra. A primera vista las dos figuras eran indistinguibles, ¿no es así?”.

Un día después, el 22 de marzo, se hablaba de que, por los rumbos de Tecate, la lluvia desanimaba a las dos fuerzas combatientes. El *Chronicle* recordaba a sus lectores que:

El paso de Picacho nunca ha sido tomado por los federales, por lo que se sabe. Los rebeldes tienen una fuerte guardia en ese punto estratégico. El Gral. William Stanley recibió un mensajero el lunes por la noche que decía que Berthold estaba rodeado en las montañas y requería ayuda y que las fuerzas rebeldes habían estado dos días sin comida ni agua. El mensajero se ofreció a guiar a Stanley hasta el lugar, pero el líder



temía que fuera una trampa para ponerlo en manos de los federales y no quiso ir inmediatamente.

Por su parte, se informaba que el comandante Salinas y cuatro de sus hombres habían llegado a Mexicali “bastante agotados por sus experiencias para escapar de los federales. Este grupo estaba con Rodríguez cuando éste fue muerto. Salinas no quiso hablar, sólo dijo que volvería a la lucha en la primera oportunidad”. Y fuera de la revolución en Baja California, el diario de Calexico decía que Madero seguía intentando tomar Ciudad Juárez. Lo más interesante de lo publicado el 22 de marzo, sin embargo, fue una respuesta editorial con respecto a ciertas quejas de sus lectores, a las que se respondía de esta manera en un texto sin título:

Quando el *Chronicle* no está de acuerdo contigo en un tema, no es señal de que alguien tenga que sentirse herido en sus buenos sentimientos. El hombre que puede dirigir un periódico a gusto de todos ha muerto: ha muerto por falta de espina dorsal. El hecho de que no nos dediquemos a lamer las botas de una determinada camarilla y a consultarles cada vez que queremos escribir una línea es motivo suficiente para que esta camarilla nos golpee. Y uno de sus golpeadores fue el primero que dijo, “¿cuándo vas a empezar un diario?” hace dos años. Su empresa nunca ha tenido una pulgada de publicidad en el diario. Pero luego espera que estemos de acuerdo con él en todas las cuestiones. En todo caso, que haga lo que le plazca. Continuando, podríamos decir que una y otra vez hemos tomado posiciones en cuestiones que nos han hecho perder mucho dinero, sólo porque pensamos que teníamos razón. El *Chronicle* ha sido impulsado dentro y fuera de temporada; comenzamos y mantuvimos un periódico diario en una ciudad de 797 personas para ocupar mejor nuestro lugar como

dispensador de noticias para Calexico y dar a los residentes y hombres de negocios un servicio un poco mejor de lo que las condiciones han garantizado. Si se puede señalar un solo caso que muestre que no siempre hemos defendido lo que era mejor para Calexico, nos gustaría saberlo. Cualquiera que haya sido pisoteado confesará que lo necesitaba si dice la verdad. A cambio de esta política contamos con cientos de amigos y estamos orgullosos de nuestros enemigos también. La política continuará y si a usted no le gusta, ya sabe que éste es un país libre y puede hacer lo que quiera. La guerra del agua en este lado de la línea y la guerra en el otro lado coloca a Calexico en el centro de las actividades. Calexico es el verdadero centro del Valle Imperial de todos modos.

Y esto se demostraría el 23 de marzo, cuando el diario fronterizo anunciaba la derrota de los revolucionarios por los rumbos de Tecate, su presencia en el poblado de El Álamo, la salida de las tropas al mando del coronel Miguel Mayol de Ensenada y que

un rebaño de ganado perteneciente a un rancharo mallorquín cerca de Los Algodones fue confiscado el martes por el general Stanley y su banda. Se dice que el rancharo mexicano es simpatizante de Díaz, de ahí sus males. El paradero de Stanley y sus hombres se ha aclarado. En lugar de ir a ayudar a Berthold (que se reporta como rodeado y con dos días sin agua), se negó a morder el anzuelo y lo tomó como una artimaña para alejarlo del valle con el fin de darle al gobierno la oportunidad de meter tropas mexicanas a través de Los Algodones. Actuó de acuerdo con esta creencia y partió esa misma noche para Los Algodones.



En esa misma edición, se establecía en un artículo titulado “Los rebeldes respetan las garantías de Díaz”, que:

En vista de las incertidumbres que rodean la inversión de capital americano en México si los insurgentes ganan lo expresado por Gustavo Madero, hermano del presidente provisional, es “buena lectura” para muchas personas preocupadas, que ahora hacen negocios cerca de Calixtlahuacán. La declaración fue hecha para el *New York Tribune*: “No somos revolucionarios profesionales, dijo, sólo somos accionistas descontentos de una empresa nacional, cuyo gerente actual no nos satisface. Díaz es este gerente y queremos despedirlo y poner a un hombre más competente y satisfactorio en su lugar. Aquellos que han conseguido concesiones de parte de Díaz, sin embargo, no deben temer que las repudiamos. Se hicieron de buena fe y las respetaremos”. Se le preguntó entonces al señor Madero si su afirmación podía considerarse lo suficientemente amplia como para abarcar todas las concesiones que el régimen de Díaz ha otorgado, ya sea que haya habido o no peculado en la obtención o el otorgamiento. “Ciertamente” —respondió—, “en realidad todas las concesiones han traído negocios a México, independientemente del momento en que fueron otorgadas, y puedo prometer que cuando los rebeldes lleguen al poder las respetarán. No sólo sería injusto sino insensato que nuestro pueblo hiciera otra cosa”. Si no se respetan las concesiones extranjeras, es fácil imaginar los problemas que se producirían. Podría dar lugar a todo tipo de complicaciones, y los rebeldes ya lo advierten. Todo lo que quieren es un negocio justo sobre la migración, dirigido por hombres competentes de mente justa. Y van a conseguirlo.

Estas declaraciones de Gustavo Madero explican las enormes diferencias ideológicas entre el maderismo y los revolu-

cionarios del Partido Liberal Mexicano. Los primeros veían su revolución como un cambio gerencial a lo sumo en una empresa-nación que seguiría siendo la misma, sólo que bajo un patrón más benévolo, mientras que los floresmagonistas lo que querían era destruir la empresa y crear otra clase de nación y de sociedad que no estuviera basada en quedar bien con los inversionistas. Para el 24 de marzo, el *Chronicle* decía que “Los movimientos de los federales son por el camino de las carretas” y aseguraba que “ambos bandos muestran buena estrategia”. Lo que estaba pasando era que los corresponsales de guerra, reunidos en Calexico, eran un hervidero de especulaciones y conjeturas sobre las tácticas de los combatientes:

El general federal está ejecutando algunos movimientos en un intento de sorprender a los rebeldes que mantienen la parte mexicana del valle Imperial, es la creencia de cada estudiante de tácticas militares que ahora trabaja en Mexicali o en Calexico. Mayol (al que el diario de Calexico aún llamaba Lajol) salió de Ensenada hace unos diez días con unos 500 hombres, llevando consigo varios cañones de campaña y suministros para una larga y dura marcha. No se ha sabido nada de ellos desde que salieron de Ensenada. Al mismo tiempo, 110 hombres salieron de Ensenada y llegaron a Tecate, donde han permanecido en sus trincheras sin hacer nada. UNAS CUANTAS CONJETURAS. Los guías que conocen el país dicen que hay tres formas de llegar a Mexicali desde Ensenada: una por el paso de Picacho, una ruta estrecha y tortuosa por la que los hombres deben viajar solos y por la que no pueden pasar los cañones; otra por Tecate, tocando la línea de demarcación; la otra es una ruta sur que rodea el pie de las montañas y llega a un camino de carros por el camino de la Laguna Salada. Esta última ruta es la única por la que se puede transportar la artillería. Por lo



tanto, el cuerpo principal de los federales debe venir por esta ruta. Mientras tanto, fue un movimiento estratégico enviar un grupo de 110 hombres para atraer a los rebeldes y mantener su atención desviada de los movimientos del cuerpo principal hasta que el gran golpe pudiera caer. Los 300 podrían entonces arrastrarse sobre Mexicali desde el sureste, plantar sus cañones a dos millas al este de la ciudad y los 110 marcharían desde el oeste, rodeando así el lugar. Mientras tanto, los insurgentes están activos. También están mostrando mucho oído en la guerra de los matorrales. Tienen cuatro bandas distintas en tierra y un sistema de rápida difusión de las noticias en cuanto éstas se producen. El general Cardosa, con cincuenta hombres, vigila los accesos desde el sur y patrulla constantemente el bajo Colorado; el general Stanley, con sus hombres, vigila por Los Algodones y mantiene una cadena de exploradores a lo largo del ferrocarril Inter-California; Berthold vigila a los federales en Tecate y tiene un sistema de información de los movimientos federales en Tecate y tiene 100 hombres con él; Leyva está con 100 hombres en el Paso del Picacho y está listo para dar la alarma. Pequeñas bandas de exploradores se comunican constantemente entre estas cuatro fuerzas y así mantienen el control. La noticia es que el gobernador Vega tiene 900 hombres en Ensenada para hacer creer a los insurgentes que la fuerza de Tecate es todo lo que hay en el campo. Con la lucha y el juego por las posiciones durante días, no se sabe cuándo tendrá lugar el verdadero conflicto. Sin embargo, con cerca de 400 hombres en las trincheras de Mexicali y con 600 federales atacando la ciudad, hay muchas probabilidades de que se produzca un duro enfrentamiento cuando los hijos de la tierra del mañana lleguen a reunirse.

El 25 de marzo, la noticia más importante fue que Leyva regresó a Mexicali:

El general Leyva llegó anoche a Mexicali con su fuerza de insurgentes. Los revolucionarios que regresan se encuentran en buen estado de ánimo y satisfechos con su trabajo realizado para engañar a los federales sobre su fuerza e intenciones. Leyva no cree que las 500 tropas federales vengán por el camino al sur de la sierra de los Cucapá. Sus exploradores avanzaron hasta El Álamo, a 80 millas de Ensenada, y no encontraron rastro de los federales que salieron de Ensenada el 8 de marzo. El nivel del agua del bajo río Colorado es tan alto que es absolutamente imposible de cruzar para los cañones pesados. Con el agua tan alta en el extremo este de las estribaciones de la sierra Cucapá no hay camino por el que se pueda viajar. Berthold fue dejado cerca de Tecate para mantener ocupados a los federales. Parece entonces que los federales dejaron Ensenada y volvieron en silencio de nuevo a la ciudad unas noches después con la esperanza de atraer un ataque de los insurgentes al hacerles creer que las tropas estaban ausentes del puerto y podían tomarlo.

Como se ve, el enfrentamiento entre rebeldes y federales era una serie de fintas para ver si el adversario caía en la trampa. Pero las verdaderas intenciones de uno y otros estaban ocultas por la polvareda del desierto. Y aquí hay que recordar que los insurgentes no sólo hacían fintas a los federales. También debían engañar a los soldados y autoridades del país vecino para conseguir nuevos reclutas, armamento y municiones. Por eso Otis revelaba que: “El capitán Babcock y tres hombres partieron esta mañana hacia la región de Coyote Wells para conocer una nueva ruta que supuestamente traerá suministros para los rebeldes. Leyva dice que la mayoría de sus suministros han bajado por el río Colorado en barco”. Junto a los informes de la evolución de la guerra civil en Baja California, los periódicos del Valle Imperial no cesa-



ban de editorializar sobre la situación de la revolución maderista, de la que el *Chronicle* afirmaba que “los residentes ricos de México se están uniendo a Madero, ya que dan por derrotado a Díaz. Con cada éxito de los rebeldes, cientos de voluntarios se unen a su causa. Y eso que Díaz dijo que en 10 días iba a destruir la rebelión”. Pero desde una perspectiva regional, localista, de pronto la revolución se manifestaba como una novela de vaqueros en un pueblo del viejo oeste. Ese mismo 25 de marzo, se daba a conocer en una nota titulada “Precio puesto a Salinas” que:

El gobernador Vega, así se publica, ha ofrecido una recompensa de 400 pesos de oro por Francisco Salinas, el famoso “forajido” y revolucionario, vivo o muerto. Salinas escapó con cuatro hombres del ataque federal a Tecate y llegó a Mexicali, donde se encuentra actualmente. Anteriormente fue oficial del ejército regular mexicano y alcanzó la reputación de ser el más exitoso y feroz cazador de indios yaquis del regimiento, el famoso Ocho. Los federales le temen y evidentemente quieren apartarlo de la causa insurgente, por lo que ofrecen oro al hombre que lo asesine. El hombre que intente realizar el trabajo debe obtener el dinero primero. No le servirá de mucho después.

El mismo 25 de marzo, el *Imperial Valley Press* aparecía en su semanal edición de los sábados. En un artículo titulado “Peculiar preparación para las maniobras pacíficas en la frontera mexicana”, se daba conocer que:

Cuatro millones doscientas mil rondas de municiones consignadas a la brigada provisional del Ejército de los Estados Unidos estacionada en San Diego, llegaron el martes por la

mañana a bordo del buque de vapor George W. Elder desde San Francisco. A pesar de los desmentidos de los funcionarios del gobierno y de los empleados de las compañías de vapores, se sabe que la munición de bala en diversas cantidades ha llegado a este puerto con prácticamente cada visita de los vapores del norte desde el establecimiento del cuartel general provisional en San Diego. El objeto de la transferencia de las municiones de guerra en tales cantidades sólo puede ser conjeturado. Se considera improbable, sin embargo, que el gobierno haga el gasto de enviar municiones a este puerto a menos que se considere probable que eventualmente se necesiten.

La pregunta que quedaba en el aire era: ¿qué uso en la frontera con México podía darse a tal cantidad de municiones? La respuesta tentativa era para apoyar la intervención de los Estados Unidos en Baja California, o al menos eso era lo que buscaba sostener, sin decirlo abiertamente, el editor del semanario. Pero la noticia más de nota roja se titulaba “Dos supuestos espías ejecutados”, donde se informaba que el viernes anterior, los insurrectos de Mexicali

ejecutaron a dos mexicanos supuestamente espías del gobierno. Uno de ellos era Felipe Ríos, que ha tenido un salón o cantina en Mexicali, pero el nombre del otro hombre no se pudo averiguar. Los líderes insurgentes afirmaron que los espías tenían documentos que demostraban que estaban empleados para suministrar información a los funcionarios del gobierno. Los sacaron, los fusilaron y los enterraron.

Pero el *Imperial Valley Press* no sólo observaba cómo se llevaba a cabo la justicia revolucionaria, también podía hacer lo mismo con la clase de justicia que imponía la dictadura porfirista. En uno de los mejores textos publicados por este



periódico en 1911, titulado “Una reliquia bárbara”, podemos ver una descripción contundente, realista, veraz de una cárcel mexicana, la cárcel de Mexicali, esa que tantos revolucionarios, antes del 29 de enero de ese año, conocieron y padecieron en carne propia:

Si alguien tiene alguna duda de que el adjetivo “bárbaro” describe con precisión a México y a su gobierno, que vaya a Mexicali y vea la cárcel que los insurrectos rompieron, cuando tomaron la ciudad, y que han dejado abierta desde entonces. Cuatro gruesas paredes de adobe y un pesado techo encierran dos pequeñas habitaciones, una para el carcelero y otra para los prisioneros. La habitación de los presos tiene unos 30 metros cuadrados. El suelo es de tierra desnuda y hay una pequeña ventana en lo alto de la pared que deja entrar la luz suficiente para hacer visible la oscuridad. Una excavación en el centro del suelo del tamaño de una tumba muestra que el mobiliario ha sido retirado. El mueble era un bloque de piedra enterrado en el suelo. En la piedra había un perno de anilla, al que estaba unida una cadena. El ocupante de la cárcel estaba atado a la cadena con grilletes en los tobillos. Alguien ha desenterrado la piedra y se la ha llevado como una reliquia de la barbarie.

Un prisionero, evidentemente estadounidense, dibujó en la pared de yeso un rudo dibujo de sí mismo encadenado a la piedra, y escribió debajo del dibujo que pasó noventa días en esa posición. Otra inscripción habla de diez meses pasados en el repugnante agujero. Las paredes de yeso están cubiertas con registros de encarcelamiento y comentarios escuetos sobre los horrores del lugar, la mayoría de ellos en inglés y algunos en español. Es costumbre en México mantener a los hombres en estos lugares “incomunicados”, es decir, no dejarles ver a nadie más que a sus carceleros y ocultar el hecho de su encarcela-

miento a sus amigos. Se les suministraba diariamente menos de lo suficiente para una comida decente.

La cárcel mexicana explica por qué los funcionarios fugitivos de papada gorda permanecen en el lado americano y apenas se atreven a mostrar sus malas caras a la luz del día. Hay hombres entre los insurrectos que han estado en esa cárcel. Las puertas de la cárcel están ahora abiertas de par en par. En una hay tres agujeros de bala. Los Insurrectos dispararon a través de la puerta cuando el carcelero se negó a abrirla, y un disparo fortuito alcanzó al hombre en la cabeza y lo mató.

Otro artículo importante, publicado por el *Imperial Valley Press* del 25 de marzo, es el titulado “Federales e insurrectos se atrincheran a media milla de distancia en un pueblo fronterizo”, donde se hablaba de la batalla de Tecate, llevada a cabo el 18 de marzo, y en donde los rebeldes

fueron derrotados con una pérdida de ocho hombres y muchos caballos y rifles. (Luis) Rodríguez, su líder, fue asesinado. Los federales, con 95 hombres, sorprendieron el campamento de los insurgentes al amanecer y derrotaron a los treinta hombres bajo el mando de Rodríguez. Éste luchó hasta el final y cayó con nueve balas en su cuerpo.

Lo cierto es que este semanario, por contar con mayor número de páginas que las ediciones diarias del *Chronicle*, podía darse el lujo de publicar mayor número de textos y de todo género. En este número, también incluía un texto jurídico sobre “Las leyes de neutralidad”, donde exponía que:

El punto de vista del Departamento de Justicia sobre la ley y su estudio de los precedentes parece confirmar la opinión,



según los funcionarios de la administración, de que el gobierno puede controlar en cierta medida el envío de armas, ocupándose de cada caso particular, según las circunstancias que lo rodean, pero no existe un estatuto general que prohíba explícitamente los envíos. Los despachos de Washington afirman que los asesores judiciales del Presidente no pueden encontrar ninguna ley que impida la venta y el envío de armas, municiones y víveres de los Estados Unidos a México, ya sea que se envíen a los revolucionarios o a los regulares. El general Bliss ha instruido a los oficiales al mando de las tropas en la frontera que todos los refugiados de México, insurrectos o federales, pueden cruzar la línea si están desarmados y que sólo pueden ser arrestados por las autoridades civiles por cualquier delito que hayan cometido en los Estados Unidos. Los hombres armados que intenten invadir México deben ser desarmados e impedidos de cruzar la línea en grupo.

Dos días más tarde, el 27 de marzo, el diario de Calexico ofrecía un conjunto de notas dispersas bajo el título de “Cien federales se unen a las tropas estacionadas en Tecate”, donde se afirmaba, por un cable de la Prensa Asociada, que el avance de las tropas del gobierno porfirista ya era una realidad, que de inmediato avanzarían hacia Mexicali, pero la incredulidad era lo que prevalecía:

Si de inmediato significa para los federales mexicanos un ataque el miércoles. Es más probable que signifique la próxima semana para los herederos de la tierra de mañana. La próxima semana puede significar el final de abril y la mitad del verano puede estar aquí antes de que se vea cualquier actividad. OTRO INFORME. Algunos de los insurgentes dicen que el cuerpo principal de los federales, que se ha perdido desde el mes de marzo, ha atravesado la montaña, por un paso desco-

nocido, ha cruzado la Laguna Salada en balsas y está ahora en este lado del agua y a una distancia de ataque. OTRO MÁS. Una pequeña banda de insurgentes llegó el domingo e informó de que Berthold había tomado el pueblo de El Álamo, con una población de 300, con 45 hombres y que el propio Berthold fue herido en la pierna en la lucha. Se sabe que Berthold y sus hombres han estado en los alrededores de El Álamo durante varios días. Este pueblo está a 75 millas al sureste de Ensenada. Y AÚN MÁS. Esta mañana corrió el rumor de que el capitán Babcock había requisado 12 vagones de pasajeros para trasladar a la población de Calexico cuando se produzca el ataque a Mexicali. Sólo un rumor. El capitán Babcock sabe que se necesitarían por lo menos 40 vagones, contando 70 personas por vagón, para trasladar a la población de Calexico. Veamos, eso sería 2900 —bueno, podría amontonarlos en 30 vagones. HECHOS. El único hecho del que estamos seguros es que el capitán McDonald recibió un disparo accidental en la pierna con una bala del 30-30 y está completamente postrado. Dice que si comienza el ataque será llevado a este lado, ya que no está ansioso por enfrentarse a los federales si ganan.

Mientras se definía si el ejército federal estaba ya en el valle de Mexicali o seguía del otro lado de la Laguna Salada, que en 1911 era una verdadera laguna difícil de cruzar por un ejército, la situación de los insurgentes se complicaba en sus relaciones con los estadounidenses y sus bienes materiales del lado mexicano de la línea internacional. La simpatía que hasta entonces habían tenido, de parte de los habitantes fronterizos del Valle Imperial, se iba disipando a medida que el ejército estadounidense cortaba sus suministros provenientes de California y los revolucionarios tenían cada vez más que depender de lo que podían agenciarse a punta de pistola. En el *Chronicle* de ese 27 de marzo bajo el encabezado



“Los estadounidenses dicen: los insurgentes que roban dan mala fama por saquear las casas en las montañas”, esto se hacía muy claro cuando tales actos se volvían conductas comunes, cotidianas. Por eso el periódico, como defensor de la propiedad privada de sus compatriotas, les reclamaba:

Si bien muchos norteamericanos simpatizan con la causa de los insurgentes en Baja California y consideran que tienen justa razón para rebelarse contra el régimen de gobierno de Díaz, al mismo tiempo se ven obligados a criticar a los insurrectos por cometer muchos actos de depredación innecesarios e inútiles. Mientras los rebeldes se comporten y luchen contra su impopular gobierno sin molestar a los no combatientes, tendrán la simpatía de la mayoría de los ciudadanos americanos. Frank Thing recibió una carta de su hermano en Tecate en la que decía que los rebeldes entraban a todas las casas para asaltarlas y saquear todo lo valioso. Eso era de esperar en tiempos de guerra, pero que los rebeldes rompieran toda la vajilla, tomaran cuchillos y cortaran la ropa de cama y el mobiliario son actos innecesarios que van más allá del legítimo saqueo en tiempos de guerra.

Los insurgentes se están volviendo más audaces en sus acciones y llamamos la atención a los líderes, porque si no son responsables de las acciones de sus hombres, deberían hacerse responsables de inmediato. De un hato de ganado que los hermanos Thing, antes de que pudieran pasarlo por la frontera, tres buenos bueyes fueron sacados del rebaño y confiscados por los rebeldes. La compañía C.-M. informa que se ha robado y matado ganado marcado en su propiedad. Una parte de los suministros que se envían a las plantaciones cerca de Cucapá y Hechicera han sido tomados en su totalidad o en parte durante la última semana. Un agricultor mexicano, que tiene tierras en México y reside en este lado, recibió una nota

el otro día diciéndole que si no pagaba al líder insurrecto 200 dólares de inmediato su propiedad sería confiscada. Pagó a Leyva los 200 dólares de inmediato. Al principio de los problemas, los insurgentes eran muy cuidadosos con sus acciones en este sentido, pero parece que a algunos de los rebeldes no les gusta las restricciones y que cuando se pasan de la raya, los líderes se hacen los desentendidos. Como amigo de los insurrectos, el *Chronicle* les insta a confinar su hostilidad a los límites apropiados.

Para el día 28 de marzo, siguen abundando los rumores de que el ejército federal está marchando hacia Mexicali por la sierra Cucapá, mientras que se daba aviso de que los insurgentes se habían apoderado del tren Inter-California para cargar en él municiones y pertrechos. Pero seguían siendo rumores de que estaba por producirse un enfrentamiento que al final de la jornada no ocurría. Un día después, el 29 de marzo, la respuesta del comandante Salinas al gobernador Celso Vega, por haber puesto el funcionario federal precio a su cabeza, como si fuera un vulgar forajido del viejo oeste, tuvo gran difusión por el diario de Calexico bajo el título de "Salinas envía un desafío a Vega":

Francisco Vázquez Salinas, por quien, vivo o muerto, se había ofrecido una recompensa de 400 dólares de oro por parte del gobernador Vega, envía al *Chronicle* un desafío firmado para que lo comunique al gobernador Vega:

Mexicali, 26 de marzo de 1911.

Sr. O. B. Tout, Editor.

Estimado señor: Celso Vega que huyó del combate de Mexicali, y que después de huir como un cobarde, ofreció 400 dóla-



res de oro por mí, Francisco Vázquez Salinas, vivo o muerto, según se le indique. Diré que mejor que se quede con esos 400 dólares para curar sus mandíbulas que mi compañero, José M. Leyva, se las rompió. También le romperé la cabeza si no se calla. Dígale también que me reuniré con él en cualquier lugar y momento que desee.

Atentamente.
Francisco Vázquez Salinas.

El Sr. Salinas tiene una reputación que por sí sola evitará que Vega se reúna con él en el campo del honor. Es un terror como luchador y nunca sabe rendirse.

Pero los problemas de los rebeldes, que eran tanto internos como externos y que cada día crecían más, no iban a resolverse con un duelo a balazos. Para el día 30 de marzo, el *Calexico Daily Chronicle* anunciaba que “El general Leyva fue destituido por la junta de Los Ángeles” y que el comandante Berthold, por más que había muchos rumores al respecto, “no había muerto pues estaba en posesión de El Álamo después de capturar caballos y suministros”. Según el diario de Calexico:

Esta mañana llegó la noticia de que la junta de Los Ángeles, a cargo de la parte financiera de la rebelión en Baja California, ha depuesto al General José Leyva, acusándolo de cobardía en Tecate, y eligiendo a Francisco Vázquez Salinas, el notable exregular mexicano, en su lugar como general de las fuerzas de Mexicali. El general Salinas accedió a la petición del *Chronicle* esta tarde para una entrevista. No había recibido ningún aviso oficial de la acción de la junta, pero no parecía sorprendido por la noticia. Parecía ser ya el comandante, en jefe, mientras contaba que tenía 75 hombres en Mexicali y ha-

bía montado exploradores vigilando cada avenida y entrada en sus dominios. “Ya estamos preparados para los federales”, dijo, “y les daremos la bienvenida con un tiro caliente. Dos hombres llegaron esta mañana de Tecate y contaron que se encontraron con ocho federales en un pequeño cañón cuando los rebeldes estaban detrás de unas rocas y los mataron. Trajeron los trofeos para comprobarlo: armas, uniformes, municiones. No hemos localizado un solo grupo de federales fuera de Tecate y sabemos que no tienen exploradores en el país. Nuestro plan es hacer que nos ataquen. Tenemos la ventaja de estar a la defensiva, y podemos manejar a un gran grupo de federales desde nuestra posición protegida”. Salinas no quiso hacer comentarios sobre Leyva, prefiriendo dejar que las cosas sigan su curso. Dijo que Leyva quería regresar a Los Ángeles y que ahora probablemente haría eso.

En esa misma edición del día 30 de marzo, el diario de Callexico también mencionaba otra historia de inseguridad en Mexicali para los ciudadanos estadounidenses que se atrevían a pasar al lado mexicano, bajo el título de “Quiere una espada, un caballo y una pistola”, donde se informaba que:

Un hombre mayor, regresó de Mexicali esta mañana con una queja. Dice que fue asaltado, atado de pies y manos y robado de sus objetos de valor por uno de los insurgentes. Se soltó finalmente de las cuerdas, trepó a una valla de siete pies de altura y escapó. Ahora quiere que el capitán Babcock le dé una espada, un caballo y un revólver y dice que irá y se encargará de todo el grupo de insurgentes. Todavía no ha conseguido artillería, pero su ataque a Mexicali puede ocurrir antes de la mañana.



Pero al día siguiente, el 31 de marzo, el robo y el asaltado se transformaron en otra cosa bajo el encabezado de “Anciano no robado”, donde se aclaraba el asunto:

El viejo alemán que afirmó ayer por toda la ciudad que fue robado en Mexicali por los insurgentes, en realidad estaba teniendo una de sus rabietas de delirio tremens. La verdad del incidente es esta: el viejo fue a Mexicali y trató de unirse a los insurgentes; le dijeron que era demasiado viejo y demasiado borracho para hacer el trabajo. Se puso obstinado y lo metieron en un patio para que se le pasara la borrachera. Los guardias se llevaron su reloj para guardarlo y estaban listos para entregárselo a la mañana siguiente, pero el alemán se había subido a la valla y se había ido. Ayer por la tarde regresó, recuperó su reloj y se metió a otro antro. Los insurgentes serán milagrosamente indulgentes con él si no lo mandan de vuelta con un abrigo de plumas.

Y ese mismo 31 de marzo, para hacer ver que las depredaciones de los revolucionarios podían revertirse después de un jalón de orejas periodístico, el diario fronterizo anunciaba que “Stanley le paga a Bowen”, donde se notificaba que:

E. T. Bowen, cuyos suministros fueron asaltados la semana pasada por una parte de las fuerzas de Stanley, ha recibido noticias de Stanley de que ahora tiene el dinero para pagar los suministros y pide una cuenta detallada de los bienes tomados. Stanley, se dice, está pagando por todo lo que sus hombres toman tan pronto como consigue el dinero y lamenta profundamente su incapacidad en algunos casos para pagar en el lugar con el fin de evitar la crítica injusta hacia sus hombres.

También se anunciaba que Tecate se había vaciado de tropas federales y que eso significaba que, ahora sí, se estaban movilizandando con rumbo a Mexicali o que, por el contrario, regresaban a su base, en el puerto de Ensenada:

Tan terribles han sido las historias de los federales sobre la defensa de Mexicali que no les cuesta nada ponerse a tiro de los fusiles de Mexicali y los que saben no se sorprenderán de ver a toda la fuerza regresar muy pronto a Ensenada donde la banda toca todos los días. Sin embargo, está dentro de las posibilidades que los regulares hayan salido de Tecate hacia Mexicali. Si esto es así, y si los federales tienen un día sí y otro no para detenerse, descansar y reflexionar, deberían aparecer en el valle al oeste de la ciudad en algún momento de la próxima semana, posiblemente en diez días.

Aunque no lo sabía de cierto, el cálculo hecho por Otis B. Tout iba a resultar casi exacto.

Al día siguiente, el primero de abril, se hablaba de que los rebeldes bajo el mando del herido comandante Simón Berthold, se la pasaban en El Álamo comiendo en abundancia, “bebiendo vino y tequila y usando ropa nueva” y que “la esposa de Berthold está con él. Durante semanas ha esperado, de incógnito, en Ensenada. En Ensenada no se está haciendo nada para retomar y aliviar a los 300 ciudadanos de El Álamo. Sólo quedan unas pocas tropas en la capital”. Por otra parte, el cambio de líderes en Mexicali iba a seguir haciendo ruido. En un texto titulado “Salinas declina”, se decía que:

Francisco Salinas declina la oferta de hacerlo general en jefe de las fuerzas rebeldes aquí. Stanley ha sido seleccionado por



la junta para ese puesto y ahora Leyva sigue como subordinado en el mando de la guarnición de Mexicali. Stanley ha hecho su primera línea de batalla en Packard y está tendiendo millas de alambradas como primera obstrucción.

Ese primero de abril, sábado, también circuló el *Imperial Valley Press*, que igualmente informaba sobre la destitución de Leyva en una nota titulada “Nuevo jefe insurgente”, donde se decía que el nuevo comandante de las fuerzas revolucionarias en Mexicali, Francisco Vázquez Salinas, había formado parte del ejército mexicano y contaba con experiencia militar. Pero la mayor contribución, de parte del editor del periódico semanal, eran sus editoriales. Así, abogando por la empresa del Southern Pacific, que había salvado los valles de Mexicali e Imperial de una inundación permanente, el *Imperial*, en su artículo “Nubes despejándose”, aseguraba que no sólo era necesario un tratado de aguas con México, sino que no se podían proteger los derechos e intereses estadounidenses mientras

no hubiera un gobierno eficiente en Baja California. La inmunidad del canal y los trabajos de protección ahora dependen de la generosidad o discreción de una banda irresponsable de insurgentes. El gobierno mexicano es incapaz de conseguir cualquier clase de protección y su concesión es una formalidad sin fundamento. Sería muy agradable que se quitaran de esta responsabilidad ya sea otorgando un derecho de paso o vendiendo la franja de terreno a los Estados Unidos.

Como es visible, por un lado estaban con los rebeldes mexicanos y por el otro los veían como unos “irresponsables”, que ponían en peligro las obras de defensa contra las inundaciones del río Colorado y, por lo tanto, el *Imperial Valley*

Chronicle se volvía el vocero oficial de los agricultores y granjeros del Valle Imperial que buscaban que su gobierno comprara la Baja California o, al menos, el valle de Mexicali, para quitarse de tales problemas y estropicios. Pero más allá de su imperialismo rampante, de su ideal de que los negocios son primero, este semanario ofrecía una disección de la situación al sur de la frontera que no podía pasarse por alto. Así, en el artículo titulado “El México medieval”, se les recordaba a los lectores que:

Soldados del ejército federal capturaron a un muchacho, indígena cucapá de trece años, en Tecate la semana pasada y lo torturaron toda la noche para que les dijera lo que sabía de los movimientos de los insurgentes. De acuerdo a un reporte de la Prensa Asociada, el muchacho indio, junto con su madre y otra mujer, fueron capturados al este del valle de Tecate por una partida exploradora de los federales y llevados al campamento en Tecate. Las mujeres fueron liberadas y mandadas al este, al desierto. El muchacho fue puesto con los brazos abiertos en el suelo y sufrió el más bárbaro tratamiento con el propósito de que confesara sus movimientos. Después de casi doce horas de inhumana tortura ya no pudo más y, llorando, contó su historia. Esta es la manera mexicana de tratar a sus prisioneros... La rebelión contra esta salvaje, sangrienta manera de reinar es un crimen en la estimación de algunos americanos. El *Los Angeles Times* y los intereses que representa denuncian como forajidos, asesinos y ladrones a todos los que se alzan contra los torturadores. El *West Coast Magazine*, que ha sido un campeón de los negros oprimidos de este país y que pretende ser decentemente honesto, se prostituye con los explotadores de México, e imprime una masa de viciosos y frenéticos informes de abusos de los revolucionarios contra el pueblo de México, describiéndolos como bandidos y a Madero



como “el Mesías de sus ideales criminales”. Los insurgentes, dice, son “canallas, con una prensa anarquista a sus espaldas, y con recursos del más asqueroso origen”, y los torturadores son “los heroicos soldados del gobierno”.

Detengámonos aquí un momento porque es necesario entender, a cabalidad, el contexto periodístico que tan bien se expresaba en el editorial del *Imperial Valley Press*. Si por un lado este semanario y el *Calxico Daily Chronicle* mostraban sus simpatías por la causa revolucionaria en México, ya sea ofreciendo su apoyo a floresmagonistas y maderistas, su postura era minoritaria, ya que la gran prensa, es decir, los diarios californianos de mayor circulación, eran hostiles en grado sumo a todo movimiento revolucionario y más si éstos tocaban los intereses estadounidenses o sus empresas en México. El principal antagonista de los rebeldes mexicanos no era otro que el tan mencionado *Los Angeles Times*. Para comprenderlo basta saber quién era su dueño: el general Harrison Gay Otis (1837-1917). Como lo dice la historiadora Aidé Grijalva en su artículo “Gambusinos del desierto. Los otros pioneros del valle de Mexicali” (*Calafia*, junio 1988), Harrison Otis se convirtió en una figura de gran influencia política por meterse al negocio de los bienes raíces en California y Baja California, pero principalmente porque su influencia vino de *Los Angeles Times* y de la creación, en 1896, de la Asociación de Manufactureros y Comerciantes, que fue una agrupación de los principales empresarios de la costa Oeste de los Estados Unidos, cuyo propósito fundamental fue cuidar los intereses de sus agremiados y luchar, legal e ilegalmente, a través de la propaganda negra y la violencia, contra la organización de la clase obrera.

Como Aidé Grijalva lo señala:

Inmensas sumas de dinero fueron invertidas para lograr los propósitos antisindicales del grupo de empresarios: guardias, espías, protección policiaca, esquirols y rompe-huelgas se contrataron especialmente para mantener el control de la clase trabajadora. La ciudad de Los Ángeles, California, pasó a ser el coto privado de la reacción, el antisindicalismo y la represión política.

Y la clase obrera lo consideró, por eso mismo, el mayor obstáculo para conseguir que se respetaran sus derechos. Hubo incluso un grupo de anarquistas radicales que hicieron explotar el edificio de *Los Angeles Times* en octubre de 1910, ya que lo consideraban como un símbolo de opresión y corrupción. Si a esto añadimos que Harrison Gray Otis era, junto con su yerno Harry Chandler, dueño de la Colorado River Land Company, que era una sucursal de una empresa mayor, la California-Mexican Land and Cattle Company, conocida entre los residentes de la región simplemente como el rancho C.-M., el mayor latifundio existente en el Distrito Norte de la Baja California de 1902 hasta 1945. Pero en 1910, Otis y Chandler también habían conseguido, bajo presión del gobierno estadounidense, que México aceptara la construcción, dirigida por la propia empresa y con dinero federal del vecino del norte, de un dique que protegiera ambos valles de las inundaciones anuales del poderoso río Colorado. Desde el principio, el objetivo de este dique, como lo dice Grijalva, era

asegurar el control de las aguas de la región deltaica del río Colorado para dotar de agua a toda la región que circundaba dicha desembocadura. Pero sobre todo, garantizar agua de



riego a las tierras que se estaban abriendo a la agricultura en el último rincón de la parte sureña californiana como parte de la expansión de la frontera agrícola norteamericana.

Si consideramos todo lo anterior, podemos entender que *Los Angeles Times* veía al movimiento revolucionario en Mexicali como una doble amenaza: por un lado, era un grupo de anarcosindicalistas, la ideología que más combatían sus dueños, y por el otro, la revolución estaba demasiado cerca del latifundio concedido a Harrison Gray Otis por el propio presidente Porfirio Díaz. En cambio, el *Calexico Daily Chronicle* y el *Imperial Valley Press* eran defensores no de propiedades millonarias, como la Colorado River Land Company, sino de los intereses más modestos de agricultores y granjeros del Valle Imperial. Cuando hablaban de comprar las tierras de Baja California, en realidad pensaban en un vasto terreno que estaba en manos de oligarcas de su propio país y que, por lo mismo, estos capitalistas con mayúsculas no compartían las penurias y descalabros económicos que sufrían los pequeños empresarios del otro lado de la frontera con cada inundación. Tanto Allen Kelly como Otis B. Tout sabían que lo que publicaba el diario angelino era una enorme campaña de desinformación para hacer ver a los revolucionarios como simples bandidos y criminales a los que había que exterminar lo más pronto posible. Por eso sus artículos ofrecían visiones positivas del ejército de la dictadura y visiones negativas de todo mexicano que se había alzado contra la tiranía de don Porfirio. Y aun con semejante enemigo en su contra, con una maquinaria propagandística de tal calado, los insurgentes floresmagonistas no se arredraban y seguían manteniendo la bandera roja en cuanto lugar estuvieran, porque esa bandera simbolizaba sus ideales: pan, tierra y libertad. Para el 3 de abril de 1911, el *Chronicle* en su portada aseguraba que

“Los federales siguen su camino” y eso sólo significaba que cada día que pasaba se iban acercando más a Mexicali:

Hay pocos cambios en la situación de guerra desde el sábado. Los federales siguen en su camino desde Tecate hasta el paso de Picacho y ningún explorador ha regresado a Mexicali diciendo que han sido avistados. Es posible que hayan llegado al paso ayer u hoy. En ese caso, se encontrarán con Berthold y su banda dispersa entre las rocas y tendrán una experiencia de guerra real antes de llegar. Berthold envió un correo a Mexicali pidiendo más hombres para ayudarlo a mantener el paso. Han dinamitado el camino por millas donde las tropas tendrán que venir en una sola columna y el progreso, por lo tanto, tendrá que ser muy lento. Se ha sabido que el nombre del General Stanley ha sido cambiado y que en lugar de William Stanley es Stanley Williams. Es un ex-miembro del ejército de los Estados Unidos. Williams está al mando del frente con Salinas bajo su mando. Leyva descubrió que su autoridad era nula el sábado cuando trató de cobrar el dinero de las licencias de los salones, siendo el primero de abril. Un insurgente lo siguió y les dijo a los comerciantes que no le pagaran el dinero de la licencia porque lo quería para salir de la ciudad. Los soldados tienen muchas quejas contra Leyva y se alegran de verlo depuesto. El Gral. Williams espera el primer ataque desde el este y tiene a toda su fuerza tendiendo vallas de alambre a través del paisaje en Packard, donde se hará la primera resistencia. Los soldados estadounidenses durmieron anoche sobre sus armas listos para una llamada en cualquier momento. Es evidente que, a menos que se haga una fuerte resistencia en Picacho, los federales estarán aquí en pocos días, los mejor informados dicen que el próximo miércoles.



Sin embargo, el cambio de comandantes en el ejército rebelde no trajo más que la agudización de otros problemas internos en las fuerzas revolucionarias de Mexicali. Si el comandante Leyva era un estricto promotor de la ley seca, un líder que detestaba la bebida, ahora que ya no era él quien estaba al mando, la ley seca era cosa del pasado y los disturbios de toda clase eran cosa del presente. Por eso, en el número del 4 de abril del diario de Calexico, titulado “Indio rápido desterrado”, se comentaba que:

El indio López, uno de los más magníficos especímenes de perfección física jamás vistos aquí, ha sido expulsado de Mexicali. Parecía que, durante los últimos días, los problemas andaban buscando a López con un telescopio de día y una linterna de noche. Los problemas vinieron tan rápidos y furiosos que el General Salinas decidió que López estaba embrujado con un demonio y lo empujó suavemente a través de la línea fronteriza esta mañana, donde fue arrestado por los oficiales de inmigración, pero más tarde fue liberado porque es un nativo americano, nacido en Tucson, Arizona. Hace unos días, López estaba de guardia cerca de la residencia del subprefecto cuando un hombre se acercó y comenzó a desenganchar su equipo. López le sugirió cómo hacerlo, surgió una discusión y el conductor tomó su rifle, apenas lo niveló cuando una bala del revólver del indio le atravesó el corazón y murió. Fue un caso de pura defensa personal, ya que le habrían disparado en un segundo si no hubiera sido extremadamente rápido con su arma. Luego, el sábado por la noche, se presentó una ocasión similar cuando estaba de guardia cerca del cementerio de Mexicali y su rapidez salvó su propia vida, mientras que su bala puso a otro hombre a dormir para siempre. Luego, el domingo por la noche, dos americanos se peleaban en un salón. Otro americano trató de separarlos. López sugirió que jugaran limpio y quisieron saber

si él estaba interesado en la pelea. Contestó tranquilamente que sí. Le dijeron que se acercara. Se desabrochó el cinturón, se lo dio junto con su pistola al camarero para que se lo guardara y se metió en la pelea. En tres minutos tenía a tres americanos tirados hechos un montón, pateados, azotados, acobardados, golpeados y completamente sometidos. López encendió un cigarrillo, tomó sus armas y se marchó. Para el general Salinas, este tipo de problemas era demasiado y para mantener el orden y la paz a lo largo de la línea internacional, decidió deportar al causante de tales estropicios.

Para el 5 de abril, la noticia principal del *Chronicle* era que una epidemia de viruela estaba haciendo estragos en Ensenada y que seguía sin haber reportes de tropas federales por el paso de Picacho: “Los exploradores que han llegado esta mañana informan que no se ha visto ni un solo soldado federal en un radio de cuarenta millas de Mexicali; que el paso de Picacho no ha sido abordado en absoluto y que no se ha producido ningún ataque”. El artículo, titulado “Viruela arriba a Ensenada”, también decía que los federales

podrían haber tomado una ruta desconocida y podrían aparecer a cualquier hora en el fondo del valle, aunque esto es casi imposible debido a la disposición de las montañas. El miércoles es el día fijado por los corresponsales de guerra para que ocurra algo. Al miércoles le quedan unas horas pero tal suceso es una esperanza perdida.

En otro artículo del mismo día y sin título se anunciaba que:

Una comisión redactará una resolución pidiendo que el congreso exija una franja de tierra para el canal principal a través



de México y el derecho a cuidar del mismo en todos sus límites. Esta es la única solución a largo plazo. El valle imperial DEBE controlar absolutamente el suministro de agua del río a las granjas.

Para el 6 de abril, los rumores de que los federales avanzaban hacia Mexicali se vuelven más persistentes. Otro rumor decía que cerca del paso de Picachos, la banda de Berthold había sido derrotada: “Si esta noticia es cierta, Mexicali verá a los rezagados de la lucha en poco tiempo y también será testigo del avance inmediato de los federales”. Dos notas más destacaban en esta edición: las promesas del comandante Salinas que, ante las quejas recibidas “por los pequeños robos en las estaciones, a lo largo de la línea de la Inter-California, ha prometido al director general Andrade que no habrá más motivos para tales quejas”. Y la última nota era de carácter más general, enviada desde El Paso, Texas, y titulada “Díaz intentará los antiguos métodos”, donde se decía que,

como resultado de la negativa de Madero a considerar las propuestas de paz a menos que se cumplan todas las exigencias rebeldes, se predice hoy que Díaz iniciará inmediatamente una guerra de exterminio contra los insurrectos en el norte de México. Se informa con autoridad que Díaz ha comprado 20 millones de balas de Mauser y 10 baterías de morteros. Un estadounidense, que se supone que está estrechamente relacionado con el gobierno de Díaz, dijo que éste está preparado para utilizar métodos de sangre y hierro para acabar con la rebelión.

Un día más tarde, el 7 de abril, el *Chronicle*, en un artículo titulado “Los rezagados traen la noticia”, comunicaba al público que:

Cuatro rezagados más de la banda de Berthold llegaron a Mexicali esta mañana y confirmaron el informe de que Berthold había sido derrotado la semana pasada. Dijeron que cuando salían de El Álamo los regulares los enfrentaron y después de una corta batalla se retiraron, seguidos toda la noche por los federales. Esto fue el 28 de marzo. La banda de Berthold se dispersó y los rezagados siguen en las montañas. Los exploradores llegaron esta mañana y reportaron una tropa de 150 regulares estacionados hoy en la Laguna Salada, a pocas millas de Mexicali. Llegaron a través de las montañas por el Paso de Guadalupe en lugar del Paso de Picacho, como se esperaba. La batalla de Mexicali puede ahora adelantarse con confianza un día más o menos.

En ese mismo ejemplar se daba a conocer que “La banda de Stanley roba el rancho mexicano de Cudahy” y que:

El general Stanley Williams con ochenta y cinco hombres, casi todos estadounidenses, aparecieron ayer por la tarde en la propiedad del rancho de Cudahy en Hechicera. tomaron posesión de toda la propiedad, cortaron los cables del teléfono y del telégrafo, se hicieron de las mulas, los caballos de montar, los carros, etc., así como con los alimentos y las provisiones que había a mano, un montón de bienes que llega a los 400 dólares. El C.-M. rancho también informa que los hombres de Stanley se apropiaron de mulas y caballos que les pertenecen, pero que habían rentado a E. T. Bowen en Batáquez. Los oficiales del ejército estadounidense en Calexico han recibido peticiones de ayuda del gerente J. P. Daly del rancho de Cudahy y han telegrafiado a su superior para recibir instrucciones. Las órdenes pueden ser recibidas en cualquier momento para cruzar la línea y atacar a la banda de Williams como forajidos comunes. El General Salinas, al mando en Mexicali, declara



que Williams es ahora un forajido y no parte de las fuerzas revolucionarias. El informe de que los federales se encuentran a menos de treinta millas de Mexicali, ubicándolos en la Laguna Salada, hoy tiene un efecto inquietante en Mexicali donde probablemente se producirá el centro del ataque. Después de declarar a Williams un forajido, uno se pregunta si Salinas de nuevo irá a admitirlo o si la banda se refugiará en Mexicali si los federales atacan. La siguiente es una lista de la propiedad robada en Hechicera: 25 mulas; 11 caballos de silla; 11 sillas de montar; 40 arneses; cuatro vagones de granja y 400 dólares en suministros. El rancho C.-M. informa del robo de 21 mulas y 21 juegos de arneses. La banda dejó Hechicera esta mañana, después de pasar una noche de confort, en dirección de Batáquez, donde Bowen está a cargo de otra empresa de desarrollo, la Batáquez Plantation Company. Reportes similares se esperan de Bowen para hoy. Daly tuvo que ir a Andrade por Los Algodones para reportar la situación a Calexico. Viajó por la noche y llegó allí esta mañana, una distancia de 35 millas.

Mientras los federales llegaban a Mexicali, el comandante Leyva se marchaba del pueblo. En una brevísima nota se decía que “Leyva se va” y se afirmaba que “Leyva, quien había sido depuesto como comandante de las fuerzas revolucionarias en Mexicali, dejó esta noche pasada el poblado para dirigirse a Los Ángeles, según el general Salinas. Leyva dijo que se iba a unir a las fuerzas de Berthold”. Pero para ese momento, a los residentes de ambos lados de la línea no les interesaba tanto la suerte de Leyva como la de Stanley y su banda. Ese 7 de abril, el diario fronterizo era despiadado con el jefe insurgente al tildar su nota como “El bandido Stanley Williams”, donde se hacía un retrato de éste como un forajido de la peor calaña:

Es doloroso leer los informes hechos por el Sr. Daly de que la banda de americanos bajo el mando de Stanley Williams asaltó el rancho de Cudahy en Hechicera y robó ganado, implementos y alimentos por un valor de miles de dólares. Esto nos lleva a creer que los americanos son meros soldados de fortuna; que no son sinceros en su supuesta ayuda a la causa de los insurrectos mexicanos que luchan por su libertad, que se aprovechan de un estado inestable de los asuntos para obtener una ganancia personal; en otras palabras, son meros bandidos. Los amigos de la revolución no deben interpretar estos actos como oficiales a la par de los insurgentes. Los verdaderos revolucionarios aún no han confiscado la propiedad estadounidense y no lo harán. El gobierno de los Estados Unidos debería enviar de una vez soldados a México para proteger las propiedades de los americanos de las depredaciones de los bandidos americanos irresponsables.

Este artículo, sin embargo, entraría en plena contradicción con lo que apenas un día después sucedería. Pues finalmente, el 8 de abril de 1911, la tercera batalla de Mexicali iba a tener lugar. Si la primera había acabado, el 29 de enero, con la toma del poblado y sólo con un carcelero muerto; y la segunda, la del 15 de febrero, había sido un duelo de fuertes defensas contra inútiles cargas de soldados, lo que había dejado en ridículo al ejército federal, muchos esperaban que la tercera batalla fuera la definitiva, donde las tropas de la dictadura, superiores en armamento, capacidad de fuego y número de soldados, se impusieran al andrajoso ejército floresmagonista de una vez y para siempre.

Como la batalla se fue perfilando desde la mañana del 8 de abril y como el *Chronicle* cerraba su edición por la tarde, alrededor de las 3:30, podemos ver que ese día Otis B. Tout se encontró frente a un continuo flujo de información, pro-



veniente de testigos presenciales que llegaban a las oficinas de su diario a ofrecerle actualizaciones de lo que ocurría en el campo de batalla. El titular de la portada lo decía todo: “Stanley lleva la lucha contra los federales. Son 70 contra 400”. Pero la información estaba dividida en diferentes noticias. Las más antiguas eran de la noche anterior y de las primeras horas del día 8 de abril, donde se mostraban los distintos acontecimientos que habían tenido lugar, desde la aparición del grupo de Stanley en Mexicali, un incendio misterioso en este poblado y la llegada de los federales al rancho de Lee Little no como una tropa de soldados sino como una romería con mujeres y niños:

La banda de 93 hombres de William llegó a Mexicali ayer por la tarde y entró en la ciudad triunfante, conduciendo las mulas de Cudahy, montando en carros de Cudahy y con comida de Cudahy. Pasaron revista a un grupo interesado de estadounidenses en la línea fronteriza y se dirigieron al cuartel general sin ser molestados. Cuando cayó la noche todo estaba tranquilo al otro lado de la frontera. No hubo disparos ni borracheras. A las 9 en punto un resplandor contra el cielo despertó a Calexico y se vio que comenzaba un incendio en el viejo salón Moctezuma, antes ocupado como restaurante por los Villaseñor. El edificio ardió rápidamente hasta los cimientos y a la luz del fuego se podían ver americanos armados corriendo de un lado a otro, vigilando de cerca todo y a todos. La guardia de línea dijo que el fuego era una señal preestablecida que se mostraría la primera noche después de que los federales hubieran sido avistados y que tenía como objetivo que todos los exploradores y las partidas periféricas entraran en Mexicali y se prepararan para resistir el ataque. El informe que se dio fue que el fuego fue causado por una explosión de gasolina. El edificio era propiedad de A. F. Andrade.

DESPIERTO TODA LA NOCHE. Con el avance de los federales hacia el rancho Little la excitación de los insurgentes aumentó. Permanecieron despiertos toda la noche en las trincheras y mantuvieron una estrecha vigilancia en cada avenida de entrada a la ciudad. Por la mañana dieron la bienvenida a la luz del amanecer y muchos aprovecharon la oportunidad para arrebatarse una hora de sueño. Al amanecer no había más de 150 hombres en las filas insurgentes. El informe de que 800 rebeldes estaban en Mexicali es una exageración. El número incluye 93 hombres a las órdenes de Williams. Se informa que Leyva se fue anoche temprano, después de una disputa con Williams, y treinta hombres se fueron con él. Partió hoscamente hacia el oeste diciendo que iba a socorrer a Berthold si es que está vivo.

BERTHOLD PUEDE ESTAR MUERTO Un correo tardío que llegó a Mexicali, dijo anoche que Berthold se había retirado con una docena de seguidores a las rocas de las montañas cerca de El Álamo y que había muerto como resultado del envenenamiento de la sangre por la herida que había recibido en Álamo y que no recibió el tratamiento médico adecuado. La información no está confirmada.

MUJERES AL FRENTE. Los federales llegaron al rancho de los Little a ocho millas al sur de Mexicali a primera hora de la tarde de ayer. Lee Little contó 400 rifles en las pilas de armas, después de que entraron al campamento. No había señales de piezas de campo. Los federales están escasos de comida. También estaban hambrientos, pues comieron con avidez un lote de patatas crudas y recibieron con agrado un saco de 25 libras de harina donado por uno de los campamentos de la compañía C. D. Avanzaron con un montón de indias y niños delante de su columna, esperando evidentemente que, si eran atacados, las mujeres y los niños les servirían de protección.

SE SOSPECHA DE LOS RURALES. Se supone que deben acercarse lo más posible a la línea cuando comience el ataque a Mexicali y, a una señal preestablecida, correr hacia Mexicali



con pistolas y atacar a los insurgentes desde la retaguardia al mismo tiempo que los federales se acercan a ellos desde el sur, el este y el oeste. Fue esta sospecha la que llevó a Williams a probar sus posibilidades esta tarde en campo abierto en lugar de quedarse en las trincheras de Mexicali. Tomó el mando y marchó directamente sobre los federales que venían del campamento del rancho de Little.

Cuando Otis B. Tout escribió “esta tarde” se refería apenas unas horas antes de la impresión de su periódico. Lo que podía anunciar a media tarde era que: “Tres insurgentes americanos muertos a las 2 p. m. Dieciséis federales caen. Los exploradores reportan que Stanley está sacando la pelea por ellos. La batalla ahora está en progreso cinco millas al sur de Mexicali”. ¿Qué implicaba todo eso? Que “la batalla, largamente esperada, ha sido empujada a los dientes de los federales” por el que un día antes se le había llamado un bandido que usaba a la revolución para sus intereses personales, cuando unas horas después era quien llevaba la lucha hasta las filas del propio ejército federal sin preocuparse de su seguridad personal y con el único objetivo de que los soldados de la dictadura no pudieran retomar Mexicali, de que el único territorio libre de la tiranía en el Distrito Norte de la Baja California siguiera en pie:

El General Stanley (Williams) dejó Mexicali esta mañana con 70 hombres para atacar el campamento federal en el rancho Little. Parecía tener poca fe en que los federales llevaran la lucha a Mexicali y, además, temía una incursión de los rurales desde el lado americano. Por lo tanto, tomó a sus hombres y se enfrentó a un grupo de 400 Mausers, dos cañones de campaña y una posible batería de ametralladoras. El movimiento fue

una temeridad y los oficiales del ejército americano que vieron el combate desde la torre alta lo dijeron sin dudarlos.

INFORMES DE LOS EXPLORADORES. Los observadores a las 2 en punto discernieron un jinete que regresaba. Era Golden, insurrecto americano, que regresaba con información para ser telegrafiada al cuartel general de Los Ángeles. Dio la noticia al *Chronicle*. Dijo: “Salimos como si tuviéramos mil hombres. Teníamos 27 caballos y 40 a pie y en los carros. Sabíamos dónde estaban acampados los federales y fuimos directamente hacia ellos. Nos encontramos con un destacamento en un campo de cebada y comenzamos a disparar. Volvieron a correr hasta el borde del campo y nos dispararon”.

TRES MUERTOS. Vi a tres de nuestros chicos, todos americanos, muertos en el campo antes de irme, vi a catorce federales caer cuando el tiroteo estaba en marcha. Los hicimos volver a los matorrales de forma desordenada. Stanley actuó tan fresco como un pepino y gritó desafiante a los federales. Estaba sacando lo mejor de ellos cuando me ordenaron traer despachos para Los Ángeles. Me acompañaron parte del camino de vuelta, pero cuando estuve a salvo los otros compañeros se fueron al campo a luchar.

VIGILANTES VEN. Desde la parte superior del tanque C. D. se podía ver el conflicto, pero de forma tenue. Se podía ver a los insurgentes a caballo en un campo de cebada corriendo de un lado a otro de forma animada, disparando todo el tiempo. Se hicieron varios cientos de disparos. El resultado es problemático.

INFORME DE LA PRENSA— 3:30 p. m. Seis trabajadores del rancho Little, testigos presenciales de la lucha, vinieron a las 3:30. Dicen que el avance de Stanley fue observado por un destacamento de federales que estaban escondidos en un barranco que no dispararon. Stanley siguió avanzando y se topó con otro grupo de federales que había estado luchando toda la tarde. El grupo de federales se está acercando de



trás de él y los hombres dicen que Stanley seguramente está atrapado a muerte y que todo el grupo probablemente será asesinado antes del anochecer, esa es la noticia más reciente.

Aunque todas las informaciones del *Calexico Daily Chronicle* se concentraban en la batalla, era obvio que también había una enorme curiosidad de parte de los que querían verla desde el lado estadounidense. En su sección de notas locales, decía que muchos americanos se acercaron a Calexico por negocios y por placer desde un día antes. Los negocios consistían en comprar y vender desde ganado hasta utensilios de agricultura, frutos, legumbres y bienes raíces. Los placeres eran igualmente diversos y algunos de ellos consistían en ser testigos de la Revolución Mexicana. Uno de ellos fue el “sheriff Mobley Meadows (que) fue a Calexico el viernes para averiguar la verdad de los informes sobre la batalla”. La mala suerte, de nuevo, le correspondía al *Imperial Valley Press*, que salió también ese día 8 de abril, sábado, pero como se imprimía muchas horas antes, por ser una publicación más voluminosa, no mencionaba la nueva batalla en curso, sino que a lo más se refería a las incursiones de los rebeldes por los ranchos y propiedades de los estadounidenses en el valle de Mexicali, donde se decía que:

un grupo de merodeadores está robando ganado del rancho de C.-M. Los insurrectos en la Baja California se están volviendo algo tunantes en su consideración por los derechos de propiedad de los no combatientes. Durante un tiempo fueron escrupulosos en su respeto por los intereses americanos, y pagaban por lo que sustraían, pero últimamente han forrajeado como si estuvieran en el país del enemigo y han matado muchas reses en el rancho de C.-M. El informe de la incursión fue

enviado a Los Ángeles y es posible que se envíen llamamientos de protección a Washington.

En realidad, la noticia principal de aquel 8 de abril en el *Imperial Valley Press* era la titulada “Tratado con México para resolver el problema”, donde se aseguraba que: “El Valle pide al presidente que negocie el derecho de paso del canal. La Comisión del Distrito de Riego prepara una petición de ayuda al gobierno para asegurar el derecho de uso del agua” y luego aparecía la petición al presidente de los Estados Unidos, en la que se hacía ver al primer mandatario que:

Durante varios meses el gobierno mexicano ha sido impedido por fuerzas hostiles de ejercer su autoridad legal en la Baja California y no ha podido brindar protección al canal y a las estructuras del sistema del Valle Imperial bajo su jurisdicción. El sistema ha permanecido en operación debido a la tolerancia de los beligerantes, pero ha estado a merced de cualquier desgraciado que pudiera estar dispuesto a infligir daño ya sea de manera gratuita o por razones de supuesta necesidad militar. La posibilidad de grandes daños en tales condiciones lleva el problema a una fase aguda. Es de vital importancia que los colonos del Valle Imperial puedan proteger sus tierras contra la invasión del delta del Colorado, que se inunda anualmente, y contra los cambios en el curso del río Colorado, y para ello es necesario ampliar y elevar los diques en el terreno más alto entre el delta y el valle, en territorio mexicano. México no tiene ningún interés sustancial en el asunto y no se puede esperar que gaste dinero para controlar el Colorado en beneficio exclusivo de las tierras y los terrenos estadounidenses. Debido al permiso dado por México a una corporación mexicana para salir de la ribera oeste del Colorado, la propiedad americana en el Valle Imperial fue dañada en la medida de millones



de dólares, y los Estados Unidos han gastado millones para prevenir más daños. La ubicación de las obras de protección necesarias se encuentra en territorio extranjero, por lo que no es posible que la gente del Valle Imperial tome medidas rápidas. La ubicación de las obras de protección necesarias se encuentra en territorio extranjero, por lo que no es posible que la gente de Imperial Valley tome medidas rápidas en caso de emergencia, ya que el permiso para hacer el trabajo debe obtenerse de México, los planes deben ser presentados y aprobados por los funcionarios mexicanos, y los animales y el equipo deben esperar la entrada a través de la aduana. Están en juego millones de propiedades estadounidenses, mientras que México no tiene nada en juego.

Si el *Imperial Valley Press* había quedado retrasado en noticias sobre la revolución en Mexicali, el *Calexico Daily Chronicle* se jugaba todo con la impresión de una extra que salió el domingo 9 de abril. Pero era un trabajo a medias, en que se repetían noticias del día anterior, de hechos ocurridos antes de que la batalla comenzara. Lo trascendente, en términos periodísticos, estaba en la portada, que reunía lo que había podido obtener Otis B. Tout, su editor, después de las 3:30 de la tarde del sábado y hasta las primeras horas del domingo. Titulado “Una batalla feroz”, el reportaje daba cuenta de “11 federales muertos, 5 heridos. Los rebeldes pierden 20 hombres, 9 muertos y 11 heridos. Un total de 36”. Sin duda, la tercera batalla de Mexicali había sido la más cruenta de todas las luchas que se habían dado alrededor o dentro de Mexicali, al menos desde que los revolucionarios floresmagonistas habían tomado el pueblo dos meses y medio antes.

La noticia mayor, entre las muchas de aquel número extra del *Chronicle*, era la muerte confirmada del general Stanley —sí, ya no se le llamaba bandido o soldado de fortuna,

sino general—, quien había sido herido en la cabeza en pleno combate y por ello ahora era el teniente Smith quien estaba al mando de la tropa que antes dirigiera el líder rebelde fallecido. Otras informaciones decían que grupos de la Cruz Roja, a pesar de las amenazas por parte de los federales y de los revolucionarios, habían visitado la escena del combate el sábado y que pronto habría más enfrentamientos, mientras los insurrectos admitían en sus filas a 50 nuevos reclutas. La frase importante es la que afirmaba: “Mexicali no ha caído de ninguna manera”. Otis entendía el logro contundente de Stanley Williams, la figura de mártir de la revolución que ahora le correspondía:

Una hazaña de audacia que debería pasar a la historia junto con la “carga de los 600” fue ese salvaje y temerario ataque del General Stanley Williams, con sólo 70 hombres, sobre 400 regulares mexicanos frente a Mexicali ayer, 8 de abril. Y la maravilla fue que no murieron todos los hombres. Pero cincuenta de la banda regresaron a Mexicali de a dos y de a tres después del anochecer, dejando veinte hombres, muertos y heridos. Los heridos probablemente fueron asesinados cuando fueron encontrados por los federales. El pequeño salvaje Williams yace moribundo en Calexico, con un disparo en el cráneo y en el pecho. Los médicos dicen que no puede vivir. Un sacerdote fue enviado antes del mediodía de hoy. La valentía de Williams es la comidilla de la ciudad.

Los insurgentes dicen que se encontraron de repente con un destacamento de federales a dos millas de la casa de Little, al este. Ambos bandos se lanzaron inmediatamente a los barrancos y lavados y comenzaron a disparar. Los insurgentes tenían la mejor posición. Vieron a los federales vacilar. El destacamento federal constaba de menos de 100 hombres, así



que los insurrectos cargaron con vítores y gritos de desafío. Capturaron una ametralladora en su incursión. No tenían munición para ella y era inservible, así que la pincharon y la abandonaron. Los federales se retiraron una corta distancia y ambos bandos tomaron nuevas posiciones. Los federales habían enviado un mensaje al cuerpo principal para pedir refuerzos. Los insurrectos intentaron entonces retroceder, pero fueron cortados en su retirada y tuvieron que luchar. Siete lograron escapar, dos a caballo, y llegaron a Mexicali. Uno vino a enviar un mensaje a Los Ángeles. Los refuerzos de los federales llegaron al lugar y trajeron consigo un cañón de campaña que lanzó una especie de bombas. Hicieron poco efecto pues estas cayeron a cientos de metros de la posición de los insurgentes, excepto los siete que estaban huyendo. Fueron casi todos atrapados por una gran explosión en medio del campo de cebada. El nuevo destacamento de federales sumaba 125 y los Mausers ladraban salvajemente a la pequeña línea de rebeldes que no podían avanzar ni retroceder. Así que lucharon hasta que cayó la noche. Stanley estaba malherido y fue llevado a la ciudad en una carreta, inconsciente. Los médicos del ejército de EE.UU. enviaron un mensaje para que lo trajeran a este lado de la frontera para que recibiera tratamiento. Él y otros dos fueron trasladados.

Como crónica de la batalla del 8 de abril, el reportaje del *Chronicle* dejaba muchas interrogantes en el aire y la principal era: ¿quién había ganado la batalla en realidad? ¿Los federales, con su superioridad en armamento y soldados? ¿O habían sido los insurgentes, que llevaron la lucha hasta las filas del ejército de la dictadura y no permitieron que éste avanzara hacia Mexicali? ¿Qué decían las pérdidas en vidas humanas? ¿Era una sangría que podían permitirse los federales por su gran número y una que no podían permi-

tirse los revolucionarios por sus escasas tropas? ¿Había sido una buena estrategia la de Stanley, la de presentar combate en campo abierto en vez de quedarse defendiendo el poblado desde las trincheras del río Nuevo, como lo hacía el comandante Salinas? La tropa de Stanley había sido rodeada, cercada y, a pesar de que se le había atacado con fuerza, la mayoría de sus hombres habían logrado romper el cerco y volver a las posiciones defensivas de los insurrectos. ¿Qué haría a continuación el coronel Mayol? ¿Avanzar y tomar el poblado? ¿Por qué no lo hacía? ¿A qué estaba esperando si tenía los elementos militares a su favor? ¿O la carga de Stanley y sus hombres lo había amedrentado? Otis deducía, para el domingo 9 de abril, que:

La lucha había terminado por hoy y todos pensaban que los federales colocarían sus cañones de campaña y comenzarían a bombardear la ciudad al amanecer. En lugar de esto, pasaron la mañana buscando en el campo de batalla y se ocuparon de enterrar a sus propios muertos. A las 10 en punto, cuando se hizo evidente que no era probable un ataque inmediato a Mexicali, cuatro automóviles llenos de estadounidenses improvisaron banderas con cruces rojas y fueron corriendo al rancho Little para ver lo que podían ver y aprender lo que podían aprender.

Será necesario otro duro combate para capturar Mexicali. No está desierta, como se rumoraba esta mañana. Los insurgentes recibieron cincuenta nuevos reclutas. El teniente Smith, mano derecha de Williams, ha tomado el mando de las fuerzas. Llevó a sus hombres al este esta mañana para llevar de nuevo la lucha al campamento federal antes de que éste estuviera preparado para ellos. Los insurgentes juran que se derramará mucha más sangre antes de que Mexicali se entregue a los federales. Lo peor está por llegar.



El representante del *Chronicle* dice lo siguiente: El coronel Mayol habló libremente. Afirmó que sólo pudieron encontrar un rebelde muerto, un negro. Los insurgentes se llevaron a los muertos en carros. Mayol afirmó que perdió 11 muertos y 9 heridos. Dos fueron llevados a Calexico. Muchos caballos murieron en la lucha. Mayol dijo que su fuerza no estaba dividida; que no había enviado tropas al este y que se tomaría su tiempo para atacar Mexicali. Terrazas está con Mayol.

Algo no cuadraba en todo aquello. ¿Ese era el estilo de combatir —con calma, con cautela, con parsimonia, sin apresurarse en tomar decisiones— de los oficiales del ejército federal? ¿Sería esa la causa de que Mayol no siguiera combatiendo, que se replegara, que siguiera remoloneando en el valle de Mexicali con sus más de 400 soldados? Tal vez por eso la revolución iba ganando terreno en todo el país mientras los oficiales porfiristas combatían a paso de tortuga, sin meterse de lleno en el combate. Para el lunes 10 de abril, la noticia principal era que “Stanley murió de sus heridas”. El *Chronicle* daba el pésame a su manera, en forma escueta y respetuosa:

Todos lo llamaban Stanley, aunque su nombre era Stanley Williams. No hay duda de su identidad, aunque muchos creen que el herido no era Stanley. Estuvo inconsciente desde que llegó a Calexico, poco después de las 7 de la noche del sábado. Le dispararon a las 2 de la tarde del sábado y murió a las 4:15 de la tarde del domingo. Su cuerpo fue llevado a Mexicali y enterrado por sus compañeros en el cementerio de Mexicali la noche pasada.

Esta información es curiosa: un revolucionario estadounidense que luchó por la libertad en México y que dio su vida combatiendo los ejércitos de la dictadura porfirista; y al morir, en vez de ser enterrado en su tierra, sus camaradas lo enterraron en el país por el que había combatido con tanta intensidad. Su tumba está, como la de tantos otros revolucionarios, olvidada por aquellos que, de alguna manera, le deben aún hoy su libertad. En el diario fronterizo de ese mismo 10 de abril, en una nota sin título, se recordaba que:

El general Stanley Williams merecía un mejor destino. Su maravillosa valentía y su intrépida intrepidez le dan un lugar cálido en los corazones de todos los que fueron testigos de la batalla del sábado. El sentimiento se resume en la expresión de un oficial del ejército americano cuando se solicitó llevar al comandante herido a nuestro lado para su tratamiento. El oficial dijo rápidamente: Tráiganlo. Cualquier hombre tan valiente como ha demostrado ser él puede recibir tratamiento de los médicos del Tío Sam, sin importar quién sea.

El *Chronicle* del lunes 10 de abril también contaba con otras noticias. En un texto titulado “La trampa no pudo atraparlos”, se notificaba que, antes de la batalla, Stanley había tomado decisiones que pudieron salvar las vidas de muchos de sus compañeros revolucionarios:

El misterio del incendio en Mexicali la noche del viernes está resuelto. A la mañana siguiente, los rebeldes descubrieron cuatro minas de dinamita en la calle de atrás de la casa y también encontraron que las minas estaban conectadas con pequeños cables que llevaban a la línea divisoria, donde fueron cortados. Explican la situación diciendo que los seguidos-



res de Díaz colocaron las minas, prendieron el fuego con la esperanza de atraer a los rebeldes en un gran grupo y luego aniquilarlos haciendo explotar la dinamita. Stanley se negó a que sus hombres se acercaran al fuego, sospechando la treta, y de ahí su fracaso.

En otro artículo del mismo 10 de abril, titulado “Los muertos y los heridos”, el diario fronterizo daba a conocer las cifras de los caídos en la batalla del 8 de abril:

Las últimas cifras sobre muertos y heridos, que todos coinciden en que son verdaderas, son las siguientes: Los rebeldes perdieron un total de 11 muertos, incluyendo a Stanley. Los federales perdieron 11 muertos, incluyendo a Sepúlveda, que murió en Calexico después de ser herido. Los federales tienen 14 hombres heridos. Los rebeldes tienen 5 hombres heridos. Total de muertos: 23. Total de heridos: 19. Total de bajas: 42. Estas cifras están verificadas por el informe del Cnel. Mayol al cónsul Sierra y por información interna de las filas rebeldes. Todos los demás hombres han sido contabilizados, incluyendo 11 insurgentes americanos que fueron capturados en este lado de la línea, creyendo que los federales habían ganado el control de Mexicali.

La última nota sobre la batalla era que ese lunes “Los federales recibieron grandes refuerzos hoy” y que, por ello, pronto los soldados porfiristas avanzarían sobre Mexicali. Esto lo confirmaban los exploradores de los propios insurgentes, que vigilaban a las tropas del gobierno en todo lo que hacían por el valle de Mexicali. Por eso, el diario de Calexico daba por hecho que esa misma semana que comenzaba una nueva batalla, quizás la definitiva, iba a presentarse a las puertas de Mexicali:

Ciento veinticinco hombres llegaron esta mañana para reforzar el comando del coronel Mayol al sur de Mexicali. Una parte era de infantería y otra de caballería. Se dice que este comando fue el destacamento que siguió con los cañones de campo. Esto hace un total de unos 650 hombres frente a Mexicali. En Mexicali la idea de salir corriendo a atacar a los federales parece haber sido abandonada. Ahora se jugará el juego de la espera. Mayol desplegará sus fuerzas en todos los lados de Mexicali, lanzará sus piezas de campo ya sea al extremo este o al oeste, cerca de la línea, comenzará el bombardeo de la ciudad y espera poco después ocupar Mexicali en la comodidad y la abundancia, disfrutando de los frutos de su maravillosa campaña contra los 250 insurrectos que se le han opuesto. Decimos “maravillosa” porque fue maravilloso que 500 hombres armados no se acercaran y aniquilaran a 70 insurrectos después de tener toda la ventaja del mundo, ametralladoras incluidas. La opinión universal es que el combate del sábado fue una farsa monumental; que la famosa Octava Compañía Mexicana no podría acertar a una bandada de globos de gas, cada uno del tamaño de un granero, si los globos se soltaran de sus propias cuerdas; y que 100 hombres buenos podrían ir al campo y borrar a los federales de la tierra. Si observan las maniobras de la famosa Octava, verán que no dependen mucho de la puntería. El ataque a Mexicali vendrá cuando Mavol y sus hombres laven su ropa interior en el canal de Encina y después de muchas siestas y festines de chile y mezcal. Su éxito, que acabará llegando, será acogido con gemidos y gruñidos en el lado americano. Y la prisa con la que varios hombres se están ganando las simpatías de los federales demuestra que saben de qué lado está su pan en este basurero.

En la edición del 11 de abril del *Chronicle*, también iban apareciendo los planes de los propios revolucionarios ante la



contingencia de que Mexicali fuera tomado por los federales, pensamiento que rondaba en la cabeza de los muchos expertos en guerra que abundaban a ambos lados de la frontera. En un artículo titulado “Dinamitarán Mexicali antes de salir de la ciudad”, advertían que “Los insurrectos no dejarán un muro en pie por la ocupación de los soldados federales. Tienen suficiente dinamita para volar todos los edificios”. Y se agregaba que:

Mexicali tiene una buena oportunidad de empezar la vida de nuevo. El primer proyectil que se llegue a posarse en la ciudad, desde los cañones de campaña de los federales, será una señal para la destrucción de Mexicali a manos de los insurgentes. No intentan mantener en secreto su propósito. Cualquiera de ellos dirá lo mismo. Tienen dinamita suficiente para volar todas las casas, los negocios y los cercos de adobe de la ciudad y no dudan en decir que el plan ya está trazado. Los insurrectos creen que tienen una oportunidad de ganar si los federales se mantienen con sus rifles y ataques de infantería. Podrían resistir a un ejército de 1000 hombres mientras se mantienen atrincherados en los fosos de fusilería. Pero cuando se trata de artillería pesada y bombas de combate que caen en el campamento y explotan con la destrucción de todo... esa es otra historia. Saben que no pueden permanecer en tal sitio y proceden a convertirlo en un lugar que no habrá comodidad para que los federales lo tomen. Los propietarios americanos no se preocupan mucho por la dinamitación, que seguramente vendrá. Han hecho, en su mayor parte, un inventario de sus propiedades con los funcionarios correspondientes y si son destruidas, el gobierno compensará el monto de los daños. MOVIMIENTO. Evidentemente, el comandante no ha tenido ni tiempo de lavar su camisa, ya que ha hecho pocos progresos en la toma de Mexicali. Seguramente esperará los grandes cañones para

atacar el poblado de nuevo e incluso podría cambiar de idea, volver a Ensenada y esperar un poco más. La propuesta de espera es lo que pone de los nervios a los americanos. La droga mañana es peor que los combates. El coronel Mayol envió anoche un destacamento para explorar el terreno al este de su campamento y aparecieron un rato al sur de Packard. Más tarde marcharon de vuelta al campamento en el rancho de Little. INSALUBRE. Los americanos que pasaron por el campamento de Mayol describen las condiciones como algo horrible, incluso para el poco tiempo que los soldados llevan acampados allí. No hay provisiones sanitarias de ningún tipo y los hombres tienen miedo de alejarse cuatro metros de sus tiendas, mientras las mujeres y los niños se pasean juntos por el barro del canal Encinas y con un maravilloso despliegue de "modestia".

En otro orden de noticias, pero relacionadas con la batalla del 8 de abril, el *Calexico Daily Chronicle* ofrecía atisbos de las repercusiones de tal enfrentamiento por algunos testigos presenciales:

Un grupo de indios cucapá vino esta mañana y dijo que se habían pasado todo el día lunes cavando tumbas y enterrando a los federales muertos en los combates. Y que habían enterrado, más o menos, a unos 68 federales. Es imposible verificar o negar declaraciones como estas. Nadie sabrá nunca las pérdidas exactas de ambos bandos en la batalla del sábado, pero las cifras dadas ayer por la tarde son las más correctas que aparecerán.

Otro testimonio provenía de E. T. Bowen, encargado del rancho C.-M. en Batáquez:



cuando Stanley se presentó en el lugar la semana pasada no molestó a nadie y no permitió que ninguno de sus hombres se acercara a las oficinas principales. Algunos de los peones de Bowen intentaron salir en estampida del pueblo, llevándose parte del ganado de C.-M. y tuvieron a Bowen contra una pared discutiendo con varios tipos que portaban cadenas de rastro y yugos de cuello, en sus manos. El hombre discutió con ellos hasta que su ayudante se acercó con un par de pistolas. Bowen cogió una y su ayudante la otra, y los alborotadores se pusieron a trabajar inmediatamente.

Como el patrón estadounidense que era, la revolución y sus batallas podían darse en la vecindad, pero primero era el trabajo por hacer.

En cuanto al resultado de la batalla, al final el sacrificio de Stanley había servido para que la causa revolucionaria se fortaleciera, de ahí que:

Muchos reclutas se han unido al grupo en Mexicali en los últimos días. Doce hombres han abandonado el trabajo en el rancho sólo en el barrio de Calexico y se han echado el rifle al hombro, diciendo que iban a cazar cabras montesas mexicanas. Van tras las cabras, sin duda. Vienen hombres en todos los trenes de Los Ángeles. La línea internacional no está vigilada al este del rancho C.-M. ni al oeste por tres millas. Ellos cruzan fácilmente.

En otra nota aparte, titulada “Se tendrá advertencia”, se notificaba que Otis le había preguntado al cónsul de la Sierra

si se había decidido el momento del ataque y se le dijo que Mayno le había comunicado sus planes. Los funcionarios

mexicanos y los oficiales del ejército norteamericano se entienden perfectamente y cuando los planes estén completos para el ataque a Mexicali se dará una amplia advertencia y los oficiales americanos notificarán al pueblo los requerimientos militares.

Y por último, en un texto sin título, se hacía la siguiente aclaración:

En justicia al Cónsul Enrique de la Sierra queremos decir que la declaración publicada anoche en el sentido de que el número de muertos fue verificado coronel Mayol dio la impresión de que el Cónsul Sierra había dado la información. Esto no es así. Si el Cónsul Sierra ha dado alguna información para los periódicos desde que los problemas empezaron, no somos conscientes de ello. El cónsul, ciertamente ha hecho su parte por su gobierno. El coronel Mayol pidió que se diera al público un número determinado de muertos y heridos, y fue él nuestra fuente de información.

Para el 12 de abril, el diario fronterizo hacía mención de un nuevo problema entre la prensa y las autoridades de Calexico. En una nota titulada "Turner dice que Baabcock es malo" se presentaron declaraciones contundentes del autor de *México bárbaro* publicadas en San Francisco, California, que Otis reproducía para los lectores locales:

John Kenneth Turner se encuentra en San Francisco y fue entrevistado por el *Bulletin* el pasado sábado. A continuación se incluye una parte de la entrevista que resultará de interesante lectura para los numerosos amigos que el capitán Babcock, genial comandante de las tropas de caballería estacionadas



aquí, ha hecho en Calexico: “El fiscal del distrito de los Estados Unidos, McCormack, me admitió que Babcock estaba asumiendo una autoridad que no le concedía la ley de neutralidad ni ninguna otra ley”, dijo el señor Turner. “El Departamento de Estado ha admitido que los envíos de armas y municiones a México no pueden ser interferidos legalmente. Sin embargo, las tropas están interfiriendo. Salvo en los casos en que se ha proclamado formalmente la ley marcial, las autoridades militares no tienen poderes policiales más allá de los de las autoridades civiles. La ley marcial no ha sido proclamada en ningún punto de la frontera mexicana. Cada vez que un oficial militar arresta a un aspirante a recluta es culpable del delito de detención ilegal, castigado en todos los estados a lo largo de la frontera. Si se hiciera justicia, hombres como el capitán Babcock serían encarcelados. Aunque no se ha proclamado la ley marcial, ésta está en vigor, lo que significa que, en lo que respecta a la situación mexicana, Taft se ha convertido en un dictador militar del mismo carácter que Díaz”.

Pero más allá de quién tenía razón en cuanto a las leyes de neutralidad, a los residentes del Valle Imperial les interesaba saber, por seguridad de sus personas y de sus propiedades, qué era lo que seguía en cuanto a los enfrentamientos entre rebeldes y federales casi a las puertas de sus casas. En un texto titulado “El juego de la espera se sigue jugando”, se declaraba en cuanto a los participantes: “Los rebeldes están listos, los federales son lentos”, y que ambos bandos se cruzaban de brazos aguardando a ver lo que el otro hacía y como ninguno buscaba ser el primero en iniciar las hostilidades, todo se volvía un juego de paciencia morosamente ejecutado:

Como un enorme mastín, tumbado con miedo a moverse por temor a que el gato atigrado le saque los ojos, el ejército federal yace inerte en la misma posición que ha ocupado desde la noche del viernes pasado, cuando llegó a Mexicali, y el gato está listo para hacerlo trizas a la primera oportunidad. Mayol no ha hecho ningún movimiento; no tiene exploradores fuera del territorio alrededor de su campamento y no más de allá de 200 yardas. Dos jinetes rebeldes cabalgaron a menos de 200 yardas del campamento esta mañana, cabalgaron sobre el campo de batalla y no fueron molestados. La batería de montaña no ha llegado y fue una historia falsa sobre los 125 refuerzos nuevos. Los oficiales mexicanos han conferenciado con las autoridades civiles de Calexico y han reafirmado la intención de avisar a todo el mundo antes de que comience el ataque. Carl Pryce es el nombre del nuevo comandante de los rebeldes. Es un experto galés y ha visto el servicio militar. El capitán Pryce pide que se niegue con vehemencia el informe de que la comida que se dejó en el campo estaba envenenada, ya que dice que los rebeldes están siguiendo las reglas de la guerra civilizada en esta lucha. No hay absolutamente ningún fundamento en la noticia de que las aguas del canal van a ser envenenadas con cianuro por los rebeldes. El canal abastece a demasiada gente inocente para que se haga esta cosa terrible y además los rebeldes dicen que no luchan de esa manera.

Este artículo no sólo hablaba de la inacción por parte de ambos contendientes, sino de que, ante la falta de novedades, quedaba el saludable ejercicio de los rumores. El que se difundiera que los insurrectos serían capaces de envenenar las aguas de las que bebía la población de ambos lados de la frontera era un ejercicio de imaginación que sólo servía para montar una campaña de desconfianza, una más, contra el ejército rebelde floresmagonista de Mexicali. En ese sentido,



las *fake news* no son cosa de nuestra época, sino que están ligadas, desde tiempos inmemorables, a la guerra. Declarar las intenciones criminales de los insurrectos era uno de las tantas armas mediáticas que los funcionarios porfiristas tenían a su disposición en los Estados Unidos. De ahí que los periódicos del otro lado no supieran qué tanto de las informaciones que les llegaban de Baja California eran ciertas o no, tenían fundamento o simplemente eran exageraciones de hechos que no podían ser verificados. Por ejemplo, ese 12 de abril se informaba que el comandante Berthold seguía recuperándose de su herida de bala en el pueblo minero de El Álamo, cerca de Ensenada, pero otros informes lo daban como regresando a Mexicali y que su regreso era inminente. Había que investigar cada reporte, pero periódicos como el *Calexico Daily Chronicle* no contaban con suficiente personal para realizar tales indagaciones y comprobaciones.

Para el 13 de abril se daba la noticia de que el cónsul Enrique de la Sierra,

durante dos años representante popular del gobierno mexicano en Calexico, ha recibido órdenes que lo llevarán en comisión temporal de su gobierno a Clifton, Arizona. Saldrá pronto a su trabajo y no sabe cuánto tiempo le llevará hacerlo. Su sucesor es el Sr. Ángel Aguilar, antiguo cónsul en Clifton, y ha estado aquí tres días familiarizándose con las condiciones locales. El Sr. De la Sierra se ha hecho querer en Calexico a pesar de los numerosos simpatizantes de los insurrectos, ya que es un diplomático en todo el sentido de la palabra. La gente espera que no sea removido permanentemente de Calexico.

Y otro reporte definía el porqué el octavo Batallón del coronel Mayol no se atrevía a atacar Mexicali a pesar de su superioridad numérica:

Philip Rico, que acaba de salir de la cárcel federal, dice que no hay refuerzos en el camino y que las baterías de montaña nunca llegaron a Ensenada, por lo tanto tampoco a Mexicali. Philip Rico, que fue capturado hace varias semanas en Tijuana como sospechoso de ser espía de los rebeldes y llevado a la cárcel de Ensenada, llegó anoche por la vía de Tecate, viniendo directamente de Ensenada después de su liberación de la prisión. Rico se encargó de obtener toda la información que pudo, pues sabía lo poco fiables que eran los informes que enviaban los funcionarios federales desde la capital de la provincia. Dice que la gente de allí sigue esperando esa batería de armas de campaña que se suponía que habían recibido hace semanas. Dice que nunca llegó. Cuando Mayol partió con su contingente se esperaba la batería de montaña cualquier día y Mayol pensó que seguramente lo seguiría en tres días como máximo. Pero la batería no había llegado ni había salido ningún refuerzo de Ensenada para unirse a él, ya que se creía que 640 hombres eran suficientes para hacer frente a 150 rebeldes. No hay nada sorprendente en estas noticias, ya que no se puede depender de los informes de los oficiales federales. Todos ellos parecen pensar que su causa se sirve mejor engañando al público que diciendo la verdad de todos modos. Las tropas de Mayol se acercaron a la línea fronteriza la pasada tarde cerca del lugar de Hammer, caminaron por el campo un rato y regresaron a su campamento antes de que oscureciera. Otro destacamento pudo ser visto moviéndose hacia el este esta mañana, evidentemente buscando una manera de llegar a Los Algodones evitando el dique del Coronel Ockerson. El Coronel Mayol evidentemente no tiene una batería de cañones de campo y también, evidentemente, sabe que no debe atacar Mexicali, con alguna esperanza de éxito, con su infantería. Por lo tanto, se dedica a la ocupación de matar el tiempo y esperar, como Micawber, a que aparezca algo que le favorezca.



En el periódico de Calexico también había espacio dedicado a cubrir el trato que se daba a la prensa. Por una parte, los revolucionarios floresmagonistas habían dado entrevistas al *Chronicle* y habían publicado en sus páginas avisos y proclamas. Incluso, cuando este diario fronterizo los criticaba, reaccionaban a sus señalamientos y si podían corregían su comportamiento público para no enemistarse con los habitantes del otro lado. Por eso mismo, aunque este diario fronterizo daba también espacio a reportes de los funcionarios porfiristas en Calexico, era considerado una publicación en pro de los insurrectos. De ahí que recordaran a sus lectores que:

El fotógrafo del *Times* fue admitido en el campamento federal ayer por la tarde y los privilegios del campamento se extendieron a otros amigos periodistas de Díaz, después de una cuidadosa inspección de los pasaportes. Sin embargo, no se les mostró el interior de la carpa donde yacían los soldados heridos. El gobierno de Washington ha enviado un telegrama al Capitán Griffith para que reciba a los federales heridos bajo ciertas condiciones, pero es evidente que las condiciones no fueron satisfactorias para Mayol, ya que no fueron enviados para su tratamiento. Los insurrectos se mantienen tranquilos, listos para cualquier emergencia. Confían en que pueden mantener la ciudad y harán todo lo posible por hacerlo antes de soltar las cargas de dinamita que la convertirán en un páramo desolado.

Un día después, el 14 de abril, el *Chronicle* daba cuenta de una protesta, de parte de los ciudadanos del Valle Imperial, que denunciaban la detención de muchos vecinos por las tropas estadounidenses ubicadas en la frontera. La protesta iba dirigida al presidente Taft y al Congreso por esa conducta militar que ellos consideraban ilegal e injustificada:

Una fuerte petición está circulando hoy entre los ciudadanos americanos y mexicanos protestando contra la supuesta interferencia ilegal y sin garantías y la parcialidad mostrada por las tropas de los Estados Unidos contra cualquier sospechoso de tener cualquier conexión con los insurrectos a través de la línea. He aquí algunas instancias citadas: A un hombre que posee casas de su propiedad en Mexicali se le niega absolutamente su derecho a cruzar la línea y cuidar de su propiedad. Es un no combatiente, pero ha expresado su simpatía con los insurgentes. A un joven, con su hermana y su amiga, se les permitió pasar el domingo por la tarde, pero se les negó el permiso para regresar, lo que les obligó a pasar toda la noche en una peligrosa proximidad con muchos hombres que podrían haber hecho mucho daño a las pequeñas. Se escondieron toda la noche en Mexicali. Otro muchacho fue arrestado en el teatro del Liceo por un soldado americano a instigación del exsubprefecto Terrazas, que lo metió en la cárcel y lo mantuvo sin cargos de ninguna clase. Trece norteamericanos y ocho mexicanos han sido retenidos durante días en la cárcel local por los soldados, sin que se les hayan presentado cargos, sin que se les haya concedido una audiencia ante un tribunal, sin que hayan tenido la oportunidad de demostrar su inocencia de cualquier presunto delito, alimentados con una comida pobre y obligados a dormir juntos en una habitación mugrienta sobre un suelo de cemento, sin mantas ni otras comodidades. Cuatro de los mexicanos eran trabajadores en ranchos mexicanos. Consiguieron pases del general Salinas para cruzar la línea. Sea porque tenían estos pases fueron arrestados el martes y mantenidos en ese sucio agujero dos días, siendo finalmente liberados por el soldado de guardia, sin ser llevados ante ningún oficial o ante cualquier tipo de audiencia. Una y otra vez, los soldados han dictado normas arbitrarias y las han aplicado con la bayoneta y amenazando con disparar. Las víctimas han sido sometidas a indignidades



innecesarias, y no es de extrañar que se lance un grito al Congreso y al presidente Taft cuando se sabe que no hay respaldo legal para sus acciones. Ni siquiera es ilegal enviar armas y municiones o provisiones a los insurrectos en Mexicali y sin embargo los soldados confiscan todo lo que pueden. Por otro lado, los mensajeros federales están entrando en Calexico abiertamente y comprando comida y provisiones para ser enviadas a su campamento; se les permite enviar hombres a los ranchos cercanos para comprar pollos y otros suministros. La peor característica es el hecho de que estas tropas vinieron de Ensenada mientras esa ciudad estaba infestada con virulenta viruela y se dice que varios casos fueron devueltos a Ensenada en el camino a Mexicali. Con las visitas permitidas para los soldados federales, el peligro para la gente del valle es evidente. La petición está siendo firmada libremente por muchas personas y será presentada en el Congreso por el senador LaFollette, de Wisconsin.

Y había más noticias sobre las tropas del gobierno en la vecindad. En una nota titulada “Los federales se desplazan hacia el este”, se informaba que:

Toda la fuerza federal recogió ayer el campamento, la bolsa y el equipaje, y comenzó una marcha tranquila hacia el este, siguiendo la orilla sur del canal de Encinas y cruzando el río al sur de Packard. Nadie ha estado en comunicación con los federales y el propósito del movimiento es sólo una conjetura. Hay dos conjeturas, sin embargo, y una de las dos es correcta. Una es que el Cnel. Mayol está en camino para mantener el trabajo del dique, probablemente para pedir al Cnel. Ocker-son que lo proteja de los rebeldes, y la otra es que se está preparando para un ataque en el lado este de la ciudad. No hay ningún cambio en la situación de las filas insurrectas, excepto

la constante adición de reclutas y las cargas de carros de armas y municiones que se envían desde San Francisco.

Y en otro despacho, “Historia de la herida de Berthold”, se basaba en lo declarado por una enfermera entrenada que fue a El Álamo al mismo tiempo que la ciudad fue capturada por Berthold y su banda y cuidó del comandante durante parte del tiempo. El despacho decía:

La Sra. Meyers fue arrestada en Ensenada el jueves pasado poco después de su llegada a ese lugar desde El Álamo. Ella apeló a (el cónsul) Schmucker, quien aseguró su liberación. La Sra. Meyers, que es una enfermera capacitada, niega rotundamente que sea la esposa de Berthold. “Yo estaba en Álamo”, dijo hoy, “cuando la ciudad fue capturada por los rebeldes, la gente ofreció poca resistencia. El general Berthold y una fuerza de unos cuarenta hombres entraron en el pueblo. Berthold fue herido. Una bala le había destrozado el muslo derecho. Su bota estaba llena de sangre, pero Berthold nunca se quejó. Le ayudé a cuidarlo. El cirujano de los insurgentes curó la herida. Como la bala aparentemente había atravesado toda la pierna, se sondeó la herida. Unos días más tarde se hizo un examen más cuidadoso y se encontró que una cubierta de cobre de la bala todavía permanecía en la herida. Esto era suficiente para haber causado la muerte de un hombre normal, pero ni siquiera cambió la temperatura de Berthold. La cubierta fue retirada y Berthold se está recuperando. No es cierto el informe de que los americanos están siendo maltratados, o de que hay algún sufrimiento en El Álamo. El Sr. Savage, que fue el primero en revelar las condiciones de los americanos en El Álamo, recibió ayer una carta de la Sra. Raffi, su cuñada, diciendo que todos los prisioneros estaban siendo bien tratados y atendidos”.



El interés por conocer la condición de salud del comandante Simón Berthold tenía que ver con que era uno de los jefes revolucionarios más conocidos por los ciudadanos del Valle Imperial, así como por un periodista como Otis B. Tout. Pero el *Chronicle* contaba, ese 14 de abril, con una noticia más que ofrecer en una nota de título larguísimo: “Daly recupera las provisiones del rancho de Cudahy. Visita el campamento de los insurrectos contra las protestas de los fiscales y recupera su propiedad”. La historia retrataba la conducta de un hombre temerario y audaz:

Thomas. P. Daly, gerente de los intereses de Cudahy, que perdió considerables existencias la semana pasada a manos de Stanley Williams y su banda, ayer fue a visitar al Gral. Pryce, comandante a cargo de los rebeldes y le solicitó, en forma caballerosa, la devolución de la propiedad tomada. Pryce dijo que las mulas, los arrees y los carros les habían servido para ir de Hechicera a Mexicali y que estaba perfectamente dispuesto a devolver todo a sus legítimos dueños. Daly trajo consigo 11 mulas, la carreta y una carreta cargada de arneses, collares, etc. Todavía faltan varias mulas vivas y tres de ellas murieron en la batalla del sábado. Daly visitó Mexicali contra la advertencia de sus amigos que creían que iba a ser fusilado por los rebeldes.

El 15 de abril, el *Chronicle* hacía pública su posición en relación al nuevo jefe de las tropas federales en el valle de Mexicali. Era un artículo crítico de la capacidad militar del recién llegado oficial mexicano. El título lo decía todo: “Mayol es un cobarde de remate. Así lo dice la gente al hablar de la retirada de 600 soldados ante 200 insurgentes”. Otis, que acababa de sufragar contra los abusos de las tropas estadounidenses en la frontera, ahora ponía sus baterías apuntando

al otro lado y mostraba cuál era el sentir de la población en general y de los expertos en tácticas militares en particular:

No parece haber más que una expresión en Calexico respecto a la calidad de la valentía exhibida por el coronel Mayol al mando de 600 tropas del llamado famoso combatiente octavo regimiento. Esa expresión se resume en estas palabras. “Mayol es un cobarde de remate”. El general Tasker Bliss evidentemente comparte esta opinión del comandante sin carácter, pues dice que Mayol tiene suficientes hombres para hacer lo que se le ha asignado, incluso la toma de Mexicali. Pero Mayol se escabulló a las colinas de arena y se irá a Los Algodones para establecer el servicio acostumbrado en ese punto comparativamente poco importante, mientras que los revolucionarios permanecen disfrutando del confort en Mexicali y disfrutando del aspecto de un gran ejército en retirada ante sus propios ojos.

En otro artículo de la misma edición del 15 de abril, titulado “¿Hemos llegado a esto?”, el diario de Calexico decía que:

Es desagradable criticar a los buenos compañeros del Tío Sam en el ejército, y el *Chronicle* desea que se entienda claramente que los propios muchachos no son en absoluto culpables, ya que cumplen las órdenes aunque les hagan caer desde el borde de un edificio de diez pisos. Las órdenes vienen de Washington para acosar a cualquiera que se atreva a simpatizar con la causa insurrecta a través de la línea y logran este propósito de una manera y otra que hace hervir la sangre de un americano libre hasta el punto de estallar. ¿Ha llegado el momento en los Estados Unidos de que los hombres sean arrojados a una sucia cárcel, que se les haga dormir veinticuatro horas en una



pequeña habitación sobre un suelo de cemento y sin cobertura en estas frías noches, y que se les mantenga allí durante días y días sin una audiencia, sin una acusación contra ellos, sin la observación de ninguno de sus derechos constitucionales?

Finalmente, se incluía una noticia de más allá de la franja fronteriza. Con el título de que “La familia Díaz se escapa”, se afirmaba que:

Llegan noticias auténticas de que la familia del presidente Díaz está a bordo de un vapor con destino a Francia y que el propio Díaz no se había ido porque temía ser capturado en el camino hacia el vapor desde la ciudad de México. Un sacerdote que regresa de la capital mexicana dice que se han producido más de quince escaramuzas en torno a la ciudad de México y unos 2000 hombres muertos. La noticia es, por supuesto, suprimida en los periódicos y en los cables. La revolución crece a pasos agigantados y Díaz tendrá que caer.

Ese mismo 15 de abril, en la edición sabatina del *Imperial Valley Press* se anunciaba, bajo el encabezado de “Intervención intimidada. Queja al presidente y aviso al gobierno mexicano”, que la actitud del coronel Mayol era exasperante para quienes, desde el lado americano, deseaban que el problema de los insurrectos terminara lo más pronto posible y todos, autoridades militares y civiles, comerciantes y propietarios de tierras, pudieran dedicarse a los *business as usual*:

El Gral. Bliss señaló que Mayol contaba con una fuerza suficiente para hacer todo lo que se le pidiera, hasta la recaptura de Mexicali y el restablecimiento de la paz en la Baja Califor-

nia. Se dijo a los oficiales mexicanos que si no se hacía un movimiento decisivo para cumplir lo que se consideraba como el deber manifiesto de las tropas federales, el general Bliss haría una recomendación a las autoridades de Washington en el sentido de que el gobierno mexicano no estaba cumpliendo con su deber obvio y fácil de realizar.

En todo caso, “El Gral. Bliss, que se encuentra en Calexico observando las operaciones, ha presentado una queja formal al cónsul de México en relación con el fracaso del ejército federal de México para detener las depredaciones realizadas por los insurrectos a los propietarios de ranchos americanos”. Y a las protestas del general Bliss se sumaba un civil:

Un examen de los canales en México ha sido hecho esta semana por el ingeniero Perry de la Compañía de Aguas y Tierras de la Baja California, quien encuentra que están en mal estado porque los hombres no pueden ser inducidos a trabajar en ellos mientras los soldados mexicanos y los insurrectos infestan el país.

Pero el principal artículo era, de nuevo, una retrasada crónica de la batalla de una semana antes, la batalla de Mexicali del 8 de abril, en la que este semanario daba pormenores conocidos y nuevos sobre lo ocurrido en aquel combate. El título era también el de un homenaje a la hazaña de los revolucionarios floresmagonistas y en especial a la de uno de ellos: “Setenta barrieron con 500. Stanley Williams muerto, pero su banda resistió todo el día contra los federales”, donde se contaba lo sucedido desde los testimonios, verdaderos o falsos, de combatientes y corresponsales de prensa:



Stanley Williams, comandante de la sección norteamericana de las fuerzas insurrectas en Mexicali dirigió a setenta hombres en un ataque contra 400 tropas mexicanas el sábado pasado y azotó a los federales hasta dejarlos paralizados. Williams fue herido mortalmente por una bala Mauser en la cabeza, un negro insurrecto fue muerto y dos hombres fueron heridos. La batalla se libró en un campo de cebada en el rancho Sinclair, adyacente al rancho Lee Little, donde los federales estaban acampados, y los insurrectos permanecieron en posesión del campo hasta después de que los federales se retiraran a su campamento, regresando a Mexicali por la tarde. Los federales estaban tan intimidados que no se atrevieron a salir al campo de cebada el domingo por la mañana para traer dos carros abandonados por el enemigo. No fue hasta que docenas de grupos de turistas de Calexico estuvieron en el campo y mostraron que era seguro, que los Federales se atrevieron a enviar 100 hombres y una ametralladora el domingo por la tarde para traer las carretas. De los setenta hombres que salieron con Williams, cincuenta y seis se reunieron en Mexicali el domingo por la mañana y fueron contados mientras estaban en fila por los vigilantes de la torre de control. Nueve o diez, que habían tenido suficiente lucha, habían desertado y saltado a través de la línea en la noche y algunos de ellos se habían refugiado en la caseta de la guardia americana. Toda la fuerza fue contabilizada, y los cincuenta y seis que respondieron a la llamada llenaron sus cartuchos y sacos de comida y se dirigieron a las trincheras del sur y del este para repeler cualquier ataque a la ciudad. Los Federales permanecieron en su campamento y no hicieron ningún intento de reanudar las hostilidades. Tal es la historia clara de la lucha y sus resultados. Ahora la que sigue es la historia enviada a *Los Angeles Times* por John M. Steele, promocionado por el *Times* como “un experimentado hombre del ejército y periodista”:

“El general Stanley Williams, desertor del ejército norteamericano y líder de la pequeña banda de renegados norteamericanos y rebeldes mexicanos que ha estado acosando el país, lanzó su diminuta fuerza esta tarde contra los 500 federales comandados por el coronel Miguel Mayol, y sufrió una derrota decisiva. El propio Williams, o Stanley, como es más conocido, yace esta noche en la aduana de Calexico, con la cabeza abierta por la explosión de un proyectil, y sin posibilidad de luchar por la vida. Con todo su espíritu atrevido, Williams dirigió a sus anodinos seguidores en un ataque frontal cuidadosamente planeado del que no había esperanza de escapar. Una vez que cayeron en la trampa, la lucha fue inútil. Un traqueteo de mosquetes, el chasquido de las ametralladoras, la explosión de algunos proyectiles que lanzaban al aire una nube de humo, fuego y fragmentos de cuerpos humanos, y la batalla había terminado. Los sobrevivientes que llegan a Mexicali esta noche declaran que los federales no tomaron prisioneros. Aquellos de la fuerza insurrecta que no murieron por disparos de rifle, ametralladoras o artillería de las tropas federales, fueron fríamente atravesados por las bayonetas de sus oponentes”.

Noten aquí que Williams cayó en “una emboscada cuidadosamente planificada”. Más adelante en la historia, este hábil corresponsal de guerra dice que “aparentemente enfrascado en la preparación deliberada para la batalla, Mayol se mostró sorprendido por el ataque inesperado cuya lucha podría traerle el éxito”.

Lo que deseaba remarcar Allen Kelly, el editor del *Imperial Valley Press* y quien contaba con auténtica experiencia militar, era que el coronel Mayol se estaba preparado, metódica, lentamente, para atacar a Mexicali y que si no fue por la aparición de la banda de Stanley no se hubiera dado la batalla



en las condiciones que se dio. La audacia de los revolucionarios fue la que puso en movimiento la pesada maquinaria de guerra federal y la que la hizo trastabillar. Por eso Kelly afirmaba que:

En otras palabras, la historia del *Times* era característicamente falsa de principio a fin. Se hizo a partir de los juicios previos del periódico y de las historias salvajes contadas en Calexico por dos o tres niños asustados, que huyeron del campo después de la primera descarga, corrieron todo el camino hasta Mexicali y se apresuraron a cruzar la línea para contar la “aniquilación de la banda en justificación de su propio pánico”. Uno de los soldados, Thomas Dunning, es citado así por el *Times* en otro despacho, que arroja más luz de la que se pretendía: “Fue una pelea horrible”, dijo Dunning. “Corrimos hacia la emboscada antes de que lo sospecháramos. No había forma de escapar. Podríamos haber estado bien si no hubiera sido por las ametralladoras que los Federales tenían. Cada vez que tratábamos de escapar, abrían fuego con esas armas infernales. Creo que perdimos sesenta hombres en muertos y heridos”. El despacho agrega de manera esclarecedora: “Dunning fue asistido fuera de la ciudad esta noche y no se reunirá con los insurrectos”.

Williams y sus hombres salieron de Mexicali alrededor de las 9 de la mañana, cruzaron el desfiladero del Río Nuevo, se dirigieron rápidamente hacia el oeste hasta el puente que cruza el canal de Wisteria y luego giraron hacia el sur a lo largo del canal Encina, que es el principal canal de México que conduce hacia el oeste. El campamento federal estaba en el sur de la Encina a unas tres millas al oeste del punto en el que el Wisteria se ramifica hacia el norte desde el Encina. Alrededor de un tercio de los insurrectos estaban montados, y había varios carros y una carreta ambulancia en el equipo, lo que

indica, aparentemente, que Williams esperaba hacer huir a los Federales de su campamento y seguirlos hasta las montañas, o pasar por delante de ellos e ir en ayuda de Berthold. Parecía que su propósito era cruzar la Encina y atacar a los federales por el lado sur, donde no tendrían la orilla del canal como barrera, pero su movimiento fue detectado antes de que llegara a la Encina y el combate se produjo en el ángulo entre la Encina y un canal que atravesaba el campo de cebada hacia el norte. Los insurrectos estaban en el camino a lo largo del lado este de la acequia y tenían la orilla como cobertura, y mantuvieron esa posición todo el día. Los federales, la mayoría de ellos indios yaquis, que son malos tiradores, atacaron frente a un campo al oeste del canal y fueron rechazados con pérdidas considerables. Sus ametralladoras estaban mal servidas y sólo obstaculizaban a las tropas al requerir protección. El fuego de las ametralladoras mató varios caballos y mulas que estaban expuestos e hizo algún daño al ganado suelto de Sinclair que estaba detrás de los insurrectos. Sinclair estaba indignado con los insurrectos por utilizar su grupo de caballos como “parada trasera”.

Según el *Imperial Valley Press*, lo que siguió, de parte de los soldados federales, fue un intento de ataque por el flanco izquierdo y por detrás del canal de la Encina para atravesar las líneas de los revolucionarios comandados por Stanley. Tal ataque no sorprendió a los rebeldes, que lo repelieron con bombas de dinamita lanzadas sobre el banco a mano. Como lo dice Kelly, aquello produjo raras explosiones que incitaban a acercarse al campo de batalla para comprobar lo que realmente estaba sucediendo:



Las bombas eran tubos que contenían gasolina. Estas explosiones que hacían volar fragmentos de insurrectos son las que describieron los corresponsales desde una distancia de tres millas, y se interpretaron como posibles esfuerzos para volar las estructuras del canal. El administrador Holabird, el Ingeniero Allison y el editor de *The Press* fueron en automóvil a través del río y a lo largo de la ruta de avance de Williams para comprobar si se había producido algún daño en el canal Wisteria. La columna de tierra lanzada al aire mostró que la ubicación estaba demasiado al oeste para indicar daños en las estructuras que afectaran al suministro de agua en el lado americano. No había fragmentos de hombres o caballos y la teoría del proyectil de artillería explotó junto con el trozo de tubería de gasolina.

La batalla fue observada desde la torre del C.D. en Calexico por oficiales del ejército estadounidense, reporteros y algunos otros, y lo que cada uno vio a una distancia de tres millas fue determinado principalmente por lo que quería ver. La mayoría de los oficiales del ejército y algunos otros querían ver a los insurrectos derrotados y borrados de la tierra, y cuando observaron una nube de polvo enviada por una explosión de dinamita, ellos vieron proyectiles federales y el aire lleno de fragmentos de insurrectos. Una nube de polvo levantada por los carros al pie de las montañas, a kilómetros al oeste de la posición federal, no indicaría otra cosa que la huida de los insurgentes derrotados. Todas estas cosas se debatieron acaloradamente y la batalla del campo de cebada fue casi tan virulenta en la torre como en la llanura distante. El Sr. Williams, como ven, había tomado prestados algunos caballos y mulas sin permiso de los americanos que tenían ranchos en el lado mexicano, y había tomado provisiones para sus tropas, y por lo tanto era un malhechor y un forajido y debía ser quemado vivo por invadir los sagrados derechos de propiedad. Los oficiales del ejército admitieron, sin embargo, que Williams mos-

tró valor y cierta habilidad militar en el manejo de su pequeña fuerza. Dijeron que era un sargento desertor de la Novena Infantería de los Estados Unidos.

Es notorio que los testigos distantes de la batalla, en el lado estadounidense, empezaron deseando la derrota de los revolucionarios floresmagonistas, pero poco a poco, sin querer queriendo, ante las acciones que presenciaban en el campo de batalla, comenzaron a ver en Stanley y en su tropa una temeridad y una bravura respetables. El forajido seguía siendo forajido, pero también era un hombre que ponía su vida en juego, que marchaba sin titubeos a donde lo llevaban sus ideales, incluso si iba directo a su propia muerte:

Un ataque al flanco derecho del grupo insurgente fue realizado por la tarde por 125 federales, que llegaron desde una posición cercana a la frontera a unas cinco o seis millas al oeste de Calxico y tres o cuatro millas al norte del rancho Little. Los federales parecían estar recibiendo suministros desde el lado americano en ese punto, y el destacamento estaba allí para proteger el cruce. La noticia del ataque al cuerpo principal por parte de Williams fue llevada a este destacamento por uno de los oficiales mexicanos de Calxico, y las tropas se movieron rápidamente hacia el sur. A su llegada al campo de cebada, alrededor de las 4, el fuego se hizo más intenso y parece que se impidió a los insurgentes abandonar su posición para avanzar o retirarse. El hecho de que no fueran aniquilados por una fuerza que los superaba en número siete a uno sería sorprendente para cualquiera que no conociera al ejército mexicano.

Un joven norteamericano, que estuvo en el combate, corrobora en lo esencial la historia de la batalla tal y como se ha contado anteriormente. Dice que Stanley Williams no se enteró de que los federales habían llegado al rancho Little y que su



propósito era ocupar el paso de la montaña e impedir que entraran en el valle desde la Laguna Salada. Salinas tenía información correcta y trató de disuadir a Williams de salir de Mexicali, pero Williams se obstinó y exigió una orden para moverse, que Salinas le dio de mala gana, diciéndole que era un tonto al salir con una fuerza tan pequeña. Williams fue alcanzado poco después de las 2 de la tarde, después de haber enviado un mensajero para informar al general Salinas de que había derrotado a los federales. Lo trajeron por la noche, inconsciente, y se pidió permiso para enviarlo a través de la línea. El permiso fue denegado primero porque los insurgentes habían enviado un mensaje por la mañana diciendo que tenían un médico y suministros médicos y que no necesitarían ayuda, pero más tarde la petición fue concedida y Williams fue llevado al lado americano y atendido. Murió en la aduana el domingo por la tarde sin haber recuperado el conocimiento y todas las “últimas palabras” que se le atribuyen son falsas.

Desde el punto de vista del *Imperial Valley Press* del 15 de abril, “casi todas las noticias enviadas a los periódicos de Los Ángeles desde Calexico son falsas. Incluso la Prensa Asociada se creyó una extraña historia contada por Daly, del equipo de Cudahy, sobre su emocionante huida de una banda de insurgentes que le perseguían”. Allen Kelly, el editor, le creía más al comandante Francisco Salinas y el reporte oficial que mandaba de continuo a su contraparte del otro lado para que no hubiera malentendidos entre el ejército revolucionario y el ejército estadounidense:

El general Salinas, al mando de las fuerzas insurgentes en Mexicali, informa regularmente por escrito al oficial al mando de las tropas americanas en Calexico. El sábado pasado por la mañana informó de la incautación de ganado del rancho de C.

-M. por Stanley Williams, explicó que las mulas y los carros fueron tomados para su uso en el movimiento de las tropas y serían devueltos, a menos que las mulas murieran en la batalla. El domingo, el Gral. Salinas envió un informe de la batalla del sábado, claramente redactado y concisamente. Estaba escrito en español, y fue traducido en voz alta al grupo de la torre C.D. por el general Bliss, el único que podía leer el español con facilidad. Salinas informó de dos heridos además de Stanley Williams, y dijo que el destacamento regresó en buen orden a las 8:30 p.m., trayendo algunos de los carros y mulas. No hubo ningún bombardeo en el reporte.

En la crónica de Allen Kelly sobre la batalla del 8 de abril en el valle de Mexicali, podemos constatar la mirada de un experto no sólo en el arte de la guerra, sino en la ciencia de quitar la paja y dejar lo esencial, lo verdadero, de un acontecimiento donde hombres de ambos bandos lucharon con fiereza y murieron por decenas. La tercera batalla de Mexicali se dio a campo abierto y en ella un forajido, despreciado por reporteros y autoridades, acabó siendo un combatiente que dio su vida por la causa de la revolución, un símbolo de que los floresmagonistas eran luchadores a tomar en cuenta. En otra nota del mismo número, se relataba el incendio ocurrido en Mexicali el viernes 7 de abril de 1911, la noche anterior a la batalla, cuando:

Un disparo de pistola y un grito despertaron a los durmientes en Calexico, y fueron testigos de un rojo brillo de fuego al otro lado de la línea. Un edificio de A. F. Andrade, aislado y desocupado, estaba ardiendo. El fuego iluminó toda la Avenida Porfirio Díaz de Mexicali, y toda la siniestra sordidez de ese refugio del vicio expatriado fue revelada por el resplandor que brilló sobre las fachadas de los salones, las salas de



juego y los lugares de infamia. Los amplios espacios abiertos alrededor del edificio en llamas estaban iluminados como el desierto desnudo por el sol del mediodía, y eran como una barrera de vida. Ningún ser vivo se movía a la luz del edificio en llamas. Las llamas devoraban el armazón de la estructura, y el marco se mostraba negro como el filamento de una lámpara incandescente. Y todo alrededor era silencio y siniestra soledad. Había un centenar de hombres armados en algún lugar de la oscuridad más allá de la luz. Había gente detrás de algunas de esas puertas y ventanas cerradas. Pero ningún hombre entró en ese círculo de luz, ninguna persiana se abrió. Ningún sonido, después del primer disparo de pistola y del grito de alarma, rompió el silencio. No había viento ni crepitación de llamas. Era un incendio en una ciudad desierta visto en un sueño. Era extraño y los observadores del otro lado de la línea se estremecieron y volvieron a sus camas. No hay nada interesante en un incendio que nadie intenta apagar. Así que el edificio se quemó con el tiempo y no dejó más que una mancha negra en el suelo. A la mañana siguiente, dice el *Ca-lexico Daily Chronicle*, los rebeldes descubrieron cuatro minas de dinamita en las calles cercanas a la casa.

Una noticia más, dada por el *Imperial Valley Press*, era que las tropas del coronel Mayol se movían al este del valle, lo que significaba que se alejaban de Mexicali. Pero como era su costumbre, al semanario editado por Allen Kelly nunca le faltaban los artículos de opinión y el tema del que más hacía énfasis era el de la Revolución Mexicana. En un texto titulado “El valor del cerebro” afirmaba que “La derrota de quinientos soldados mexicanos por setenta aliados americanos de los insurgentes en una batalla de todo un día en la Baja California fue otra demostración de la eficiencia militar que proviene de la inteligencia del soldado individual”. Y

luego daba los detalles de cómo una superioridad numérica o armamentista no era necesariamente suficiente para vencer en el campo de batalla:

Los federales mexicanos no sólo tenían una inmensa superioridad numérica, sino las ventajas de posición y armamento. Estaban armados con rifles Mauser de gran potencia, gran alcance y precisión, y su suministro de munición era prácticamente ilimitado. También tenían ametralladoras. Los rebeldes tenían un lote de armas mixto, en su mayoría viejos Springfields y algunos rifles deportivos Winchester. Después del combate, se encontraron muy pocos cartuchos vacíos donde estaban los insurrectos, pero los cartuchos Mauser gastados se recogían a montones donde luchaban los federales. El fuego de los insurgentes estaba bien dirigido y era mortal. Una docena de soldados mexicanos murieron, y como la proporción de heridos a muertos es casi inevitablemente de tres a uno, es más que probable que los heridos excedan en gran medida el número reportado por sus oficiales. Por lo menos cuarenta soldados deben haber sido sacados de la lucha por los fusileros adversarios. De los Insurrectos, no más de cuatro fueron alcanzados, probablemente sólo tres. El testimonio de los americanos, que estuvieron en la batalla, es que los mexicanos apoyaban las culatas de sus rifles contra el suelo y disparaban sin rumbo tan rápido como podían hacer funcionar los cerrojos. Eso no es ser un soldado inteligente; es una estúpida ineficacia. El insurrecto luchó por su propia iniciativa y utilizó su arma con un propósito definido. El mexicano fue conducido a la línea de fuego por los oficiales, que lo golpearon con los sables, y disparó cuando se le dijo que disparara; sin apuntar a nada. Todo lo cual tiende a demostrar que el cerebro es útil, incluso en el tonto negocio de la lucha.



En otro texto titulado “Abusos de la Cruz Roja”, el *Imperial* hacía eco de las quejas dadas por los oficiales del gobierno mexicano refugiados en Calexico y que dieron aviso público de “que sus fuerzas militares en la Baja California no respetarían la Cruz Roja, sino que dispararían contra cualquier persona que llevara ese emblema, nos inclinamos a considerar al gobierno de México como irremediabilmente medieval y bárbaro en sus políticas”. Pero tal vez el texto que mejor define la línea editorial de este periódico, o mejor dicho, el pensamiento de su editor, Allen Kelly, era el titulado “El camino del guerrero”, donde se daba cuenta de la hipócrita indignación de los empresarios y granjeros estadounidenses que tenían ranchos al otro lado y que ahora ponían el grito en el cielo ante las expropiaciones que hacía el ejército revolucionario floresmagonista en tiempos de guerra. Se trataba de poner las cosas en claro:

En todos los países y en todos los tiempos el camino del soldado ha sido no respetar los derechos de propiedad de los territorios en que hacen la guerra o por donde marchan. En los viejos días, el paso de un ejército, incluso por sus propias tierras, era un acontecimiento peor que la hambruna o la peste. Los soldados vivían de lo que encontraban a su paso y tomaban lo que necesitaban o deseaban dejando la desolación en su camino. En el país del enemigo o en las regiones neutrales, el pillaje y la rapiña eran privilegios reconocidos por los ejércitos beligerantes.

Para 1911, Kelly entendía que sus compatriotas, los ciudadanos americanos que contaban con propiedades al otro lado de la frontera, no estaban acostumbrados a ese comportamiento, que desde la Guerra Civil, ocurrida casi medio siglo

atrás en su país, no habían sufrido las consecuencias de tal conducta de guerra:

Por eso es fácil de entender por qué el rancharo americano en México, cuando sus caballos son tomados por los insurrectos o su ganado es muerto para alimentar con su carne a los rebeldes, protestan indignados y gritan pidiendo la intervención y ven a este ejército como una simple banda de merodeadores fuera de la ley. Y entre más rico es el rancharo, más vengativa es su opinión sobre los insurrectos mexicanos y sus aliados americanos. Como representante asumido de los intereses de propiedad, piensa que cualquiera que tome algo suyo comete un sacrilegio. Por eso mismo defiende el orden establecido no importándole lo malo que este orden sea y toda rebelión contra la autoridad la ve como un anatema.

Su ensayo ahora fijaba la atención en la revolución floresmagonista:

Mientras los insurgentes hagan la guerra pacífica y cortésmente, y prefieran perder una batalla que molestar a sus vecinos americanos, serán tolerados por estos patriotas americanos que se la han pasado explotando y consiguiendo ganancias que no tienen que declarar a su propio gobierno. Los insurrectos al quemar la aduana mexicana y abolir los impuestos de paso contribuyeron a la prosperidad de estos americanos para cruzar suministros con lo que salvaron mucho dinero. Pero cuando los rebeldes tomaron esos mismos suministros para hacer la guerra, qué gritería hubo de su parte. De pronto, los insurrectos se convirtieron en meros vagabundos, forajidos y ladrones, todas personas de deplorable carácter y desgraciados antecedentes. La verdad es que los insurrectos en Mexicali han perdido la



simpatía de esos que han visto sus propiedades injuriadas por una clase que idolatra la Propiedad y el Orden Establecido. Pero los rebeldes aún tienen la simpatía del resto y desde que han demostrado que son valientes combatientes, han obtenido el respeto y la buena voluntad de aquellos que miran un poco más allá de la superficie de las cosas y aprueban una causa representada por hombres de conducta imperfecta y de sueños imprácticos. La revolución mexicana todavía es una revuelta de la humanidad oprimida contra el despotismo y la insaciable codicia.

Para el 17 de abril, el *Chronicle* se atrevía a publicar una semblanza del líder rebelde caído en la batalla del 8 del mismo mes, como una respuesta a las palabras de burla y de desprecio publicadas sobre él en *Los Angeles Times* bajo las órdenes del general Harrison Gray Otis y de su yerno, Harry Chandler. Titulado “William Stanley, el hombre (Por un amigo íntimo y camarada de armas)”, en este texto se decía que:

Will Stanley, agitador obrero y líder insurgente, fue mi amigo personal y socio mucho antes del estallido de la guerra en México. Durante semanas ocupábamos la misma casa de soltero, cocinábamos y comíamos juntos, escribíamos artículos en el periódico y comparábamos notas, nos echábamos una mano mutuamente, pronunciábamos discursos en las mismas reuniones y nos gastábamos bromas de buen gusto. Después fuimos compañeros de armas. No es mi intención en este momento hablar especialmente de las opiniones de Stanley sobre los asuntos de los que principalmente escribía o hablaba; sea como fuere, tenía un alma entera, era generoso y encantador como hombre. Conociendo a este verdadero héroe como yo lo he hecho, digo, sin admitir la posibilidad de error, que tanto como agitador que como soldado, el sueño de Stanley (utópico

o no) era el verdadero progreso de la raza humana, el establecimiento de más justicia y libertad, el emancipar a las mujeres y niños sobreexplotados de nuestras grandes fábricas y a los peones esclavos de México. El pensamiento de la débil humanidad que sufre la injusticia y la opresión es lo único que lo abatía. Por lo demás, era alegre, y, aunque nunca se inclinó por la bufonería, tenía un rico bagaje de humor original. Cuando estuve con él en las montañas y en Mexicali, le encontré como soldado lo mismo que había sido como agitador: valiente y sincero, siempre dispuesto a hacer a un compañero cualquier bondad que estuviera en su mano. Como patriota hizo suyas las inmortales palabras de Thomas Paine “el mundo es mi país y los pobres son mis compatriotas”. Así era el general rebelde sobre cuya tumba se regocija el Sr. Otis y así eran los muchachos que cayeron con él. Es natural que (Harrison Gray) Otis se burle de la memoria de William Stanley. Edmund B. Bond, soldado rebelde.

Pero no todos los participantes en el ejército floresmagonistas tenían carácter de revolucionarios y estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por sus ideales revolucionarios. Muchos, entre los rebeldes, debían sopesar lo personal y lo social a la hora de elegir quedarse en Mexicali a luchar o partir por responsabilidades familiares. Tal fue el caso que exponía el *Chronicle* en su artículo del 17 de abril y titulado “Por su madre rebelde renuncia”, donde se decía que:

El sábado C. D. Stewart recibió un telegrama del First National Bank de Peru, Indiana, diciendo que la madre de W. N. Stowe, miembro de la fuerza insurrecta en Mexicali, estaba en peligro de muerte por problemas cardíacos a causa de la terrible incertidumbre de la seguridad de su hijo. El Sr. Stewart y E. T. Bowen fueron inmediatamente a Mexicali y encontraron



a Stowe, le mostraron el telegrama en presencia del Gral. Pryce y el joven quedó visiblemente afectado. Dijo de inmediato. “La salud de mi madre es más importante para mí que la revolución, por mucho que quiera quedarme”. El general Pryce aseguró inmediatamente a Stowe que podía tener una baja honorable y Stowe recibió la misma con el reconocimiento oficial de su general de que se había comportado de forma excelente desde el 19 de febrero y que en la batalla del rancho de Little había demostrado una valentía y un coraje sin parangón. El insurrecto americano cruzó la línea después de cambiarse de ropa y no fue molestado por los soldados estadounidenses, en contra de sus prácticas anteriores. Irá con su madre a Indiana si ella lo desea, pero puede volver a su trabajo en San Francisco, donde estaba cuando decidió alistarse. El señor Stowe dio una interesante y gráfica descripción de la pelea en el rancho de Little. Afirmó que el único muerto fue Stanley y el único herido fue el valiente mexicano que ahora está en el hospital con un disparo en ambos hombros. Dijo que los federales sostenían sus rifles a la altura de las caderas y disparaban al aire, rara vez apuntando a un objeto. Está convencido de que un gran número de federales murieron, pero no sabe cuántos fueron. Se alistó porque quería emoción y también porque sabía de la condición de putrefacción del gobierno mexicano y deseaba ayudar a que el pueblo mexicano se deshiciera del yugo del gobierno de Díaz. También habló en altos términos del general Stanley.

En ese mismo número del diario fronterizo, en una nota irónica atribuida a Homer Vaughn, que bien podía ser el seudónimo del editor del *Chronicle*, y titulada “Los requerimientos para ser insurrecto”, se manifestaba que los voluntarios americanos que querían unirse a la revolución en Mexicali debían tomar en consideración lo que se esperaba de

ellos, agregando que, hicieran lo que hicieran, los diarios de los Estados Unidos siempre los verían como la escoria de la sociedad, malinterpretando todas sus acciones en suelo mexicano. Así que para ser revolucionario:

No debes beber, ni ser un banquero o presidente de una compañía, ni un cabrón de manos cachondas. Debes venir a Calexico y estar preparado para ser arrestado por soldados o autoridades civiles a instigación de los soldados; debes saber vivir con dos comidas al día, hechas a espaldas de un restaurante chino, dormir en un sucio suelo de cemento de una cárcel insalubre y mugrienta y aguantar todo lo que te quieran dar. Cuando te golpeen en la cabeza con una pistola sólo sonríe; cuando te lleven ante un juez de paz en un día de fiesta, sólo sonríe. Si llegas a México, no comas carne fresca. Si llegas hasta allí y recibes una bala en la cabeza, muere con una sonrisa, porque *Los Angeles Times* dirá lo sinvergüenza que has sido toda tu vida.

Finalmente, el diario de Calexico se preguntaba, después de las más de 100 detenciones de ciudadanos mexicanos y estadounidenses,

¿Dónde están las condenas de este centenar de detenciones? ¿Qué cargos se presentaron contra los hombres? ¿No es cierto que casi todos fueron detenidos por ser sospechosos de ser simpatizantes de los insurrectos, perseguidos unos días y puestos en libertad con la lección severamente impresa sobre ellos?

La actitud del *Chronicle* era exigir el respeto a sus derechos civiles frente al abuso de las autoridades militares de la fron-



tera. En la siguiente edición, el 18 de abril, se describía al ejército federal que acampaba en el valle de Mexicali bajo el título de “El camino de México”, donde se pedía un ejercicio de imaginación por parte de sus lectores:

Imagínense el trato que México da a su ejército. Los hombres son en su mayoría convictos o fueron obligados para el servicio militar a punta de bayoneta. Los convictos son empujados al frente en una batalla en la que tienen que luchar o morir. Los yaquis, de los que se ha informado que sirven al gobierno, no son voluntarios, sino que fueron capturados y obligados a marchar con las armas vacías para hacer una demostración para el gobierno. Luego miren la condición de hambre de las mujeres y los niños que siguen al ejército de Mayol. Se abalanzaron sobre el montón de basura del campamento del coronel Ockerson, en Las Abejas, con la esperanza de encontrar algo para alimentar sus hambrientos cuerpos. Eran las mujeres y los niños de los campesinos y ciudadanos que forman ese ejército, sacados sin piedad de sus ranchos y pueblos y obligados a llevar un Mauser para engrosar la fuerza de un comandante cobarde. Las mujeres se encontraban en un estado angustioso, muchas de ellas habían sido madres recientemente. ¿Qué comentario sacamos de todo esto sobre las formas del gobierno mexicano bajo Díaz? Y estas son las cosas que VEMOS y SABEMOS. ¿Y qué decir de las cosas que no podemos ver o conocer en todos sus detalles?

En ese mismo ejemplar se afirmaba que los insurrectos se enfrentarían a las fuerzas del coronel Miguel Mayol en cuanto tuvieran suficientes caballos y suministros. Que habían tomado lo que necesitaban de los ranchos del valle y que los hombres del comandante Pryce daban recibos provisionales por todo lo que tomaban. El reportaje, titulado “Los

insurrectos atacarán”, ofrecía una vista de la deplorable condición de los federales:

Mayol comanda 650 hombres y cerca de 80 mujeres y niños. Desde que llegó el lunes a Las Abejas, el cobarde coronel Mayol anunció que se quedaría allí hasta que la guerra terminara. Debería llevar a su familia y prepararse para pasar un agradable y cálido verano en las orillas del río Colorado. Es su evidente intención tratar de hacer creer que está protegiendo las obras del dique para el gobierno de los Estados Unidos, cuando todo el mundo sabe que los diques no corren peligro alguno. De ese modo, si atrae un ataque de los insurrectos, puede apelar al gobierno de los EE.UU. para que envíe tropas al otro lado de la línea con el argumento de que se está interfiriendo en el trabajo del gobierno. Hasta ayer por la tarde no se había intentado abrir el servicio de aduanas en Los Algodones. El *Yuma Examiner* informó que Mayol tenía dieciséis hombres heridos con él. Se dice que cuando el ejército llegó al campamento, las mujeres y los niños encontraron un montón de basura y buscaron algo para comer. El estado de las mujeres era angustioso.

Un día después, el 19 de abril, el *Chronicle* informaba que había la posibilidad de que más tropas estadounidenses llegaran a Calexico en los próximos días procedentes del puerto de San Diego, debido a que se esperaban más combates en la zona de Mexicali. Pero se contaba con otras noticias de procedencia más cercana, como la titulada “Salinas trata de mantener el orden”, donde se avisaba que el comandante rebelde había emitido “órdenes de arresto contra cualquier insurrecto que saquee las casas en Mexicali”. Según la proclama publicada:



Francisco Salinas, al mando de la guarnición de ocupación de Mexicali, ha publicado el siguiente aviso oficial en español e inglés en sus esfuerzos por mantener el orden en la conflictiva ciudad.

ORDEN ESPECIAL

Por la presente se da aviso a los liberales que defienden esta ciudad de que cualquiera de los miembros de esta organización que sea sorprendido en el acto de saquear, robar o cometer cualquier otra depredación en salones, casas de habitación o cualquier otro lugar, será juzgado por un consejo de guerra y castigado como dicho consejo de guerra pueda disponer. Os pido en nombre de la libertad y de la causa de la libertad que desistáis de tales prácticas porque estamos ante un gran peligro de un enemigo bárbaro y cuando hacéis tales cosas no sólo ponéis en peligro vuestra vida sino la del resto de vuestros compañeros. Francisco Salinas

En una nota personal al editor, Salinas dice que está harto de los vagabundos estadounidenses que se han “alimentado” de él mientras se hacían pasar por buenos rebeldes. Añade ingenuamente que no está dirigiendo un Cuartel del Ejército de Salvación y da a entender que las críticas que se han dirigido contra los insurrectos son causadas por estos vagabundos irresponsables que sólo buscan esas oportunidades para comer gratis.

Una proclama más interesada en los intereses de los propietarios de tierras del Valle Imperial se dio a conocer en el *Chronicle* ese mismo día. En un editorial sin título se recordaba la intervención de los estadounidenses en Cuba 13 años antes y se le comparaba con la situación actual en México:

La intervención en Cuba por parte de los Estados Unidos se produjo después de que se decidiera que España no podía seguir controlando la situación. Una condición similar se aproxima en México. En nuestra opinión, los Estados Unidos se verán obligados a intervenir, forzar la paz y obligar a México a celebrar unas verdaderas elecciones y asegurarse de que los funcionarios elegidos se instalen y obedezcan las leyes del país. En ese reparto será una victoria para los reformistas insurgentes y el adiós a Díaz.

Y a este intervencionismo descarado se agregaba una postura menos radical, pero más práctica para solucionar el problema tal y como lo veían desde el otro lado: “Es un buen plan declarar una zona neutral de un par de millas de ancho en la línea fronteriza internacional, sin permitir que los ejércitos de ninguno de los dos bandos entren en esa franja. Esto evitará la intervención de los Estados Unidos”. De todas formas, el diario de Calexico estaba seguro de que la intervención se acercaba y que pronto los residentes de ambos valles serían sus testigos. Sólo era necesario un pretexto, como que “otro hombre, mujer o niño sea herido, en suelo americano” por los disparos de los federales o de los insurgentes desde suelo mexicano. Para el 20 de abril, el diario fronterizo ya hablaba de que se esperaba que el presidente Porfirio Díaz iba a renunciar y ese mismo día daba a conocer que no sólo los rebeldes robaban propiedades de ciudadanos estadounidenses en el valle de Mexicali, sino que el contrabando de armas y voluntarios de norte a sur era indetenible. En un artículo titulado “Desliz de armas por un detective” se mostraba que los revolucionarios estaban metiendo armas a México frente a los ojos de las mismas autoridades:



Un hombre del servicio secreto ha estado vigilando una caja larga y pesada que había estado tirada en el depósito de Heber durante varios días. Era un agente del gobierno de los Estados Unidos y esperaba relacionar la larga y pesada caja con alguien que estaba ayudando a los insurrectos, enviándoles armas y municiones. El hombre del servicio secreto observó larga y pacientemente y nadie apareció para reclamar la caja. El sábado pasado estaba leyendo el *Chronicle* y vio el anuncio de que las damas de Chicago iban a jugar béisbol en Calexico con el equipo de Calexico. Siendo un ardiente fanático y uno que no se perdería un juego de béisbol incluso si los rebeldes recibieran todos los rifles y balas de California, se subió al siguiente tren y asistió al juego de pelota. Mientras estaba en el partido de béisbol, el desconocido Sr. Jones apareció en la oficina de carga y se llevó el cargamento de armas. Las armas y municiones llegaron al lado de Mexicali de la línea sin problemas, según los informes, y el hombre del servicio secreto está en un buen lío. Ahora los oficiales están buscando al tal Jones, a quien se consignó la larga y pesada caja.

Un día más tarde, el 21 de abril, el *Chronicle* volvía sobre el asunto del robo a las propiedades de los estadounidenses en México, al calificar como hostil una nota del gobierno mexicano que no se responsabilizaba de los daños ocurridos, del lado americano o mexicano, con las propiedades de ciudadanos estadounidenses. El 22 de abril el mismo diario no tenía más reportes locales y anunciaba que la batalla de Ciudad Juárez se intensificaba y que los vecinos del Valle Imperial habían asistido a ver un espectáculo de dobles haciendo peripecias de vaqueros en duelos a muerte. La cuestión que quedaba en el aire era: ¿quién querría ver un combate con balas de salva si podía cruzar la frontera y ver uno con balas de verdad? Ese 22 de abril, el *Imperial Valley Press* publica-

ba que el dique de Ockerson, el que se estaba construyendo para detener las inundaciones del río Colorado, ahora tenía

la protección que el ingeniero Ockerson ha estado pidiendo desde que los insurrectos echaron a los aduaneros mexicanos de Algodones. El Coronel Mayol y el Terrible Octavo Batallón de Cholos, cuando se recuperaron lo suficiente del trancazo que les dio el escuadrón de Stanley Williams como para atreverse a moverse, dieron un amplio rodeo alrededor de Mexicali y se presentaron en el río de Las Abejas, el domingo pasado, junto con 150 mujeres, niños y perros, todos harapientos, con los pies cansados, asustados, hambrientos y medio borrachos. El *Yuma Sun* dice que la fuerza consiste en 400 infantes con sus oficiales, un coronel, un teniente coronel, un mayor, cuatro capitanes, cuatro subcapitanes, doce tenientes, doce subtenientes y dos tenientes de artillería. También hay cuatro ametralladoras y treinta mulas de carga y varios de los oficiales superiores tienen caballos. Las tropas están acompañadas por mujeres y niños. Tienen con ellos once heridos de la batalla de Mexicali, uno de los cuales no se espera que se recupere, ya que recibió un disparo en el pulmón.

Y como Allen Kelly era temerario, un editor incapaz de tolerar el mal periodismo de la prensa de postín, publicaba bajo el título de “Un mentiroso terco e impenitente”, lo que había publicado *Los Angeles Times*:

La última prueba de la sequía del socialismo se ve en el intento frustrado de comunizar la Baja California y de convertir sus escarpadas colinas y espinosos desiertos en un paraíso socialista. En su primer encuentro con las fuerzas de la ley y el



orden, el beligerante ejército del partido socialista cayó en la derrota extrema.

De parte de Kelly, era una forma de decir: a nosotros, que vimos la batalla y estuvimos donde sucedió, no nos puedes engañar. El derrotado fue el ejército federal y no los insurgentes. Y por otro lado se hacía eco de un corresponsal del *New York Times* quien, desde la ciudad de México, aseguraba que

el gobierno de Díaz se encuentra en una situación desesperada y está tratando de desviar la ira del pueblo mexicano de sí mismo hacia los Estados Unidos. Si se pudiera provocar un movimiento hacia la intervención, el pueblo mexicano podría olvidar o renunciar a su propia disputa para hacer causa común contra el Gringo.

En todo caso, como lo decía en un editorial titulado “El problema mexicano”, donde se confirmaba las desinformaciones existentes sobre lo que realmente ocurría en nuestro país:

La investigación de la situación en México se exige en una resolución ofrecida el lunes pasado por el senador Stone de Missouri. La resolución establece que “una condición de turbulencia y desorden” prevalece en la república al otro lado de Río Grande, que las vidas de los ciudadanos americanos y sus propiedades están en peligro, que el trabajo en la presa en el Valle Imperial ha sido retrasado por las condiciones existentes y que los americanos en este lado de la frontera han sido asesinados y heridos por balas voladoras. El senador Stone probablemente ha sido llevado a la creencia de que el trabajo en el Colorado se ha retrasado por la perturbación mexicana, pero eso es todo mentira. Nadie ha molestado al coronel

Ockerson para impedirle la construcción de la presa, pero es útil tener incluso una mala excusa para hacer el trabajo mal, y posiblemente echar la culpa a México puede ayudar a aclarar el embrollo del río en beneficio de Imperial Valley.

A la siguiente semana, el 24 de abril, el *Calexico Daily Chronicle* pregonaba que “Soldados mexicanos desertan”, donde se decía que:

Llegan reportes de Los Algodones de que el comandante federal mexicano ha colocado una patrulla en la frontera para prevenir desertiones. Se dice que cuatro hombres desertaron el martes y dos lo hicieron ayer, hasta donde se sabe, y probablemente varios otros que no fueron vistos. Los dos que desertaron ayer fueron vistos por los mismos rurales y perseguidos hasta la línea, pero lograron cruzar a salvo y fueron recibidos con los brazos abiertos por varios mexicanos en el lado americano, quienes fueron testigos de su escape. También se informa que los oficiales federales han hecho prisioneros a dos de los trabajadores en el trabajo de control de Colorado. Esto, sin embargo, carece de confirmación.

En esa edición se aseguraba que Simón Berthold, el primer comandante del ejército floresmagonista cuando éste tomó Mexicali el 29 de enero de 1911, había muerto en El Álamo de gangrena y septicemia, el 14 de abril, por la herida recibida y mal tratada. Lo que aquí hay que resaltar es que las noticias en el Distrito Norte de la Baja California iban a paso de mula y no de cable de telégrafo o de teléfono, pues habían pasado 10 días entre la muerte de Berthold y la noticia de la misma. Ese 24 de abril, también aparecía en el diario fronterizo la acción que más afectaría al movimiento revolucionario en



términos locales. Bajo el título de “Los hombres de Calexico hacen una protesta” se informaba que:

El Club de Granjeros y Comerciantes habla de las incursiones injustificadas del comando de Pryce. Una reunión convocada esta tarde por el Club de Granjeros y Comerciantes está considerando una protesta, para ser enviada al gobierno en Washington, contra las depreciaciones de la banda de Pryce en México, en ranchos propiedad de americanos. Hay pocas dudas de que los insurrectos tienen en sus filas un número considerable de norteamericanos que se preocupan poco por la causa de la revolución y solo les interesa la ganancia personal. No le hacen ningún bien a la causa y deberían ser objeto de la ira americana por sus actos.

En el texto titulado “Berthold muere por envenenamiento de sangre”, se hablaba que una parte de su grupo había regresado a Mexicali y se había topado con los federales de Mayol, resultando el enfrentamiento en tres rebeldes heridos. El ahora comandante de esa tropa rebelde era el general Mosby, hijo de un famoso combatiente de la Guerra Civil estadounidense. Por otra parte,

los soldados de Pryce se hicieron cargo del rancho de Lee Little el sábado, permaneciendo allí y dándose un festín con los pavos y las ovejas de Little hasta la noche pasada, cuando se informó que se habían movido de nuevo. Enviaron un mensaje a Little de que sería tratado sumariamente ejecutado si aparecía en el lado mexicano a causa de sus supuestas relaciones amistosas con las fuerzas federales que no lograron tomar Mexicali. El Sr. Little ha reclamado una indemnización de 20.000 dólares contra el gobierno mexicano. El General Sali-

nas está disgustado con los métodos de los hombres de Pryce que, declara, no son verdaderos revolucionarios. Exige que la junta de Los Ángeles lo obligue a deshacerse de sus filas de vagabundos y ladrones o él (Salinas) abandonará inmediatamente este territorio y se aliará con otros jefes rebeldes.

El 25 de abril, el *Chronicle* apuntaba a que “Los rebeldes americanos invadieron los Estados Unidos”. La noticia era de alarma general y señalaba que:

Anoche unos desconocidos robaron el rancho de Hammers y el de Bennett en el Distrito número 6. Se aseguraron de la silla de montar de W. B. Hammers y se llevaron un fino caballo de carreras, Goldie, la silla, la brida y la manta del rancho Bennett. Empezaron a llevarse la yegua de montar de la Sra. Hammers, pero la encontraron cojeando por el dolor y la soltaron. Los ladrones fueron rastreados hacia el sur desde la casa de los Hammers a través de la línea y hay pocas dudas de que son miembros de la banda de Pryce, que fue objeto ayer de fuertes protestas enviadas al presidente Taft. Parece que sólo hay una salida para este tipo de cosas. O bien el tío Sam tendrá que cruzar la línea y poner a Pryce fuera del negocio o los rancheros y vaqueros del valle tendrán que organizarse y hacerlo por sí mismos. La gente del valle Imperial espera una respuesta del presidente Taft sobre la posibilidad de alivio a esta situación. A menos que haya una respuesta satisfactoria en breve, no hay duda de que los asuntos serán resueltos por un comité de vigilantes. Mientras tanto, exhortamos a la gente a estar segura de sus afirmaciones antes de seguir adelante, para respaldar cualquier acción sumaria con una buena prueba a mano cuando se les exija más adelante.



Lo que alegaba el diario de Calexico es que ante las incursiones de los rebeldes la respuesta sería un grupo armado de vigilantes que tomarían la ley en sus propias manos. De ahí que se hablara ya de daños a las propiedades de los estadounidenses en ambos valles por la cantidad de 100 000 dólares:

La reunión del Club de Granjeros y Comerciantes, celebrada ayer por la tarde en la Logia Masónica, puso de manifiesto el hecho de que, a menos que los insurrectos permitieran que el trabajo agrícola continuara sin interrupción, las pérdidas para los agricultores americanos al sur de la frontera serían de más de cien mil dólares. Aunque las pérdidas han sido pocas, han sido sostenidas y podrían ser desastrosas si en los próximos veinte días no se hace algo al respecto. Lee Little ha sufrido una pérdida de unos mil dólares, pero si no puede atender sus mil acres de trigo y sus 400 acres de cebada, esta gran cosecha se perderá por entero y costará unos 27 mil dólares, cuando menos. Condiciones similares existen en otros ranchos americanos. Los rancheros sienten que están sufriendo a manos de los insurrectos americanos solamente y no de los mexicanos, federales o rebeldes. Denunciaron a Pryce y a su banda por los métodos destructivos y obstructivos que están empleando y aprobaron una enérgica protesta pidiendo al presidente Taft que preste su ayuda para resolver la situación.

En la carta de protesta enviada al presidente de los Estados Unidos, los comerciantes y granjeros de Calexico mencionaban daños intencionados contra sus propiedades y llamaban forajidos a los insurrectos de origen americano que infestaban el país vecino. Pedían que los suprimieran, es decir, que los eliminaran de una vez por todas. El 26 de abril, sin embargo, se daba la noticia no confirmada de que el comandante Francisco Salinas había sido destituido del mando del

ejército revolucionario en Mexicali, lo que indicaba que las rencillas entre los insurrectos se agravaban. En una nota editorial sin título, Otis B. Tout aseguraba que

en tiempos de guerra los derechos de algunos acaban pisoteados, pero nos parece una barbaridad que se haga perder miles de dólares a los norteamericanos en México a causa de las depredaciones desenfrenadas de los rebeldes norteamericanos, que luchan no por la liberación de México, sino por su beneficio personal. Creemos que los propios insurrectos estarán de acuerdo en que fueron demasiado lejos cuando robaron ranchos americanos en este lado de la línea.

El escándalo fue tanto que, para el 28 de abril, el diario de Calexico anunciaba que “El secretario de la junta de Los Ángeles está aquí para revisar las tropas e investigar”. Pero, ¿qué iba a revisar e indagar?:

Antonio Araujo, secretario de la Junta en Los Ángeles, la organización que dirige la insurrección de Baja California, llegó esta mañana y pasará una semana aquí. Durante su visita investigará todos los actos censurables, todas las denuncias de asalto, en fin, todo lo que en los últimos días se ha criticado a las tropas insurrectas que operan bajo el mando del general Pryce y otros jefes en Mexicali y sus alrededores. “Desde el primer momento”, dijo el Sr. Araujo al representante del *Chronicle* esta mañana, “las órdenes han sido las de respetar la propiedad americana y todas las demás en el territorio en el que las operaciones iban a tener lugar. La Junta ha deseado el más estricto cumplimiento de estas instrucciones y yo estoy aquí para ver que se cumplan al pie de la letra. Voy a pasar revista a las tropas a las órdenes de Quijada y del Gral.



Pryce y a deportar a todos los hombres que no estén allí con el espíritu adecuado y que nos están causando estas nuevas críticas". Los rebeldes informan hoy que nunca han prohibido a Lee Little volver a su rancho y que tales informes eran meras habladurías; que, si es necesario, enviarán una guardia con él a su rancho y verán que su cosecha se lleve a cabo sin interrupción. También garantizan la seguridad de los obreros que quieran trabajar en los canales, etc. Con la debida reconstrucción de las fuerzas liberales en México y la debida vigilancia del distrito, el sentimiento que ha surgido en los últimos días adverso a los insurrectos se apagará y el pueblo volverá a estar a su favor. Las negociaciones de Madero para la paz no son reconocidas por la junta de Los Ángeles y las operaciones militares aquí continuarán.

La presencia de Araujo alentó a los vecinos de la frontera para creer que ya no iba a haber robos en sus ranchos, en una nota titulada "Los caballos tomados son devueltos", el *Chronicle* del 28 de abril decía que el general Pryce culpaba a los desertores que, antes de partir de Mexicali, se tomaban su tiempo para recolectar provisiones y caballos para su viaje de vuelta a los Estados Unidos. La pregunta que destacaba era: "¿Quién trata de hacer impopular a los insurrectos?" La respuesta era obvia: los que querían que la revolución floresmagonista fracasara en Baja California y, en especial, en Mexicali, la población que más tiempo había estado en manos de los revolucionarios. Según el diario fronterizo:

Los caballos tomados hace unas noches de los ranchos Hammers y Bennett en el Distrito No. 6 fueron devueltos ayer a sus dueños por el Gral. Pryce, comandante de los rebeldes americanos en Mexicali. Pryce culpó a algunos desertores de sus filas que tomaron los caballos con el fin de arrojar el odio sobre

los rebeldes y hacerlos impopulares con los estadounidenses. La junta de supervisores del condado de Imperial vino ayer y visitó el campamento de los insurrectos en Mexicali e inspeccionó los canales que, según se informa, se están enfangando porque no se ha podido inducir a los trabajadores a trabajar en la zona de los insurrectos. Los supervisores encontraron que el Gral. Pryce tenía una patrulla noche y día en el canal de Encina para mantener esa estructura fuera de peligro a manos de los forajidos que, según él, están operando bajo el disfraz de insurrectos en Baja California. La investigación demostró que sólo había unos pocos chinos disponibles para trabajar en los canales y el gerente Andrade, de la compañía Baja California Land and Water, declaró a los supervisores que, aunque los insurgentes no habían dañado ninguna propiedad del canal, no podía conseguir hombres para bajar a trabajar por su cuenta. Salinas fue destituido y los estadounidenses creen que estuvo todo el tiempo aliado con los federales, planeando entregarles el puesto cuando se produjo el ataque. Antes era un mayor del ejército regular. Fue puesto en este lado de la línea y uno de sus seguidores fue muerto en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Francisco Quijada, antiguo preboste de Mexicali, está ahora al mando de la guarnición de la ciudad. El General Pryce visitó ayer Mexicali por primera vez en varios días.

Al ver que los incidentes de robos estaban siendo sofocados por los propios líderes del Partido Liberal Mexicano, del que Araujo era su representante oficial, el *Chronicle* podía afirmar que “Con la debida seguridad de que los insurrectos podrán vigilar y controlar el territorio de Baja California que tienen en su poder y la garantía de la seguridad de los obreros y propietarios, el sentimiento a su favor volverá a quedar en evidencia”. Esto se confirmó al día siguiente, en un artículo titulado “Pryce destierra a diez hombres”, donde se daba a



conocer que los floresmagonistas actuaban con rapidez para que no hubiera más protestas en su contra:

Ayer el capitán Pryce, al mando de la segunda división del ejército liberal, obligó a diez hombres a entregar sus armas y a salir de las filas del ejército insurgente. Estaban en el ejército sólo por pasatiempo, excitación, etc., y con el propósito de cometer varias depredaciones en cualquier víctima que estuviera a mano para su beneficio personal. Con estos diez hombres expulsados, las filas del ejército quedarán limpias de personajes indeseables. El Capitán Pryce parece estar muy deseoso de mantener la buena voluntad de los americanos y está haciendo todo lo posible para mantener fuera al elemento vagabundo que ha hecho una mala reputación para su comando. El secretario Antonio Araujo, de la Junta de Los Ángeles, visitó ayer el campamento de México y se mostró muy satisfecho con el estado de los asuntos allí. Ha convocado una conferencia de comandantes que tendrá lugar esta tarde en el campamento de Pryce en el rancho Little. El general Pryce, el comandante Quijada y el coronel López se reunirán a las cuatro de la tarde y discutirán los planes para impulsar las operaciones militares en la parte norte del Baja California y planificarán, sin duda, un movimiento concertado contra el coronel Mayol, acampado en el río de Las Abejas. Al general Pryce le quedan exactamente 110 hombres después de haber expulsado ayer a diez. Quijada tiene una fuerza creciente también en Mexicali. Nuevos reclutas están llegando todos los días y en cada tren. La campaña para obtener fondos para la insurrección se está volviendo muy popular y los “nervios” de la guerra están llegando al cuartel general con agradable rapidez. El Gral. Pryce recibió ayer del Teniente Coronel W. A. Shank, al mando de la caballería en Calexico, una carta cortés reconociendo la parte

de Pryce en la recuperación de los caballos engordados de este lado de la línea. La carta dice: "Gral. Pryce, comandante de la Segunda División del Ejército Liberal, rancho de Little, B. C. Estimado Señor: tengo el honor de adjuntar recibos, firmados por las partes correspondientes, por los caballos recientemente tomados por los desertores de sus fuerzas. Su cortesía a lo largo de este asunto imprevisto y su acción para recapturar y devolver el ganado son apreciadas por todos los interesados, incluido el que suscribe. Muy respetuosamente, Win. A. Shank, Teniente coronel. Primero de Caballería. Ejército de los Estados Unidos".

Pero los preparativos en Mexicali no eran, según los planes del comandante Pryce, esperar a ver lo que haría Mayol. Su objetivo era otro: el poblado fronterizo de Tijuana. Llevar la guerra a territorio enemigo. Poner en fuga al ejército porfirista en la costa del Pacífico. Hacer lo que demandaba Ricardo Flores Magón: que Baja California fuera un incendio que lo viera todo el mundo, una revolución que nadie pudiera dejar de contemplar.



Mayo 1911 – julio 1911:
triunfos y derrotas



Para mayo de 1911, los revolucionarios floresmagonistas, a pesar de la presencia de las tropas del coronel Mayol en el valle de Mexicali, comenzaban a sentirse seguros y preparados para confrontar al ejército porfirista si éste se decidía a atacarlos. Sus problemas principales eran más entre sus propias filas, ya que para entonces el factor del maderismo triunfante pesaba en muchos de sus integrantes, que empezaban a ver a la revolución en México como una etapa concluida y no como un movimiento en marcha. Sin embargo, para los habitantes del otro lado, tales disensos eran percibidos como una dosis mayor de anarquía y bandolerismo por parte de las fuerzas revolucionarias. Ante semejantes críticas, los jefes del grupo tuvieron que tomar cartas en el asunto y ofrecer explicaciones o aclarar los rumores al respecto. Y eso se reflejó en la prensa del Valle Imperial. Para el primero de mayo, en el *Chronicle* apareció una explicación, escrita el 29 de abril de 1911, sobre los rumores de depredación y de ocupación del rancho de Little, que se había hecho famoso porque en sus cercanías hubo enfrentamientos armados durante las batallas del 15 de febrero y del 8 de abril. Bajo el título de “Informe oficial del general Pryce”, se manifestaba que:

Jefe de la 2ª División del Ejército Liberal. Rancho de Little, 29 de abril de 1911. Informe sobre la propiedad de L. Little. Este rancho fue ocupado por la 2ª División el sábado 22 de abril.

No había nadie visible cuando llegamos. Poco después apareció el capataz, el Sr. McCarty, y tuve una charla con él. Durante nuestra ocupación del rancho, el capataz ha continuado su trabajo de riego, etc., como si no estuviéramos ocupando el lugar. Tiene algunos chinos trabajando y ayudándole. No hemos matado ni un solo buey ni una sola oveja de Little, como se dice en el *Calexico Daily Chronicle*. Le pregunté al capataz si lo habíamos hecho y me contestó que no había visto ningún buey u oveja en el rancho de Little desde que él estaba en el lugar. Hemos matado algunos pollos. Los cultivos de Little están siendo cuidados por su propia gente y será enteramente su culpa si se dañan. No se pondrá ningún obstáculo en el camino de Little cuando desee cosecharlos. C. Pryce, General al mando de la 2ª División del Ejército Liberal, Baja California, México,

Por las dudas, Otis B. Tout se comunicó con McCarty y éste le confirmó lo dicho por el general Pryce. Pero los esfuerzos de este comandante y de Araujo se vieron obstaculizados por el propio ejército estadounidense. El primero de mayo, el diario fronterizo anunciaba “Los hechos del caso de Araujo”, donde se declaraba que el propio editor del periódico había sido testigo de los acontecimientos:

Antonio Araujo, secretario de la Junta de Los Ángeles, fue detenido el sábado por la mañana por el Coronel O'Dell de la infantería. A continuación se exponen los hechos del caso: Araujo tenía una cita con el editor del *Chronicle* a las 10:45 en la que ambos debían visitar al coronel William Shunk en el campamento. Araujo llegó temprano a la oficina del *Chronicle*, siendo conducido por el joven Amador en una calesa. Para matar el tiempo durante unos minutos, dejaron su caballo sin atar frente a la oficina y se dirigieron hacia la línea, ya que Araujo tenía curiosi-

dad por ver la gran valla de la línea fronteriza. Con la intención de volver en unos momentos para cumplir con su cita, pero fue arrestado por el Coronel O'Dell y llevado ante un oficial superior que le informó de que había "violado una regla establecida por el General Bliss" y que tendría que ser detenido de diez a quince horas hasta que se le comunicara el asunto. Tal vez era una regla que prohibía a los ciudadanos respetuosos de la ley pisar la madre tierra. A las 10:55 de la mañana tanto Araujo como Amador fueron encarcelados. No pudieron soportar la situación y se pusieron a trabajar para limpiar sus "apartamentos". Una vez hecho esto fueron trasladados a la otra sala y tuvieron que ponerse a limpiar esa parte de la cárcel. En lugar de diez o quince horas, ahora llevan más de 48 horas y no han tenido ninguna audiencia ni se les ha imputado ningún cargo. Araujo declara al *Chronicle* que vino aquí para atender los problemas de los que se han quejado los granjeros, su misión era una en cumplimiento de estas peticiones y ser encarcelado como un criminal a su llegada parece un procedimiento muy injusto. La detención no puede dejar de ser perjudicial para los intereses de los estadounidenses en la Baja California y retrasará la llegada de las condiciones devotamente esperadas por todos los interesados.

Ese mismo primero de mayo, el diario de Calexico informaba a sus lectores que el periódico se encontraba en una encrucijada ética y que había encontrado una solución para despejar las críticas que este diario había recibido de ciertos personajes de la localidad. En una nota en portada, titulada "Sentimiento público", Otis B. Tout ponía las cartas sobre la mesa y proponía para salir de dudas una consulta pública, que fuera la voz de sus lectores la que decidiera la cuestión planteada sobre qué tanto el *Chronicle* era un vocero de los sentimientos de su propia comunidad o qué tanto no lo era:



¡Qué cosa tan maravillosa es el sentimiento público! Qué difícil es determinar cuál es el sentimiento público sobre cualquier cuestión. Algunos miembros del Club de Granjeros y Comerciantes opinan que el *Chronicle* no refleja el sentimiento de la mayoría del pueblo en apoyo de las reformas que se intentan en México. El *Chronicle* desea representar la opinión de la mayoría. Si no lo hacemos, no somos fieles a la confianza de representar a esta comunidad en el campo periodístico. Ahora bien, averiguar el verdadero sentimiento es el problema. Este periódico nunca ha dejado de “asar” a los insurrectos cada vez que han sobrepasado los límites de la razón en la conducción de su guerra. Llamamos a Stanley “bandido” cuando pasó por el rancho de Cudahy y sólo la semana pasada desatamos la ira del General Pryce por publicar la demanda de que eliminara a los vagos de su fuerza y respetara las inversiones americanas a través de la línea. El *Chronicle* cree que los mexicanos están justificados en su disputa con Díaz debido a la tiranía, la corrupción, la opresión, la esclavitud y el peonaje que existen en la república. Es una lucha justa y debe ganarse por razones de decencia y de progreso. Este trabajo no se realiza en un día, ni en una semana, ni en un mes. Y sería peculiar que se llevara a cabo sin la presencia del inoportuno pistolero libre, el ladrón y el bandido que está dispuesto y preparado para aprovecharse de las condiciones inestables para su beneficio personal o su excitación. Somos de la opinión de que la mayoría de la gente aquí simpatiza con la insurrección sobre esta base. También somos unánimes en condenar los saqueos de los soldados insurgentes. Para conocer el estado real de los asuntos, el *Chronicle* enviará mañana tarjetas postales pidiendo un voto sobre esta cuestión. Las respuestas se recibirán a finales de la semana. Si la mayoría vota que la causa de los revolucionarios es justa, continuaremos nuestro trabajo con la sensación de que nuestro curso tiene la aprobación de la mayoría. Ahora unas palabras para nuestros

anunciantes: Les aconsejamos que esperen unos días antes de ser inducidos a firmar cualquier papel para boicotear nuestro diario. Sabemos que dependemos de ustedes para vivir, pero creemos que ustedes dependen de la mayoría de la gente de aquí para vivir. Piénsenlo, caballeros. El asunto descansa ahora hasta que obtengamos la verdadera expresión de la gente de la comunidad mediante la votación por tarjeta postal.

Y la promesa hecha por Otis B. Tout, como editor del diario de Calexico, se hizo realidad al día siguiente, 2 de mayo, cuando se publicó el reto que lanzaba contra los críticos de su línea editorial, los que lo acusaban de utilizar su publicación para hacer propaganda a favor de los revolucionarios, principalmente floresmagonistas, pero también de los maderistas y orozquistas. La defensa de Tout era ir hacia adelante, dejar que los ciudadanos del Valle Imperial, con los que compartía triunfos e infortunios, dieran su veredicto sobre su trabajo periodístico:

Voto sobre la Revolución Aquí hay una oportunidad de expresar su sentimiento a favor o en contra de la Revolución Mexicana y de la política del *Chronicle*. Debido a la creencia entre algunos de que nuestro diario no representa a la mayoría de esta comunidad en su apoyo a la causa de la revolución mexicana, tomamos el siguiente método para determinar el sentimiento de la gente sobre Calexico:

Boleta:

*Creo que la insurrección en México se basa en causas justas y, si se lleva a cabo con la debida consideración de los intereses extranjeros, debe recibir el apoyo de todos los estadounidenses amantes de la libertad. Aquí también dice: apruebo la política de amistad para esta causa mostrada por el Calexico Daily Chronicle.*_____



*No simpatizo con la insurrección de México y creo que debe ser sofocada y el viejo orden de las cosas restaurado en Baja California bajo la dirección del gobierno de Díaz.*_____

Las tarjetas se enviarán a todos los que figuran en la lista de correo de la Asociación de Granjeros y Comerciantes y el resultado, favorable o no a la posición del *Chronicle*, se publicará en este periódico. Si no recibe una postal, recorte la papeleta anterior y envíela por correo del *Chronicle*, expresando su opinión sobre esta cuestión, sin identificarse con ninguno de los dos bandos, si así lo desea. Esperamos poder publicarla el fin de esta semana y solicitamos, por lo tanto, la pronta atención a la boleta por parte de todas las personas.

Un día más tarde, el 3 de mayo, el mismo diario avisaba que el comandante “Mosby viene con 126 hombres”, ya que “ayer llegó a Calexico la noticia de que el capitán Mosby, que sucedió a Berthold en el mando de los insurrectos de El Álamo, se encuentra en Tecate en su camino de El Álamo a Mexicali. Por la marcha constante este destacamento debe llegar a Mexicali en dos días más”. Para el 4 de mayo, las noticias se ensombrecían, pues habían llegado noticias que afirmaban que Mosby había muerto en un enfrentamiento con los federales cerca de Tecate. Para Tout, si eso era cierto, entonces sólo quedaba el general Pryce en Mexicali, ya que los otros comandantes habían muerto con las armas en la mano, como Berthold o Stanley, o habían sido defenestrados de sus cargos, como Leyva. La buena noticia apareció el 5 de mayo titulada “Araujo fue liberado de la cárcel”, donde se decía que:

Antonio Araujo, que fue encarcelado por los soldados hace seis días y que permaneció en la cárcel durante ese tiempo sin que se presentaran cargos de ninguna naturaleza contra

él ni se le permitiera comparecer ante ningún magistrado, fue informado de que estaba libre esta tarde. Araujo es secretario de la Junta de Los Ángeles, organización que financia la revolución en Baja California.

En una nueva sección que comenzaba a aparecer en el *Chronicle*, titulada “Notas insurrectas”, que se incluían al momento del cierre mismo de la edición, se informaba que “El verdadero Mosby llamó a una oficina de Washington para informar que no estaba en México, no le habían disparado ni estaba medio herido”. Otras notas se referían a que los rebeldes no regresaban a Mexicali desde Tecate, sino que se dirigían a Tijuana para tomarla. Y que Madero había congregado a todos los jefes rebeldes en su conferencia de paz, excepto unos pocos. Y entre esos pocos estaban los miembros del Partido Liberal Mexicano, que ahora veían a Madero como cómplice del régimen del general Porfirio Díaz y, por lo tanto, era visto como un enemigo más a vencer. Y mientras llegaban las boletas de la consulta a las oficinas del diario de Calexico, el 6 de mayo esta publicación ofrecía un nuevo editorial sin título, en el que les recordaba a sus lectores que:

Nunca hemos apoyado ni lo haremos los actos de innecesario pillaje de los insurgentes contra los no combatientes al otro lado de la línea. Con un representante de la junta de Los Ángeles deberá haber una restitución de los artículos de valor tomados y cada caballo, cada arnés, cada silla de montar y cada carreta deberán ser devueltos a sus legítimos propietarios. El secretario Araujo y el Gral. Pryce deberían ponerse a ello de inmediato. Este es el deber de los comandantes. Y luego debe emitirse una proclama que establezca la conducta en que llevarán la guerra los liberales y que esa línea de acción



será estrictamente respetada. Si no se hace esto, el mando de la revolución no merecerá el apoyo de los norteamericanos, que naturalmente se volverán contra ella.

Y para confirmar su actitud periodística, publicaba un diálogo que bien podía ser imaginario o algo oído en cualquier parte del Valle Imperial:

—No señor. Ciertamente no estoy a favor de la forma en que Díaz gobierna ni de que regrese a controlar aquellos lugares de donde su gobierno ha sido expulsado. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero estoy a favor de que el ejército estadounidense entre a la Baja California y se deshaga de los rebeldes.

—¿Y restablecer a Díaz?

—No, no.

—¿Entonces qué?

—Pues en verdad no he llegado a pensarlo.

Lo anterior era un recordatorio de que nadie sabía, con certeza, qué iba a suceder a continuación con la revolución anarcosindicalista. Para concluir, en un breve texto sin título, Otis B. Tout daba su opinión sobre el dictador mexicano que, con su régimen despiadado, había llevado al país que gobernaba a una guerra intestina de consecuencias imprevisibles: “Como comandante en jefe del ejército mexicano, Díaz ha puesto sus tropas desde la ciudad de México hasta el mar para tener una ruta de salida segura cuando sea el momento de escapar. Díaz es un caballero previsor”. Ese mismo día 6 de mayo, pero en la edición del *Imperial Valley Press*, se daba a conocer un “Romance literario de la revuelta mexicana”, que era una prueba contundente de que

la revolución floresmagonista estaba provocando una fecunda labor literaria entre sus participantes:

Hace unos dos meses, un desconocido, que parecía ser uno de los aventureros estadounidenses que ocupaban Mexicali, dejó caer descuidadamente el manuscrito de un cuento sobre la mesa de un editor de El Centro. El manuscrito no estaba firmado con ningún nombre, y cuando el desconocido, sin dar ningún dato sobre sus particulares, salió de la oficina, desapareció por completo. El manuscrito, con una declaración de los hechos relativos a su origen, fue enviado a Nueva York y presentado al editor de la revista *Success*, que lo aceptó rápidamente. Bajo la fecha del 27 de abril, el editor de la revista escribe al director de *The Press*: Estimado señor: – “El reino de los sueños”, que ahora llamamos “Un pequeño sueño del imperio”, está previsto que aparezca en el *Success* de junio. Si hay alguna secuela de este episodio, me alegraría saberlo, ya que parece ser un pequeño romance. Atentamente, Samuel Merwin. “El Reino de los Sueños” –ese es el título que le dio el autor desconocido y es mejor que el inventado por el editor– es un incidente de la insurrección mexicana.

El texto se publicaría, como Samuel Merwin lo había prometido, en el número de junio de la revista *Success*, una especie de publicación para toda la familia que popularizaría más tarde una revista como *The Reader's Digest*. Ese mismo 6 de mayo, bajo el título de “Sacerdote para Berthold”, el *Imperial Valley Press* contaba los pormenores de la muerte del comandante rebelde, en cuyas últimas horas fue asistido por un sacerdote de Ensenada, el padre Cota, quien también había presidido el servicio fúnebre cuando fue enterrado por sus hombres en El Álamo. En ese número, tal vez al considerar que después de la septicemia que le había quitado la vida a



Berthold era tiempo de cambios, los rebeldes de Mexicali habían conseguido que la junta del Partido Liberal Mexicano les enviara un médico cirujano para atenderlos de cualquier dolencia o herida que sufrieran en el cumplimiento de su deber revolucionario. También se informaba del arresto de Antonio Araujo. Pero no era el único floresmagonista arrestado, pues al comandante Salinas lo habían detenido por robo en una denuncia puesta por el gobierno mexicano, que buscaba cualquier forma, legal o ilegal, para sacar de circulación a los cabecillas del movimiento anarcosindicalista en los Estados Unidos:

La sospecha de que Salinas había sido asesinado y enterrado por los insurrectos en Mexicali resultó ser infundada. Mientras realizaba una visita secreta al cuartel general de la junta revolucionaria en Los Ángeles, Salinas fue arrestado por dos agentes de una agencia de detectives privados y alojado en la cárcel del condado para esperar la extradición por un cargo preferido por el gobierno mexicano. Salinas fue procesado ante el Comisario de los Estados Unidos Williams e ingresado en la Cárcel del Condado sin fianza. Su audiencia, bajo el cargo de ser un fugitivo de la justicia, fue fijada para el 7 de junio. La declaración jurada de la denuncia alega que el 1 de julio de 1910, Salinas cometió un robo en el territorio de la Baja California, México. El crimen específico no se establece en detalle en cuanto a quién o qué fue robado, o qué pruebas se tenían. El representante legal de Salinas declaró que el arresto de su cliente fue sin orden ni garantía de la ley; que Salinas había sido un residente de Los Ángeles durante los últimos siete años y no estaba en Baja California en el momento de cometer el robo establecido en la denuncia.

En el *Imperial Valley Press* prevalecían los editoriales. En el titulado “Por un derecho de paso”, se exponía que:

No existirá mejor ocasión que la presente para recalcar al gobierno mexicano la necesidad de un tratado entre los Estados Unidos y México que garantice la autonomía o neutralidad de una franja de la Baja California lo suficientemente amplia como para permitir que la zona del canal sea operada sin interferencia.

En otro titulado “La crisis de México” se decía que: “La revuelta del pueblo mexicano contra la dictadura militar de Díaz y el sistema social y económico de la mal llamada república se ha convertido en una verdadera revolución y el fin del gobierno de Díaz es inminente”. Pero la principal nota era un ensayo extenso titulado “Involución del reportero”, donde se afirmaba que antes “el público confiaba en el periódico, sabiendo que sus informes eran sustancialmente correctos y que lo que se publicaba era lo que el periodista veía o se enteraba mediante una cuidadosa investigación”, pero que ahora, con el auge del periodismo amarillista,

la mayoría de los periódicos han adoptado una máquina para manipular las noticias que se llama mesa de redacción. Consiste en un número de hombres, seleccionados sin tener en cuenta el alcance de la información, la agudeza del juicio, el sentido de la responsabilidad pública o la cordura del gusto, que reescriben, multiplican o hacen lo que quieren con el trabajo del reportero. La mesa de la redacción no se siente obstaculizada por los hechos. Los escritores baratos de ficción dramática son los más cualificados para el trabajo que tiene que hacer la redacción. El texto que la sala de redacción en-



vía a la imprenta no es el informe escrito por el hombre en el terreno; es lo que algún chico amarillista imagina que podría haber sido escrito o piensa que al público le gustaría leer. Los hechos son los que la redacción cree que el propietario del periódico prefiere que sean.

Allen Kelly tenía una idea precisa sobre qué clase de periódico realizaba semejante artimaña y así acababa con la confianza de los lectores:

Tomen como ejemplo las “historias” de los revolucionarios mexicanos en los periódicos de Los Ángeles. El *Times* envió hombres especiales al campo e imprimió informes con sus nombres, haciéndolos individualmente responsables de la veracidad de sus declaraciones. Pero la redacción reescribía el material, poniendo epítetos abusivos y acusaciones injuriosas contra los insurrectos y pervirtiendo las noticias para complacer los prejuicios de los propietarios. Los corresponsales recibían con frecuencia instrucciones por cable para que enviaran “material caliente”, y cuando sus informes se consideraban demasiado sosegados, la redacción, con la audacia que da la seguridad y el anonimato, suministraba el sabor picante en dosis temerarias. La copia de uno de los corresponsales de la asociación de prensa fue tratada de manera similar, y el producto era tan groseramente falso y calumnioso que el corresponsal se alegró de escapar con su vida de la ira de los insurrectos, que lo asustaron hasta el desmayo con un falso consejo de guerra y un falso pelotón de fusilamiento. El último hombre del *Times* en el trabajo fue lo suficientemente discreto como para permanecer en el lado americano de la línea después de que la mesa de redacción se ensañara con él, y tuvo el suficiente sentido común como para renunciar e irse a casa.

Uno de los peores logros del periodismo amarillista ha sido la degradación del reportero a la condición de mero recadero de los farsantes en la mesa de redacción, ya que es del reportero y no del editor de quien debe depender el público para obtener la información en la que se basa la opinión pública. El público, en general, no sabe nada de las operaciones de la máquina que macera las noticias y emite basura, y ha llegado a desconfiar y despreciar al reportero. Ya no cree que una cosa sea así porque esté impresa en los periódicos. El gran periódico está desacreditado porque su sistema de recogida y distribución de información no ofrece confianza. En las grandes ciudades hay algunos periódicos más antiguos y mejores, por lo general de poca circulación, y el periódico rural sigue siendo razonablemente veraz, preciso y cuerdo debido a la simplicidad de su organización. El periódico rural no tiene una “mesa de redacción”; todas las mentiras las hace un solo hombre, y los lectores saben quién es y dónde encontrarlo.

En cierta manera, Kelly ofrecía en estos renglones finales de su ensayo un retrato del periódico rural, tal como eran su semanario y el diario que dirigía Otis B. Tout: publicaciones que al dar noticias o tomar partido no olvidaban que sus lectores sabían quiénes eran y en dónde podían encontrarlos para quejarse de sus puntos de vista, de sus informaciones, de sus errores. Para el lunes 8 de mayo, el *Callexico Daily Chronicle* daba una información que lo mismo podía quedar en la sección de eventos sociales como en la de noticias de guerra. Titulada “Araujo celebra una gran reunión”, en ella se mencionaba que “trescientos asisten a una entusiasta fiesta en Mexicali en beneficio de la causa”. Era una nota breve sobre la convivencia social de los habitantes de ambos lados de la línea internacional, reunidos en torno a cuestiones políticas:



Alrededor de trescientos mexicanos y americanos de Mexicali y Calexico se reunieron ayer por la mañana en la casa que sirve de escuela en Mexicali para escuchar un discurso de Antonio Araujo, secretario de la junta de Los Ángeles. El programa fue anunciado por M. Ávila, tras lo cual el presidente, el Sr. Quirino Limón, presentó al Sr. Araujo. El orador explicó en detalle los planes del Partido Liberal y aclaró muchos puntos hasta ahora en duda. La señorita Ramona Esparza engalanó la reunión. Oscar Larson describió algunas de sus experiencias bajo Díaz. El buen orden prevaleció durante toda la reunión.

En esa misma edición, además se hablaba de que el ejército floresmagonista esperaba refuerzos, ya que:

El Gral. Pryce, comandante de la Segunda División del ejército liberal en Baja California, se ha unido al Gral. Sam Woods, sucesor de Jack Mosby, en Tecate, dejando el rancho Little y las cercanías de Mexicali para que las fuerzas bajo la Primera y Tercera divisiones lo protejan. Pryce está en camino a Tijuana, cerca de San Diego, y espera capturar ese asentamiento en pocos días. La guarnición de Mexicali está dividida en dos partes, la Primera División está bajo el mando de Francisco Quijada con Quirino Limón como segundo al mando, el col. Adrián M. López comanda la Tercera División, que está siendo rápidamente reforzada para operaciones de campo. Todos los comandantes celebraron ayer una conferencia con Antonio Araujo, de la Junta de Jefes de Los Ángeles. Tomaron nota de la sugerencia del *Chronicle* que publicó de que garantizaran a los ciudadanos extranjeros absoluta protección. La siguiente orden ha sido apoyada por todos los comandantes: AVISO. "Todos los extranjeros pacíficos y ordenados serán protegidos y tratados cortésmente. Todos los oficiales tomarán inmediatamente medidas para detener y castigar severamente a todos

los infractores de esta orden". Esto significa un enfrentamiento entre Pryce y la guarnición local en caso de que el primero regrese y permita a sus hombres hacer las cosas que se hacían antes. La guarnición de Mexicali será reforzada con 150 hombres bien armados en esta semana. Vienen de Sonora y otros puntos y traen con ellos un comandante en jefe que será el jefe del ejército en Baja California.

Para el 9 de mayo, se avisaba que la aduana de Mexicali volvía a funcionar en el cobro de impuestos para las mercancías que se quisieran ingresar a México. Según el diario de Calexico:

Los comandantes Quijada y Limón, de la I División del Ejército Liberal en Mexicali, dispusieron hoy el cobro de derechos sobre ciertos artículos que se pasen a México. Todo aquel que desee llevar algo a México deberá llevar la lista al cuartel general revolucionario y allí se le dirá lo que es gravable y lo que es libre. La orden, publicada hoy por medio de anuncios en lugares prominentes, establece la admisión gratuita de suministros médicos, ropa y provisiones para las familias pobres. Este derecho de aduana, si el gobierno recupera la posesión, será duplicado por el otro bando y aquellos que envíen maquinaria, etc., ahora pueden tener que pagar derechos de nuevo cuando los federales tomen posesión, lo que parece una distancia cómoda en la actualidad.

Pero los federales parecía que no iban a regresar pronto, pues la noticia más importante de ese día era que las tropas de la dictadura no estaban dispuestas a morir por nadie. En una nota titulada "El mismo estilo de los federales", se informaba que Tijuana estaba por caer: "¿Federales? Disparan



dos salvas y corren como ciervos". En un reporte desde San Diego se decía que los

insurrectos de Tecate aparecieron ante Tijuana a las 10 de la mañana, preparados para atacar el pueblo. Todos estaban montados; se cree que había 200 en la banda. Los federales marcharon hacia Agua Caliente para encontrarse con ellos, dispararon dos salvas y luego se retiraron al pueblo con gran prisa. Las mujeres, los niños y los enseres domésticos fueron llevados apresuradamente a través de la línea americana. A los turistas se les ordenó que salieran de Tijuana esta mañana. Cuarenta soldados americanos bajo el capitán Wilcox se encuentran en el lado americano de la línea. Las fuerzas rebeldes son las fuerzas combinadas de los generales Sam Woods y Carl Pryce.

Para el 10 de mayo, las noticias desde Tijuana eran la comidilla del día. En un artículo titulado "Tijuana cae en manos de los rebeldes", se daba a conocer que:

Un corresponsal del periódico fue a Tijuana esta tarde y encontró a los rebeldes en plena posesión y comiendo su primera comida en 24 horas y vio a cuatro rebeldes muertos aún no enterrados. Las casas estaban acribilladas a balazos. Una estimación cuidadosa coloca las bajas desde que comenzó la lucha de ayer en 10 muertos y 20 heridos. Se confirmó el informe de que el general Wood fue muerto y el general Pryce está al mando de los insurgentes. Los rebeldes son casi todos americanos. Se informa que ciento cincuenta federales han desembarcado en Descanso esta mañana y se espera una segunda batalla esta noche. Después de cuatro horas de lucha, los rebeldes capturaron Tijuana esta mañana. El ataque comenzó

a las 4 en punto, los rebeldes se arrastraron hasta la plaza de toros, abrieron fuego y empujaron a los federales a las trincheras al noreste de la ciudad. Incendiaron el corral de toros y las gradas. El ataque ganó fuerza inesperadamente esta mañana. Las fuerzas federales, confiando en que la partida de flanqueo enviada desde Tijuana la noche anterior había obligado a los rebeldes a retirarse, descansaron en supuesta seguridad hasta que los rebeldes arribaron el pueblo al amanecer. La partida de flanqueo salió anoche de Tijuana sobre las 9 de la noche. A una milla más o menos al este de la ciudad, en la entrada de un cañón, se encontró con los puestos de avanzada de los rebeldes, fue atraído a una trampa y prácticamente exterminado. En este enfrentamiento, Sam Wood, quien había sido elegido por los rebeldes para suceder a Jack Mosby en su comando y su ayudante negro perdieron la vida. Wood fue sucedido en el mando por el Capitán C. Pryce. No se sabe todavía cuántos otros rebeldes murieron en la breve y sangrienta lucha. A las 9:50 de esta mañana cesaron los combates en Tijuana. A media milla de distancia de la línea americana, se podía ver a los rebeldes caminando por las calles, lanzando sus sombreros, llamando y haciendo señas a los cientos de espectadores de la línea para que visitaran el pueblo. Alrededor de 15 a 20 federales que se encontraban en la casa de adobe de la aduana, se apresuraron a escapar en sus caballos a las 9 de la mañana. La mitad de ellos llegaron a la escuela, que es un gran edificio de madera en el lado mexicano de la línea. Se ha visto a los más débiles caer de sus caballos mientras eran muertos o heridos por los rebeldes. Ahora se cree que no hay soldados federales en la vecindad de Tijuana.

Pero Tijuana estaba lejos y lo que al *Chronicle* le importaba más era lo que ocurría en el valle de Mexicali, donde el 10 de mayo avisaba que:



La fuerza de Mayol y sus débiles federados, compuesta por combatientes sin voluntad, está a la expectativa. El comando está buscando un lugar seguro para quedarse y tienen miedo de acampar alrededor del río de Las Abejas, porque el Coronel Ockerson se ha ido y no hay protección allí. Y si el río se desborda podría ahogarlos a todos. Los rebeldes dicen que la guardia de avance de unos cincuenta hombres acampó anoche a dieciocho millas de Mexicali, en las cercanías de la sierra del Cucapá. La guarnición de Mexicali espera que Mayol imagine que la ciudad está desierta e intente tomarla. Están vigilando de cerca a Mayol y su fuerza. Pero nadie espera que Mayol ataque.

Y mientras todo mundo esperaba, el editor del diario fronterizo recomendaba en sus páginas la obra de *México bárbaro* de John Kenneth Turner, porque “es un libro extremadamente interesante, especialmente en este momento, usted debe leerlo para conocer las condiciones que han tenido que ver con el desarrollo de la insurrección en México”. El día 11 de mayo, una información escueta bajo el título “desde Tijuana”, hacía mención de que:

Se han recobrado los cuerpos de veinte muertos y aún faltaba recobrar diez más. Se decía que 5 revolucionarios habían muerto y uno más que fue herido y llevado al otro lado de la línea murió hoy. El general Pryce, el comandante rebelde, le ha pedido ayuda a los estadounidenses para buscar más cuerpos entre los arbustos.

Pero la noticia más lejana auguraba nuevos tiempos para todo México: “Juárez se rinde”, en la que se decía que Madero ya había instalado su cuartel general en esa ciudad fronteriza. Sin embargo, lo que a los residentes locales más les

interesaba saber era qué iba a hacer el coronel Mayol: pelear, cuidar las propiedades extranjeras o regresar a Ensenada. Parecía que sus tropas no habían venido a combatir a los revolucionarios, sino a pasear por el lugar. La pregunta que hacía Otis B. Tout ese 11 de mayo era: “¿Dónde está ocultándose el coronel Mayol?”, lo único cierto era que sus tropas estaban en constante movimiento, sin un propósito definido, sin un plan comprensible y sin ganas de luchar:

El hecho de que el coronel Mayol tenga una parte de su octavo regimiento en movimiento da lugar a muchas conjeturas. La opinión que prevalece es que sus 640 hombres tienen miedo de la banda de 100 insurrectos que se mantiene en Mexicali y están tratando de que vuelvan a Ensenada. Alrededor de cincuenta federales estaban ayer en Cucapá, a ocho millas de distancia. Este destacamento puede ser una compañía de exploración que se está preparando para el avance del grueso de los soldados sobre Mexicali. Los mexicanos leales de este lado dicen que el propio Mayol se encuentra bien, pero que ha descubierto que sus soldados son medio revolucionarios y están dispuestos a desertar a la primera oportunidad. De ahí su negativa a acercarse a la línea fronteriza internacional en cualquier punto.

La conjetura de Tout pareció confirmarse el 12 de mayo, cuando su diario publicó que “Trescientos desertan de Mayol”, donde se apuntaba que, debido al alto número de desertiones de sus soldados, el propio coronel no quería arriesgarse a perder más hombres estando su ejército en territorio enemigo. Por eso su marcha incesante y también porque el valle de Mexicali, estando mayoritariamente varios metros bajo el nivel del mar, hacía que las rápidas inundaciones del río



Colorado fueran letales para quien acampara cerca del dique en construcción bajo la dirección de Ockerson:

El coronel Mayol, comandante de 650 hombres, que estaban acampados por el río Las Abejas, ahora sólo cuenta con 350 hombres, según nos dicen. Al menos ese es el número reportado en Los Algodones, donde ha instalado su nuevo campamento. Esto denota una desertión de unos trescientos soldados. Desde que puso su campamento bajo la protección del ingeniero Ockerson, los hombres de Mayol han desertado a razón de unos dos o tres por día. Usualmente de noche toman el camino a Yuma, donde se quitan el uniforme blanco y se ponen otra ropa. La razón por la que Mayol movió a su tropa de lugar es que no le agradaba la idea de despertarse en medio de la corriente y tener que nadar hacia terreno alto, ya que el Colorado es un río muy peligroso y podía engullirlo a él y a su ejército donde antes estaban. Es imposible para Mayol usar el ferrocarril Inter-California, ya que tres puentes están quemados. Algunas personas poco amables dicen que movió su campamento cerca de la frontera para que, en caso de ser atacado por los rebeldes, pudiera saltar al otro lado. Quizás esto sea más verdad que ficción.

Lo cierto es que, entre floresmagonistas y federales, se vivía un *impasse*, una tregua tácita. En términos nacionales, sin embargo, con la caída de Ciudad Juárez, era el maderismo el que se alzaba como el principal interlocutor entre los rebeldes de buena parte del país y el gobierno federal. Al general Díaz ya no se le consideraba un gran estadista sino un hombre insensato. Pero, ¿qué pensaban de la revolución los residentes del otro lado? ¿Había que apoyarla o era mejor que se reprimiera y el orden establecido se restableciera? El

12 de mayo, el diario fronterizo recordaba a sus lectores que, en días anteriores, había enviado

por correo 350 tarjetas a los nombres de los jefes de familia de Calexico. La lista fue compilada por el Club de Granjeros y Comerciantes y faltan algunos nombres. Las boletas proporcionan un medio de expresar una opinión sobre la justicia de la revolución mexicana y si la actitud del *Chronicle* en el asunto cumple con la aprobación de una mayoría de la gente aquí. El resultado de la votación se dará a conocer tan pronto como se devuelvan las papeletas.

Para el 15 de mayo, el diario anunciaba que “El noventa por ciento está a favor de la revolución. El resultado de la votación por boleta que realiza el *Chronicle* muestra la actitud de la mayoría”. Y explicaba el procedimiento que Otis B. Tout había seguido para llevar a cabo aquella peculiar consulta popular:

El *Chronicle* envió el viernes pasado tarjetas postales con la siguiente papeleta impresa en la parte de retorno. La lista de correo utilizada fue compilada en su día por el Club de Agricultores y Comerciantes de Calexico y consistió en los cabezas de familia con su dirección postal en Calexico solamente. La lista se encuentra incompleta, pero sirvió al propósito de obtener el sentimiento mayoritario de la gente... Hasta el día de hoy, lunes, hemos recibido 96 respuestas a la solicitud. De este número, 90 boletas aprueban la revolución y su tratamiento por el *Chronicle*. De las otras seis respuestas, sólo una está votada a favor del gobierno mexicano. Otra dice: “No apruebo su conducta”. Otra dice: “No pienso que usted tenga derecho a tanto extremismo”. Otra dice: “No es mi negocio”. Otra dice



que está a favor de la revolución maderista pero no de la revolución en la Baja California. En otras palabras, está a favor de la insurrección en un lugar y en contra en otro. La joya viene en la última respuesta: "La insurrección en la Baja California no puede compararse con la insurrección del señor Madero. Las preguntas de su boleta solo juegan con la gente, En la medida en que el *Chronicle* aprueba la insurrección en la Baja California, usted, Sr. Tout, como gerente, se pone en el mismo bando que un vagabundo fuera de la ley. Ahora bien, si usted no se avergüenza de sí mismo, debe publicar en el *Chronicle* el resultado de esta papeleta".

Tout, como periodista y como residente de Calexico, había decidido hacer una consulta pública no sólo sobre la revolución floresmagonista en Baja California, sino también sobre la función del periodismo entre sus propios lectores. Se trataba de un ejercicio de honestidad frente a la comunidad a la que pertenecía y en donde trabajaba. Como él mismo lo había publicado, una minoría estaba en desacuerdo con su forma de hacer periodismo. Querían que diera noticias, no que tomara partido por una causa extranjera. Que hablar a favor de la revolución era una vergüenza. Pero Otis no era un hombre que se arredraba ante las críticas. Creía en la reforma social, en que quienes se alzaban contra los tiranos debían ser auxiliados con la palabra escrita. Sin ser él mismo un revolucionario, no buscaba cruzarse de brazos ante la grave situación de sus vecinos mexicanos. Sin dejar de ser un estadounidense que vislumbraba en cada movimiento una oportunidad para hacer negocios o para obtener ganancias, la revolución no le parecía más que una ruta que podía darle al Valle Imperial una ventaja a futuro:

El resultado del balotaje es de 90 boletas a nuestro favor por parte de la población del *Chronicle* en esta cuestión. Estamos muy agradecidos a nuestros amigos que nos demuestran que creen en el derrocamiento del gobierno tirano de Díaz por cualquier medio —Madero, Pryce, Orozco o cualquier otro luchador dispuesto a ayudar en la causa. No se puede diferenciar entre distintos “tipos” de revoluciones, favoreciendo una y estando en contra de la otra. Debe ser una cuestión clara: a favor o en contra de Díaz. Algunos líderes pueden tener grandes planes en cuanto a la organización de una república ideal en la Baja California como resultado de la guerra. Tal movimiento, aunque excesivamente soñador y fantástico, podría ser peor. Podría dar por resultado que los EU aseguraran por una vez y para siempre esa franja de tierra que necesitamos para obtener las aguas del río Colorado. Si sólo eso se lograra mucho valdría la pena. La cuestión original se planteó cuando algunos hombres insinuaron que el *Chronicle* no respondía al sentimiento de la mayoría de este pueblo. Por eso dijimos que si la encuesta no respondía favorablemente, venderíamos el periódico y nos iríamos, no deseando vivir en un lugar donde no representamos a la mayoría de la sociedad. Tenemos el derecho de averiguarlo y por eso se hizo este refrendo. Ahora sabemos que hay cuatro personas en Calexico que no aprueban nuestra conducta y a ellos sólo les decimos que lamentamos que defiendan la tiranía, la esclavitud y la opresión, que estén contra la educación y la ilustración del pueblo, y a favor de la perpetuación de la miseria bajo el mando de Díaz. ¿No se avergüenzan un poco de sí mismos? ¿De verdad se atreven a decir la clase personas que son? Y podríamos decir al votante que se ha equivocado, como se indica en el último artículo mencionado: “Ahora, si no se avergüenza de sí mismo, salga y preséntese al pueblo y dígalos quién es usted”. El *Chronicle* publicará cualquier carta al respecto a menos que contenga más argumentos tramposos.



Un día después, el 16 de mayo, el diario de Calexico avisaba que habían llegado 17 papeletas más, 16 a favor de la revolución y una en contra. Pero la visión de que el valle de Mexicali, si no es que toda la Baja California, debía pasar a manos estadounidenses, se repetía como un mantra: esperando que con su sola invocación se hiciera posible. En un editorial titulado “El estado de Baja California”, se muestra, al desnudo, que Tout no creía en la implantación de un gobierno anarcosindicalista, según los postulados del Partido Liberal Mexicano y en cambio su sueño de apropiarse del Distrito Norte era evidente y se planteaba a los ciudadanos del Valle Imperial como eso: un sueño imperial, una estrategia colonialista para tomar del atribulado vecino del sur una porción significativa de su propiedad y soberanía. La codicia por lo ajeno en el franco estilo americano que tantos y tan buenos resultados les había dado para tomar Texas, Nuevo México, California y Arizona el siglo anterior:

Mientras los conservadores menosprecian los eventos que suceden en Baja California, estamos viendo el establecimiento de un nuevo gobierno por los revolucionarios y ya hay una corriente de pensamiento que asegura que el movimiento rebelde va a triunfar. Los periódicos están comenzando a hablar del futuro de la Baja California después de la victoria de los rebeldes desde la franja fronteriza hasta el pie de la península. La gente conjetura, se maravilla sobre lo que va a pasar. Por supuesto que el triunfo de un gobierno independiente y exitoso en Baja California, controlado por los socialistas, es una imposibilidad. Tal gobierno, incluso bajo la protección de los Estados Unidos, estará siempre en un estado de guerra con el gobierno federal o será llevado a su tumba cargado de deudas. Por otro lado, el tío Sam no extenderá su mano para ayudar a un gobierno socialista en pañales ni cuidará de un

bebé indeseable a las puertas de la nación. El resultado final entonces será como en el caso de Texas: los americanos la conquistan, la hacen independiente, aplican para su admisión en la Unión y son recibidos como uno de los grandes estados del oeste. Los americanos son los que llevan a cabo la guerra en gran parte de la Baja California. Dejen que triunfen, que se independicen y que pidan su admisión a los Estados Unidos, como debe ser. El efecto a lo largo de la frontera será mágico. Calexico será de inmediato el centro de todo el Valle Imperial y con el tiempo se convertirá en la más larga y multitudinaria ciudad a lo largo del desierto del Colorado. Los problemas del agua se terminarán. La línea fronteriza será movida hasta la mitad del río. San Diego repetirá la historia de Los Ángeles y un vasto territorio se abrirá para los propietarios de terrenos. Los mexicanos vivirán mejor como dueños de largas extensiones de terreno. El capital extranjero estará mejor y todos progresarán.

Al final, en una frase, se ponía el plan soñado por los comerciantes, granjeros, políticos y periodistas del Valle Imperial: “Si México no puede sostener a Baja California y cuidar de la gente que ahí vive, dejen que un nuevo movimiento tenga éxito”. De seguro que si el diario de Calexico hubiera hecho una consulta pública sobre el tema no habría obtenido ningún voto en contra. Como buenos estadounidenses, todos ellos creían en el Destino Manifiesto y en sus beneficios territoriales para su nación. Si hasta suponían que el gobierno mexicano estaría de acuerdo en darles la Baja California a un precio accesible. Todo era por el progreso económico, por la buena marcha de los negocios. Tal era el codicioso horizonte de sus miradas y de sus editoriales. Y mientras se llegaba la hora de que Baja California pasara a manos de gente emprendedora, el *Chronicle* ofrecía los reportes más re-



cientes del progreso de la revolución. Si hasta principios de mayo de 1911 sólo Mexicali estaba en poder de las fuerzas floresmagonistas, ahora Tijuana también había sido liberada de la tiranía porfirista. La diferencia era que en Mexicali las tropas y los jefes eran mexicanos en su mayoría y en Tijuana, la Segunda División, la que ahora comandaba Pryce, era mayoritariamente extranjera en un 70 por ciento. Lo que los habitantes del Valle Imperial podían constatar era curioso: que los revolucionarios mexicanos se portaban mejor que sus propios compatriotas.

Por mientras, el 17 de mayo, el diario de Calexico anunciaba que ya se estaba “Preparando la toma de Ensenada” y que ingresaban a las filas de la revolución nuevos reclutas, armamento y hasta cañones de montaña de cinco pulgadas. Casi todos son ex soldados que les interesaba más la aventura que los derechos de los mexicanos para vivir con justicia y dignidad. Cada vez eran menos los trabajadores del sindicato Industrial Workers of the World, conscientes de su ideología anarquista liberadora de yugos y cadenas, y cada vez eran más los soldados de fortuna que sólo querían divertirse. Lo único que salvaba a la revolución en Tijuana es que Ricardo Flores Magón seguía siendo un líder respetado por sus tropas, independientemente a qué nacionalidad pertenecieran, pero la distancia pesaba. Desde Los Ángeles daba órdenes, pero muchas tardaban en llegar o eran desobedecidas. Como lo decía una papeleta que llegó tardíamente al *Chronicle* y que éste publicó en su edición del 17 de mayo: “Los americanos favorecen a los americanos”. Pero esa era una verdad a medias: simpatizaban con los americanos que trabajaban duro en las peores condiciones, que no se quejaban, que aceptaban vituperios racistas, que decían sí a todo. Pero los americanos que pedían salarios justos, condiciones de trabajo no lesivas para su salud, que buscaban organizarse y pelear por sus derechos, esos americanos eran los que

los estadounidenses fronterizos, hacendados, granjeros, empresarios de bienes raíces, no querían ver ni en pintura. La revolución los emocionaba como tragedia, no como proyecto de vida. Para el 18 de mayo, el diario fronterizo informaba que Mexicali se había convertido en un frente de guerra secundario. Mientras en Tijuana grandes contingentes de revolucionarios y federales peleaban la plaza, en Mexicali nada importante parecía ocurrir. Pero la sola presencia de los anarcosindicalistas en el Distrito Norte, por su punzante ubicación fronteriza, también era un problema a resolver por el gobierno federal y un incordio para el movimiento maderista, que quería no tener voces disidentes, como la del Partido Liberal Mexicano, para de esa forma ofrecer, ante la opinión pública, un frente común no sólo ante el pueblo de México sino ante el vecino del norte, que presionaba para que todo volviera a la normalidad, para que México se estabilizara y sus fronteras fueran limpiadas de elementos indeseables y se abrieran de nuevo al comercio binacional.

En su edición del 18 de mayo, el *Chronicle* hablaba de “Dos indios muertos”:

Un grupo de reclutas, en su mayoría indios de cucapá, se unieron esta mañana al ejército. Llegaron con caballos y trajeron consigo a dos indios a los que acusaron de ser espías de los federales. Se produjo una pelea y los indios, asustados, huyeron de la línea. Los guardias insurrectos los abatieron cuando se negaron a detenerse.

Más que noticias, lo que se reportaban eran rumores, como el que aseguraba que “Mayol avanza hacia Mexicali” y que, con unos 400 hombres, había abordado el tren Inter-California y se dirigía a Mexicali. Pero los insurgentes vigilaban cada movimiento que sus tropas hacían y que, con el apo-



yo de nuevos reclutas, “el número de hombres que pueden mantenerse en las trincheras es de unos 100. Desde hace mucho tiempo se ha admitido que 100 hombres podrían mantener a raya a 500 o más”. Por su parte, en un texto del 19 de mayo, titulado “Los combatientes están vinculados”, enviado desde San Diego, se afirmaba que

en una conferencia esta noche, entre John Kenneth Turner y el comandante Pryce, se decidió suspender la guerra en la Baja California en caso de que Madero tenga éxito en el establecimiento de la paz con el gobierno de Díaz. Los dirigentes se dan cuenta de que sería inútil luchar contra los ejércitos de Madero como contra los del gobierno.

Pero lo que Turner y Pryce veían como la unidad entre los revolucionarios, Ricardo Flores Magón estaba muy lejos de considerarlo. Para el jefe del Partido Liberal Mexicano en Los Ángeles, la revolución de Madero se conformaba con cambiar personas mientras la estructura opresiva del gobierno, con sus leyes injustas, sus clases privilegiadas y su aparato militar, permanecían intactos. La revolución que él pregona no era un movimiento que se conformaba con simples reformas y elecciones, sino que pretendía un cambio radical de la vida social, económica y política. Quería un México donde el pueblo mandara de viva voz, sin mediadores que se enriquecieran representándolo, sin verdugos que hablaran en nombre de los mexicanos para su propio beneficio. Pero tales ideas eran, tanto para muchos de sus contemporáneos como lo siguen siendo para muchos de los nuestros, una fantasía sin asideros en la realidad, un sueño utópico que funcionaba en la teoría, pero jamás en la práctica. Si buscaban cambios moderados, que no perturbaran a los poderes *de facto*, lo mejor era apostar por el maderismo y su

democracia gradual, donde los sabios líderes guiarían a los ignorantes, a los miserables, a los marginados. Poco a poco. Sin mucha prisa. Sin cambios extremos. Sin perturbar los negocios, los latifundios, las empresas extranjeras, los privilegios de clase. Un Porfiriato sin Porfirio Díaz. Una democracia sin dientes para defenderse de sus enemigos. Mientras se definían las lealtades en las filas floresmagonistas, mientras muchos camaradas comenzaban a ver al maderismo como el movimiento representativo de la revolución en México, mientras muchos otros dejaban el Partido Liberal y se volvían moderados, Baja California seguía siendo el escenario de una guerra que, en Mexicali, parecía inane, sin nada nuevo que reportar. El 20 de mayo, el *Chronicle* avisaba que el coronel Mayol, en su pausado estilo de tortuga, lentamente se acercaba a Mexicali. La sorna con que se informaba tal noticia no dejaba lugar a dudas:

Los insurrectos han estado ocupados toda la mañana entrando en sus trincheras, saliendo de nuevo, entrando de nuevo, y ad infinitum. Cada pocos minutos se informa que Mayol ha aparecido detrás de algún matorral de mezquite, o colina de arena, o casa de campo en todo el camino de tres a quince millas al sureste de Mexicali. La única información auténtica es que Mayol dejó su tren de ferrocarril en el segundo puente quemado ayer por la mañana, puso sus tropas en el camino a la marcha y a las 4 p. m. pasó por Cucapá. Esto es a 20 millas de distancia. Acamparon en un canal entre Pascualitos y Cucapá y se esperaba que asaltarán Mexicali esta mañana. Algunos dicen que Mayol no tiene intención de atacar Mexicali, que está haciendo un desvío hacia el sur para llegar a las montañas e ir a atacar Tijuana. Los soldados estadounidenses estaban ocupados esta mañana cavando barricadas a lo largo de la línea fronteriza para la protección de los puestos de



avanzada en caso de una pelea. Los soldados avisarán con suficiente antelación para que los habitantes puedan salir del peligro. Las noticias de San Diego dicen que el Gral. Pryce fue arrestado y está confinado en Fort Rosecrans bajo los cargos usuales de violar las leyes de neutralidad.

Ese mismo 20 de mayo, en su edición semanal, el *Imperial Valley Press* daba noticias similares con diferente perspectiva o con otros datos que el diario de Calexico. En éste se decía que los indios llegaron y luego dos de ellos fueron muertos, pero en el semanario se hacía la distinción entre los indios nativos del delta del río Colorado y los indios yaquis que formaban parte del ejército federal. Así, en “Hechos de Mexicali”, el semanario decía que

los cucapá se unen a los insurgentes y matan a dos espías yaquis. Veinte indios cucapá, todos montados, llegaron a Mexicali desde su pueblo en las montañas y se unieron a los insurgentes esta semana. Dos Yaquis fueron asesinados en Mexicali esta semana. Uno era un espía y le dispararon cuando intentaba escapar a través de la línea. El otro intentó disparar a Quijada y fue acribillado por su guardia.

En lo que ambos diarios coincidían era en sus editoriales. Para el periódico sabatino como para el diario fronterizo, la revolución en Baja California debía concluir como una deseable conquista territorial y que el Distrito Norte se convirtiera

en parte de los Estados Unidos. El gobierno de los Estados Unidos no tiene el propósito de arrebatarse ningún territorio a México y no participa en la promoción de este proyecto de

expansión. Pero el gobierno de los Estados Unidos no puede impedirlo. Tal vez nadie esté planeando deliberadamente este resultado. Se está produciendo de forma natural e inevitable, y cuanto antes mejor para todos los implicados, incluido México.

Lo encantador, para decirlo de algún modo, era su idea de que todo ese sueño colonizador se estuviera dando “de forma natural e inevitable”. Un darwinismo social que proclamaba que Baja California debía pertenecer al más fuerte. Tres días más tarde, el *Chronicle* presentaba sus propios argumentos a la discusión de cómo terminar con la revolución en Baja California. El 23 de mayo, en un texto sin título, afirmaba que los floresmagonistas debían aceptar el pacto de paz firmado entre los representantes de las fuerzas revolucionarias maderistas y el gobierno de Díaz:

Esperamos que no esté fuera de lugar comentar que, bajo órdenes directas del Departamento de Guerra, el General Pryce fue liberado del arresto en San Diego y que el departamento está de acuerdo en que nunca ha habido ninguna ley para arrestar a los hombres que cruzan desde México. Esto demuestra, de manera concluyente, que la crítica del departamento por parte del *Chronicle* por esta práctica estaba bien fundada. Todos los partidos están de acuerdo en que la continua conquista de la Baja California es inútil y que el plan socialista nunca será un éxito. Por lo que el Partido Liberal debe decidirse pronto a acatar los términos de la paz que se han firmado en Juárez, dejar la guerra en Baja California, dejar las armas y ayudar a establecer la paz y la prosperidad. Con el pueblo enardecido como está, un nuevo régimen no se atreverá a negar las reformas que se han ganado en la lucha sangrienta. Corresponde ahora a los liberales cooperar hasta que los vencedores demuestren



que no lo merecen. El pacto de paz ha sido firmado en Juárez; ahora es de esperar que México recupere rápidamente la prosperidad y ponga en marcha las ruedas del progreso. Con la salida de Díaz mañana y una elección real garantizada por el régimen victorioso, México debería enfrentarse con éxito a los grandes problemas que tiene entre manos. No es un juego de niños —esta reforma de un país— y las reformas vendrán lentamente. Por lo tanto, la disposición a criticar la nueva administración debe ser moderada con el recuerdo de que Roma no se construyó en un día.

Para el 24 de mayo, en el diario que editaba Tout se hablaba de que los revolucionarios habían obligado al rancho C.-M., que era el mayor latifundio extranjero en el Distrito Norte, si no es que en todo México, a abandonar 6 000 acres de alfalfa fina en el lado mexicano, ya que sus gerentes declaraban que: “ha sido imposible mantener provisiones suficientes en el lado mexicano para alimentar a diez hombres. En la zona de la frontera, se han cerrado las aguas en el otro lado, se ha permitido que suban las aguas y se ha retirado el ganado”. Las pérdidas, para estos empresarios, ya no hacían costea-ble mantener operando el rancho. Pero las simpatías por los revolucionarios no disminuían entre los ciudadanos del Valle Imperial. En un texto titulado “En El Centro”, se daba a conocer que en esta población se había llevado a cabo una protesta pública contra la detención del comandante Pryce en San Diego y se afirmaba que más que los revolucionarios: “el ejército mexicano, aunque la paz ya ha sido declarada, era el causante de causar problemas en Mexicali”. Al final de la protesta, “centenares de personas conocidas, de todas las líneas de negocios, firmaron la petición a favor de Pryce”. Como una nota de última hora se anunciaba que “Díaz renunció la noche pasada”.

Para el día 25 de mayo, el diario de Calexico, en una nota titulada “Malestar entre los rebeldes”, mencionaba junto con el escándalo de la matanza de chinos en Torreón, que estaba manchando a los maderistas, un problema más cercano. La información provenía de San Diego y acreditaba que:

por lo menos 600 mexicanos armados en esta ciudad están esperando para atacar a las fuerzas rebeldes bajo el mando del General Pryce en Tijuana cuando se dé la señal. Un reportero hizo un recorrido por la calle Quinta esta mañana y contó grupos de mexicanos que sumaban de seis a 15 hombres, discutiendo tranquila y seriamente asuntos de aparente importancia. Los hombres de negocios de ese distrito dicen que los mexicanos están planeando cooperar con otra fuerza del este y aniquilar a la banda rebelde.

¿De qué se trataba esta reunión de defensores del gobierno porfirista en el puerto más cercano al Distrito Norte de la Baja California?

Todo era un problema de intereses ligados a la dictadura y de campañas del gobierno de Díaz, a través de sus agentes consulares en el sur de California, para congregar a sus simpatizantes como grupos paramilitares. ¿Quiénes eran estos mexicanos? ¿De dónde habían salido? Para ello hay que considerar las reacciones de los ciudadanos relacionados con el aparato civil y militar que detentaba el poder como representante del gobierno federal, así como de los comerciantes y profesionistas que vivían a su sombra, y el número de estos integrantes de la sociedad bajacaliforniana. Volvamos al 29 de enero de 1911, cuando los revolucionarios floresmagonistas tomaron Mexicali. En cuanto se supo la noticia, el gobernador Celso Vega salió con sus soldados para acabar con la rebelión antes de que se extendiera. Pero el 8 de febrero



fue derrotado y herido. Al conocerse la noticia en el puerto de Ensenada, la capital del Distrito Norte, el pánico se desató. Se hablaba de que los rebeldes llegarían en uno días por tierra o por mar. Los rumores crecían y los integrantes de las clases pudientes, la gente de dinero y de alcurnia, como se decía entonces, empezaron a llevarse a sus familias no a otros lugares del país, sino al refugio que consideraban adecuado para ellos: los Estados Unidos. Y el más cercano refugio no era otro que el puerto de San Diego. Allí se instalaron amos y sirvientes, unos con todas las comodidades y otros con todas las penurias, mientras se clarificaba el ambiente y llegaban tropas del sur a expulsar a los insurrectos. Pero cuál fue su asombro cuando las tropas del coronel Miguel Mayol llegaron no con la encomienda de proteger sus bienes y propiedades, las de los leales servidores de la dictadura, sino a cuidar las propiedades de las compañías extranjeras en el valle de Mexicali, cuyos propietarios eran los amigos de don Porfirio.

Así, instalados por centenares en San Diego e incluso en Los Ángeles, trabajando con los agentes consulares de California, descubrieron que si querían proteger sus ranchos, minas, comercios, privilegios y prebendas, debían armarse y estar listos para trabajar en conjunto con el ejército federal y los rurales, como el famoso grupo de Lerdo González, que se hiciera famoso por los asesinatos que cometió contra indios y residentes estadounidenses cuando los rebeldes del difunto Simón Berthold abandonaron El Álamo. En todos estos porfiristas, residentes forzados de California, ardía un deseo de venganza contra todo lo que oliera a revolucionario. Si hubieran sido maderistas los que se rebelaron en Baja California, hubieran sido enconados antimaderistas. Así que eran furibundos antifloresmagonistas y eran tan radicales que creían que hasta Celso Vega conspiraba contra el gran dictador y contra los intereses del Porfiriato en la entidad.

Y por ello, varios de ellos financiaron, con armas y municiones, con hospedaje y comida, a grupos de mexicanos del otro lado para que les ayudaran a expulsar a los revolucionarios del Distrito Norte. En San Diego se hicieron fuertes.

Lo contrario ocurrió en el Valle Imperial. En esta parte de la frontera, los integrantes del aparato de gobierno no pasaban de una docena de exiliados en Calexico y por más que intentaban llevar agua a su molino, su influencia era mínima. Como el lado americano estaba lleno de trabajadores del campo y de las industrias aledañas, la simpatía por la causa revolucionaria se dio en forma constante y se mantuvo durante la mayor parte del tiempo en que los floresmagonistas ocuparon el valle de Mexicali. Además, en esta región el ejército liberal estaba formado mayoritariamente por mexicanos, mexicoamericanos e indios y sólo minoritariamente por extranjeros, muchos de ellos compañeros de luchas en cuestiones obreras y sindicales. En cambio, en San Diego los mexicanos exiliados que veían a Tijuana tomada, observaban a un ejército mayoritariamente compuesto por extranjeros y esa fue la fuente principal para su propaganda: no era que defendieran a la dictadura, lo que defendían era la integridad nacional amenazada por unos forajidos americanos. Y así, la trampa contra los revolucionarios de Tijuana se iba cerrando. Ese 25 de mayo, el *Chronicle* reconocía lo evidente: los fronterizos no iban a ver una nueva batalla a las puertas de Mexicali. La fuerza del coronel Mayol había sido avistada, pero ya no en el valle sino en Las Juntas, en Tecate. Era obvio que los futuros enfrentamientos se darían en la zona costera occidental, entre Ensenada y Tijuana. Para el 27 de mayo, el diario de Calexico decía que Pryce, con su Segunda División del ejército floresmagonista, le saldría al paso a Mayol con 100 insurrectos y luego iría a tomar Ensenada. Pero todos sabían que para eso hacían falta mucho más que 100 revolucionarios. Ese mismo día, muy a la esta-



dunidense, como si la revolución fuera un juego deportivo, se anunciaba: “Diaz out de la Barra in”.

Para entonces, Mexicali ya no era el principal teatro de operaciones. Los problemas mismos a los que se enfrentaban los jefes del movimiento en la localidad eran más policiales que militares. En ese mismo número del *Chronicle*, se detallaba uno de esos problemas bajo el título de “Por resistirse al arresto fue abatido”, en que se leía:

Ayer en Mexicali, un insurrecto mexicano conocido como José, enloquecido por el alcohol y portando un horrible cuchillo, fue muerto por resistirse a su arresto. El general Limón fue herido en la mano y su asistente, conocido como Red, fue herido en el hombro cuando trataron de arrestarlo. Después de disparar dos tiros al aire, Limón se vio forzado a dispararle cuatro tiros al hombre hasta dejarlo quieto. Un americano que estaba cerca fue herido por una bala en la pierna.

Ese mismo día, sábado 27 de mayo, el *Imperial Valley Press* también hacía de la nota roja su carta de presentación en relación a revolucionarios y porfiristas. En un texto titulado “Intento de asesinato” se informaba que:

El exjuez Carrillo, exjefe del gobierno local en Mexicali, se salvó por poco de ser muerto por un insurgente el domingo pasado por la mañana. Carrillo ha sido un fuerte simpatizante del gobierno de Díaz y cuando los rebeldes tomaron México encontró conveniente establecer su hogar al otro lado de la línea, en Calexico. Recientemente sus edificios en México fueron quemados, y ha sido amenazado con violencia si regresa a la ciudad mexicana. El domingo pasado por la mañana salió al patio trasero del lugar que ocupa, cerca de la línea inter-

nacional, y un centinela del lado mexicano levantó su arma y apuntó a Carrillo. Un soldado americano de guardia en la avenida Heffernan, a pocos metros del rebelde, vio lo que éste hacía y rápidamente le apuntó con su rifle y llamó al insurrecto para que bajara su arma. El rebelde la bajó y Carrillo escapó apresuradamente a su casa.

Al igual que el *Chronicle*, el semanario dirigido por Allen Kelly avisaba que “Mayol huye hacia la costa”:

Mayol y sus hombres dieron un amplio rodeo alrededor de Mexicali y evitaron el conflicto con los insurrectos, quienes desde sus puestos avanzados les dispararon a larga distancia en vano. Un grupo de exploradores se topó con los federales cerca del rancho de Little en la oscuridad, a las 2 de la madrugada del lunes, y sólo un explorador fue alcanzado y ligeramente herido. Un fugitivo asustado corrió todo el camino hasta Heber, y dio un informe de que los insurrectos habían sido exterminados por Mayol. Era sólo la historia habitual de un desertor presa del pánico. El coronel Mayol y la “Octava Terrible” salieron de la región del río Colorado y se internaron en las montañas hacia la costa esta semana, abandonando a muchas de sus mujeres y niños a lo largo de su ruta. Decenas de mujeres desdichadas, algunas con niños en brazos, llegaron a la deriva a Mexicali o fueron encontradas por los exploradores insurgentes y traídas al poblado para salvarlas de perecer de fatiga e inanición.

Debido al mayor número de páginas, el *Imperial Valley Press* podía ofrecer a sus lectores ensayos de larga extensión sobre todo tipo de temas: agrícolas, hidráulicos, de comercio y de política. En el ejemplar del 27 de mayo, un tema que iba unido al de la revolución al otro lado de la frontera era el de



la cada vez más marcada interferencia del ejército de su país en el cruce fronterizo. Bajo el título “No bajo la ley marcial”, el semanario, que meses antes negara la existencia de tal ley en la frontera, afirmaba que el ejército estadounidense no podía dar órdenes y menos detener a los ciudadanos que, por negocios, curiosidad o placer, cruzaban la frontera:

El negocio de los soldados americanos en la frontera es prevenir la invasión de México por cuerpos de hombres armados y prevenir otras violaciones de la ley. No es una violación de ninguna ley de los Estados Unidos que un ciudadano estadounidense cruce, desarmado, la línea en cualquier momento. Sin embargo, los estadounidenses han sido arrestados y mantenidos en casas de guardia por negarse a reconocer la autoridad de los soldados para controlar sus idas y venidas. Un capitán de las tropas americanas cerca de Tijuana interfirió con los movimientos de los trabajadores de la Cruz Roja e impidió que los reporteros y fotógrafos cruzaran la línea, e incluso declaró que ningún reportero tenía derecho a servir como voluntario para ayudar a los heridos, e hizo otros comentarios tontos sobre asuntos que no eran de su incumbencia. Es probable que la conducta dictatorial de algunos oficiales militares haya causado muy pocos inconvenientes serios, pero eso no tiene nada que ver con el caso. Los oficiales del ejército no tienen derecho a interferir en absoluto con las personas que no infringen la ley, y no es bueno que se tolere o se pase por alto la menor usurpación de autoridad por parte de hombres armados. Los oficiales del ejército adquieren inevitablemente el hábito de dar órdenes y exigir una obediencia incuestionable, y no siempre recuerdan que su jurisdicción no se extiende más allá de las filas de los hombres que están legalmente bajo su control. Es importante que se les recuerde con agudeza cuando sobrepasan la línea, y que los ciudadanos estadounidenses

no adquirieran el hábito de obedecer mansamente las órdenes o someterse a las pequeñas tiranías de los hombres de uniforme.

El 29 de mayo, el *Calexico Daily Chronicle* recopilaba otra noticia dudosa: que los rebeldes ya estaban en las cercanías de Ensenada y, por lo tanto, que era inminente una batalla por capturar el puerto. Era una noticia que venía de San Diego y en donde se decía que las fuerzas de Pryce se habían avistado en los cerros que dominaban la capital del Distrito Norte de la Baja California y que “los residentes de esa ciudad han entrado en pánico, temiendo un ataque a cualquier hora del día o de la noche; se están entrenando reclutas y se están dando los últimos toques a las defensas”. Pero Pryce no se había movido de Tijuana y los rebeldes avistados a lo más eran partidas pequeñas que deambulaban por las cercanías sin ser un peligro real para Ensenada. Una información proveniente de la ciudad de México era la más bienvenida: que el gobierno federal resolvería las reclamaciones de los daños a extranjeros mientras se llevaban los preparativos para disolver al ejército insurrecto maderista. El problema para el gobierno de transición del presidente Francisco León de la Barra era cómo iba a lidiar con los revolucionarios que no querían deponer las armas, como sucedía en Baja California con los rebeldes floresmagonistas. Las opciones eran negociar con ellos o confrontarlos militarmente, pero como había tratados de paz de por medio, aunque éstos no habían sido firmados por la junta del Partido Liberal Mexicano, que veía tales tratados como una traición al movimiento revolucionario, la solución no era fácil de encontrar para beneficio de las partes involucradas. Y si a eso se añadía que Celso Vega seguía al mando de las tropas en el Distrito Norte y quería resarcirse de sus derrotas acabando con los floresmagonis-



tas a como diera lugar, el panorama para Baja California seguía bajo el manto de la incertidumbre y la confrontación armada. De tal forma que en el *Chronicle* del 31 de mayo se informaba que el coronel Mayol estaba en casa:

El coronel Mayol y su fuerza, compuesta por unos 800 soldados de infantería y 100 de caballería, han llegado a Ensenada, según los avisos recibidos aquí ayer por el vapor San Diego, que arribó a puerto hacia la una de la tarde. Con los 300 voluntarios que vinieron de San Diego, Ensenada cuenta ahora con una guarnición de entre 800 y 900 hombres. La intención de Mayol, ahora que puede dejar una fuerza suficiente para la defensa de la ciudad, es marchar por tierra hasta Tijuana y atacar la fuerza de Pryce. Habría marchado directamente contra ese lugar, pero por temor a un movimiento de Pryce en Ensenada, que con toda probabilidad habría dado a ese comandante la posesión de la ciudad, Mayol siente ahora que puede dejar una guarnición lo suficientemente grande como para defender el lugar contra tal ataque y todavía llevar consigo suficientes hombres para combatir a Pryce.

En todo caso, junio sería el mes decisivo para tales enfrentamientos. Mientras los rumores corrían como reguero de pólvora: que Pryce había desaparecido del campamento rebelde en Tijuana y se desconocía su paradero, que un oficial rebelde había sido fusilado por matar a un camarada, que existía el descontento entre las filas de los revolucionarios. En una nota del 2 de junio, el diario de Calexico afirmaba que en Tijuana se hablaba

de avanzar sobre Ensenada. La junta local está en contra del plan, y se dice que la junta de Los Ángeles está a favor del ata-

que. El propio campamento está dividido entre las dos facciones. La junta local considera que hay que dar una oportunidad al nuevo gobierno mexicano para que demuestre lo que va a hacer. Desde Tijuana llega el informe de que los rebeldes nunca fueron más fuertes y que seguramente avanzaran sobre Ensenada, pero antes de hacerlo deben hacer una elección de líderes. Aparte de los aspirantes mexicanos al liderazgo hay tres candidatos entre los americanos. Son Curtis, Mosby y Talmyn. Mosby, que fue herido en Tecate hace dos meses, se unió a los rebeldes hoy.

Como era notorio, la división nacía entre los revolucionarios que querían quedarse en Tijuana y ver si llegaba la paz también al Distrito Norte y los que querían seguir con la tarea revolucionaria y avanzar hacia Ensenada. Los primeros ya coqueteaban con el maderismo y el gobierno de transición, mientras que los segundos seguían las órdenes de Ricardo Flores Magón desde Los Ángeles, cuyo veredicto era que la revolución no consistía en las componendas entre Madero y los remanentes del Porfiriato, sino en conseguir el pleno dominio de la nación por parte del pueblo mexicano. Pero el *Chronicle* también estaba en su propia encrucijada. En vez de que la consulta pública hubiera resuelto sus problemas con los granjeros y comerciantes de Calexico, con los dueños del capital en el Valle Imperial, los había ahondado. En un texto publicado el 2 de junio bajo el título de “Una impresión equivocada”, reconocía que su encuesta no favorecía a los revolucionarios floresmagonistas sino a la Revolución Mexicana como un todo:

Como resultado de la votación por tarjeta postal llevada a cabo por el *Chronicle* sobre la revolución mexicana, ha surgido un malentendido extremadamente desafortunado, por lo



que lamentamos que la redacción de la papeleta no haya dejado al votante la oportunidad de votar a favor o en contra de los bandidos que operan bajo el Partido Liberal en Baja California, dirigido por Pryce, Williams, Berthold y otros. Sin embargo, parece que hay la impresión de que el 95 por ciento del pueblo, incluyendo nuestro diario, favoreció a los merodeadores mencionados cuando la intención era tomar un voto sólo sobre la revolución en general. Nos complace corregir esta falsa impresión en la medida en que esté en nuestra mano corregirla. Ni el pueblo ni el *Chronicle* están a favor de los planes socialistas de estos insurrectos y hace tiempo que les hemos aconsejado que su parte es unirse y ayudar a restablecer la paz en su país. Sus asaltos y tácticas de atraco no pueden ser condonados, pero por otro lado reciben la condena de todas las personas que piensan correctamente. Este asunto es el origen de todo el malentendido que actualmente amenaza con desgarrar a la comunidad y es una condición que lamentamos como todos los demás ciudadanos. O. B. Tout.

En ese mismo número, el diario fronterizo parecía darle más espacio a los anunciantes, como bancos, farmacias, teatros, mueblerías, hoteles, doctores, barberías, tiendas de comestibles, servicios de bienes raíces, que a las noticias. Era el principio de un viraje, por parte de Otis B. Tout, hacia posiciones seguras para mantener a flote el negocio de su periódico. Entre los anunciantes y los revolucionarios, la apuesta se decantaba hacia los primeros. Y este viraje no sólo ocurría en el diario de Calexico. El *Imperial Valley Press* también sufría cambios en su planta editorial. En un anuncio editorial se daba a conocer su posición:

Al verme obligado a renunciar a mi participación en el Valley News Company y a la presidencia de la corporación, me resul-

ta necesario también cortar mi relación con el *Imperial Valley Press*. Si mi trabajo como editor durante casi cuatro años ha sido de utilidad para los colonos y desarrolladores del Valle Imperial, estoy contento... La responsabilidad de la futura dirección del periódico será asumida por otros después de este número, y confío en que el cambio sea satisfactorio para los lectores y gratificante para la nueva dirección. Allen Kelly.

A Tout, las fuerzas del mercado local lo habían obligado a pasar a posiciones más conservadoras bajo la presión de sus anunciantes, mientras que a Kelly lo habían sacado del semanario. En el lugar de este último quedaría Edward Howe, un periodista más pragmático, que sabía su papel como editor: dar noticias y no tomar partido. ¿Qué significaba eso? Abjurar de todo lo que causara problemas para hacer negocios en la frontera. Así, en el artículo “El bandolerismo fronterizo”, publicado el 3 de junio, se criticaba la conducta del ejército floresmagonista al otro lado de la línea internacional:

Parece que en Mexicali no queda más que la escoria de la revolución mexicana. La banda que permanece en la ciudad no está haciendo la guerra, sino que se ha volcado al bandolerismo y al chantaje. La reciente amenaza de Quijada de volar la compuerta de Sharp y las demandas de chantaje que ha hecho a los americanos que tienen intereses por debajo de los de él, lo colocan en la clase de los bandidos y llevan la cuestión de la actitud del gobierno americano hacia los insurgentes de Baja California a una etapa aguda. Si Washington no puede ver el camino claro para hacer frente a la situación sería aconsejable retirar las tropas de la frontera y dejar que el problema sea resuelto por los amenazados usuarios de agua del Valle imperial.



Era, como lo leían los lectores de su tiempo, un llamado a que los dueños de los ranchos se convirtieran en un grupo de vigilantes y tomaran la ley en sus manos. Sólo un editorial, el último de Allen Kelly, salvaba aquel número del *Imperial Valley Press* y estaba dedicado a analizar “El paso de Díaz”, exponiendo lo que era: un dictador que había usurpado el poder por 30 años. Según este texto, había sido la prensa mundial la que lo había colmado de elogios y la que había ocultado el lado oscuro de su régimen:

Era ambicioso y traicionero, y conspiró para asesinar a Benito Juárez, su amigo y benefactor, y procuró el asesinato de los generales que no apoyaban sus planes insurreccionales. Llegó al poder fingiendo una oposición patriótica a la reelección de los presentes, y luego traicionó a su país destruyendo la Constitución y haciéndose presidente perpetuo. Se ha puesto de moda hablar de Porfirio Díaz como uno de los grandes estadistas de su época. Eso es porque el mundo es un loro y emite sonidos sin sentido. La grandeza y la bondad de Díaz se descubrieron cuando él y los delincuentes que lo rodeaban comenzaron a vender concesiones inmensamente valiosas a los aventureros financieros norteamericanos y a repartir México a esos intereses. Ese descubrimiento fue hecho y proclamado por los grandes periódicos, propiedad de tales intereses, y mediante la repetición indujeron a la irreflexiva masa de la humanidad a aceptarlo como un hecho. Él hizo México, dicen, pero lo que hizo fue convertir a su país en una corrupta, sangrienta tiranía, plena de desesperada pobreza, de esclavitud y desesperación. Despojó a la gente de sus granjas y dio la tierra en inmensas extensiones a unos pocos favoritos, muchos de ellos jefes bandidos, que le habían ayudado a usurpar el poder. Él alentó la inversión de capital extranjero y el desarrollo material del país para el beneficio inmediato de unos pocos.

El gran y buen Díaz, bajo cuyo benéfico gobierno México alcanzó el más alto porcentaje de analfabetismo entre las naciones civilizadas del mundo.

Para el 5 de junio, el *Chronicle* informaba que la solución del gobierno de transición mexicano era enviar a nuevas fuerzas federales. Con el título de “El ejército vendrá contra los rebeldes”, se daban a conocer los nuevos planes para recuperar la Baja California:

El telégrafo dice que los Estados Unidos han concedido permiso para el paso de las tropas federales de Juárez a Mexicali y Tijuana, con el propósito de suprimir los grupos de rebeldes en estos lugares que se hacen pasar por insurgentes, pero que en realidad roban los ranchos y roban a todo el mundo por dinero. Los despachos dicen que las tropas vendrán en breve y que se hará una dura campaña hasta que no haya más posibilidades de éxito de un gobierno socialista. En Tijuana, Dick Ferris, evidentemente en busca de publicidad, ha sido elegido presidente de la nueva república; Pryce no se ha presentado y Mosby ha sido elegido general.

En Mexicali, mientras tanto, los revolucionarios floresmagonistas parecían vivir en el perpetuo sopor. O tal vez la causa era otra. Ese 5 de junio, el termómetro a las 2 de la tarde llegaba a los 100 grados y eso que aún estaba la región en primavera y todavía no llegaba el verano con sus altísimas temperaturas.

Para el 7 de junio, la información del *Chronicle* era que: “1300 tropas veteranas vendrán desde Chihuahua para atacar a los liberales en la Baja California. Estas tropas solicitarán permiso para venir a través del territorio de los Estados Unidos y, si no lo consiguen, irán a través del país a un puerto en el golfo y navegarán hacia Ensenada”, a la vez que



de parte de los revolucionarios también llegaban sus despachos: “El Gral. Pryce se ha presentado en Los Ángeles y afirma que se está enviando un gran número de reclutas y toneladas de municiones a los rebeldes de Tijuana. Su actitud es de desafío y la Junta de Magón es de la misma opinión”. En ese mismo número, las quejas contra los floresmagonistas acantonados en Mexicali subían de tono y a los rebeldes se les calificaba de bandidos. Con el título de “Inmensa pérdida en los campos de remolacha”, se aseguraba que

los insurrectos añadieron otra gran industria a su lista de intereses comerciales arruinados en Baja California. Quijada, el líder de los bandidos, exigió 5000 dólares a la compañía de azúcar de remolacha para continuar con el negocio y cosechar el cultivo que ya está listo para arrancar. Como la empresa no accedió al asunto y se negó a entregar el dinero a la banda de asaltantes, el agua ha sido cortada y los cultivos se secarán y la tierra se pudrirá. Todas estas tácticas, que parecen ser muy populares entre los bandidos, no les están redituando ningún dinero. Donde antes los insurrectos provocaban simpatía, ahora merecen la enemistad de todos. Incluso los turistas y visitantes que van a Mexicali son asaltados y molestados en las calles por rufianes ebrios. No es un lugar seguro para visitar.

Por eso el diario de Calexico festejaba la noticia de que “Tropas federales vendrán por los Estados Unidos”, donde se informaba que, en una nota enviada desde Washington,

El Departamento de Estado ha decidido hoy autorizar a las tropas federales a pasar por Arizona y California en ruta hacia la Baja California para reprimir a los insurrectos de esa zona. Las tropas serán desarmadas en el límite internacional y sus

armas y municiones serán enviadas aparte y se les entregarán cuando regresen a suelo mexicano.

El 10 de junio, sábado, el *Imperial Valley Press*, ahora con Edward F. Howe como su nuevo editor, destacaba que el rancho de la California-Mexican Company, mejor conocido como el C.-M., propietario de tierras y ganado en las cercanías de Mexicali, tenía una pérdida de 300 cabezas de ganado a manos de los rebeldes y que

veinte cabezas de caballos fueron traídas ayer a Yuma por empleados del rancho y puestas a cargo del inspector Miles Archibald, quien las tiene en el corral del ferrocarril con candados de la aduana de los Estados Unidos en las puertas. Algunas personas que viven en Mexicali escucharon a un grupo de insurrectos hablando de apoderarse de esta banda de caballos, que se encontraban en una isla del río Las Abejas, e informaron a los empleados del rancho. La gente del rancho fue tras los caballos de inmediato, llegando antes que los insurrectos y trasladándolos a Yuma.

La vida era difícil para los habitantes de la región. Nadie acertaba a decir lo que iba a pasar. Ni cuándo. Ni cómo.

En otro artículo del mismo semanario, enviado desde Los Ángeles, se decía que “La incertidumbre prevalece en toda la península” y sobre todo en los círculos oficiales de la Baja California:

Casi todos los miembros del actual gobierno en la península son o fueron amigos de la administración de Díaz y desde hace varios días esperan órdenes del gobierno de Madero anunciando el nombramiento de los funcionarios. El gobier-



no de Madero anuncia el nombramiento de sus sucesores. Se sabe que el gobernador Vega no espera continuar en el cargo. Los empleados bajo su mando ya han hecho arreglos para conseguir puestos en este país. La principal inquietud se centra en el sucesor de Vega. Aunque se ha hablado de varios mexicanos de renombre para el puesto, hasta esta mañana no se había dado crédito a ninguno de los informes.

En realidad, cambios iba a haber en el Distrito Norte, pero el gobierno que llevaría tales cambios no era el de Madero, sino el del presidente interino, Francisco León de la Barra. También desde Los Ángeles, se hablaba de “La audiencia de Salinas el viernes”, donde se notificaba que:

William M. Van Dyke, Comisionado de los Estados Unidos, continuó hasta el viernes por la tarde la audiencia del procedimiento de extradición en el caso de Francisco Salinas, depuesto general del ejército revolucionario mexicano. El general Salinas fue arrestado aquí hace un mes por avisos telegráficos de las autoridades mexicanas. Se le acusa de robo. Salinas sólo puede ser detenido durante cuarenta días por avisos telegráficos.

Y no era sólo Salinas. También desde Los Ángeles, el general Pryce había conferenciado con la junta del Partido Liberal Mexicano para ver qué estrategia había que seguir para obtener suministros para continuar su campaña en Baja California. Según lo declaraba el *Imperial Valley Press* del 10 de junio:

El general Pryce es el típico soldado de fortuna. Está en la clase de seis pies. Aunque sólo tiene 34 años, su cabello está lleno

de canas. Está bronceado por su vida al aire libre. Tiene una frente alta, mientras que su nariz está un poco llena. Su bigote es marrón claro y grande. Habla con lentitud y rara vez dice más de unas pocas palabras a la vez. Cuando habla, lo hace de forma entrecortada y con un acento peculiar. “Soy británico”, dijo el general Pryce cuando se le preguntó por su nacionalidad. “Fui educado en las escuelas públicas de Inglaterra y no recibí educación en una escuela militar, como se ha dicho. Los conocimientos militares que poseo los obtuve en la guerra real. Esta es mi cuarta campaña... Atraído por la lucha de los mexicanos, fui a la Baja California y he estado allí durante varios meses. No me importa decir cuántos hombres tengo bajo mi mando, pero aproximadamente una cuarta parte de ellos son mexicanos. El resto está dividido entre otras nacionalidades, predominando los estadounidenses. He telegrafiado a Madero para ver si nos da alguna ayuda. Si no lo hace, significará una dura lucha. Puede que no seamos capaces de mantener Tijuana, ya que está mal situada desde el punto de vista militar. Está rodeada por cerros y hay una colina a 800 yardas de la ciudad”.

Para el 12 de junio, el *Calexico Daily Chronicle* resumía la situación del ejército floresmagonista al otro lado de la frontera. En un artículo titulado “Desintegrándose” aclaraba que:

Los liberales rebeldes de Mexicali se han desintegrado prácticamente por completo. El clima cálido ha tenido algo que ver con las deserciones de los norteamericanos y luego la actividad de Gallego, con su banda de antiliberales, puede tener algo que ver. Con el suministro de verduras, etc., cortado por Gallego, no hay ninguna fuente de suministros y el conjunto revolucionario se ha reducido a un puñado. En el pacto de paz que se dice que se ha hecho entre Magón y Madero, se permite



a los liberales mantener sus armas, caballos y recibir 25 dólares en oro cada uno. Mexicali está bien encaminado hacia la reanudación de la paz, la prosperidad y la abundancia.

Unos días después, el 15 de junio, el diario de Calexico anunciaba que había “Negociaciones de paz” y que enviados del maderismo estaban buscando la disolución del ejército floresmagonista —o de lo que quedaba de éste— en Baja California. Lo interesante aquí es que Rodolfo L. Gallego, quien había sido un rancharo mexicalense con inclinaciones revolucionarias, que había apoyado a los floresmagonistas, ahora era maderista y buscaba luchar contra éstos. Pero la opción de pagarle a los revolucionarios y dejarlos desbandarse por su cuenta, resultó la mejor opción:

Ha llegado una interesante carta, en forma de proclamación, firmada en El Paso por Juan Sarabia, J. P. Magón y Antonio Villarreal, tres antiguos liberales ahora convertidos a la causa maderista y opuestos a la inútil contienda que llevan a cabo los llamados liberales en Tijuana y Mexicali. La carta repasa los hechos de que una gran parte de los ideales de los revolucionarios se ha realizado; que la gran masa del pueblo está en contra de seguir luchando y que, si todavía hay algunos ideales que desear, es mejor realizarlos mediante la educación del pueblo que continuar la guerra entre hermanos. El manifiesto, junto con la llegada de dos representantes de Madero durante la presente semana, ha tenido un buen efecto en Mexicali y entre los mexicanos en Calexico. El manifiesto de Gallego y Hernández instando al alistamiento activo de todos contra los liberales, será, pues inútil, si las negociaciones de paz son atendidas favorablemente por Quijada y Limón.

En los días siguientes, la terminación de la revolución en Mexicali, en forma pacífica y sin la presencia del ejército federal, acabó siendo la gran noticia que todos, en la franja fronteriza, esperaban. El 17 de junio, el *Chronicle* informaba en una breve nota, titulada “El fin de la insurrección”, que este desenlace

puede ocurrir en cualquier momento. Los enviados de Madero han ganado su punto y veinte rebeldes de la guarnición de Mexicali depusieron sus armas y cruzaron a los Estados Unidos esta mañana. Están siendo examinados por el Inspector Webb de la oficina de Inmigración. Cada vez hay más personas haciendo cola. La línea ha sido cerrada temporalmente por los nuevos oficiales mexicanos, que están haciendo todo lo posible para reorganizar el gobierno local de acuerdo con las leyes federales.

Así, sin disparar ni un solo tiro, la revolución floresmagonista terminaba. Como diría el poeta Thomas S. Eliot, no con un estallido sino con un suspiro. Pero lo que se celebraba en la frontera se veía, desde Los Ángeles, desde las filas del Partido Liberal Mexicano, como una traición al movimiento revolucionario. Y más cuando muchos de sus integrantes estaban siendo buscados por las autoridades estadounidenses por haber roto las leyes de neutralidad. Pero en los valles de Mexicali e Imperial, más que fiesta era volver al trabajo. Así, el 17 de junio el *Chronicle* ya hablaba de un “Puente reparado”, haciendo notar que: “El puente al este de la estación de Mexicali, destruido con dinamita por los insurrectos, ha sido reparado por el ferrocarril Inter-California justo a tiempo para manejar la gran cosecha de remolacha que será cargada en Pascualitos”. Y el *Imperial Valley Press* de ese mis-



mo día no daba noticias de pacificación por los rumbos de Tijuana, ya que:

Todos los hombres de la fuerza de Mosby están trabajando en armonía y que el campamento está completamente en control de los mexicanos, que son todos miembros del Partido Liberal Mexicano. Los insurrectos afirman tener abundantes municiones y una gran cantidad de rifles. En el campamento de Tijuana no se toman reclutas a menos que sean declarados radicales, y según el general Mosby, “no se permitirá que los soldados de fortuna permanezcan en el campamento. Todo hombre que se una al ejército rebelde en adelante debe venir a luchar por el principio de la libertad y nada más”. El general Mosby está activamente ocupado en la preparación de fuertes defensas para la ciudad y se informa que se han plantado un gran número de minas. Este informe es confirmado por el hecho de que no se permite a los visitantes salir de las calles principales de Tijuana.

En ese mismo número del 17 de junio, se ofrecía la noticia de que Francisco Salinas, el otrora comandante del ejército liberal en Mexicali, había sido liberado, ya que habían pasado 40 días y el gobierno mexicano no había solicitado su extradición. Por otra parte, debido a que el *Imperial Valley Press* salía semanalmente, muchas de sus noticias estaban atrasadas, como la que se titulaba “Un leal a Madero podría atacar Mexicali”, donde se explicaba que Rodolfo L. Gallego organizaba a un nutrido grupo de simpatizantes de Madero para arrebatarse a los floresmagonistas el poblado de Mexicali y que:

Mexicali, después de estar en un estado de relativa tranquilidad durante dos semanas o más, vuelve a proporcionar algo

de emoción bélica. Los leales a Madero están planeando tomar la ciudad de los insurrectos “liberalistas”, y se han organizado para este trabajo. Su líder es el Sr. Gallego, quien se hizo famoso en la historia de los problemas locales al ser el rehén del subprefecto Terrazas, cuando éste fue retenido por los rebeldes por un rescate de 500 dólares. A Terrazas se le permitió cruzar a Calexico para conseguir el dinero mientras Gallego permanecía en su lugar, con el acuerdo de que sería fusilado si Terrazas no regresaba con el dinero a una hora determinada. Los residentes mexicanos que simpatizan con el gobierno encontraron conveniente mantener su residencia en el lado de Calexico de la línea fronteriza durante los últimos tres meses, y es este mismo Gallego quien está tomando las medidas necesarias para organizar a los hombres para retomar Mexicali. El movimiento se ha formulado hace más de una semana, y durante ese tiempo los americanos que han estado sirviendo a Francisco Quijada, el líder interno, han desertado y se han trasladado a Calexico para participar en el movimiento de Gallego. Ayer por la mañana, Gallego y sus hombres, de los que se dice que son unos cuarenta, cruzaron a Packard y tomaron posesión de las casas del rancho de la California-Mexico Land and Cattle Company. Esto está a unas siete millas al sureste de Mexicali. Quijada ha tenido la costumbre de conseguir verduras de los jardines de este rancho, y cuando envió a varios mexicanos y a un negro por las provisiones del día fueron retenidos por el grupo de leales. Al negro lo mataron y los mexicanos quedaron prisioneros. Cuando no regresaron, Quijada envió un destacamento de veinte hombres para investigar la razón de su retraso, y estos hombres cabalgaron directamente a una trampa puesta por los leales a Madero y fueron todos hechos prisioneros. Quijada ordenó entonces a todos los insurrectos que se reunieran en Mexicali y los mantuvo preparados para un ataque anoche, pero Gallego no hizo ningún otro movimiento. Se cree que los



dos bandos tienen casi el mismo número de hombres, y que Gallego pronto se moverá para atacar y recapturar Mexicali.

Pero el colapso de la revolución floresmagonista avanzaba en muchos frentes. A nivel local, el grupo comandado por Gallego acorralaba a los últimos revolucionarios leales al Partido Liberal Mexicano, mientras que a nivel federal se enviaban tropas para sofocar la revolución en una zona que ponía en peligro las relaciones entre México y los Estados Unidos. Pero esa fuerza armada no iba a llegar pronto y otras instancias se movían para que todo acabara sin más derramamiento de sangre. Como lo auguraba el *Imperial Valley Press*, tal vez “no se requerirá que hagan ninguna lucha seria. Por lo tanto, el nombre de México está aparentemente por ser eliminado del mapa de la guerra y podemos esperar pronto un desarrollo activo por debajo de la línea internacional”. El paso decisivo lo darían los enviados de Madero, que encontrarían que la fe en la revolución anarcosindicalista estaba menguando y más cuando esa región del país entraba al verano y las temperaturas aumentaban día con día. Este es un factor que se olvida: vivir en Mexicali en el estío era un verdadero infierno y más en aquellos tiempos en que aún no existía más ayuda contra el calor que protegerse en subterráneos o zambullirse en el agua de los canales y ríos. Y como muchos de los insurgentes eran gente proveniente del interior del país o del norte del continente americano, la resistencia contra la insolación era mínima. Pero faltaba un factor más: el incentivo monetario. En el *Calxico Daily Chronicle* del 19 de junio se daba la noticia de que “Los magonistas renuncian por 10 dólares”:

Diez dólares, en dinero real, les pareció mucho mejor a los remanentes de la banda insurrecta de liberales y magonistas de

Mexicali que la posibilidad de ser parados contra una pared de adobe y fusilados, así que cincuenta de la banda aceptaron las propuestas de los maderistas, que han estado trabajando con ese fin durante la última semana. Cada hombre recibió diez dólares y se le permitió cruzar la línea. Tan pronto como los hombres comenzaron a cruzar la línea fueron detenidos por el inspector de inmigración de los Estados Unidos, George Webb y su personal, y examinados en cuanto a la salud y los antecedentes. Cuando todos los hombres pasaron por las autoridades de inmigración, fueron reunidos por oficiales civiles bajo la dirección del alguacil de la ciudad, Frank Crane, y asistidos por una docena de soldados de la Octava Infantería de los Estados Unidos localizada aquí, y llevados al restaurante chino, donde se les dio la oportunidad de comprar una comida. Tan pronto como se les dio de comer, fueron llevados de nuevo por los soldados y los alguaciles y se dirigieron a la vía del tren. Los oficiales de Calexico los acompañaron por la vía durante dos millas y les advirtieron que si alguno de ellos volvía a aparecer en Calexico sería puesto a trabajar en las calles que, se dice, podrían ser mejoradas por ese trabajo. La oficina del sheriff fue notificada, y a menos que la banda se disperse antes de llegar a El Centro, se les ayudará en su camino de buena gana. Este grupo de aventureros, en su mayoría estadounidenses, ha estado aterrorizando a la población de la Baja California. Ahora mismo es Gallego quien ostenta el poder militar en Mexicali y lo entregará a los representantes del gobierno federal tan pronto como esté convencido de que los liberales no causarán más problemas. Esto será cuando las tropas lleguen desde Juárez para respaldar al gobierno. Llegarán en una semana. Mexicali estuvo abierto ayer, pero no se permitió la venta de licor. Se está especulando mucho sobre el personal probable de la oficialidad en Mexicali bajo el nuevo régimen. Los mexicanos no quieren a algunos de los integrantes del antiguo régimen y bloquearán su nombramiento.



Un día después, el 20 de junio, viendo que la revolución floresmagonista era cosa del pasado, el diario de Calexico daba a conocer que las tropas estadounidenses permanecerían en la frontera, pero sólo de momento. Para el 23 de junio, muchas dudas se despejaban. El *Chronicle* anunciaba que “Tropas mexicanas se embarcan hoy en El Paso”, donde informaba que el gobierno mexicano había pagado a la empresa ferroviaria South Pacific

para el transporte de 1500 tropas desde El Paso a Los Algodones. Se supone que las tropas se trasladarán hoy y llegarán a Los Algodones el domingo. El retraso se debe a que el gobierno desea vestir a los soldados con uniformes nuevos para que den una buena impresión al pasar por territorio americano. Las tropas serán llevadas por el Inter-California desde Los Algodones a Mexicali y a su llegada los funcionarios de aduanas del gobierno tomarán sus puestos y el gobierno federal se establecerá de nuevo firmemente en Mexicali. Mientras tanto, Gallego y sus hombres mantienen la ciudad con su poderío militar, aunque no están al servicio del gobierno federal, por lo que se sabe.

En esa misma edición, se daba una noticia titulada “Vega ocupa la ciudad fronteriza”, donde se informaba que el gobernador Celso Vega

había atacado a los insurrectos en Tijuana a partir de las 10:30 de la mañana y después de una feroz batalla que duró hasta el mediodía y durante la cual murieron por lo menos 50 de los rebeldes y dos federales, obligó a los insurrectos a cruzar la línea hacia el territorio americano o a rendirse. Vega está ahora en posesión de Tijuana y Baja California está de nuevo

en manos del gobierno federal de México. Las tropas de Vega eran seiscientas y los insurrectos algo así como cien.

El 24 de junio, el reporte sobre la batalla de Tijuana lo confirmaba el *Imperial Valley Press*, aseverando que “Tijuana se rinde”. Ese mismo día, el *Calexico Daily Chronicle* afirmaba que “Mexicali elige nuevos funcionarios”, que eran Feliciano Esparza como subprefecto, M. Páez como administrador de justicia, C. Aguillón como juez de paz y jefe de la oficina postal, Esteban Cota como jefe de policía y J. Hernández como jefe de inspectores de la aduana; pero la auténtica noticia era que Mexicali estaba recuperando sus derechos ciudadanos sin la intervención del ejército, que aún brillaba por su ausencia. En el *Imperial* de ese 24 de junio se daba a conocer la fiesta cívica del 18 de junio bajo el titular “El día seco de Mexicali”, donde se decía que:

Mexicali está ahora bajo el control del señor Gallego y su cuerpo de leales. La instalación formal del gobierno temporal, en espera de la llegada de los oficiales federales recién nombrados, tuvo lugar el domingo pasado, cuando los ciudadanos se reunieron y se pronunciaron discursos patrióticos. Se ordenó a todos los lugares donde se vende licor que se abstuvieran de vender el domingo, y durante el día la ciudad estuvo absolutamente seca.

En buena medida, con aquella reunión, la revolución floresmagonista quedaba definitivamente en el pasado. Y ahora lo que importaba era el futuro. En el editorial de ese mismo número, escrito por Edward F. Howe, se preguntaba “¿Qué vendrá debajo de la línea?”. Pero su preocupación no era la suerte de los mexicanos fronterizos sino de los negocios estadounidenses en el valle de Mexicali:



En relación con la salida de las tropas hacia Baja California, un alto funcionario del gobierno mexicano dijo que se está elaborando un plan para la colonización del territorio en gran escala. Miles de familias mexicanas van a ser trasplantadas y toda ayuda para colonizar y mejorar la península.

Pero esto contradecía a los propios intereses de las compañías extranjeras en el valle de Mexicali. Estas empresas no iban a permitir que nadie tomara sus tierras so pena de la intervención, diplomática o bélica, del gobierno americano. Para Harrison Gray Otis, Harry Chandler y los demás propietarios de tierras en esta zona de México, nadie les iba a quitar sus privilegios. Y tan fue así que continuaron siendo el poder real en el valle de Mexicali por el siguiente cuarto de siglo. Para el 26 de junio, el *Chronicle* pregonaba que “Las tropas mexicanas llegan esta mañana”, donde se afirmaba que:

Las esperadas tropas mexicanas han llegado desde El Paso. Salieron de El Paso el sábado por la mañana y llegaron a Calexico alrededor de las seis de la mañana viniendo por el camino de Imperial. Fueron enviadas aquí por el Presidente de la Barra de México para hacerse cargo de los asuntos de Baja California y son todas ellas tropas federales del antiguo gobierno de Díaz. El ejército de Baja California consta de 300 hombres bajo el mando del Coronel Fidencio González, quien se cree relevará al Gobernador Vega. Cien de la infantería fueron dejados para la guarnición de Mexicali, con los siguientes oficiales: Mayor Esteban Cantú, Primer Capitán Gabriel Rivera, Segundo Capitán Manuel Campo, Teniente Juan Rodríguez y Subteniente Salvador Ramírez. Los soldados para Mexicali cruzaron la línea fronteriza inmediatamente después de su llegada y pronto tuvieron sus municiones de guerra, que estaba en carros separados, descargadas. Los

oficiales provisionales que habían estado a cargo de Mexicali entregaron el gobierno de la ciudad a los federales quienes, a su vez, los reintegraron inmediatamente en el cargo por el momento. Los antiguos oficiales bajo el régimen de Díaz no fueron autorizados a cruzar la línea hoy. Los otros doscientos hombres, destinados a Tijuana, fueron dejados en Calexico y se les dio permiso para dejar el tren y ver la ciudad. Alrededor de las 7, las damas mexicanas de Calexico les sirvieron un almuerzo de delicioso café y bollos.

En otra nota del *Chronicle* del mismo 26 de junio se anunciaba la liberación de 100 revolucionarios floresmagonistas que cruzaron la frontera hacia los Estados Unidos en la batalla de Tijuana y que sólo el comandante Mosby permanecía bajo custodia por ser un desertor del ejército de los Estados Unidos. Para el 27 de junio, la gran noticia era que el mayor latifundio de la península volvía a ponerse en marcha ahora que todo había cambiado para quedar igual. El *Imperial Valley Press*, por su parte, en el número del primero de julio, avisaba que:

El general Caryl F. Rhys Pryce, antiguo comandante de los insurrectos mexicanos, fue procesado el lunes ante el juez Wellborn en el Tribunal de Distrito de los Estados Unidos en Los Ángeles, acusado de violar las leyes de neutralidad al conspirar para contratar y alistar hombres en los Estados Unidos para entrar al servicio de los rebeldes mexicanos. Dijo que no tenía abogado y que no tenía medios para contratar uno.

En otra noticia del mismo semanario, se hablaba de que el ferrocarril Inter-California reanudaría su servicio después de cuatro meses inactivo y recordaba a sus lectores que:



La vía férrea quedó fuera de servicio por las acciones de los insurrectos que ocuparon el territorio mexicano, cortaron los cables telegráficos, quemaron puentes y amenazaron a los funcionarios del ferrocarril con violencia si se intentaba reanudar las operaciones. Inmediatamente después de la ocupación de Mexicali por los rebeldes, las oficinas del ferrocarril Inter-California fueron trasladadas a través de la línea internacional a Calexico, y sólo un vigilante en el depósito de Mexicali quedó en el lado mexicano. En la última semana, cuadrillas de hombres se han dedicado a reparar los puentes quemados y la vía férrea estará lista para el tráfico dentro de unos días. Inmediatamente después empezará el envío de la cosecha de remolacha en el rancho de Cudahy en Cucapá a la fábrica de azúcar de remolacha en Glendale, Arizona. Se calcula que se enviarán unos diez carros de remolacha desde este rancho a la fábrica de Glendale.

Y en una nota más titulada “Los soldados mexicanos llegan a Mexicali” se aseguraba que “Mexicali se ha convertido en una ciudad importante con guarnición a lo largo de la frontera norte de México”. Parecía que “los días problemáticos” habían terminado. Y más para los intereses extranjeros en la región. Así, el *Imperial Valley Press* anunciaba que la “C.-M. Company resume el trabajo en el rancho mexicano” y que necesitaba trabajadores para “restaurar las condiciones normales en esta propiedad”:

La California-Mexico Land and Cattle Company reanudará de inmediato las operaciones en su inmenso rancho justo debajo de la línea fronteriza internacional. Se harán todos los esfuerzos posibles para restablecer las condiciones normales allí tan rápidamente como sea posible. La compañía desea obtener de inmediato dos o cinco hombres para el lado mexica-

no y diez hombres para el lado americano del rancho. Todo el trabajo estará bajo la supervisión de Sidney McHarg. Cuando las depredaciones de los insurrectos llegaron a ser tan graves que el ganado, los caballos y las provisiones del gran rancho fueron extraídos a su antojo, la compañía del rancho decidió que era inútil emprender más operaciones hasta que se estableciera un gobierno estable. Un inmenso lote de ganado fue traído a través de la línea a los Estados Unidos y enviado a Los Ángeles, donde, fue vendido en subasta pública. El agua de riego fue cortada de los campos al otro lado de la línea internacional y los cultivos fueron abandonados, mientras que los empleados fueron despedidos. Esto fue un serio golpe para el negocio de Calexico, ya que las diversas ramificaciones del negocio del rancho C.-M. traen un gran volumen de tráfico a la ciudad fronteriza. La noticia de la reanudación de las actividades será anunciada con satisfacción. Se cree que los famosos campos de alfalfa de 600 acres que rodean a Packard aún pueden salvarse mediante riegos abundantes, que se aplicarán tan pronto como se consiga personal para realizar el trabajo. El ganado se llevará de vuelta a través de la línea y dentro de poco tiempo el rancho C.-M. volverá a ser uno de los mayores productores de ganado del valle Imperial.

Esto es importante señalarlo: para este semanario el valle de Mexicali, el valle al sur de la frontera, era parte del Valle Imperial. Y no estaba equivocado: desde el punto de vista de los propietarios extranjeros, el lado mexicano era tan suyo como el valle del lado americano. En conjunto eran una zona productiva que les pertenecía a ellos solos y a nadie más. Don Porfirio les había otorgado una concesión de casi un millón de acres que ningún gobierno que viniera después podría despojarles. 1911 había sido un año complicado, pero ahora querían resarcirse haciendo más productivas sus co-



sechas y aumentando sus cabezas de ganado. La revolución no pasó de ser una anomalía. Ahora llegaban los tiempos de costumbre: los de los negocios a escala masiva, los del comercio como único motor del progreso. Es irónico pensar que estos hombres de empresa, los Gray Otis, los Chandler, los Cudahy, eran los verdaderos filibusteros, los agitadores del gran capital que, ante cualquier problema que se les presentaba en México, acudían al Tío Sam para que protegiera sus inversiones, para que cuidara de sus intereses. Se podría decir que, en ese sentido, podemos parafrasear aquella famosa frase de que lo que era bueno para la Colorado River Land Company era bueno para los Estados Unidos. Incluso los revolucionarios floresmagonistas apenas habían rascado la inmensa riqueza de estos latifundistas y nunca tuvieron la capacidad de ponerse al tú a tú con esos magnates del otro lado que, gracias a las políticas del Porfiriato, ahora eran más ricos que nunca. Y más poderosos.



Julio 1911 – diciembre 1911:
reclamos y venganzas



La revolución floresmagonista ya era historia. Los meses que quedaban de 1911 iban a ver cómo se iba olvidando paulatinamente aquella saga rebelde y cuántas heridas quedaban abiertas en la sociedad fronteriza, heridas que llevarían a repercusiones inesperadas, a reclamos de toda índole, a venganzas desde el poder, a conflictos que resonarían en los años por venir. Para el 15 de julio, el *Calexico Daily Chronicle* avisaba que los soldados estadounidenses, que habían sido apostados en la frontera de Mexicali-Calexico, se marchaban. Para el 19 de julio llegaba finalmente la noticia que muchos empresarios estadounidenses esperaban. Bajo el título de “México resarcirá” se puntualizaba que

el gobierno mexicano ha asegurado que se ocupará de ajustar las reclamaciones de los americanos y ver las indemnizaciones en cuanto a las pérdidas sufridas por ellos durante la reciente revolución. Los mayores perjudicados fueron los propietarios de ranchos americanos que se encontraban por debajo de la línea. Los Cudahys, Lee Little, L. E. Sinclair, el rancho Loftus y varios otros recibirán una indemnización en efectivo en el acuerdo, ya que fueron saqueados por los insurrectos y los federales no los detuvieron.

El 20 de julio, el *Chronicle* daba espacio en sus páginas a una serie de rumores sobre una nueva banda de revolucionarios,

pero sólo para desmentirlos bajo el título de “Informes amarillistas de la insurrección”, donde afirmaba que:

Los reportes publicados de que una nueva banda de 75 a 100 hombres, bajo el liderazgo del Capitán McDonald y un hermano de Quijada, parecen estar basados en rumores muy endeble. No hay ninguna banda, según el conocimiento de los oficiales de aduana o de la policía local, y la pequeña ciudad de Mexicali parece ser el lugar más pacífico de la tierra en este momento. El informe parece haber sido fabricado a partir de un despacho de la Prensa Asociada desde Washington, en el que se afirma que los agricultores de la zona están pidiendo protección contra los exrebeldes. El corresponsal de allí probablemente se hizo con la petición del Club de Granjeros y Comerciantes para que continúe la ocupación de los soldados americanos en Calexico y esa es la base del nuevo miedo a la guerra.

Para el 21 de julio, el diario de Calexico recordaba que Pryce, Laflin y Mosby, jefes revolucionarios floresmagonistas, podrían ser extraditados y juzgados por asesinato y robo en México, ya que “Pryce está acusado de un asesinato que supuestamente se cometió en México, cerca de Ensenada, el 1 de junio de 1911 o alrededor de esa fecha, y Mosby y Laflin están acusados de robo, que se dice que se cometió en México, cerca de Ensenada, el 1 de junio de 1911 o alrededor de esa fecha”. Todas las acusaciones eran imprecisas, como si hubieran sido hechas al vapor para obtener la orden de detención y más tarde abultar el expediente criminal a gusto del gobierno mexicano. Como fuera, se notaba que entre los viejos porfiristas y los maderistas que pronto esperaban ser gobierno electo había coincidencias, al menos en la forma de

proceder contra los seguidores de Ricardo Flores Magón en los Estados Unidos.

En el *Imperial Valley Press* del 22 de julio, se repetía la información que el *Chronicle* había dado de que

México pagará una indemnización justa a los americanos. Los hombres que perdieron cosechas y ganado en las cercanías de Mexicali tienen buenas posibilidades de recuperar sus pérdidas. Llega de Washington el anuncio de que el Departamento de Estado protegerá a todos los norteamericanos que tengan reclamaciones legítimas contra México por daños sufridos durante la revolución. Se dice en el departamento que en cada caso conocido por un cónsul americano en el que un americano fue muerto o herido, o sufrió pérdidas de propiedad, la embajada en la ciudad de México ha hecho una queja formal a la oficina extranjera. Para los familiares de los norteamericanos muertos por los bandoleros, o por los disparos efectuados a través de la línea internacional, se cobrarán daños sustanciales, pero estos casos no son muchos en conjunto. El Gobierno mexicano ha asegurado a la Embajada de los Estados Unidos que pronto procederá al ajuste de estas reclamaciones.

Era obvio que la nota hacía énfasis en que los pagos serían por daños realizados por los rebeldes, pues no se mencionaban los daños hechos a los extranjeros y/o sus propiedades por el ejército federal, los rurales y los paramilitares fronterizos a las órdenes del gobierno porfirista.

Y en este número también se repetía lo del nuevo grupo de rebeldes que amagaba con atacar Mexicali, sólo que aquí no era considerado como un rumor. Así, el semanario del Valle Imperial, bajo el título de "La banda de Quijada crece", agregaba que ésta se reunía en los alrededores de Holtville y que, ante ese peligro,



El subprefecto Gallego, de Mexicali, dice que tiene información definitiva de los movimientos de estos hombres, pero que no está alarmado en absoluto por el resultado si intentan abalanzarse sobre territorio mexicano. El señor Gallego tiene a su cargo un cuerpo de ciudadanos que están disponibles para el servicio en caso de que sean necesarios y dice que está preparado para cualquier contingencia que pueda surgir. Lo que el grupo de Quijada puede esperar lograr es difícil de concebir. Posiblemente puedan sacar algo de ganado de ranchos aislados, pero la certeza de que serán capturados si cruzan a los Estados Unidos haría que la aventura fuera extremadamente insensata.

Por eso no era raro que la noticia principal sobre el sur de la frontera fuera “La posible fortificación de la ciudad de Mexicali”, donde se anunciaba que entre los primeros planes de la nueva administración federal estaba hacer de

Baja California uno de los territorios militares más fuertes de esa república, y entre los primeros planes para ese fin está el de establecer cuarteles y un fuerte puesto militar en Tijuana. Los trabajos para llevar a cabo este plan se iniciaron esta semana, bajo la dirección del coronel González. Se montarán cañones modernos en los puntos de observación. La demostración de las grandes ventajas de Mexicali para la defensa durante la reciente ocupación de esa ciudad por los insurrectos, sin duda hará que la dirección del gobierno se dirija a esa ciudad, y también será guarnecida y equipada con cuarteles permanentes.

Pero también había espacio, en el *Imperial Valley Press* del 22 de julio, para la mofa de noticias venidas desde lejos de la frontera, como la titulada “Este hombre ve todo amarillo”, donde se compartía que:

Robert Stein, en el *Washington Herald*, ve una terrible amenaza para el Valle Imperial y para Arizona en las laxas leyes de México, que permiten la afluencia de cualquier cantidad y número de chinos, hindúes y japoneses a la Baja California. El desierto en la desembocadura del río Colorado es descrito como un segundo Egipto y no muy diferente a los ricos valles de arroz de China. Cuando la riqueza de este distrito sea conocida por los coolies de Oriente, el Sr. Stein dice que vendrán un millón de personas y poblarán el territorio, utilizando cada vestigio de agua del Colorado, posiblemente en detrimento de los proyectos de irrigación de Arizona y California... El Sr. Stein insta fuertemente a la compra de Baja California a México como un camino para evitarlo.

El racismo del Sr. Stein no le permitió comprender que era cierto que cada vez un mayor número de chinos llegaban al valle de Mexicali para trabajar las tierras, pero que su presencia sería esencial para el impulso comercial y económico de esta región fronteriza. Lo que él veía como una maldición acabaría siendo para los mexicalenses una bendición comunitaria, una mezcla fructífera entre oriente y occidente.

En otros cambios que iban dándose, el *Chronicle* informaba, el 26 de julio, que muchos funcionarios federales de Baja California serían destituidos por no considerárseles “merecedores de la confianza del nuevo régimen”, entre ellos estaban el juez Miguel Lira y Lira, que tanto había protegido, desde Calexico, los intereses de la dictadura porfirista. Y en Mexicali, en vez de la aparición de la banda de Quijada, que nunca cruzó la frontera, se mencionaba, el 27 de junio y bajo el encabezado de “Una banda de harapientos entrega las armas. Los últimos insurrectos de Baja California se rinden a las autoridades de Mexicali”, que:



Una banda de cuatro hombres harapientos y hambrientos llegó ayer a Mexicali e informó al subprefecto Gallego que era su deseo dejar el juego insurrecto y ser buenos ciudadanos. Abandonaron las armas e hicieron un ataque aniquilador a una olla de chile con carne. La banda estaba comandada por un tal Guerrero, muy conocido en Calexico y Mexicali. Guerrero dice que el resto de su comando todavía está a la intemperie, viviendo de asaltar ranchos y robar, y promete ir a ellos y decirles que lo mejor que pueden hacer es entrar y rendirse. Dice que lo harán si se les garantiza la libertad personal en las mismas condiciones que a los antiguos rebeldes. La banda es una de las que salieron de Tijuana dos días antes de la gran pelea allí. Desde entonces han estado recorriendo el sur de Ensenada, cruzando las montañas cuando los federales los presionaban demasiado.

A pesar del tono condescendiente del redactor del *Chronicle*, la banda de Emilio Guerrero era una de las más exitosas de todas las que tuvo el ejército floresmagonista en el Distrito Norte de la Baja California, formada por indios nativos, principalmente cucapá, que conocían el terreno como la palma de su mano. Eso les ayudó a escapar de las fuerzas federales y llegar hasta Mexicali sin sufrir pérdidas graves. Más tarde, las autoridades federales intentarían enjuiciar a Guerrero. Hecho prisionero lo mandaron al interior del país, donde logró escapar antes de que le dieran la ley fuga. Pero incluso con esta rendición de la tropa de Guerrero, el fantasma del anarcosindicalismo no se marchaba de la franja fronteriza entre México y los Estados Unidos. En el *Imperial Valley Press* del 29 de julio y con el título de “Campana revolucionaria para el norte de México” se daba rienda suelta a tales rumores:

Un periódico de Los Ángeles recibe de El Paso un despacho especial que dice que los seguidores de Flores Magón, el líder socialista de Los Ángeles y agitador revolucionario, están formando una organización compacta allí, preparándose para lanzar una campaña revolucionaria definitiva en el norte de México, según los agentes especiales del Departamento de Justicia en El Paso, que han confiscado armas y municiones, destruido documentos de alistamiento y obtenido otras pruebas contra los magonistas. El propósito final de la revolución magonista es derrocar al gobierno de Madero iniciando una lucha en los Estados del Norte, tal como Madero planeó su exitosa revolución. No se ha fijado una fecha para el comienzo real, pero se cree que los próximos dos meses se dedicarán a la preparación y los problemas comenzarán justo antes de las elecciones mexicanas de octubre, con el fin de que el partido de Madero se vea avergonzado en el momento en que su líder esté ocupado con su campaña para la presidencia.

En otra nota del mismo número del semanario, titulada “Cuartel permanente para Mexicali”, se manifestaba que:

Ayer se inició la construcción de un edificio de madera por parte de los habitantes de la ciudad, en el lugar donde se encontraba el edificio de la línea internacional, que fue quemado por los insurrectos al principio de su ocupación de Mexicali. La nueva estructura tendrá un tamaño de 400 metros cuadrados y contendrá tres habitaciones. En consonancia con la política anunciada por los nuevos funcionarios del gobierno mexicano de hacer de la Baja California uno de los territorios militares más fuertes de la república del sur, se ha anunciado que se recibirán ofertas para la construcción de un cuartel en México.



Esto significaba que serían empresas estadounidenses las que lo construirían y entre ellas competirían por el encargo. Sin embargo, la nota más importante de esa edición era la titulada “Piden a Vega que renuncie”, donde se indicaba que:

La noticia de San Diego es que se están gestando problemas en Ensenada. Se dice que el coronel Celso Vega, jefe político de la Baja California, ha sido requerido por tres veces por el presidente de la Barra para que presente su renuncia, y hasta ahora no lo ha hecho. El lunes por la noche se celebró una manifestación pública, convocada para exigir la dimisión de Vega, cerca del edificio gubernamental de Ensenada. Fue la cuarta concentración de este tipo celebrada en una semana. Las reuniones hasta ahora han sido pacíficas, pero se dice que los residentes no están dispuestos a tolerar más demoras y se le pedirá a Vega una vez más que renuncie a su cargo, que se dice es uno de los más lucrativos de México. Aunque no hay un salario establecido para el cargo, se dice que el gobernador Vega dejará la península como un hombre rico.

Vega no busca mantenerse en el cargo, según sus amigos, sino que ha permanecido como titular simplemente para dar la oportunidad al nuevo gobierno, de elegir a su sucesor. Es el último de los jefes policiales de México bajo el reinado de Díaz en renunciar a su puesto. “Estoy cansado de la vida pública y estaría encantado de marcharme mañana si los asuntos del Territorio estuvieran en condiciones de ser entregados a la nueva administración”, se dice que dijo el Gobernador a varios amigos el lunes por la noche. Enrique Aldrete, uno de los secretarios del Gobernador Vega, que llegó a San Diego desde Ensenada en el vapor Eureka de la Compañía del Pacífico Norte anoche, niega que el gobierno mexicano haya pedido a Vega que renuncie. Dijo que probablemente unas cuantas personas querrían verlo destituido de su cargo y que

Vega deseaba personalmente renunciar a su puesto y a la Baja California e ir a la Ciudad de México. “El gobernador Vega ha estado enfermo”, dijo el Sr. Aldrete, “y deseaba renunciar, pero el gobierno mexicano se impuso para que permaneciera en su cargo. Ahora está mejor y muy ocupado en atender los deberes de su oficina”.

Otra condición que se suma a la intranquilidad ha sido la inesperada llamada de los voluntarios que han estado preservando el orden en las cercanías de Ensenada. Bajo el mando de Lerdo González, el gobernador Vega les ordenó volver a Ensenada la semana pasada. Como resultado, se ha informado de la existencia de varias bandas pequeñas de bandoleros en las cercanías de El Álamo, San Quintín y otras pequeñas poblaciones a lo largo del extremo sur de la península.

Si del lado porfirista varios de los protagonistas de 1911 se iban despidiendo de la entidad como si todo su trabajo fuera una labor ejemplar, del lado revolucionario la situación se agravaba. En una nota enviada desde Los Ángeles, el *Imperial Valley Press* de ese 29 de julio informaba que:

La sala del Tribunal de Distrito de los Estados Unidos estaba abarrotada hasta las puertas por simpatizantes del movimiento liberal de la Baja California, cuando los líderes del presunto intento de establecer un gobierno provisional en la Baja California ocuparon sus puestos ante el juez Wellborn para combatir las acusaciones del gobierno de violación de las leyes de neutralidad.

Entre los presentes estaban J. D. Laflin y Samuel Reed, buscados por las autoridades mexicanas por los cargos de robo y asesinato. Entre el público estaban Ricardo Flores Magón,



quien saludó de mano a los generales Pryce y Mosby, y Dick Ferris, que veía el espectáculo judicial con aire divertido.

Para el 5 de agosto, el *Imperial Valley Press* daba a conocer “Cambios en el consulado, destituyen a Sierra”, donde informaba que:

Enrique de la Sierra, quien ha servido durante los últimos tres años como Cónsul Mexicano en Calexico, ha sido removido de esta posición por el nuevo gobierno mexicano, quien ha sido asignado como Cónsul Mexicano en Clifton, Arizona, y su lugar ha sido tomado por el señor Ángel Aguilar. El *Chronicle* es la autoridad para afirmar que es un secreto a voces en Calexico y en Mexicali, que la remoción de Sierra fue provocada por un trabajo tortuoso por parte de hombres de alta posición que han perdido con la nueva administración y que desean tener compañía en su miseria.

Pero lo que había detrás del respaldo a Sierra era que:

Ahora el Club de Granjeros y Comerciantes de Calexico ha tomado el asunto y ha preparado una declaración altamente elogiosa que respalda al ex-cónsul, y ésta está siendo firmada por los hombres de negocios de la ciudad fronteriza. Un fuerte esfuerzo ha sido aparente para desacreditar al Sr. Sierra con el servicio consular, pero los hombres de negocios americanos han estado bien satisfechos con su conducta en su oficina.

He ahí la explicación: un cónsul mexicano que sirvió a los intereses de los empresarios estadounidenses, quienes le agradecían sus valiosos servicios y esperaban que volviera a servirlos.

Ese mes de agosto, el *Chronicle* sólo tenía noticias para la restauración de la ley y el orden. Después de seis meses de revolución, parecía que todo volvía a la calma, la estabilidad y los negocios. Ciertamente, don Porfirio Díaz ya no estaba en el poder, pero todos los mecanismos de su dictadura seguían en pie, listos para usarse ante cualquier nueva eventualidad revolucionaria. Así, el diario fronterizo avisaba el 9 de agosto que habría más soldados para Mexicali:

Cincuenta de caballería y cincuenta de infantería llegaron esta mañana desde Ensenada para reforzar el cuartel de Mexicali. La ciudad ya contaba con 100 soldados y con esto serán 200 hombres que vigilarán la ciudad y el territorio americano por debajo de la línea de cualquier repetición o actividades militares recientes por parte de los insurrectos.

Pero las repercusiones de la revolución floresmagonista apenas comenzaban a salir a la luz. Y sobre todo del lado estadounidense, donde empezaba a darse a conocer la cruenta represión sufrida por los extranjeros no combatientes —la suerte de los mexicanos al parecer no era tan importante para los periódicos californianos— a manos de las fuerzas porfiristas. *El Imperial Valley Press* del 12 de agosto titula su reportaje “Cónsul americano en Baja California. Investiga los asesinatos en El Álamo, México, en junio”, en donde revela que hubo un cierto “número de ciudadanos de este país ejecutados sin juicio previo por prestar ayuda a los rebeldes heridos por soldados mexicanos”. Según este semanario:

Los detalles del asesinato gratuito de ciudadanos norteamericanos en El Álamo el 11 de junio y del encarcelamiento y abuso de otro norteamericano en Tijuana, todos ellos no com-



batientes en la reciente revolución, llegarán hoy de Washington. Frederick Simpich, cónsul norteamericano en Ensenada, fue designado por las autoridades de los Estados Unidos para investigar los asesinatos antes de que este gobierno tomara medidas en el asunto, dice *Los Angeles Herald*. Los gobiernos británico y francés también están recibiendo informes de sus consulados en Ensenada, y por las declaraciones tomadas a los testigos del asunto es muy probable que se pida a México que pague fuertes indemnizaciones a estos países. El Sr. Simpich está en el Hotel Van Nuys. Se mostró reticente cuando se le abordó ayer sobre el tema de su investigación y se negó a decir si sus informes condenan a las tropas del gobierno mexicano o las eximen de culpa por los asesinatos.

Los relatos de los testigos del tiroteo afirman que el Dr. A. L. Foster, Constance Du Bois, Patrick Glenan y John Carrol fueron sacados y fusilados sin juicio y a la vista de sus amigos por soldados federales mexicanos al mando del coronel Lerdo González, oficial del estado mayor del gobernador Vega. El Dr. Foster, se dice, asistió al líder rebelde Berthold, quien fue sucedido por Pryce y Mosby, cuando fue herido en un combate cerca de El Álamo. Este acto, declaran los testigos, enfureció a González y a los soldados federales y los extranjeros fueron conducidos rápidamente fuera de la ciudad con el pretexto de que iban a ser llevados a Ensenada para ser juzgados. Cuando llegaron a las afueras de la ciudad fueron abatidos por la espalda. El permiso para enterrar a los muertos fue denegado por González, declaran los testigos.

El Dr. Foster era un fugitivo de la justicia. Su esposa, que es empleada del condado y mantiene a sus dos hijos, que viven con ella, presentó una orden de arresto por abandono de sus obligaciones en los tribunales locales de Los Ángeles. Foster la dejó para ir a México con Elizabeth Wood, alega la esposa, una enfermera de Los Ángeles que fue testigo del asesinato de Foster y que ahora vive con la señora Plummer en

la avenida Curtis, Alhambra. Se cree que la declaración de la señorita Wood sobre el asesinato también se tomó junto con la de los otros testigos. La Srta. Wood fue arrastrada de su caballo, según ella, cuando protestó por el asesinato, y fue retenida como prisionera temporal.

Esta historia del fusilamiento sin juicio, de mátalos en caliente, muy al estilo porfirista, tuvo amplias resonancias en la prensa estadounidense y volvió a poner en su foco de atención las represalias que trajo la presencia de las tropas federales cuando recuperaron poblados que antes habían sido tomados por los rebeldes. Las historias de vejaciones, torturas y asesinatos a sangre fría de revolucionarios y de ciudadanos mexicanos y extranjeros implicaba el alto grado de represión sufrido por el pueblo bajacaliforniano a manos de los soldados de la dictadura. El *Imperial Valley Press* incluía, ese mismo 12 de agosto, otro artículo, copiado del *San Diego Union*, sobre el mismo caso bajo el encabezado de “Declaraciones sobre El Álamo tomadas por el cónsul”, donde se informaba que:

Fred Simpich, el cónsul americano en Ensenada, estaba ocupado esta mañana en la oficina del fiscal H. S. Uteley tomando declaraciones sobre el asesinato del Dr. A. L. Foster y otros americanos en El Álamo por tropas mexicanas el 11 de junio. Varias personas que fueron testigos de los asesinatos o que estuvieron allí poco después han venido a esta ciudad desde entonces y su evidencia es buscada por el gobierno federal. El cónsul Simptch llegó aquí desde Ensenada esta mañana y fue a la oficina del fiscal, donde se tomaron las declaraciones. Ninguna de estas declaraciones se hará pública, sino que se enviará inmediatamente al Departamento de Estado en Washington.



Para el 16 de agosto, el *Calexico Daily Chronicle* anunciaba que la aduana de Mexicali ya estaba funcionando normalmente. Esto significaba que ya estaba cobrando impuestos. Para el 26 de agosto, el *Imperial Valley Press* notificaba que el nuevo gobernador de Ensenada no sería un civil, como tantos bajacalifornianos pedían, sino un soldado, el general Manuel Gordillo Escudero, quien ocuparía el cargo de jefe político de Baja California a partir del 25 de agosto. En un reporte del 26 de agosto, el semanario daba a conocer que:

El Gral. Escudero dice que no hay razón para creer que la paz, la tranquilidad y la prosperidad no reinarán en lo sucesivo en México. El gobierno de De la Barra está ahora firmemente controlando todas las secciones, dice, y no hay disposición para alterar el actual orden de cosas. Se le preguntó: “¿Qué harán las autoridades mexicanas con Pryce, Mosby y sus seguidores si son extraditados a ese país? Existe el temor entre sus seguidores de que sólo se les busque para abatirlos sin juicio”. Al instante, el pequeño militar se levantó de puntillas, y con pasión declaró: “El pueblo de los Estados Unidos sabe que los mexicanos no son salvajes. Estos hombres, si son enviados de vuelta a México para ser juzgados, tendrán todas las oportunidades de defenderse, y sólo serán condenados en un juicio justo. No podríamos permitirnos hacer otra cosa. Somos civilizados”.

La respuesta del nuevo gobernador probablemente también se las diría a los deudos de los asesinados a sangre fría o por ley fuga por las tropas de su antecesor durante 1911 y en años anteriores: “Somos civilizados”. Sí, cómo no. Pero la prensa del otro lado seguía obsesionada con arrancarle la Baja California a México. Con la franqueza típica de los periodistas estadounidenses, con la visión imperialista americana,

con la superioridad moral que creían poseer, el *Imperial Valley Press* de ese 26 de agosto, en un texto titulado “La cuestión de la frontera”, ofrecía su perspectiva sobre Baja California posterior a la revolución floresmagonista, pero que era la misma de siempre: la península era una carga para el país vecino y los Estados Unidos, como buenos amigos, le quitarían esa carga y la convertirían en parte de su nación. Había, implícita, una mirada racista hacia México y los mexicanos, a los que se veía como un país colonial y unos seres humanos incapaces de hacer productivas las tierras y mares de la entidad:

Los Estados Unidos tienen una cuestión de mucha importancia a la que no se está prestando la atención que merece. Eso toca la relación entre la Baja California y los Estados Unidos y el mantenimiento de la paz a lo largo de la frontera. La península de la Baja California está en gran parte ocupada y es propiedad de los estadounidenses. Miles de cabezas de ganado en las praderas de los valles interiores son propiedad de los estadounidenses. Una amplia zona es regable conjuntamente con el valle Imperial, el principal canal que atraviesa las tierras de las dos repúblicas. Casi toda la actividad industrial de la península está estrechamente aliada con la de los Estados Unidos, y los lazos comerciales deben ser igualmente de la misma naturaleza. Los lazos con México son sólo de gobierno, y ese gobierno es de carácter colonial, ya que la naturaleza separada de la península la pone fuera del contacto íntimo con el territorio continental de México, y el gobierno de ese carácter es muy insatisfactorio. La problemática condición de la península no está en condiciones de ser corregida pronto. Las bandas de forajidos en cualquier momento son susceptibles de descender, como lo han hecho en el pasado, sobre los ciudadanos americanos y la propiedad americana, y la penín-



sula debe seguir siendo una amenaza constante para la paz y la buena voluntad entre las dos repúblicas. Sólo hay una solución al problema, y es la cesión de la Baja California a los Estados Unidos. Para México la península es un lastre y sigue siendo una carga para el gobierno. Para los Estados Unidos sería un activo, añadiendo inmensamente a los recursos de la costa del Pacífico y al mismo tiempo proporcionando un vínculo entre nuestra tierra principal y el canal de Panamá, llegando a mil millas más cerca del canal que la costa en la actualidad. Debería ser posible, ya que sería beneficioso para ambas repúblicas tener esta transferencia, pues la forma en que los asuntos están ahora a la deriva, con la inseguridad de la vida y la propiedad de los estadounidenses en la península, que si no hay una transferencia pacífica de la autoridad, algún día habrá un levantamiento que hará de la adquisición de la península una necesidad, por cualquier medio que se requiera. En la actualidad, ambas repúblicas mantienen tropas para patrullar la frontera y mantener la paz, mientras que los perturbadores de la paz están cruzando la línea con armas y municiones de guerra, y la llegada del clima frío puede traer una perturbación mayor que la del año pasado. Esta revista tiene poca simpatía por los llamados revolucionarios de la península, pero reconoce que sus depredaciones son un síntoma y no el problema de fondo. El verdadero problema es la ineficacia esencial del gobierno colonial mexicano, que amenaza constantemente la paz de las repúblicas amigas.

En esa misma edición del 26 de agosto, se ofrecían dos de las consecuencias de la revolución para personajes que habían estado en bandos opuestos. En la primera información, se afirmaba que “Fuerzas liberales detendrían la extradición de sus líderes”. Esta nota, proveniente de Los Ángeles, aseguraba que:

Decididos a resistir por la fuerza de las armas cualquier intento por parte del gobierno mexicano de dar muerte a los cuatro refugiados políticos que se encuentran ahora bajo custodia en esta ciudad, en caso de que sean expulsados, los liberales se están movilizando en la Baja California bajo el mando del capitán Smith, antiguo oficial del ejército de C. Rhys Pryce. El hecho de que Smith, con una fuerza armada de veinte hombres, cruzara la frontera el miércoles por la mañana temprano se dio a conocer aquí ayer y fue comentado libremente por los magonistas, que se reunieron en el edificio federal para escuchar los argumentos del caso Pryce. Smith es conocido como un líder militar capaz y un luchador audaz. Que el Gral. Pryce y sus asociados, el Gral. John R. Mosby, el Adjunto J. B. Laflin y Samuel L. Reed, serán castigados sumariamente por el papel que tomaron en la reciente revolución, en caso de ser extraditados, es la opinión generalmente compartida a este lado de la línea fronteriza internacional. Y en previsión de un intento de ejecución rápida sin la formalidad de un juicio, los soldados liberales, bajo su nuevo líder, están decididos a recapturar a estos hombres a cualquier precio.

En el mismo número del *Imperial Valley Press*, se daba la noticia de que el exgobernador Celso Vega se trasladaba a los Estados Unidos, primero a San Diego y luego a Los Ángeles, y que temía ser el blanco de la furia de los insurgentes que vivían en esta última ciudad:

El depuesto jefe político del Distrito Norte del Territorio de la Baja California, llegó a Los Ángeles a las 0:30 de la pasada noche en un tren de Santa Fe proveniente de San Diego, en ruta hacia la ciudad de México. Le acompañan su esposa, Josefa M. de Vega, y su sobrina, Carlota Maytorena. Se encuentran en Los Ángeles. Gracias a un amigo de muchos años, M. Clou-



thier, que estaba en el negocio de las mercancías en Culiacán, capital de Sinaloa, cuando llegó a Los Ángeles hace tres meses expulsado por la revolución, el coronel Vega estaría aquí dos semanas. Clouthier y Vega no se veían desde hacía varios años y se abrazaron cuando Vega apareció en la puerta de su habitación. Vega pidió que le dejaran con su amigo. Dijo que se encontraba muy enfermo y que buscaría la ayuda de un médico esta mañana. Era evidente que sus experiencias en Ensenada y su huida de allí, tras el descubrimiento de complot para quitarle la vida, había supuesto una gran tensión para él. Vega tiene un miedo mortal a los rebeldes, que los han amenazado de muerte. En San Diego, adonde llegó en un barco de vapor desde Ensenada, un cordón de policías lo protegía. “Estoy contento de irme. Cuando me vaya, el pueblo podrá saber que siempre he velado por sus intereses”, se dice que fueron las palabras de despedida de Vega en un banquete que se le ofreció en Ensenada el lunes por la noche.

Pero no todos los californianos estaban encantados de tener al exgobernador Celso Vega en los Estados Unidos. En el *Calexico Daily Chronicle* del 28 de agosto, bajo un titular lapidario, “La crueldad de Vega llega a casa”, se notificaba que “El cobarde sediento de sangre de Baja California puede ser una víctima en cualquier momento”. Si Pryce y otros revolucionarios floresmagonistas podían ser deportados a Baja California para ser sentenciados a muerte, Vega, en cambio, se refugiaba temporalmente en los Estados Unidos después de haber quedado mal con porfiristas, maderistas y liberales. En esa nota, evidentemente escrita por Otis B. Tout, un testigo presencial de los desmanes y cobardías del militar porfirista, se afirmaba que:

La gente de Calexico y sus alrededores está al tanto de la actitud de Vega después de su intento fallido de tomar Mexicali, dejando a sus hombres moribundos en el campo, que luego fueron llevados al hospital en el viejo edificio de la oficina de correos. El despiadado y miserable líder trajo hasta aquí a su medio hambriento ejército de convictos, mientras él se daba un banquete en el rancho de Lee Little. No nos sorprende constatar que ahora busca refugio de los golpes mortales de la virilidad ultrajada. Citamos: “El ex gobernador Celso Vega de Ensenada está acuartelado en el Hotel Angelus y ha anunciado que probablemente permanecerá aquí durante dos semanas o más. Está custodiado por un cordón de ex agregados de su personal y demuestra que aún teme por su vida. Cuando salió de Ensenada lo hizo con un cuerpo de guardia, y ayer, en San Diego, la policía detuvo a un hombre, armado, que se supone que estaba esperando la llegada de Vega en el embarcadero del vapor. Un cuerpo de policía lo protegió mientras estuvo en la ciudad sureña y es posible que se empleen guardias especiales aquí. El exgobernador Vega teme a los insurrectos y a los antiguos miembros del ejército liberal de la Baja California, de los cuales hay un gran número en esta ciudad. La razón por la que el Gobernador Vega viene a Los Ángeles en este momento no se sabe, pero se supone que está en camino hacia el Este. Como era un designado de Díaz y ahora es miembro de la facción política que está fuera del poder en México, es probable que considere que es más seguro residir en los Estados Unidos que en México”.

Ese mismo 28 de agosto, el diario fronterizo añadió información sobre los asesinatos de extranjeros en los tiempos de Celso Vega bajo el título de “Se envían a México los documentos del caso Foster y de otros muertos de los rurales”, donde se puntualiza que:



El Fiscal de los Estados Unidos, A. I. McCormick, ha enviado al Secretario de Estado declaraciones juradas en relación con la ejecución del Dr. Foster, del Patriota Glennon y de otros dos americanos asesinados por campesinos mexicanos en El Álamo, un pequeño campamento minero al sur de Tijuana, en la Baja California, en junio, durante la revolución mexicana. La demanda al gobierno mexicano para que se castigue a los implicados en la ejecución se basará en estos documentos. La viuda del médico fusilado pedirá una indemnización de 100 mil dólares. Glennon, tendero de El Álamo, fue acusado de suministrar provisiones a los insurrectos. El crimen del Dr. Foster fue llevar a su casa al general rebelde moribundo Berthold y administrarle ayuda médica.

Un día más tarde, el *Chronicle* del 29 de agosto avisaba que “La Baja California, escenario de otro combate”, pues la tranquilidad que ya saboreaban los comerciantes y latifundistas podía romperse en cualquier momento, pues ahora la revolución floresmagonista ya no consistía en un ejército de centenares de hombres sino grupos pequeños de guerrilleros. En vez de tropas con fuerte número de elementos extranjeros, ahora los grupos estaban conformados por mexicanos y mayoritariamente por indios nativos que hacían buen uso de sus conocimientos del terreno para atacar y esconderse sin ser detectados por los federales:

Desde que las fuerzas federales mexicanas fueron enviadas a la frontera y las fuerzas de los insurrectos aparentemente se dispersaron, se espera que vuelvan a atacar de forma inesperada. Por el informe recibido esta mañana, hay todas las razones para creer que los insurrectos están todavía bien organizados y son capaces de enfrentarse a las fuerzas federales dispersas a lo largo de la línea. Mexicali todavía puede

tener su parte de lucha real y la guarnición estacionada ser derrotada. La semana pasada un destacamento de la guarnición de Ensenada, incluyendo varios oficiales, fue completamente derrotado en una feroz batalla en San Quintín, Baja California, cuando los soldados federales fueron emboscados mediante una artimaña por una banda de indios comandados por Guerrero, que enarbolaban la bandera roja de los liberales o de los magonistas, según un informe que llegó anoche a esta ciudad de una fuente autorizada. Se informa que treinta federales han sido asesinados, junto con siete liberales. Los federales se dirigían a atacar a cinco liberales atrincherados en una casa en las afueras del pueblo, cuando los indios, que antes eran miembros de la banda de Mosby en Tijuana, se abalanzaron sobre ellos desde las colinas y los mataron a todos. El jefe indio Guerrero es un cacique indio fuera de la ley, que se alió con los revolucionarios. Los funcionarios del gobierno de la Baja California creen que Guerrero se dirige al norte con su banda para unirse a la banda americana que está en armas en las montañas de Tijuana. Un agregado del personal del Gobernador Militar Escudero, quien sucedió a Vega, dijo anoche que 1300 soldados federales estaban en camino a Ensenada por orden de De La Barra, para reforzar la guarnición de Ensenada, y que Baja California estaba prácticamente bajo ley marcial con gobierno militar.

Como decía el *Chronicle*: la bandera roja de los floresmagonistas todavía podía conducir a la victoria. Pero Guerrero, quien ya había depuesto las armas, parecía un revolucionario que regresaba al combate o era un simple pretexto para mantener la militarización del Distrito Norte con la idea, muy fronteriza, de asustar a la población con el aviso de que venían los indios, de que regresaban los revolucionarios. Para el 9 de septiembre, el *Imperial Valley Press* daba los por-



menores de la masacre de El Álamo gracias al testimonio de un testigo ocular:

Henry Pinel, que fue testigo del asesinato de los cuatro ciudadanos americanos en El Álamo, llegó aquí esta mañana desde aquel poblado en el vapor San Diego. Pinel ha vivido en El Álamo durante varios años, y es dueño de extensas reclamaciones mineras en esa vecindad. Era dueño de una tienda justo enfrente de la de Patrick Glennon, cuyo hermano está aquí ahora investigando su muerte. “Yo estaba justo al otro lado de la calle cuando ocurrió la matanza”, dijo esta mañana. “El acto de los soldados mexicanos fue el espectáculo más sanginario e inhumano que he presenciado, y la única provocación fue que los cuatro hombres que fueron asesinados tenían la bandera de Estados Unidos sobre sus puertas”.

Una semana más tarde, en el *Imperial Valley Press* del 16 de septiembre, en un artículo titulado “Pryce pronto conocerá su suerte: quizás lo lleven a enjuiciar a México”, se decía que:

Los casos contra los hombres que tomaron parte en la reciente insurrección en la Baja California serán tratados en la corte de los Estados Unidos. Hasta ahora las quejas han sido consideradas irregulares y algunas implican sólo la violación de las leyes de neutralidad. La gran cuestión es si los hombres implicados en el saqueo e incendio de Tijuana, en mayo pasado, pueden ser extraditados a México para ser juzgados según las disposiciones del tratado de 1899.

Los abogados sabían bien que la desconfianza de los jueces estadounidenses frente al aparato judicial mexicano, donde la

ley fuga prevalecía en caso de la captura de los revolucionarios, jugaba a su favor:

No es en absoluto seguro que la conclusión del comisionado de los Estados Unidos sobre C. Rhys Pryce sea definitiva. Si se ordena la extradición de Pryce, habrá una apelación al Departamento de Estado en Washington. La defensa alega que los crímenes que se le imputan a Pryce son de naturaleza política y ocurren durante un estado de guerra; que México, tal como está gobernado ahora, se encuentra en una condición caótica; que no tiene ninguna forma de gobierno estable, y que si Pryce y sus colegas son entregados a las autoridades mexicanas, esto equivaldrá a un error judicial por la razón de que no se les dará el juicio justo e imparcial garantizado por el tratado, no porque el gobierno de De la Barra no esté inclinado a ello, sino porque no está en posición de hacer cumplir sus edictos. Hay tres denuncias contra Pryce. Una es por el asesinato de Francisco F. Cuevas, jefe de correos de Tijuana; otra por incendio provocado, y una tercera por robo y hurto. Se cree que el juicio del caso durará por lo menos diez días, ya que ambas partes presentarán una vigorosa batalla. Una veintena de testigos han sido citados desde México para declarar a favor del gobierno o de la defensa.

Y es que el aparato represivo de la dictadura porfirista se mantenía intacto y en funciones. Poco a nada había cambiado la forma de ejercer la ley y de imponer la justicia desde el aparato represor del gobierno en turno. Podía salir el coronel Celso Vega y llegar otro militar, pero la manera de tratar a los rebeldes, a los disidentes, a los adversarios políticos del poder, seguía siendo el mismo procedimiento: reprimir toda protesta, eliminar a todo opositor. Que hubiera un gobierno democrático no importaba mucho: a nivel local, a 3500 kiló-



metros de la capital del país, las cosas se solucionaban en el potro de tortura, con la ley fuga, con la represión social. Así, para que no hubiera dudas al respecto, el semanario sabatino avisaba, el 16 de septiembre, que Mexicali se convertiría en una fortaleza fronteriza del ejército federal:

Mexicali tiene ahora más de 400 soldados mexicanos en el campamento. Doscientos cincuenta soldados llegaron allí desde Ensenada el sábado pasado. Se entiende que los cuarteles permanentes serán construidos de inmediato, los soldados serán utilizados para el trabajo. El informe es que el nuevo gobierno hará de Mexicali un punto militar importante y que además de los cuarteles permanentes se erigirán fortificaciones.

Las autoridades civiles y militares del Distrito Norte estaban hartas de esperar los juicios de extradición que se realizaban al otro lado de la frontera, pues lo que éstas querían era la venganza inmediata contra aquellos rebeldes que las habían puesto en ridículo. Por eso no fue sorpresa la noticia, dada por el *Imperial Valley Press* de ese 16 de septiembre, de un "Presunto secuestrador detenido en Mexicali":

Jesús Burrola, quien está acusado de intentar secuestrar a Juan Ruiz, antiguo alguacil de El Cajón, en el condado de San Diego, y quien se supone que planeó llevar a Ruiz a México, donde se alega que está en desacuerdo con ciertas facciones políticas, está detenido en Mexicali. Se cree que Burrola está detenido como resultado de las gestiones realizadas ante el gobierno mexicano por el embajador estadounidense en la ciudad de México. Los oficiales americanos acusan no sólo a Burrola sino también a Miguel Maliz del intento de secuestro. Ambos se propusieron entregar a Ruiz a las autoridades

mexicanas en Tijuana debido, según se alega, a sus conocidas simpatías por la causa rebelde en la Baja California. Se dice que Burrola fue jefe de policía en Ensenada en una época y se cree que Maliz fue uno de los agentes de la junta leal mexicana en San Diego o Los Ángeles.

Esta junta leal mexicana era la que, conformada por exiliados pudientes del Distrito Norte de la Baja California y reunidos en San Diego bajo la bandera de la integridad nacional, lucharon como grupos paramilitares contra los revolucionarios floresmagonistas en la batalla de Tijuana, al lado de las tropas del gobernador Celso Vega, en junio de ese mismo año. Pero incluso sin la presencia de Vega, los asuntos del poder político y militar estaban unidos a los negocios binacionales. En una nota declarativa, titulada “Hombre de negocios de Ensenada elogia al gobernador Escudero”, se afirmaba que:

Félix Wirbser, propietario del hotel Bay View de Ensenada, habla con optimismo del gobierno del gobernador Escudero en la Baja California. También dice que las condiciones comerciales de Ensenada están mejorando. “Espero una buena administración del gobernador Escudero”, dijo Wirbser. “Me parece que es un ejecutivo mucho más enérgico y concienzudo que su predecesor. En la ciudad de México, de donde es originario, tiene fama de ser un hombre de pocas palabras, pero de acción rápida y decisiva, y de ser muy trabajador. Una cosa es muy cierta: se salvaguardarán los intereses de los extranjeros y se mantendrá la paz. Es el propósito del gobernador Escudero mantener suficientes tropas en la península para ver que no se permita a los bandidos que perturben la paz de la mancomunidad o el derecho de sus ciudadanos a ejercer su comercio. Las condiciones comerciales están mejorando en



Ensenada, y los negocios mejoran con ellas. La tranquilidad se ha restablecido y espero un reinado de prosperidad sin parangón en la península bajo la sabia y benéfica administración del gobernador Escudero”.

Las palabras de zalamería del empresario hotelero parecían repetir los mismos conceptos que, en su tiempo, se le habían adjudicado al propio presidente Porfirio Díaz. Lo que los hombres de negocios, mayoritariamente estadounidenses, aunque también resaltaban británicos y franceses, querían era que la paz social en Baja California se mantuviera a cualquier costo, que la producción de sus tierras, minas y fábricas no fuera interrumpida por huelgas o revoluciones, que el comercio no tuviera la injerencia del gobierno. El ideal del progreso capitalista no admitía ni la mínima restricción. Y esta ideología acrecentaba sus demandas si quienes las hacían eran americanos que, sin la menor duda, sabían que contaban con el apoyo del gobierno de su país ante cualquier obstáculo o dificultad que se les presentara al sur de la frontera. Después de la revolución floresmagonista, que tanto los había irritado por su anarcosindicalismo, lo que exigían eran gobernadores sumisos a sus requerimientos y militares capacitados para detener cualquier movimiento rebelde en cuanto éste alzara la cabeza. Su visión empresarial se sintetizaba en que ellos eran los dueños del tinglado y estaban en posición de ejercer su autoridad frente a los vaivenes y cambios de la política nacional y local de su vecino mexicano. Y no sólo ellos lo veían así: muchos bajacalifornianos deseaban volver, lo más pronto posible, a los “buenos tiempos” del Porfiriato y buscaban publicitar el Distrito Norte como un oasis de paz, como un sitio turístico que diera la bienvenida a una tierra llena de placeres por ofrecer. De ahí que en

el *Chronicle* del 28 de septiembre se anunciaba que “Mexicali se levanta”, pues:

Mexicali está en marcha. Los principales ciudadanos de ese pueblo han decidido que valdrá la pena hacer algo de jardinería y hacer que la aproximación desde el lado de Estados Unidos hacia la parte comercial de Mexicali sea un placer para los turistas y otros visitantes. Se ha planeado un parque de quince acres para ocupar la franja neutral del terreno en la vecindad del puente de cruce. Este parque será nivelado, bordeado, zanjado y plantado con una variedad de plantas tropicales. Los hombres ya están trabajando en la obra. La calzada y las aceras desde la línea de demarcación hasta la parte comercial de la ciudad se pondrán en forma de primera clase y estarán rodeadas de plantas y árboles. La mejora añadirá mucho al placer de los visitantes de esa pequeña y pintoresca ciudad.

Es necesario destacar aquí que el “nido de parásitos”, como llegó a llamarse a Mexicali en los tiempos de la revolución floresmagonista, ahora se le consideraba una “pintoresca ciudad”, que los turistas estadounidenses podrían visitar para empaparse del México real, un México lleno de colorido exótico, de anfitriones al servicio del turista, de comercios de capital americano repletos de artesanías mexicanas falsificadas. Se trataba de publicitar la frontera de nuevo, de darle su manita de gato, de ponerla presentable para las visitas. Mientras tanto, el 30 de septiembre el diario de Calexico proclamaba el veredicto de la corte de Los Ángeles, donde “Pryce quedó absuelto de los cargos de incendio y asesinato presentados contra él por agentes del gobierno mexicano que deseaban que fuera extraditado y juzgado en México”, pero siguió en prisión por el cargo de violar las leyes de neutralidad. Y es que si el jefe floresmagonista hubiera sido



extraditado a México, su suerte habría sido muy adversa. El sentimiento de venganza de los militares porfiristas y sus aliados paramilitares estaba al orden del día y no perdonaba a nadie, sin importarles si el rebelde había sido miembro del Partido Liberal Mexicano o maderista.

Estos personajes que añoraban el país de un solo hombre, la justicia expedita contra todo disidente, la represión como ley en uso, no sólo secuestraban a los revolucionarios en California y los traían al sur de la frontera para matarlos por sus “delitos”, sino que cazaban a los revolucionarios que se habían rendido a los representantes del gobierno federal. En una nota del *Chronicle* del 14 de octubre, se hablaba de que Rodolfo L. Gallego, el jefe maderista que casi estuvo a punto de expulsar a los revolucionarios floresmagonistas de Mexicali y que ahora era el subprefecto del poblado, había regresado

ayer por la tarde de su viaje a Ensenada, y reanudó sus funciones oficiales. Informa que todo está tranquilo dentro de su jurisdicción y que todos los puntos están bien protegidos donde podría haber una posibilidad de disturbios. En Mexicali, los vagabundos y los ciudadanos indeseables tendrán que salir de la comunidad, pero los trabajadores que deseen empleo recibirán estímulo y ayuda para encontrarlo.

A primera vista parecía que todo marchaba sobre ruedas, pero el 20 de octubre el diario de Calexico añadía una nueva perspectiva sobre aquel viaje en una nota titulada “Casi linchado”:

Un artículo publicado ayer en el *Los Angeles Examiner* describe un suceso que le ocurrió al subprefecto Gallego en su reciente

viaje a Ensenada. Al llegar a Tecate, de camino a casa, Gallego fue abordado por una banda de federales que no se han dado cuenta de que la insurrección había terminado. Fue arrastrado de su automóvil y ya tenía una soga al cuello cuando aparecieron en la escena funcionarios del gobierno y lo rescataron. Gallego es de naturaleza modesta y nunca contó el incidente. La noticia llegó al corresponsal del *Examiner* en San Diego.

Los meses finales de 1911, los periódicos del Valle Imperial empezaban a descubrir que la revolución en México podía no estar terminando, sino que apenas empezaba, que el clima de incertidumbre había llegado para quedarse en todo el país vecino, pero especialmente en la franja fronteriza entre ambas naciones. Como aseguraba el *Chronicle* del 18 de noviembre, “Se esperan nuevos problemas”, ya que de nuevo los rumores de nuevas bandas de revolucionarios atravesando la península se acrecentaban entre los lugareños:

Mexicali está todavía algo asustado por el informe de que un comando de bandidos, estimado entre 200 a 500 personas, estaba acampado en las montañas de Cucapá y pretendía marchar sobre la ciudad. Anticipando algún nuevo problema, el subprefecto R. L. Gallego emitió su proclama advirtiendo a todas las personas que estuvieran fuera de las calles a las 10 de la noche. Parece ser que la creencia general es que los bandidos están formados por grupos de insurgentes que han estado operando recientemente fuera de Tijuana, y que han sido reforzados por bandas de hombres de La Paz y de los alrededores de Ensenada. Se han hecho seis detenciones de personajes sospechosos que aún se mantienen en la cárcel. Todo forastero que entra a Mexicali es detenido y si no da cuenta satisfactoria de sí mismo es retenido para una mayor investigación.



Pero aquellas noticias tan alarmantes resultaron ser simples rumores. Los revolucionarios floresmagonistas todavía recorrían los caminos más alejados, las rancherías más recónditas de la parte norte de la Baja California, pero lo hacían en grupos minúsculos. Su número era insuficiente para trastocar la paz de los poblados más grandes de la entidad, como Mexicali, Ensenada, Tijuana o Tecate. De lo que los estadounidenses comenzaban a percatarse era que los problemas mayores venían del propio ejército federal acampado a unos pasos de la línea internacional. El 21 de noviembre, el *Chronicle* denunciaba “Problemas a lo largo de la línea”, donde aseguraba que:

Los residentes a lo largo de la línea se están quejando de lo que ellos consideran rupturas de amistad entre este país y México, dice la prensa de El Centro. De acuerdo con lo que se cree que es una excelente autoridad, los soldados mexicanos, portando armas, han tenido la costumbre de cruzar la Línea Internacional, un grupo de soldados ha llegado, completamente armado, a suelo americano. Hay rumores de infracciones aún peores en suelo americano, incluyendo el registro de una casa en Calexico en busca de contrabando de guerra. Se está investigando la exactitud de este rumor y, si se verifica el informe, se expondrán los hechos del caso ante las autoridades de los Estados Unidos.

Para el 25 de noviembre, el *Chronicle* descubría que la revolución ahora daba paso a la contrarrevolución. En El Paso, Texas, se hablaba del general Bernardo Reyes alzándose contra Madero y en California ya se mencionaba a los grupos antimaderistas que estaban contrabandeando armas y municiones para luchar contra su gobierno. Se decía que habían sido aseguradas 250 armas y 25000 cartuchos; que “El nú-

mero de personas involucradas en la vecindad de Calexico incluye seis caucásicos y un indio. La actividad de los opositores al régimen de Madero y el contrabando de armas a través de la frontera en esta vecindad comenzó ya en julio, y ha estado en progreso desde entonces". En ese mismo día, el diario fronterizo daba a conocer otro caso de venganza contra los revolucionarios disfrazada de justicia, la nota, titulada "Petición para Jesús Amador", señalaba que:

Esta mañana circuló una petición que fue firmada por todas las personas a las que se presentó, en la que se pide al cónsul americano en Ensenada que se encargue de que Jesús Amador, recientemente detenido como sospechoso de ser magonista, reciba toda la consideración de los funcionarios como ciudadano americano. Amador fue detenido mientras llevaba el correo de los Estados Unidos; su casa fue registrada en virtud de una orden de registro en la que se pedía la recuperación de dos pistolas. Se informa que los oficiales que hicieron el registro permitieron a los oficiales mexicanos llevarse todo lo que les convenía, papeles, etc. El asunto ha sido tratado con el Gobernador Johnson. A Amador, junto con otras diez personas, se le está haciendo caminar hasta Ensenada. Se dice que entre esas personas se incluye una mujer.

Para el 6 de diciembre, el caso de Jesús Amador ya era un escándalo a lo largo de la frontera y eso lo había salvado de la ley fuga, que era el procedimiento habitual con el que las autoridades de Baja California se deshacían de los revolucionarios floresmagonistas. Los mandaban a pie a Ensenada y no era sorpresa para nadie, excepto para sus amigos y familiares, descubrir que no habían llegado a su destino. En ese número del *Chronicle*, titulado "Jesús Amador en Ensenada", se afirmaba que



según un despacho del cónsul Simpich se afirma que se ha prometido un pronto juicio para Amador, pero que los cargos contra él no se habían presentado todavía. El cónsul también notificó a Benito Amador, hijo del preso, que se había conseguido un abogado para defender a su padre. El fiscal Swing ha investigado el caso de Amador y parece estar convencido de que el asunto está fuera de su jurisdicción. Otros casos de presuntos secuestros de estadounidenses por parte de las autoridades mexicanas también han sido considerados por el fiscal, pero en ninguno de ellos ha podido conseguir pruebas que verifiquen las acusaciones.

Pero las peticiones de justicia se circunscribían a los ciudadanos estadounidenses. Los revolucionarios mexicanos, en cambio, vivían expuestos a ser secuestrados en California y remitidos al pelotón de fusilamiento más próximo. Baja California era, desde el encono de los porfiristas de la región, una fosa común a su servicio. Afortunadamente para Jesús Amador, a fines de diciembre de 1911 fue liberado en Ensenada y tuvo que volver, por sus propios medios, a la zona fronteriza entre Mexicali y Calexico. Otros revolucionarios tuvieron que forzar su propia suerte para escapar del castigo ejemplar que se les estaba preparando. El 16 de diciembre de 1911, el *Calexico Daily Chronicle* titulaba una nota en su portada como “Liberación forzada en Mexicali”, donde relataba que:

La Bastilla al otro lado de la línea, en Mexicali, fue la escena de una muy animada pelea cuando cerca de una docena de prisioneros intentaron liberarse y lograron escapar. El domingo por la tarde, justo antes de la puesta de sol, cuando el carcelero entró en la celda en la que estaban confinados los hombres para distribuir algunas mantas, fue agarrado por

algunos de los prisioneros más atrevidos, dominado, atado y tirado al suelo, tras lo cual los compañeros se escaparon. Cuando se recuperó al carcelero, se inició una búsqueda, pero ya era demasiado tarde, los “pájaros” se habían ido y la persecución resultó infructuosa, ya que los prisioneros fugados se habían dispersado en todas direcciones.

En cierta manera, con esa frase se puede dar por concluida esta crónica periodística. El movimiento revolucionario floresmagonista, el que tomó por sorpresa a Mexicali el 29 de diciembre de 1911, el que peleó dos duras batallas contra las tropas federales el 15 de febrero y el 8 de abril, el que mandó columnas armadas hacia Ensenada, Tecate y Tijuana, el que merodeó los ranchos más ricos del país que estaban en manos extranjeras, el que dejó las armas sin disparar un tiro frente a los enviados de Madero, ya no sería un ejército en forma. Ahora sus miembros se dispersaban en todas direcciones, buscaban otros campos de batalla. Muchos de ellos se incorporarían a otros movimientos, lucharían en las filas del villismo, el zapatismo, el constitucionalismo y el obregonismo. Pero mientras pasaban los años, mientras el coronel Esteban Cantú instituía, de 1914 a 1920, un oasis porfirista en Baja California estableciendo su capital en Mexicali, la revolución no volvió realmente a la entidad. Y aunque tomó el poder en el verano de 1920, cuando las tropas revolucionarias del general Abelardo L. Rodríguez recorrieron la avenida Porfirio Díaz, a la que de inmediato cambiaron de nombre a Francisco I. Madero, pocas cosas cambiaron. La Colorado River Land Company siguió dominando al valle de Mexicali y no fue sino hasta el sexenio del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) que el gobierno federal tomó cartas en el asunto y reclamó las tierras del mayor latifundio existente en el país y lo repartió entre los campesinos mexicanos, haciendo realidad



los sueños utópicos del Partido Liberal Mexicano. Pero esa, como muchos saben, es otra historia.

La historia que sí debe importarnos es la de un grupo revolucionario que, en 1911, estuvo a la par que el movimiento maderista en su afán de sacar del poder al general Porfirio Díaz y que logró, por unos meses, que la atención periodística se centrara, favorable o desfavorablemente, en su visión anarcosindicalista, en su práctica liberadora. ¿Qué hemos aprendido de la cobertura mediática que la revolución floresmagonista suscitó en el *Calexico Daily Chronicle* y en el *Imperial Valley Press*? Que de ser unas publicaciones destinadas a cubrir ferias agrícolas y ganaderas, a dar a conocer la vida y milagros de los habitantes de la región en sus cotidianos quehaceres, la revolución anarcosindicalista, la que tomó Mexicali con un solo muerto en su haber y que se disolvió sin disparar un tiro, fue un hecho inesperado que los hizo tomar posiciones sobre lo justo y lo legal, sobre la verdad y el engaño, sobre el caos y la incertidumbre, sobre la codicia y el respeto.

Y la respuesta que ambos periódicos tuvieron a estos hechos se puede analizar desde sus diferentes posiciones a lo largo de la revolución misma: asombrados, favorables, burlones, despectivos, indignados. A veces compartiendo sus ideales de libertad y de justicia. A veces viéndola como una oportunidad de apoderarse de Baja California. A veces hartos de que no se comportara como ellos creían que debía hacerlo. A veces usándola como un negocio que les daba buenos dividendos en suscripciones, en venta de tarjetas postales, en prestigio ante los demás colegas de la prensa. Leer sus notas y observar las fotografías que publicaron es advertir las distintas imágenes que de los revolucionarios floresmagonistas difundieron: los presentaban como temerarios, modestos, amenazantes, impulsivos, cautos, impredecibles, fascinantes. Su cobertura periodística también de-

lineó la forma en que se presentó este movimiento libertario frente al mundo.

Lo que podemos ponderar de su trabajo sobre la revolución en Mexicali y de paso en el resto del Distrito Norte de la Baja California es su inmediatez, su cercanía, el ir conociendo lo que pasaba sin saber lo que vendría. Hay un aire palpitante, de cosa viva, que estos textos aun hoy transmiten con intensa nitidez, con insaciable curiosidad. En ellos abundan las anécdotas conmovedoras, los detalles personales, las claras voces de sus protagonistas. Y cuando digo protagonistas no sólo me refiero a los revolucionarios floresmagonistas y a sus contrapartes federales. Hablo de los vecinos a ambos lados de la frontera, de la muchacha que retrata a los rebeldes, del contrabandista que se sale con la suya, de las conversaciones al calor del momento, de los rumores compartidos, de los chismes que rondan calles y tugurios. He aquí la vida fronteriza en sus luces y sombras, en sus debilidades y fortalezas. Como si contempláramos un acontecimiento a la vez terrible y maravilloso, que deja su marca frente a los lectores de entonces y de ahora. Como si aún hoy mismo fuéramos testigos de la bandera roja alzándose sobre la frontera; de rebeldes harapientos y orgullosos que, al devolvernos la mirada desde su tiempo en crisis, nos hacen preguntarnos quién representa el pasado, quién realmente es el futuro.



Regeneración:
la otra prensa del otro lado



Vista ya la perspectiva ideológica con que leyeron la revolución floresmagonista los periódicos del otro lado, tanto el *Imperial Valley Press* como el *Calexico Daily Chronicle*, es importante contrastar sus posiciones con las de *Regeneración*, el órgano difusor del Partido Liberal Mexicano, semanario que dio inicio el 7 de agosto de 1900 en la ciudad de México y que acompañó a Ricardo Flores Magón en su periplo de exiliado político por varias ciudades de los Estados Unidos y Canadá.

Cuando él y sus partidarios llegaron a Los Ángeles en 1910, *Regeneración* volvió a publicarse a partir del 3 de septiembre de ese año crucial para la historia de México. En sus páginas se mostraban los postulados del PLM en cada una de las etapas ideológicas que este partido hizo suyas. También se convirtió en un escaparate del pensamiento de don Ricardo sobre las cuestiones políticas, sociales y económicas de su tiempo. Sin duda, fue él su verdadero editor, estableciendo qué se publicaba, quién lo hacía, así como dictando los temas a destacar o los hechos a los que había que darles relevancia o seguimiento. En *Regeneración* aparece la agenda de sus ideales como filósofo político, su diálogo con el mundo de su época, sus discrepancias y convergencias con otras fuentes de pensamiento y acción. Fue también su autor más constante y puntilloso, el cronista esencial de su propia causa.

Por más internacionalista que se proclamara, por más que fuera parte de una red mundial anarquista, socialista o comunista, es visible que el centro de atención de Flores

Magón, el punto neural de sus ideas, tenía que ver con la situación mexicana. Toda su vida como luchador social había sido moldeada como una oposición tenaz contra la sombra ominosa de la dictadura porfirista y luego, a partir de 1911, contra todos aquellos revolucionarios que traicionaron a la revolución que él encarnaba. México era donde estaba su corazón y su entendimiento. En sus escritos, ya fueran ensayos o manifiestos, protestas o alabanzas, vituperios o críticas, don Ricardo utilizó a *Regeneración* como la mesa de redacción de su evolución ideológica, de sus anhelos y pesares, de sus alegrías y congojas, en relación al pueblo mexicano que tanto le importaba. Su interés era verlo libre y soberano, independiente y capaz de deshacerse de sus sátrapas y explotadores.

Por eso, *Regeneración* fue una publicación que trató de explicar los acontecimientos que se vivieron en Baja California, primero para atraer más voluntarios y sostener así la revolución anarcosindicalista en el Distrito Norte de la Baja California y luego para refutar las interpretaciones mal intencionadas de los diarios estadounidenses o la propaganda oficial de los periódicos mexicanos, que tildaban a su movimiento como una aventura filibustera y no como lo que era: un levantamiento armado para derrotar al ejército de la dictadura, para recuperar esta región del país de las empresas extranjeras. De ahí que, para equilibrar las versiones periodísticas que ya se han presentado aquí desde el punto de vista de las publicaciones del Valle Imperial, ahora haremos un breve recorrido sobre los temas principales a los que la prensa fronteriza dio eco y resonancia, para centrarnos en las posiciones que mantuvo el movimiento floresmagonista en sus editoriales. Estos temas son: la anexión de Baja California a los Estados Unidos, la visión con que se veía a los revolucionarios ante la opinión pública y la consiguiente represión que sufrieron por parte de autoridades civiles y

militares, que a pesar de la caída del régimen porfirista aún mantuvieron el control de la Baja California.

Al final de cuentas, *Regeneración* también era, en 1911, un periódico del otro lado. Mientras que las publicaciones periodísticas del Valle Imperial tenían como su público base a estadounidenses de clase media, establecidos en un medio rural, blancos, cristianos, defensores del individualismo y la libre empresa, los lectores del semanario oficial del Partido Liberal Mexicano eran gente de la clase obrera, campesinos, miembros de las minorías migrantes, gente de izquierda — mexicanos, estadounidenses, italianos, afroamericanos— que vivía, según ellos, en el interior mismo del sistema económico que más detestaban: el capitalismo, y en una nación que, para principios del siglo XX ya actuaba como un imperio mundial: los Estados Unidos de América.

El propósito aquí es comprender mejor los múltiples aspectos que constituyeron, en su tiempo, un movimiento de liberación que debemos aquilatar en todo su valor, que debemos ponderar en su legado histórico para nosotros, los mexicanos del siglo XXI. Y por ello, *Regeneración* nos sirve para oír las otras voces, las del radicalismo revolucionario, las de la intransigencia política, las de la alternativa comunitaria. Las voces de una revolución que todavía sigue provocándonos, sacudiéndonos, desafiándonos. Pero como ya vimos en el microcosmos periodístico del Valle Imperial, la revolución floresmagonista fue interpretada como una oportunidad para anexar Baja California a los Estados Unidos y al mismo tiempo como una amenaza a los latifundistas, granjeros y comerciantes que tenían intereses que proteger en tierra mexicana. Los juicios de los propios editores de estos medios influyeron a la hora de ofrecer sus artículos, reportajes, crónicas, entrevistas y relatos sobre lo que estaba pasando al otro lado de la frontera; primero en Mexicali y luego en el resto del Distrito Norte de la Baja California.



Regeneración difundió en sus páginas los levantamientos armados de las fuerzas liberales desde Sinaloa hasta Yucatán, desde Tamaulipas a Guerrero, dando especial énfasis a las acciones de sus seguidores en la frontera norte de México, primero en Chihuahua y luego en Baja California. Pero fue en esta última entidad donde ofreció notas informativas de los sucesos semanales que allí sucedían, a la vez que tuvo que defender a la revolución en cuanto a sus implicaciones para ambos países. El que se peleara por la revolución en la frontera era motivo de enconados debates y polémicas que se leyeron e interpretaron de forma muy distinta, dependiendo de qué lado de la línea divisoria se viviera, de si el lector era anglosajón o mexicano, de si apoyaba a la dictadura porfirista o estaba contra ella. Sin duda, Baja California fue, en 1911, la revolución más discutida en California. Y estos son algunos de los temas principales de tales discusiones.

LAS PRETENSIONES ANEXIONISTAS

Para diciembre de 1910, *Regeneración* podía afirmar que los seguidores del Partido Liberal Mexicano habían extendido su revuelta revolucionaria a varios estados del país, que sus tropas ya contaban con avances significativos en Chihuahua, el principal teatro de su guerra de liberación contra la dictadura porfirista. Pero la junta organizadora del PLM está trabajando, a marchas forzadas, para abrir un nuevo frente de lucha en el Distrito Norte de la Baja California, a menos de 400 kilómetros de distancia. Para principios de 1911, esta campaña armada, que tuvo como epicentro el poblado de Mexicali y su valle, provocando que los medios informativos estadounidenses, ante la anarquía imperante al sur de la frontera, discutieran abiertamente la anexión de Baja California en particular y de México en general para quitarse, según ellos, tal dolor de cabeza.

Aquí se dan a conocer algunos pensamientos del lado floresmagonista sobre estas ideas. Da inicio con un ensayo de Ethel Duffy Turner, compañera de John Kenneth Turner y editora de la sección en inglés de *Regeneración*, publicado en el número del 31 de diciembre de 1910 de este semanario, un mes antes de que la revolución floresmagonista comenzara en el Distrito Norte. Sirve para percatarnos de que no fue la revolución en sí, la impulsada por el PLM desde California, la que llevó a muchos residentes y periodistas del Valle Imperial a plantear la anexión del valle de Mexicali cuando menos y de la península de Baja California cuando más; que esas ideas codiciosas, de coloniaje e imperialismo al desnudo, ya estaban bien implantadas en los pensamientos de nuestros vecinos del norte mucho antes de que se apareciera el primer anarcosindicalista por Mexicali. Titulado “¿Debería México ser anexado a los Estados Unidos?”, en este artículo de opinión se ponía el dedo en la llaga de tantos bienintencionados compatriotas suyos que afirmaban que lo más conveniente era que nuestro país fuera anexado a la Unión Americana. Ethel tomaba el asunto de frente al responder a tal postura con su conocimiento veraz de México y los mexicanos: “Esa opinión es formulada o bien por americanos que desean enriquecerse, explotando al pueblo mexicano, o bien por aquellos que consideran que le prestaríamos a México un gran servicio amparándolo bajo nuestra bandera. Para los primeros nada tengo que decir”. Pero para los segundos, Ethel les aseguraba que:

México no quiere ser anexado. No lo consentiría. Lucharía desesperadamente por ser independiente. Todos los partidos que existen en México se opondrían a un protectorado extranjero. México está orgulloso de constituir una entidad nacional. Con sangre y sacrificio logró emanciparse de España.



Con sangre y sacrificio rechazará la intromisión de cualquier poder extranjero. Ahora bien, si México en la actualidad fuera una nación en la decadencia, si el pueblo mexicano aceptara la esclavitud, si fuera indiferente a toda idea de mejoramiento, si hubiera cesado de alentar esperanza, entonces habría alguna razón para desear que México quedara a la merced del capitalismo americano... Pero México no está en decadencia: se sacude rebotando de vida, surge radiante de esperanza, se rebela contra la esclavitud, se lanza al campo de batalla. La tiranía le ha causado serios descalabros, dolorosas heridas; pero a pesar de todo, el espíritu de libertad alienta vigorosamente. México se agiganta al fragor de la revolución. El brazo de la dictadura tiembla. La tiranía está aterrada.

Según el argumento de Ethel Duffy, México no era el país de la desesperación sino el del impulso revolucionario, el de la esperanza comunitaria por un mejor futuro. Por eso afirmaba que el movimiento floresmagonista ayudaría más “al advenimiento de la democracia en México que todo lo que los Estados Unidos pudieran hacer”. Por eso terminaba diciendo que “si anhelamos el bienestar de México, no hablemos de anexión” y que, aunque el gobierno de los Estados Unidos “pretenda intervenir en México para sofocar ese movimiento y sostener a Díaz en su trono”, si tal cosa llegara a suceder, “todos los que odiamos la opresión, debemos elevar nuestras voces de protesta”.

Para 1911 y con la revolución anarcosindicalista en plena acción en el Distrito Norte de la Baja California, buena parte de la prensa estadounidense clamaba para que su país anexara esta parte del territorio mexicano. A la vez, estos clamores servían para acusar a los floresmagonistas de ser filibusteros, un movimiento cuyo propósito era entregar la Baja California en manos extranjeras, cuando la propia ideo-

logía del Partido Liberal Mexicano era contraria a los intereses del vecino del norte. Tan fuerte fue esta campaña de *fake news*, que el propio Ricardo Flores Magón tuvo que clarificar la posición de su movimiento con respecto a este rumor no sólo infundado sino insidioso. En el número de *Regeneración* del 16 de junio, el mismo en que se anunciaba la detención de los miembros de la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano, el propio Ricardo ponía los puntos sobre las íes con respecto a los críticos de su revolución, esos que lo acusaban de estar confabulado con los Estados Unidos para propiciar la anexión de Baja California cuando había sido el régimen porfirista el que la cedió a los grandes magnates de la costa oeste americana:

A los patriotas:

¿Pertenece a México la Baja California? Sí, me diréis.

Pues bien: la Baja California no pertenece a México, sino a los Estados Unidos, a Inglaterra y a Francia.

El Norte de la Baja California está en poder de Cudahy, Otis y otros multimillonarios norteamericanos. Toda la costa occidental de la misma pertenece a una poderosa compañía petrolífera inglesa, y la región en que está ubicada Santa Rosalía pertenece a una rica compañía francesa.

¿Qué es lo que tienen los mexicanos en Baja California? ¡Nada! ¿Qué es lo que les dará a los mexicanos el Partido Liberal Mexicano? ¡Todo!

Entonces, señores patriotas, ¿qué es lo que hacéis cuando gritáis que estamos vendiendo la patria a los Estados Unidos? Vosotros no tenéis patria porque todo lo que hay en México pertenece a los extranjeros millonarios que esclavizan a nuestros hermanos. No tenéis patria sencillamente porque no tenéis en qué caeris muertos. Y cuando el Partido Liberal quiere conquistar para vosotros una verdadera patria, sin tiranos,



sin explotadores, protestáis, echáis bravatas y nos insultáis. Al entorpecer con vuestras protestas los trabajos del Partido Liberal Mexicano, no hacéis otra cosa que impedir que los nuestros arrojen del país a todos los burgueses y toméis vosotros posesión de cuanto existe.

Y no sólo fue don Ricardo quien trató de aclarar la campaña de desinformación en contra de su movimiento. Ya en el número del 20 de mayo de *Regeneración*, se publicó una proclama escrita en la franja fronteriza. Debido a una campaña de mentiras propaladas por los porfiristas y sus aliados del otro lado, los autodenominados “defensores de la integridad nacional”, se buscó desprestigiar el movimiento en Baja California al difundir que la bandera americana era la que ondeaba en el cuartel revolucionario en Tijuana. A ello respondieron los liberales de San Diego con un texto titulado “¡Mexicanos!”, donde estos mexicoamericanos les recordaban a sus compatriotas que:

Los enemigos de la revolución, los enemigos de vuestra libertad, los que os han robado, estropeado, humillado y arrojado a este suelo porque ya en el propio no podíais vivir sin veros sujetos a toda clase de abusos, tratan ahora de engañaros para que vayáis a derramar vuestra sangre para que el despotismo continúe. Se os engaña diciendo que vais a defender vuestra patria contra hordas filibusteras, para que acabéis con la revolución que tiene como objeto acabar con el hambre, acabar con el despotismo, acabar con la incertidumbre de si habrá o no pan mañana... No oigáis a vuestros enemigos. Las fuerzas liberales de la Baja California... se están sacrificando por el bienestar vuestro y de vuestras familias. Nuestros enemigos os ofrecen pasaje para ir y batir a vuestros libertadores: aceptad el pasaje e id a incorporaos a las fuerzas liberales.

Y la propia junta organizadora del PLM, en un texto del mismo número y bajo el título de “A tomar posesión de la tierra”, les recordaba a sus lectores que ofrecía una solución al problema de la presencia de tantos empresarios extranjeros que se enriquecían con las tierras peninsulares:

Las fuerzas del Partido Liberal dominan de hecho una vasta extensión territorial en la Baja California. Esa conquista ha sido hecha al costo de la sangre generosa de proletarios inteligentes, valerosos y abnegados. En la Baja California han muerto los queridos compañeros Camilo J. Jiménez, Simón Berthold, Antonio Fuertes, Willlam Stanley, Rosario García, José Espinosa, T. L. Wood, J. C. Smith, Jesús R. Pesqueira, Miguel Hernández, José Flores y otros más, que derramaron su sangre para conquistar estos tres grandes bienes: Pan, Tierra y Libertad.

Y continuaba:

Pues bien, es necesario que esa sangre, es preciso que ese sacrificio dé los resultados apetecidos. Ha llegado el momento de hacer algo práctico. La Baja California es un país muy bello y muy rico; pero muy poco poblado. Necesita colonización. ¡Las tierras del norte de la península, que son las que están bajo el dominio de las fuerzas liberales, son espléndidas! Y una buena porción de ellas están perfectamente bien regadas por un excelente canal. Esas tierras producen dos cosechas al año de maíz, y son muy buenas para producir algodón, remolacha, toda clase de pasturas y de vegetales. En suma, esas tierras lo producen todo. Para dar vida a esa interesante porción de México y para poner en práctica los ideales redentores del Partido Liberal Mexicano, es necesario poblarla.



Era un proyecto de colonización que acabaría siendo, 25 años más tarde, el que pondría en marcha el régimen de la Revolución Mexicana en Baja California al finiquitar la concesión de la Colorado River Land Company y hacer del gran rancho de Otis y Chandler un valle ejidal con la llegada de campesinos provenientes del interior del país. De ahí que gente venida de todos los rumbos de México confluyó en la frontera norte, convirtiendo al valle de Mexicali en un emporio agrícola y a Baja California en una entidad tan poblada por mexicanos que, en 1952, se decretó que fuera estado libre y soberano. Lo que soñó Ricardo Flores Magón se hizo realidad: una península no anexada a los Estados Unidos, sino una región donde los “ideales redentores del Partido Liberal Mexicano” se cumplieron a cabalidad. Lástima que ni Otis B. Tout ni Allen Kelly llegaran a verla.

LOS ORGULLOSOS LADRONES DE GALLINAS

No eran soldados listos para el desfile, portando sus lustrosos uniformes, mientras la banda militar hacía sonar su música marcial. Los integrantes del ejército floresmagonista era gente del pueblo, muchachos mal vestidos, pero bien leídos en sus derechos fundamentales. Personas que se veían a sí mismas como la vanguardia de una humanidad más libre, más fraterna, más igualitaria. Una humanidad capaz de cruzar las barreras de clase social, de raza, de lenguaje, de cultura, para unirse con otros, compatriotas o extranjeros, por el bien común, por la causa justa. Pero vistos desde las miradas prejuiciosas de los ciudadanos de su tiempo, desde las valoraciones de una sociedad que aquilataba el orden, la disciplina, la deferencia ante el gobierno en todas sus formas y manifestaciones, aquellos hombres y mujeres que rompían los estereotipos del buen comportamiento, del respeto a lo que importaba entonces: la riqueza, el poder, la casta mili-

tar, provocaban suspicacias, un miedo visceral porque desafiaban todo aquello que constituía las bases de su sociedad mercantil. Los miembros del Partido Liberal Mexicano que decidieron tomar las armas e ir a luchar al Distrito Norte de la Baja California creían en que lo que en realidad valía era el arrojo, el idealismo, la fuerza comunitaria, el abrazo solidario. Cuando los periódicos del otro lado los llamaron zarrapastrosos, harapientos, haraganes, sucios, ladrones de gallinas, forajidos o bandoleros, sólo estaban desnudando sus propios temores a todos aquellos seres humanos que vivían al margen de su sociedad y que, por ello, la carcomían con su sola presencia. Y si a eso agregamos que proclamaban una ideología anarquista, donde no había amos ni esclavos, donde no se respetaba todo lo que se consideraba sagrado e intocable, entonces vemos el espanto que provocaba su presencia en la frontera México-Estados Unidos y en diarios como *Los Angeles Times*. En el número de *Regeneración* del 11 de febrero de 1911, don Ricardo comentaba que el 5 de ese mismo mes, en el auditorio del Templo del Trabajo de Los Ángeles, ante miles de simpatizantes de la causa liberal se leyó una carta del escritor Jack London, donde éste respondía, en forma burlona, a los insultos del *Times*:

Lo único que yo deseo es que hubiera más “roba-gallinas” y proscritos de la misma clase de los que forman la flamante columna que tomó Mexicali, de la clase de los que están heroicamente resistiendo las penalidades de las prisiones de Díaz y de los que están combatiendo, muriendo y sacrificándose en México actualmente. Me suscribo yo mismo como “roba-gallinas” y un revolucionario.

Al contrario de los maderistas, que como bien dijo Gustavo Madero, hacían la revolución para cambiar al gerente de la



empresa denominada México, los floresmagonistas lo que buscaban era dinamitar el sistema imperante, no cambiarlo, no reformarlo. En esa radicalidad política se fundamentaba su diferencia con respecto al resto de los movimientos revolucionarios que sacudieron nuestro país a partir de 1910. Sólo los zapatistas tuvieron un programa parecido, que estaba en colisión frontal con el ideal revolucionario maderista que se impuso hasta la caída y asesinato de Madero en febrero de 1913.

Por otra parte, es lógico pensar que a los floresmagonistas se les confundió con forajidos porque vestían como forajidos: con lo que encontraban por el camino, sin pensar en ideales de belleza o decoro. La suya era la cultura del vagabundo que nunca se detiene, del viajero en pos de una vida ajena a las convenciones sociales. Esa clase de cultura que los escritores *beats* popularizarían 40 años más tarde. Pero como revolucionarios, en muchas ocasiones los anarcosindicalistas demostraron que se podía confiar en ellos a la hora del combate, al momento del enfrentamiento. Como revolucionarios natos, que vivían de su impulso por cambiar el mundo y transformar la vida de la humanidad, llegaron a ser los más rebeldes entre los rebeldes, los menos dados a soportar las órdenes de paciencia y de cautela de la gente al mando. Y a veces por ello ganaron la victoria. Y a veces por ello obtuvieron la muerte. Como lo dijo Antonio Araujo en el número de *Regeneración* del 15 de abril de 1911 al hacerle un homenaje al jefe William Stanley, donde a éste se le colocaba en la posición de héroe de la revolución por su audacia y su valor:

El gran proletario, el modesto soldado que desde el principio del movimiento liberal en Baja California unió sus destinos con los de los trabajadores mexicanos, acaba de bajar a la tumba y su cadáver duerme en el cementerio de Mexicali,

en tierra mexicana. Cayó como caen los buenos, los héroes que pelean por principios. Una granada de los porfiristas le fracturó el cráneo, cuando con rodilla en tierra hacía vomitar de su Winchester una lluvia de balas que dejaron por tierra más de quince soldados del famoso octavo batallón de infantería. Aunque gravemente herido, quería seguir combatiendo y llegó hasta estimular a los compañeros a que continuaran el combate sin interrupción, pero sus deseos no se cumplieron. Es un héroe universal, porque al combatir con la Bandera Roja en las llanuras de Mexicali la batalla del proletariado mexicano, también peleó por la causa del proletariado universal. Él fue un liberal y murió como mueren los liberales, altivos, soberbios, indomables. El Partido Liberal Mexicano no podrá pasar sin descubrirse ante la figura de Guillermo Stanley. Su valor temerario era la admiración de todos los liberales que combatían bajo su mando. Sus ideales, enteramente radicales, sus esperanzas en el final triunfo de la causa liberal, lo hacían simpático a cuantos tuvimos la honra de tratarlo. No olvidéis a Stanley, compañeros. Hombres y mujeres, enseñad a vuestros niños a seguir su ejemplo. Colocadlo entre los grandes héroes del mundo, como lo son todos los hombres que en épocas pasadas han sacrificado sus vidas por el avance y bienestar de la humanidad.

Sin embargo, estos hombres que lucharon por sus ideales, como lo fueron William Stanley y tantos otros caídos en Baja California, terminaron sepultados en tierra mexicana porque en ella habían derramado su sangre por una causa revolucionaria, pero no recibieron, al final de la contienda, ya cuando se habían dispersado las fuerzas floresmagonistas, ni honores, ni memoria, ni verdad.

LA REPRESIÓN DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN



En cuanto se acabó la revolución en el Distrito Norte, la guerra de exterminio siguió su marcha. El ejército porfirista, sin importar que ahora ya no rigiera el viejo dictador, se mantuvo en su actitud vengativa no sólo contra todos los que se hubieran levantado en armas, sino también contra los que simplemente habían mostrado simpatía por los revolucionarios. La represión fue tanto en territorio nacional como en el extranjero. Y se dio desde antes de que estallara la revolución y continuó mientras el Distrito Norte de la Baja California estuvo bajo el control del ejército porfirista-huertista, representado hasta el verano de 1920 por el coronel Esteban Cantú. En *Regeneración* del 16 de septiembre de 1911, en un artículo titulado “Los perros maderistas”, Ricardo Flores Magón daba a conocer:

Según noticias que nos llegan de la Baja California, las autoridades de esa desdichada península están asesinando a los trabajadores, pues ven en cada proletario a un liberal. En Ensenada están fusilando, sin formación de causa, a cinco, seis y hasta diez mexicanos cada día. En Tecate ocurre otro tanto. En Mexicali están en capilla dos trabajadores mexicanos, uno de los cuales se llama Hernández, y se les va a fusilar por el delito de vestir pantalón de mezclilla y blusa de obrero.

¿Qué se proponen los chacales de la Baja California? ¿Quieren acabar con el último mexicano, para que queden dueños de todo los americanos, los ingleses y los franceses, en cuyas manos está toda la península? ¡Responde, chato asesino! Hace pocos días, Gallego mandó llevar a Mexicali a unos prospectores que andaban en la sierra cercana gambuseando. Creyó que eran liberales, y ya estaba preparándose el cuadro que iba a pasarlos por las armas, cuando se escucharon protestas airadas por todas partes contra tanta cobardía. Gallegos tuvo que dejarlos en libertad.

Las personas pobres que viven en Mexicali ya no soporan la tiranía maderista. Los perros nuevos y viejos que la hacen de empleados, roban cínicamente a los proletarios. Los pobres de Mexicali pasan a Calexico a comprar una pieza o dos de pan; pero cuando llegan a la Aduana Mexicana se les cobran derechos aduanales por pasar su pan a territorio mexicano, derechos que son tan excesivos que los proletarios tienen que dejar su pan en la Aduana, pan que después se tragan los hambrientos perros maderistas. ¿Pero será posible que no haya hombres en Mexicali que acaben con toda esa perrada y enarboleden la bandera roja?

En ese mismo número de *Regeneración*, en un artículo titulado “Nuestros mártires”, el líder del Partido Liberal Mexicano profundizaba en la información dada en el texto anterior y les decía a los verdugos de los compañeros torturados y fusilados que no tuvieran misericordia de los anarcosindicalistas, porque llegada la hora ellos tampoco tendrían piedad de sus verdugos:

Como en otro lugar de este número decimos, dos compañeros esperan la muerte en Mexicali, Baja California. No conocemos más que el nombre de uno de ellos, Damián Hernández, miembro de la unión obrera revolucionaria Industrial Workers of the World. Del otro infortunado camarada ni el nombre se ha sabido, pues se les tiene rigurosamente incomunicados. Las autoridades de Mexicali, por órdenes directas de Francisco I. Madero, han sujetado a esos pobres compañeros a torturas que la más corrompida imaginación tal vez no pudiera concebir con el fin de que denuncien a los libertarios de los alrededores. Se les clavan estaquitas de madera entre la uña y la carne de los dedos de los pies y de las manos; se les azota con varas espinosas; se les tiende boca arriba y por



medio de un embudo se les llena de agua el estómago hasta que se desmayan. Estos suplicios infames fueron aplicados a Juan F. Montero, Emilio Guerrero, Mariano Barrera, Leonardo Gutiérrez y a muchos otros compañeros en la Baja California. Y cuando las víctimas, quebrantadas, aniquiladas, desfallecidas, están próximas a despedirse de este mundo de injusticia, de crueldad, de iniquidad, cuando los verdugos comprenden que es inútil la tortura para hacer que esos espíritus de bronce denuncien a sus compañeros, se les fusila.

Era la sangre derramada de los “hijos del pueblo”, como los llamaba don Ricardo. Gente que sólo pedía que se respetara su derecho a ser libres, a pensar por su cuenta, a vivir dignamente, y en respuesta recibían la peor de las torturas, el fusilamiento, la ley fuga. Por eso, en el número de *Regeneración* del 30 de septiembre de 1911, en la nota titulada “Más sangre”, reconocía que de muchos de los compañeros que habían caído en manos del ejército federal ni siquiera se sabían sus nombres, por lo tanto morían en el anonimato, sólo por

profesar los principios emancipadores del Partido Liberal Mexicano. Las autoridades de Mexicali dieron la consigna de que, por el camino, se aplicase a nuestros hermanos la Ley Fuga. Bebed sangre generosa, cobardes. Creéis que matando libertarios, mataréis la Idea. ¡Imbéciles! La Idea es inmortal y es libre; a la Idea no se la ahoga en sangre.

Luego, en ese mismo número aparecía un artículo titulado “La decencia de un esbirro”, donde por vez primera aparecía el carácter taimado del jefe militar de Mexicali, el entonces mayor Esteban Cantú, quien recibiría el grado de coronel por los servicios prestados al régimen del usurpador Victoriano Huerta:

El compañero Carlos Orozco pasó a Mexicali a vender alguna fruta el 28 de agosto anterior. No acababa de pagar en la aduana los crecidos derechos que aquellos bandidos cobran a los pobres, cuando fue arrestado por el esbirro Bernardo Mota, quien lo llevó ante Gallego, el individuo que hizo traición al proletariado por los veinticinco mil pesos que recibió de las compañías americanas que explotan los terrenos de México. Gallego remitió al compañero Orozco a que compareciera ante un tal Cantú, quien le dijo: “No te fusilo porque soy decente; pero te voy a enviar a Ensenada”. Afortunadamente Orozco pudo fugarse y pasar a territorio de los Estados Unidos, que de no haber sido así, ya estuvieran blanqueando sus huesos en el camino de Ensenada. ¡Vaya una decencia del tal Cantú!

Finalmente, en el número de *Regeneración* del 2 de diciembre de 1911 y titulado “Los cafres de Mexicali”, Ricardo Flores Magón no quitaba el dedo del renglón en cuanto a la forma brutal con que eran tratados los miembros del Partido Liberal Mexicano en el Distrito Norte de la Baja California. En sus palabras seguía resonando tanto la indignación como el desafío ante los actos de los que él llamaba maderistas. Pero muchos de los que ahora se presentaban como autoridades del nuevo gobierno maderista eran porfiristas furibundos, que querían castigar con la muerte a todos los revolucionarios; pero como los maderistas ahora eran intocables, se conformaban con lanzar su ira contra los que sí podían torturar, matar y desaparecer sin dar cuentas por ello: los combatientes floresmagonistas. Necesitarían un año y tres meses más para encargarse del propio Madero. Pero mientras llegaba ese momento, practicaban con los pobres revolucionarios que caían en sus manos:



Hermanos cafres, perdonadme que tome vuestro nombre para apodar a la canalla maderista de Mexicali, Baja California. Los señores Jesús y Benito Amador, así como la muy estimable y heroica compañera Isabel Fierro, miembro de la Industrial Workers of the World, han sido llevados a Ensenada para ser fusilados, pues los salvajes maderistas fusilan tanto a los hombres, como a los ancianos, a las mujeres y a los niños. El compañero Tirso de Toba se encuentra preso todavía en Mexicali, y hay un abogado en Calexico que se compromete a que lo devuelvan a los Estados Unidos si hay quien pague los gastos. Compañeros del valle Imperial, ayudad a Toba. Es uno de nuestros hermanos y no debemos dejarlo en manos de nuestros verdugos. Los salvajes que fungen de autoridades en Mexicali no han pensado en que tarde o temprano los ajusticiará el pueblo indignado.

Regeneración siempre fue lo que decía ser: un periódico del Partido Liberal Mexicano, un órgano de difusión de sus proclamas, manifiestos y notas de información sobre el desarrollo de la revolución floresmagonista. Pero para finales de 1911, su semanario estaba más dedicado a dar a conocer los obituarios de los pocos camaradas que aún quedaban en México, a ver la debacle de su movimiento como un partido cada vez más minoritario, menos escuchado y mucho menos atendido. No era una visión esperanzadora. Y sin embargo, Ricardo Flores Magón seguía viendo el futuro como el territorio revolucionario por excelencia, el horizonte de donde habría de surgir un mundo sin fronteras, una humanidad que haría de la justicia un acto colectivo, de la libertad una vida para todos. Como buen profeta, sabía que jamás vería la tierra prometida. Pero la ruta a seguir estaría marcada por los sueños que eran suyos, por la sangre derramada para conseguirlos. En tal sentido, *Regeneración* fue su diario de planes por hacer, de triunfos

por compartir, de cuitas y zozobras y desafíos. Una publicación que magnificó sus debilidades y fortalezas. Una plataforma donde expuso, de cuerpo entero, el ser humano que era, el revolucionario que siempre fue.



Bibliografía básica



- ANDRÉS, Benny J. Jr., *Power and Control in the Imperial Valley*, EE. UU., Texas A&M University Press, 2016.
- BLAISDELL, Lowell L., *La revolución del desierto. Baja California 1911*, Mexicali, Baja California, UABC-SEP, 1993.
- FARR, F. C., *The History of Imperial County, California*, EE. UU., Elm Publishing Co., 1918.
- FLORES MAGÓN, Ricardo, *et al.*, *Regeneración 1900-1918*, México, SEP-ERA, 1987.
- FORBES, Shari, "A tale of two holts", *Redlands Community News*, EE. UU., 10 de julio de 2021.
- Gobierno del Estado de Baja California, *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, México, 1958.
- GRIJALVA, Aidé, "Gambusinos del desierto. Los otros pioneros del valle de Mexicali", *Calafia*, Mexicali, Baja California, Instituto de Geografía e Historia, UABC, vol. VI, núm. 4, junio 1988, pp. 27-40.
- KERIG, Dorothy, *El valle de Mexicali y la Colorado River Land Company 1902-1946*, Mexicali, Baja California, UABC, 2001.
- MARTÍNEZ, Pablo L., *Historia de Baja California*, México, s/e, 1956.
- ROMER, Margaret, "A History of Calexico", *Annual Publication of the Historic Society of Southern California*, vol. 12, núm. 2, EE. UU., University of California Press, 1922, pp. 26-66.
- RUIZ, Lorenia, *Un pequeño Montecarlo en el desierto. Mexicali 1901-1913*, La Paz, Baja California Sur, Instituto Sudcaliforniano de Cultura-Archivo Pablo L. Martínez, 2017.

- SARABIA, Leobardo, y Gabriel Trujillo Muñoz (coords.), *Diccionario enciclopédico de Baja California*, Mexicali, Baja California, ICBC, 2019.
- TOUT, Otis B., *The First Thirty Years. A History of Imperial Valley*, EE. UU., Arts Crafts Press, 1931.
- TRUJILLO MUÑOZ, Gabriel, *La canción del progreso. Vida y milagros del periodismo bajacaliforniano*, Tijuana, Baja California, IMAC, 2000.
- *Mexicali centenario*, Mexicali, Baja California, UABC, 2002.
- *Los salvajes de la bandera roja. La revolución floresmagonista de 1911 en Baja California y sus consecuencias*, México, FCE, 2022.
- Archivo electrónico Ricardo Flores Magón, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, <www.archivomagon.net> (Consultado: enero – febrero 2022).
- California Digital Newspaper Collection, Center of Bibliographical Studies and Research, University of California, Riverside, <www.cdnc.ucr.edu> (Consultado: enero – marzo 2022).



1911
MEXICALI
Y LA **REVOLUCIÓN**
FLORESMAGONISTA
EN LA **PRENSA**
DEL **OTRO LADO**

Gabriel Trujillo Muñoz

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en mayo de 2022.

Año de Ricardo Flores Magón.

De todos los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1901 y 1914 en la región fronteriza de Mexicali, hay que señalar tres como los más trascendentes: el primero es la propia empresa de levantar poblados en ambos valles, a partir de 1901, por las necesidades de transformar el desierto en un valle agrícola de nivel internacional, que se haría famoso por el cultivo algodonero durante la primera mitad del siglo xx. Los otros dos acontecimientos tuvieron su origen del lado mexicano: las inundaciones catastróficas de 1906 y 1907, que destruyeron casi toda la ciudad de Mexicali y pusieron en peligro a ambos valles; y la Revolución Mexicana, en su carácter anarcosindicalista, propiciada por el Partido Liberal Mexicano (PLM) de los hermanos Flores Magón desde Los Ángeles, California, cuyo ejército rebelde logró tomar, entre enero y junio de 1911, los poblados de Mexicali, Tecate, Los Algodones y Tijuana, haciendo que los habitantes de Calexico y los periodistas locales fueran testigos de primera fila de batallas campales y provocando que se llenaran de artículos de opinión y de crónicas bélicas los periódicos fronterizos del otro lado. Pero hay que agregar que la revolución floresmagonista, desde el punto de las empresas periodísticas californianas, fue una oportunidad para hacerse de un lugar en los medios de todo el mundo con sus crónicas y reportajes de primera mano.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

